

UC Merced

UC Merced Previously Published Works

Title

Movimientos sociales la estructura de la acción colectiva

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/67g1r8vw>

ISBN

9789877226348

Author

Almeida, Paul

Publication Date

2020

Copyright Information

This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

Movimientos sociales

La estructura de la acción colectiva

Paul Almeida



 CLACSO

Movimientos sociales

Almeida, Paul

Movimientos sociales : la estructura de la acción colectiva / Paul Almeida. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Lilia Mosconi.

ISBN 978-987-722-634-8

1. Movimiento Social. 2. Acción Social. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título.

CDD 302.14

Versión original:

© University of California Press, 2019.

Título original: Almeida, Paul 2019.

Social Movements: The Structure of Collective Mobilization.

Arte de tapa: Ramiro López Crespo

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Movimientos sociales

La estructura de la acción colectiva

Paul Almeida

Traducción de Lilia Mosconi



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Movimientos sociales. La estructura de la acción social (Buenos Aires: CLACSO, julio de 2020).

ISBN 978-987-722-634-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Agradecimientos	13
1. Movimientos sociales.....	17
Definición de los movimientos sociales.....	25
Conceptos básicos de los movimientos sociales.....	29
Temas fundamentales en relación con la estructura de los movimientos sociales.....	35
2. Cómo estudiar los movimientos sociales	45
Los seis niveles de acción colectiva en la investigación de los movimientos sociales.....	46
Métodos y herramientas de investigación.....	65
Resumen.....	83
3. Teorías de la movilización social	85
Primeros teóricos generales de la sociología.....	86
Evolución teórica en el área de los movimientos sociales.....	88
Resumen.....	112
4. Emergencia de los movimientos sociales	115
Intereses comunes	119
Infraestructuras organizacionales y de recursos	120
Identidades colectivas.....	130
Difusión: cómo se expanden los movimientos sociales	133

Aplicación de las herramientas para la emergencia de movimientos: la campaña de la “lucha por los \$15”	135
Resumen.....	142
5. El proceso de enmarcado	145
Enmarcados definitorios.....	147
Estrategias de alineamiento y tareas fundamentales del enmarcado	149
Estudio de caso: la música de protesta	159
Los marcos de referencia para la acción colectiva en la era neoliberal	166
El lado oscuro del enmarcado	169
Resumen.....	170
6. Reclutamiento y participación de los individuos	175
Primeros avances de los estudios sobre la participación individual.....	180
Condiciones contemporáneas que inducen la participación.....	182
Lucha por los \$15, marcha de las mujeres y Occupy Wall Street.....	197
Estudios de vanguardia en materia de participación.....	200
Resumen.....	204
7. Resultados de los movimientos sociales	207
El modelo pionero de Gamson para los resultados de los movimientos sociales.....	211
Perspectivas actuales sobre los resultados de los movimientos	213
Correlatos del éxito.....	217
Condiciones combinadas: estudios de casos de movimientos contra el neoliberalismo	237
Resultados culturales.....	242
Resultados a nivel individual.....	243

Fronteras de los resultados	244
8. Más allá de los límites.....	247
Represión estatal.....	248
Globalización: la profundización del neoliberalismo	260
Movimientos transnacionales	277
Resumen.....	283
Conclusión	285
Nuevas líneas de indagación.....	285
Desigualdad económica, creciente autoritarismo y crisis ecológicas	292
Referencias bibliográficas	297
Sobre el autor.....	371

Índice de ilustraciones

Figura 1. Lugares donde se realizó la Marcha de las Mujeres	20
Figura 2. Marcha de las Mujeres, 2018.....	21
Figura 3. Escala de niveles de actividad de los movimientos	59
Figura 4. Protestas contra la Organización Mundial del Comercio (OMC), 1999	62
Figura 5. Protestas de Occupy Wall Street en 2011. 1.005 protestas en 887 localidades	81
Figura 6. Modelo de las “oportunidades” o buenas noticias.....	99
Figura 7. Modelo de las “amenazas” o malas noticias.....	104
Figura 8. Protestas por el control de las armas, 2018	124
Figura 9. Protestas de los trabajadores de la comida rápida, 2013-2015. 451 paros/protestas en 326 ciudades	137

Figura 10. Protestas de los trabajadores de la comida rápida, 2016-2017 613 paros/protestas en 400 ciudades	138
Figura 11. Pintada de Monseñor Romero.....	158
Figura 12. El camino hacia la participación	181
Figura 13. Capacitación del equipo hondureño, abril de 2014.....	202
Figura 14. Equipo de El Salvador, Primero de Mayo de 2014.....	202
Figura 15. Equipo de Costa Rica, Primero de Mayo de 2014.....	203
Figura 16. Protestas del Gasolinazo mexicano, 2017.....	274
Figura 17. Protestas por la justicia climática, diciembre de 2015.....	282
Figura 18. Protestas contra el racismo y abusos policiales (26 de mayo-7 de junio de 2020).....	295
Figura 19. Protestas alrededor del mundo en solidaridad con las movilizaciones populares contra el racismo en los Estados Unidos (26 de mayo-10 de junio de 2020).....	296
Cuadro 1. Niveles de actividad de movimiento social	64
Cuadro 2. Reglas de codificación para los datos sobre eventos de protesta.....	75
Cuadro 3. Estrategias de alineamiento de marcos interpretativos	151
Cuadro 4. Evidencia empírica para las estrategias de enmarcado	156
Cuadro 5. Bases de datos informativos sobre participación en la protesta.....	178
Cuadro 6. Nivel de éxito de los movimientos en materia de políticas.....	215
Cuadro 7. Factores comunes relacionados con el éxito de los movimientos sociales	218
Cuadro 8. Características de los gobiernos autoritarios	252
Cuadro 9. Estrategias de desarrollo y formas de acción colectiva en el Sur global.....	264

Este libro está dedicado a la memoria de la luchadora incansable Margarita “Tuti” Posada Machuca (1962-2020). Líder de la Alianza Ciudadana Contra la Privatización (ACCP) y el Foro Nacional de Salud en El Salvador. Una estrella en el siglo XXI en las batallas contra el neoliberalismo, las privatizaciones y la injusticia social en las comunidades marginadas.

Agradecimientos

Este libro es fruto de los quince años que he pasado dictando cursos sobre movimientos sociales para estudiantes universitarios y de posgrado, a la par de mis investigaciones sobre la acción colectiva. Estoy en deuda con decenas de individuos (así como con los cientos de estudiantes que pasaron por mis clases). Rogelio Sáenz, Harland Prechel y Sam Cohn, de la Universidad A&M de Texas, me alentaron a ofrecer cursos sobre movimientos sociales en una fase temprana de mi carrera. Lo mismo hizo Nella Van Dyke, de la Universidad de California en Merced. Un ejército de asistentes de investigación de la UC Merced, como Anna Schoendorfer, Joselyn Delgado, María Mora, Miriam Mosqueda, Sarai Velásquez, Carolina Molina, Valezka Murillo, Karen Gómez y Rocío Murillo, también ha hecho posible este manuscrito. Andrew Zumkehr, Dina Raquel Martínez y Samuel Álvarez me brindaron una inestimable experticia técnica. Recibí valiosa retroalimentación sobre la dinámica de los movimientos sociales cuando dicté cursos junto a otros colegas en el exterior (en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras), así como durante la presentación de mi trabajo en universidades de toda América Central. Vaya mi inmensa gratitud a los activistas que he entrevistado a lo largo de los años, movilizados por un amplio abanico de cuestiones, desde la represión estatal hasta la privatización, el libre comercio y la contaminación ambiental. Dos

becas Fulbright, en 2008 y 2015 respectivamente, me brindaron el tiempo y los recursos necesarios para participar en investigaciones de campo fuera de Estados Unidos, así como dictar cursos sobre movimientos sociales en conjunto con otros docentes.

Mi pensamiento sobre los movimientos sociales también ha evolucionado a partir de mis colaboraciones con Mark Lichbach, Nella Van Dyke, Roxana Delgado, Allen Cordero, Chris Chase-Dunn, Eugenio Sosa, María Inclán, María Mora, Amalia Pérez Martín, Luis Rubén González, Alejandro Zermeño y Rodolfo Rodríguez. Estaré eternamente agradecido a mi colaboradora y mentora original, Linda Stearns. Jamás habría avanzado como académico sin la orientación y el tiempo que me dedicó Linda. Aprecio enormemente el hospitalario entorno de mi departamento de sociología, así como a mis colegas de la UC Merced, entre los que se cuentan Laura Hamilton, Nella Van Dyke, Zulema Valdez, Sharla Alegria, Whitney Pirtle, Kyle Dodson, Tanya Golash Boza, Ed Flores, Irene Beattie, Charlie Eaton, Marjorie Zatz y Elizabeth Whitt. Valoro muchísimo el tiempo adicional que dedicó Ed Flores a la lectura de partes del manuscrito, así como sus interesantes sugerencias.

Los representantes de UC Press me han brindado su apoyo desde el primer día. Sentí un tremendo entusiasmo cuando el exeditor de adquisiciones Seth Dobrin me invitó a producir una obra sobre movimientos sociales. Maura Rausner agregó el nivel perfecto de aliento para terminar el manuscrito final. Sabrina Robleh me ofreció una constante asesoría técnica durante la preparación de mi trabajo. Jeff Wyneken, el corrector de mi manuscrito, pulió mi prosa con sumo cuidado y esperó con paciencia mis comentarios. En un mundo de disponibilidad tan limitada, realmente aprecio el tiempo que los once revisores anónimos externos dedicaron a la lectura de borradores enteros del manuscrito así como sus comentarios y críticas. En sociología no es frecuente la oportunidad de recibir tantos comentarios constructivos sobre el trabajo propio. No cabe duda de que el producto final ha mejorado en gran medida con semejante cantidad de lectores.

El equipo Académico de CLACSO hizo posible esta traducción gracias a Nicolás Arata, Pablo Vommaro y María Fernanda Pampín. Y agradezco también las observaciones a la traducción realizadas por Amalia Pérez Martín, Luis Rubén González y Ahmed Correa.

También estoy en deuda de gratitud con los centenares de académicos especializados en movimientos sociales que incluí en la bibliografía, a cuyas obras recurrí a lo largo del libro. La escritura de un texto introductorio sobre los movimientos sociales sería imposible sin la comunidad de académicos que ha producido una literatura tan vasta en la cual basarse. Toda malinterpretación de las obras ajenas es de mi exclusiva responsabilidad.

Por sobre todas las cosas, vaya mi gratitud a Andrea por su constante apoyo.

1. Movimientos sociales

La estructura de la acción colectiva

La unión voluntaria de personas en acciones conjuntas ha sido un importante motor de transformación social a lo largo de toda la historia humana. Desde la propagación geográfica de las grandes religiones mundiales hasta las campañas comunitarias de salud pública con miras a reducir la incidencia local de enfermedades debilitantes transmitidas por vectores, son innumerables los ejemplos de movilización colectiva capaz de ocasionar cambios profundos en un amplio espectro de contextos y sociedades. En momentos cruciales de la historia ha habido grupos unificados en torno a la lucha por desmantelar sistemas de opresión y subordinación, tal como ocurrió con la resistencia de los pueblos indígenas frente al colonialismo o con las rebeliones de los esclavos. En el siglo XXI, la acción colectiva de ciudadanos comunes en las más diversas regiones del mundo podría ser decisiva en la desaceleración del calentamiento global y el apoyo a la supervivencia planetaria. En resumen, puede decirse que la movilización colectiva de personas crea un poderoso recurso humano, cuya utilidad se extiende a un amplio abanico de propósitos. El presente volumen se enfoca en un tipo particular de acción colectiva: los movimientos sociales.

El estudio de los movimientos sociales ha registrado un crecimiento notable en las últimas dos décadas. Esto se debe en gran medida a los avances teóricos y empíricos de la sociología y sus campos

relacionados, así como al importante incremento de la acción colectiva en muchas partes del mundo. Los investigadores de los movimientos sociales han examinado una amplia variedad de movilizaciones, desde la resistencia anti-Trump en los Estados Unidos, hasta las protestas de Asia, África, Europa y América Latina contra el neoliberalismo y las políticas de austeridad. Tal fue el *crecendo* de las protestas globales durante la primera década del siglo XXI, que la revista *Time* eligió al “Manifestante” como la “Persona del Año” de 2011 (Andersen, 2011). Pocos años después, las Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018 hicieron saltar por los aires el récord de las manifestaciones simultáneas más multitudinarias en la historia de los Estados Unidos. Ante la creciente efervescencia que ha adquirido la actividad de los movimientos sociales a lo largo del siglo XXI, algunos expertos predicen que estamos desplazándonos hacia una “sociedad de movimientos sociales” (Meyer, 2014) o hacia un “mundo de movimientos sociales” (Goldstone, 2004).

De acuerdo con la mejor evidencia sistemática extraída de las encuestas globales, así como con los “macrodatos” que han arrojado los eventos de protesta a lo largo del tiempo (Ward, 2016), la actividad contemporánea de los movimientos sociales se sostiene a niveles elevados en todas partes del mundo (Dodson, 2011; Karatasli, Kumral y Silver, 2018). De hecho, los grupos que realizaron actividades de movimiento social en las últimas dos décadas no solo han logrado movilizaciones impresionantes, tanto por su escala como por su intensidad, sino que además han transformado los paisajes políticos y sociales, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo. Un breve bosquejo de algunos de los movimientos más grandes, como la resistencia anti-Trump y los derechos de los inmigrantes, así como los movimientos por la justicia económica y climática, bastará para ejemplificar estas aserciones.

La Marcha de las Mujeres y la resistencia anti-Trump

La primera Marcha de las Mujeres, celebrada a principios de 2017 contra la administración de Trump, fue la movilización simultánea de masas más grande de la historia estadounidense hasta ese

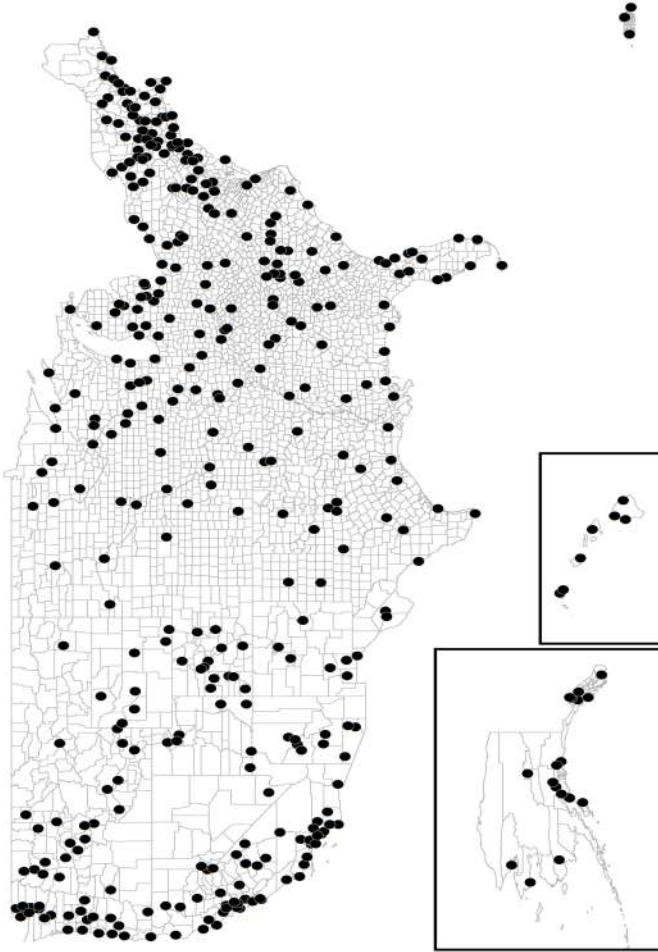
momento. Al principio de su declaración de objetivos, las organizadoras señalaron como motivo primordial de estas extraordinarias manifestaciones la presencia de una *amenaza* a la protección de derechos, a la salud y a la seguridad.¹ Las marchas se repitieron en enero de 2018 (y en 2019 y 2020), con un caudal de movilización igualmente extraordinario. Las iniciadoras de las acciones masivas se esforzaron por aplicar una estrategia interseccional que uniera a las mujeres con otros grupos afectados por las exclusiones estructurales de raza, clase, género y sexualidad. Las Marchas de las Mujeres se llevaron a cabo en cientos de ciudades estadounidenses, con un total de entre cuatro y cinco millones de participantes (véanse figuras 1 y 2), e incluyeron eventos en decenas de otros países (McKane and McCammon 2018). El movimiento se afianzó de inmediato como la “Resistencia”, e incorporó movilizaciones de protesta por las subsiguientes políticas discriminatorias y los gestos públicos de la administración Trump contra inmigrantes, mujeres, minorías raciales y comunidades LGBTQ (Meyer y Tarrow, 2018).

Derechos de los inmigrantes

Entre febrero y mayo de 2006, el movimiento por los derechos de los inmigrantes irrumpió de manera espectacular en la escena pública, con protestas y concentraciones masivas en ciudades grandes y pequeñas de numerosos estados estadounidenses (Bloemraad, Voss y Lee, 2011; Zepeda-Millán, 2017). La motivación de los participantes fue la nueva legislación aprobada por la mayoría republicana de la Cámara de Diputados, que convertía en delito grave la falta de documentación en regla para los habitantes de los Estados Unidos, tanto en el caso de los indocumentados como de quienes los ayudaran.

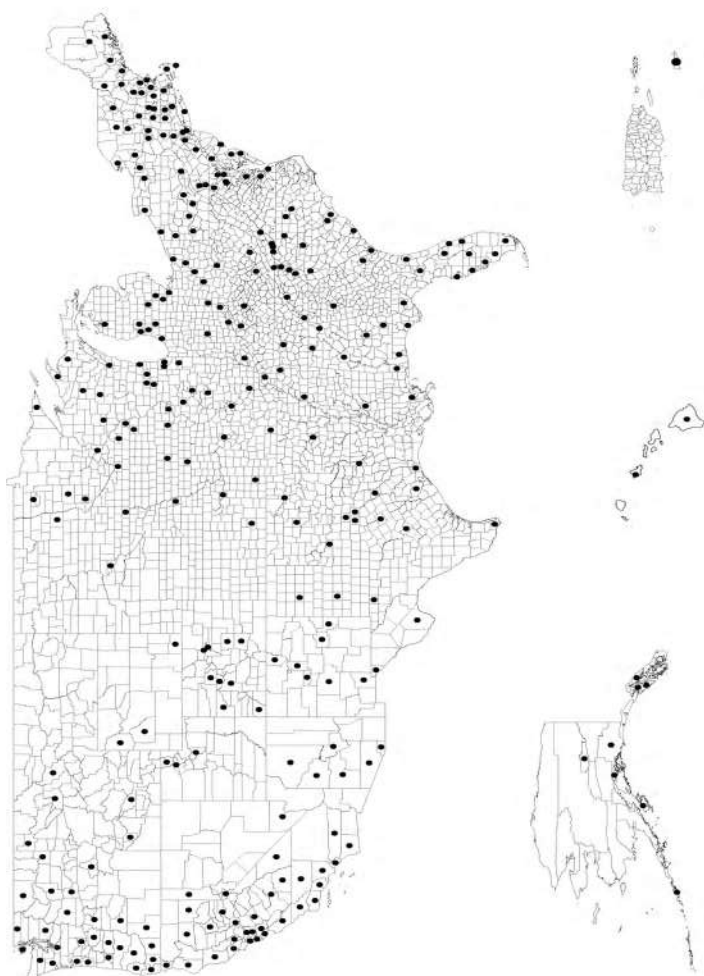
¹ Véase <http://womensmarch.com/mission/>

Figura 1. Lugares donde se realizó la *Marcha de las Mujeres*



Mapa compilado por el autor con datos de <www.womensmarch.com/> en enero de 2017. [Women's March] Marcha de las Mujeres

Figura 2. *Marcha de las Mujeres, 2018*



Mapa compilado por el autor con datos de <www.womensmarch.com/> en enero de 2017. [Women´s March] Marcha de las Mujeres

Las consecuencias negativas asociadas a esta legislación movilizaron a comunidades de todo el territorio nacional, entre las cuales varias ciudades batieron el récord de asistencia a una protesta. Los recursos utilizados para la movilización del movimiento incluyeron organizaciones eclesiásticas, radios, escuelas públicas y una emergente identidad panlatina (Zepeda-Millán, 2017; Mora *et al.*, 2018). Tras manifestaciones que en algunos casos llegaron al millón de participantes, el Congreso dio marcha atrás y dejó la legislación en un punto muerto entre la Cámara y el Senado. El poder de la acción colectiva de masas había evitado la instauración de una ley punitiva que habría podido causar una disrupción generalizada entre las comunidades de trabajadores inmigrantes en los Estados Unidos. En 2018 surgió una campaña similar contra la administración de Trump por la política de separación familiar para los inmigrantes que buscaban asilo en la frontera entre Estados Unidos y México, con eventos de protesta en más de setecientas ciudades.

Movimientos del mundo por la justicia económica

Entre 2000 y 2020, tanto en las naciones capitalistas avanzadas de Europa y América del Norte como en extensas franjas del mundo en desarrollo, los ciudadanos lanzaron importantes campañas contra los recortes económicos gubernamentales y la privatización de servicios sociales e infraestructura estatal; en otras palabras, contra lo que economistas y sociólogos definen como políticas económicas *neoliberales*. La flexibilización laboral de Francia, la austeridad de España, Portugal y Grecia, y las reformas económicas de Argentina, Brasil, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Honduras, India, Iraq, Iran, Lebanon, y Panamá lanzaron a cientos de miles de ciudadanos a plazas públicas y manifestaciones masivas en demanda de protección para sus *derechos de ciudadanía social*: el derecho básico a un nivel mínimo de bienestar económico provisto por el Estado (Somers, 2008).

El movimiento global por la justicia económica levantó vuelo en las naciones capitalistas ricas entre fines de los años noventa y los albores del siglo XXI, con importantes eventos de protesta contra la élite financiera reunida en las cumbres de Seattle, Praga, Davos, Doha, Cancún, Quebec y Génova. La movilización mantuvo el ímpetu gracias a su alineamiento con movimientos del Sur global mediante la red del Foro Social Mundial (Sen, Anand, y Escobar 2004; Boaventura de Sousa 2005; Whitaker 2006). En julio de 2017, el movimiento mundial por la justicia económica movilizó a más cien mil personas en una manifestación contra la cumbre económica del G20 en la ciudad alemana de Hamburgo. En los Estados Unidos hubo manifestaciones similares de protesta contra la desigualdad económica entre fines de 2011 y principios de 2012, cuando miles de ciudadanos ocuparon las plazas públicas en el marco del movimiento “Occupy Wall Street”^{*} igual como *los indignados* en España (Scribman, 2018). Las privatizaciones del agua corriente, la salud pública, las telecomunicaciones y la energía catalizaron algunas de las mayores movilizaciones en Asia, África y América Latina durante las últimas dos décadas. Vistos en conjunto, estos acontecimientos indican una reciente escalada mundial de movimientos que luchan por establecer formas más equitativas de la globalización económica (Almeida, 2010a; Castells, 2015; Almeida y Chase-Dunn, 2018). Por el lado oscuro de la política, también nos encontramos con extremistas y demagogos populistas que usan la agudización de las inequidades asociadas a la globalización económica y el libre comercio para fomentar movimientos racistas y de derecha en Europa, Estados Unidos y América del Sur (Berezin, 2009; Robinson, 2014; Chase-Dunn y Almeida, 2020).²

* Literalmente, “Ocupa Wall Street”. [N. de la T.]

² Los movimientos conservadores de los Estados Unidos fueron otra importante movilización colectiva durante la década pasada. El movimiento del Tea Party levantó vuelo rápidamente en la escena política durante los primeros meses de 2009, inmediatamente después de la histórica asunción presidencial de Obama. Las primeras acciones coordinadas a escala nacional tuvieron lugar el 15 de abril (día en el que vence el plazo para presentar la declaración personal de impuestos) de 2009, y fueron seguidas de protestas agresivas en el verano boreal de 2009 durante los debates municipales del nuevo programa de seguro nacional de salud propuesto por Obama

Movimiento transnacional por la justicia climática

Desde 2000 ha cobrado fuerza un movimiento mundial que apunta a desacelerar el calentamiento global. El “movimiento por la justicia climática” busca un acuerdo global entre las naciones del mundo con el objeto de reducir las emisiones de carbono de manera drástica e inmediata y proteger las poblaciones más vulnerables. Hacia 2006, las movilizaciones por el clima ya se habían derramado a múltiples países de todos los continentes. Los activistas de la justicia climática usan toda clase de redes cibernéticas y sociales para comunicarse con cientos de organizaciones no gubernamentales, ciudadanos interesados, científicos y grupos ecologistas de todo el planeta a fin de coordinar manifestaciones y encuentros públicos en demanda de acciones gubernamentales e industriales que reduzcan los gases de efecto invernadero. Estas movilizaciones globales a menudo coinciden con las cumbres climáticas anuales auspiciadas por Naciones Unidas, con el fin de presionar a los líderes nacionales para obligarlos a ponerse en acción (incluida la enorme marcha de 2014 que reunió a cuatrocientas mil personas en las calles de Nueva York). Solo entre 2015 y 2019, el movimiento por la justicia climática realizó exitosamente miles de eventos de protesta en 175 países y en múltiples ocasiones: es probablemente el movimiento transnacional más extensivo de la historia.

Estos cuatro movimientos demuestran las múltiples facetas de los movimientos sociales que se analizan en las páginas siguientes.

(Van Dyke y Meyer, 2014). Hacia fines de 2010, el Tea Party había desplazado su énfasis hacia la política electoral, con resonantes victorias a nivel local y nacional. Esta tendencia continuaría en las elecciones nacionales y locales de 2012 y 2014, respectivamente (Vasi *et al.*, 2014). En 2016, varios candidatos del Tea Party compitieron en las primarias republicanas por la candidatura a la presidencia del país. La redirección del Tea Party hacia la política electoral transformó el sistema bipartidista de los Estados Unidos mediante la polarización del Partido Republicano entre una rama conservadora y una rama libertaria (Skocpol y Williamson, 2012) antes de que surgiera el trumpismo. Aunque su base incluye a grupos blancos de clase obrera, el movimiento del Tea Party cuenta con grandes aportadores de fondos y no representa a los grupos más excluidos de los Estados Unidos ni al trumpismo.

Todos ellos involucran *desafíos sostenidos en busca del cambio social y el uso de recursos para mantener la movilización*. Los cuatro se movilizaron por primera vez en reacción a *amenazas* reales y percibidas *contra sus intereses*. Por último, y tal vez con mayor relevancia en este caso, los cuatro redundaron en profundos cambios dentro de las sociedades donde operaban. Las Marchas de las Mujeres dejaron en claro con enorme contundencia que todo intento de profundizar la exclusión social por parte de la administración Trump chocaría con una resistencia masiva (similar al movimiento internacional de mujeres del 8 de marzo). El movimiento por los derechos de los inmigrantes forzó a los políticos antiinmigración a dar marcha atrás con su legislación, a medida que las movilizaciones se expandían hacia la lucha por otros derechos de los inmigrantes, como la educación, salud y el empleo para jóvenes inmigrantes (el movimiento DREAMers) (Nichols, 2014), una ley exhaustiva de reforma inmigratoria con acceso a la ciudadanía y el fin de la política de separación familiar para los solicitantes de asilo. Las protestas contra la austeridad económica han catapultado a varios partidos de la nueva izquierda hacia el poder ejecutivo y los parlamentos de Sudamérica y Europa meridional. El movimiento por la justicia climática forzó la aceptación del tan esperado acuerdo sobre emisiones de carbono al cierre de la Cumbre de París en 2015.

Definición de los movimientos sociales

Es indudable que los cuatro movimientos retratados en la sección anterior ilustran características distintivas de un movimiento social. A lo largo de este texto, trabajaremos en el marco de la siguiente definición: *Un movimiento social es una colectividad excluida que mantiene una interacción sostenida con las elites económicas y políticas en busca del cambio social* (Tarrow, 2011). En tales situaciones, las personas comunes y corrientes se unen para lograr una meta en común. Los movimientos sociales generalmente se componen de grupos externos

al poder institucionalizado (Ibarra y Tejerina 1998), que usan estrategias poco convencionales (como marchas callejeras, sentadas y eventos de espectacularidad mediática) junto con otras más convencionales (como peticiones y campañas de cartas) a fin de lograr sus objetivos (Snow y Soule, 2010). El estatus de actor externo y las tácticas no convencionales de los movimientos sociales los distinguen de otras entidades políticas, como las asociaciones de lobistas, las organizaciones sin fines de lucro y los partidos políticos (aunque estas organizaciones más formales pueden haberse originado en movimientos sociales). La mayoría de los participantes en movimientos sociales son voluntarios que ofrecen su tiempo, sus habilidades y otros recursos humanos en aras de mantener la supervivencia del movimiento y alcanzar sus metas. A lo largo de este libro pondré de relieve la *exclusión* de los grupos respecto del poder institucional, económico y político como motivo básico para su decisión de involucrarse en un movimiento social.

El espectro de los movimientos sociales abarca desde los movimientos ambientalistas de base comunitaria que luchan contra la contaminación local hasta los movimientos de mujeres a escala transnacional que intentan ejercer presión sobre gobiernos nacionales e instituciones internacionales a fin de proteger y expandir los derechos de mujeres y niñas (Viterna y Fallon, 2008). Exploraremos estos diferentes niveles de la actividad de movimiento social en el próximo capítulo. La forma moderna de los movimientos sociales surgió con la difusión de los sistemas políticos parlamentarios y las economías capitalistas integradas a nivel nacional durante el siglo XIX (Tilly y Wood, 2012). Antes del siglo XIX, la acción colectiva giraba en torno a reivindicaciones locales –a nivel de pueblos o aldeas– que provocaban movilizaciones sostenidas durante períodos más breves (Tilly, 1978). No obstante, hemos observado importantes formas de movilización colectiva a lo largo de toda la historia humana (Chase-Dunn, 2016; Chase-Dunn y Almeida, 2020). Los elementos centrales de un movimiento –*desafíos colectivos sostenidos* por parte de *grupos sociales excluidos* que intentan protegerse de *perjuicios*

sociales, políticos, económicos y ambientales— forman la base de nuestra definición de los movimientos sociales e impulsan las campañas más grandes de acción colectiva en el siglo XXI.

Los elementos centrales de un movimiento

Mobilización colectiva sostenida Los movimientos sociales son colectivos y se sostienen durante un período de tiempo. Gran parte de este libro gira en torno al cómo y el porqué de los individuos que se unen en pos de metas comunes. Cuanto mayor sea la escala de la acción colectiva, más debe perdurar la movilización a fin de que se la considere un “movimiento”. Los movimientos barriales y comunitarios que actúan a nivel local suelen durar apenas unos meses porque tienden a proponerse metas específicas y de corto plazo, como las de evitar la contaminación causada por alguna instalación cercana o demandar la iluminación de las calles en aras de la seguridad nocturna. Las grandes movilizaciones a escala nacional probablemente necesiten sostenerse durante al menos un año para que se las considere un movimiento social. En contraste, una manifestación o protesta aislada no constituye un movimiento social. Al mismo tiempo, los actores colectivos deben encontrar la manera de conservar el ímpetu y la unidad. Las organizaciones preexistentes, las relaciones sociales entre amigos, vecinos, compañeros de trabajo, compañeros de escuela, personas unidas por lazos étnicos e identidades colectivas, así como una diversidad de otros recursos, ayudan a prolongar el proceso de movilización (véase el capítulo 4, sobre la emergencia de los movimientos sociales).

Grupos sociales excluidos Los movimientos sociales se constituyen en gran medida de grupos cuyo poder económico y político es relativamente escaso. El estatus de exclusión es el fundamento básico que explica su forma de movimiento social (Burawoy, 2017; Mora *et al.*, 2017). Los grupos que no están excluidos acceden de manera más rutinaria a las élites gubernamentales y económicas para hacer oír sus voces, e incluso a posibilidades *relativamente* mayores de obtener

resoluciones favorables para sus reclamos por vía de peticiones, elecciones, cabildeo y reuniones con funcionarios. Los grupos excluidos (sobre la base de la raza, la posición económica, la ciudadanía o el género, entre muchos otros factores) carecen de ese acceso rutinario, por lo cual a veces pueden recurrir a estrategias menos convencionales para hacer valer su influencia con miras a obtener la atención de autoridades e intermediarios del poder.

Perjuicios sociales, económicos y ambientales Una motivación central para la movilización de los movimientos sociales es la existencia de perjuicios reales o percibidos. Es necesario que una masa crítica de individuos quede expuesta a la amenaza de un perjuicio particular—como la discriminación, la pérdida del empleo o un problema de salud ambiental— que los motive a unirse para lanzar una campaña de movimiento social, sobre todo cuando los canales institucionales no permiten resolver el tema en cuestión. También puede presentarse la oportunidad de reducir perjuicios de larga data, como décadas de discriminación o de explotación económica (Tarrow, 2011). La movilización de un movimiento social es mucho más probable cuando grandes cantidades de personas sienten que experimentan o padecen circunstancias similares. Así ocurrió en 2006 con las protestas por los derechos de los inmigrantes en los Estados Unidos que analizamos más arriba. Millones de ciudadanos y no ciudadanos se vieron expuestos a una súbita amenaza de procesamiento penal por su estatus de indocumentados o por brindar ayuda a inmigrantes en situación de ilegalidad. Ello redundó en la concientización recíproca de las comunidades inmigrantes y en una rápida movilización (Zepeda-Millán, 2017).

A lo largo del presente texto haré hincapié en estos tres elementos centrales de los movimientos—(1) movilización colectiva y sostenida, (2) exclusión social y (3) amenazas— como las dimensiones básicas que caracterizan la actividad de un movimiento social.

Conceptos básicos de los movimientos sociales

La mayoría de los subcampos de la sociología y otras ciencias sociales cuentan con una jerga o “lengua vernácula” para el análisis de los términos y procesos fundamentales. El campo de los movimientos sociales no es una excepción. A medida que ahondemos en el estudio de estos movimientos a lo largo del libro, encontraremos y definiremos nuevos términos. A modo de comienzo, en esta sección se enumeran algunos de los conceptos más importantes para el análisis de los movimientos sociales.

Agravios y amenazas

Una condición inicial de la movilización social gira en torno a los agravios colectivos. En otras palabras, un conjunto de personas percibe colectivamente una faceta de la vida social como un problema que requiere cambios (Simmons, 2014). Los agravios que han suscitado campañas de movimientos sociales son muy variados, e incluyen el abuso policial, la discriminación por raza y género, la desigualdad económica y la contaminación ambiental. Los agravios que las comunidades experimentan como una “imposición repentina” estimulan la movilización en un horizonte de relativo corto plazo (Walsh *et al.*, 1997). Este tipo de agravios súbitos e impactantes desencadenaron las manifestaciones contra el abuso policial en los Estados Unidos entre 2014 y 2015, tras las absoluciones de los agentes de policía en juicios por jurados o videos que se volvieron “virales” en las redes sociales e internet. Tales incidentes catalizaron el movimiento Black Lives Matter* en una nueva ronda de la lucha por la justicia racial en los Estados Unidos (Taylor, 2016).

En la institución donde trabajo, la Universidad de California en Merced, muchos estudiantes experimentaron los sorprendentes resultados de las últimas elecciones presidenciales, en noviembre de 2016,

* Literalmente “Las vidas negras importan”. [N. de la T.]

como una imposición agravante y repentina. La gran mayoría del alumnado está compuesta por estudiantes de color, muchos de los cuales descienden de familias inmigrantes. El siguiente correo electrónico, que me envió un de ellos al día siguiente de las elecciones, da cuenta del proceso a lo largo del cual estos resultados imprevistos condujeron a una de las mayores protestas en la historia de este nuevo campus universitario:

Buenos días, profesor Almeida:

Dada su especialidad en movimientos sociales, protestas y acción colectiva, creí oportuno informarle acerca de la protesta que ocurrió anoche en el campus. Alrededor de las once de la noche, los estudiantes postearon en los clasificados de Facebook de UC Merced que se organizarían para repudiar los resultados de la elección presidencial. Los estudiantes comenzaron a reunirse en la entrada principal de la universidad, para después avanzar a través de los edificios Summits y Sierra, alentando a los demás a salir de sus habitaciones. Continuaron el recorrido por la calles dentro de la universidad y, por último, se congregaron en torno a la estatua de los Nuevos Comienzos. Fue allí donde los organizadores informaron [...] que habría otra protesta hoy a las diez de la mañana frente a la biblioteca. Después, los estudiantes regresaron cuesta abajo cantando consignas [...]. Algunos también llevaban carteles con leyendas en español, como “la lucha continúa” y “marcha”. La multitud de estudiantes se congregó otra vez en el patio de Summits [dormitorios residenciales estudiantiles], donde los organizadores volvieron a anunciar la protesta de hoy mientras los estudiantes seguían cantando consignas. Durante la protesta se vieron unos pocos partidarios de Trump, pero los organizadores recordaron a los estudiantes que se trataba de “una protesta pacífica”. La protesta entera duró alrededor de dos horas.

Más adelante veremos cómo se produce el desplazamiento de los agravios desde el nivel individual al nivel grupal. Pero incluso en este breve correo electrónico podemos apreciar algunos elementos estructurales de la acción colectiva que se analizan a lo largo del libro, incluyendo el papel de las redes sociales como Facebook y las

organizaciones cotidianas como los dormitorios, así como el uso de consignas y alegatos para atraer más gente a las manifestaciones. Otro aspecto importante de los agravios, al que retornaremos en el capítulo 3 (sobre teoría), es la necesidad de determinar si las acciones responden a una intensificación de los agravios (*amenaza*) o a una nueva posibilidad de reducir viejos agravios (*oportunidad*).

Estrategia

La planificación de las demandas, las metas, las tácticas y los destinatarios, así como la elección del momento oportuno para actuar, forman parte de una estrategia general que guía la actividad de los movimientos sociales (Maney *et al.*, 2012; Meyer y Staggenborg, 2012). Una vez que el proceso de acción colectiva pasa de la percepción del agravio a la movilización real, es probable que los movimientos sociales formulen un conjunto de *demandas*. Las demandas se comunican a las personas e instituciones del poder como medio de negociar soluciones, e intento de abordar y reducir los agravios originales. Los académicos también usan el término “reclamos” como equivalente a “demandas” en el caso de los movimientos. Los reclamos o demandas a menudo se enuncian en cartas formales durante las negociaciones, se exhiben en pancartas y cánticos durante las manifestaciones de protesta, o bien se difunden al público en las conferencias de prensa que ofrecen los líderes del movimiento. Los movimientos sociales recurren cada vez más a diversas plataformas de redes sociales (como Facebook, WhatsApp y Twitter) para expresar sus demandas y reclamos. Las demandas pueden comunicarse en términos muy específicos, como el aumento salarial para los trabajadores de la comida rápida a una cantidad fija (como 15 dólares la hora), tal como ocurrió con las recientes campañas de huelga en los Estados Unidos.

Las *metas* generalmente se inspiran en una concepción más amplia que el conjunto de demandas (aunque a menudo coinciden con ellas); por ejemplo, las metas de “salario vital” y “justicia económica” para los trabajadores de comida rápida son más amplias que la

demanda del salario mínimo de 15 dólares la hora. Las metas y las demandas también se categorizan según su alcance, desde reformistas hasta radicales: desde la modificación de una política gubernamental hasta la completa transformación de una sociedad, con la segunda opción como el objetivo común a todos los movimientos sociales revolucionarios. En el capítulo 7 veremos que las metas permiten medir el éxito de un movimiento según el logro del cambio social correspondiente a sus objetivos prefijados.

Los movimientos sociales también emplean una variedad de *tácticas*: un repertorio de acciones, desde clases abiertas y talleres educativos hasta eventos mediáticos (como las conferencias de prensa) y manifestaciones callejeras; el espectro de tácticas abarca desde las más convencionales, como las peticiones y las campañas de cartas, hasta las menos convencionales, como los simulacros de muerte, las sentadas y la obstrucción del tránsito vial.

Las tácticas escalan a veces al nivel de los actos violentos, como en el caso de los disturbios, las revoluciones y el terrorismo. La categorización de las tácticas en convencionales, disruptivas y violentas es un esquema útil que suscita preguntas interesantes sobre las condiciones que configuran el tipo de tácticas y su eficacia para movilizar personas, influir en la opinión pública y alcanzar las metas establecidas.

Como otro componente de su estrategia general, los movimientos sociales seleccionan las instituciones que serán *destinatarias* o *blanco* de sus demandas. Los destinatarios a menudo son múltiples e involucran alguna parte del gobierno —el concejo municipal, el consejo escolar, un organismo estatal, los tribunales, el congreso o el parlamento— como posible árbitro final del conflicto. Según cuál sea la naturaleza del movimiento, la campaña puede involucrar a diversos destinatarios, incluidos los medios masivos y otras instituciones (escuelas, hospitales, iglesias, empresas privadas).

Coaliciones

Los actores colectivos a menudo se alían con otros grupos para extender la movilización a regiones o sectores adicionales de la sociedad. Cuando una colectividad se alinea al menos con un grupo más para emprender una acción colectiva, se forma una *coalición*. Las coaliciones de los movimientos sociales suscitan preguntas interesantes sobre su composición y sus consecuencias para la movilización (Van Dyke y McCammon, 2010; Van Dyke y Amos, 2017). A primera vista, la coalición de múltiples grupos sociales (como agrupaciones estudiantiles, organizaciones por los derechos de los inmigrantes, asociaciones de mujeres, grupos ambientalistas) parece fortalecer el nivel y el tamaño de la movilización porque exhibe públicamente la unificación de varios sectores sociales en torno a un agravio o problema en particular, como el abuso policial o una política exterior del gobierno que involucra una acción militar. Las grandes coaliciones adquieren una potencia especial en el caso de las luchas por la democracia y por los derechos humanos dentro de regímenes autoritarios, en la medida en que evidencian la oposición de vastos sectores sociales a la prevalente restricción de la libertad y los derechos civiles (Schock, 2005; Almeida, 2005 y 2008a). Las coaliciones introducen nuevos problemas para el sostenimiento de la acción colectiva cuando se dificulta la negociación del consenso sobre las tácticas, las metas y los destinatarios. Esto puede desencadenar luchas internas en el movimiento, e incluso disolver rápidamente la movilización.

El proceso de enmarcado

El proceso de enmarcado incorpora muchos de los elementos ideológicos y cognitivos que componen la acción colectiva (Snow *et al.*, 2018). El capítulo 5 está dedicado al proceso de enmarcado y a los marcos interpretativos de la acción colectiva. Veremos de qué manera los líderes de los movimientos comunican los agravios a públicos más amplios a fin de incrementar el apoyo al movimiento y, a la vez,

mantener el compromiso de sus miembros. Los activistas ponen a prueba el ingenio y la creatividad del movimiento con sus usos de expresiones y símbolos culturales existentes para comunicar los problemas sociales y motivar a sus interlocutores a entrar en acción.

El Estado

A lo largo de este trabajo usaré la frase *el Estado* para referirme al gobierno. El Estado puede ser local (como un municipio), regional o nacional. Los Estados ejercen una profunda influencia en la configuración de los movimientos sociales y, a veces, los movimientos surten un fuerte impacto en el cambio de políticas y prioridades gubernamentales. Los diferentes tipos de Estado suelen determinar las posibilidades y las formas de la acción colectiva. Los gobiernos represivos que prohíben la formación de organizaciones autónomas o las reuniones públicas dificultan enormemente la acción de los grupos que aspiran a iniciar campañas de movimiento social. En algunos casos, la represión gubernamental incita a los grupos a radicalizar sus demandas y sus formas de movilización. Los Estados más democráticos tienden a tolerar las movilizaciones de los movimientos sociales, e implementan formas más blandas de represión cuando tratan de controlar o pacificar el disenso de las masas (por ejemplo, manipulación de los medios masivos o denegación de permisos para manifestarse). Incluso al nivel local de los Estados Unidos existe una amplia variación entre los distintos gobiernos municipales, así como entre los márgenes de espacio político que concede cada uno de ellos a las poblaciones excluidas y marginadas.

Organizaciones de movimientos sociales

Una vez que cobran existencia, los movimientos sociales tienden a formar organizaciones que sostienen la movilización a futuro (McAdam, 1999 [1982]). Este tipo de asociaciones se denominan “organizaciones de movimientos sociales” (SMO por su sigla en inglés)

(McCarthy y Zald, 1977; McAdam y Scott, 2005; Minkoff y McCarthy, 2005). La sigla SMO se ha generalizado tanto en el estudio de los movimientos sociales, que los académicos a menudo omiten la definición del término. Entre los ejemplos de SMO se cuentan agrupaciones como Personas por el Trato Ético de los Animales (PETA por su sigla en inglés) y la organización ambientalista internacional Greenpeace. Tal como veremos en el capítulo 8, las SMO parecen proliferar cada vez más a través de las fronteras nacionales a medida que avanza el siglo XXI (Smith y Wiest, 2012).

A lo largo del libro iremos aplicando todos estos conceptos de importancia clave para los movimientos sociales, pero podemos comenzar a usarlos ahora a vuelo de pájaro en la formulación de las siguientes preguntas sobre la Marcha de las Mujeres. ¿Cuáles fueron los agravios que desencadenaron las movilizaciones más grandes de la historia estadounidense? ¿Cómo describiríamos la estrategia que aplicaron las organizadoras del evento? ¿Cuáles fueron las principales demandas y metas de las marchas? ¿Cómo clasificaríamos la táctica central de las marchas (convencional o disruptiva)? ¿Qué elementos usaron las organizadoras en sus estrategias de enmarcado discursivo para sumar a millones de manifestantes? Los mapas de las figuras 1 y 2 indican dónde ocurrieron esas marchas en los 3.007 condados de los Estados Unidos. ¿Por qué algunos condados registraron tantas marchas de mujeres, mientras que muchos otros no produjeron siquiera un evento aislado? Esta pregunta se aborda de manera directa en el capítulo 4, sobre la emergencia de los movimientos sociales.

Temas fundamentales en relación con la estructura de los movimientos sociales

Los capítulos que siguen tratan en profundidad la estructura multifacética de los movimientos sociales: la unión colectiva de personas comunes para superar la exclusión y organizar campañas sostenidas

en pos del cambio social. Pasaremos de los *métodos* y los *marcos teóricos* de los movimientos sociales a las principales subáreas que guían el estudio de la movilización colectiva. Estos temas incluyen *la manera en que emergen los movimientos sociales, los marcos de la acción colectiva, el reclutamiento y la participación a nivel individual, los impactos de los movimientos sociales y la difusión global de sus actividades.*

Métodos

Por muy sencilla que parezca la identificación de un movimiento social sobre la base de los conceptos que acabamos de delinear, la disección sistemática de su dinámica mediante los métodos de las ciencias sociales es en verdad un proceso complejo. En la primera parte del capítulo 2, clasifico los niveles de actividad de un movimiento social, desde la escala micro de la resistencia cotidiana en pequeños grupos aislados, hasta la escala macro de la movilización que se extiende a sociedades enteras y más allá de las fronteras nacionales. Después presento las técnicas más importantes de la investigación sobre movimientos sociales, que incluyen la observación, las entrevistas, las encuestas, y el uso de fuentes como los periódicos, las redes sociales (Twitter, Facebook, WhatsApp y otras), los archivos recientes e históricos y las estadísticas del gobierno. Cada método se relaciona directamente con áreas y dimensiones específicas de la acción colectiva, como la emergencia de los movimientos y el reclutamiento de sus integrantes. El capítulo disecciona las estrategias aptas para investigar la acción colectiva, con hincapié en las técnicas apropiadas para la recolección de datos correspondientes a dimensiones particulares de la actividad de los movimientos sociales.

Teoría

El capítulo 3 pasa revista a los principales marcos teóricos que explican la dinámica de los movimientos sociales. Las teorías suministran guías para reducir el mundo social a los principales elementos que

impulsan la movilización de los movimientos sociales. Comenzaremos por reseñar los primeros modelos utilizados para estudiar los movimientos sociales, que pasaron por alto un aspecto tan crucial como la distribución desigual del poder y de los recursos en las sociedades modernas (Pérez Sáinz 2019). Examinaremos el universo teórico contemporáneo sobre los movimientos sociales, que incluye las teorías del actor racional, de los nuevos movimientos sociales y del proceso político. El enfoque del proceso político, dominante en la actualidad, se centra en el entorno político general, e indaga de qué manera los diferentes contextos políticos configuran la posibilidad de que emerjan movimientos sociales, así como las formas de movilización y los resultados de los movimientos. El capítulo dedica una atención especial a las condiciones negativas que impulsan la acción colectiva en la tradición del proceso político, en razón de que los movimientos del siglo XXI responden cada vez más a *amenazas* ambientales, políticas, sociales y económicas (Almeida 2018). El conocimiento de las teorías sobre los movimientos sociales brinda a los lectores las herramientas necesarias para desentrañar el discurso en tiempo real que difunden las élites y los medios masivos sobre los orígenes y las motivaciones de los movimientos sociales, así como sobre sus consecuencias para una sociedad que se encuentra en proceso de cambio.

Emergencia de los movimientos sociales

El capítulo 4 explica por qué los movimientos sociales tienden a surgir cuando una comunidad queda expuesta a una amenaza, o bien cuando el entorno político envía señales sobre las posibles ventajas que obtendrían los grupos que decidan movilizarse. En otras palabras, tanto las “malas noticias” como las “buenas noticias” pueden motivar un episodio de acción colectiva (Meyer, 2002). En el contexto de las amenazas o malas noticias, una comunidad o población percibe la necesidad de actuar para evitar un empeoramiento de sus condiciones, e incluso la pérdida de bienes colectivos (como la tierra, los

derechos o el empleo). En el entorno político de las buenas noticias, los grupos advierten la posibilidad de adquirir nuevos bienes colectivos (como derechos adicionales, salarios más altos o una mejora de la calidad ambiental) si actúan en concierto. Las campañas de protesta basadas en buenas o malas noticias suelen iniciar en respuesta a políticas gubernamentales que indican una mayor o menor receptividad del Estado a los reclamos más significativos para el grupo en cuestión.

Más allá de las motivaciones que fomentan la emergencia de los movimientos, es necesario que exista algún tipo de base organizacional para movilizar a grandes cantidades de personas (McCarthy, 1996; McAdam, 1999 [1982]; Andrews, 2004). Estos activos organizacionales pueden ser tradicionales, como las solidaridades basadas en identidades vecinales, religiosas, regionales o étnicas, o bien pueden ser asociativas, enraizadas en grupos secundarios como los sindicatos, los clubes sociales, las cooperativas agrícolas, las instituciones educativas, o bien organizaciones más formales de un movimiento social (SMO) (Oberschall, 1973). Sin lazos solidarios o vínculos organizacionales preexistentes, ya sean formales o informales, es improbable que las amenazas u oportunidades se conviertan en campañas de movimiento social. De ahí que los académicos especializados en el tema presten atención particular a las variaciones de los recursos organizacionales entre diferentes localidades y épocas cuando expliquen la emergencia de los movimientos sociales. (Edwards y McCarthy, 2004; Edwards *et al.*, 2018). La expansión del trabajo más reciente sobre movilización de recursos ha abierto las puertas a análisis complejos sobre las relaciones estructurales entre grupos de SMO, participantes potenciales y organizaciones auspiciantes, así como de las correspondientes variaciones estructurales que inciden en la emergencia de los movimientos sociales (Diani y McAdam, 2003; Diano, 2015; Hadden, 2015). Los trabajadores de la comida rápida que luchan por un salario digno y el movimiento de los estudiantes contra la violencia de las armas en los Estados Unidos ejemplifican esta dinámica.

Marcos interpretativos

El capítulo 5 explica la perspectiva de los marcos colectivos de interpretación y su derivación de la sociología interpretativa, con especial hincapié en la capacidad de los activistas para construir relatos sobre los agravios sociales (Snow *et al.*, 2014; Snow *et al.*, 2018). Hoy ha quedado claro en líneas generales que la existencia de injusticias y recursos organizacionales no basta para explicar la emergencia de la movilización social en determinados momentos y lugares. Los líderes y los activistas de los movimientos necesitan enunciar las violaciones de normas, los agravios y las experiencias de opresión e injusticia de maneras socialmente significativas y convincentes, a fin de motivar la participación de las poblaciones destinatarias en la acción colectiva (Snow *et al.*, 1986; Snow y Benford, 1988).³ En otras palabras, los activistas sociales y políticos deben “enmarcar” el mundo social de una manera que repercuta en las bases activas del movimiento, así como en los grupos de simpatizantes e indecisos. El capítulo explora la creatividad de los movimientos para emplear artefactos culturales –como la música popular– con miras a alcanzar determinados públicos de adherentes y potenciales simpatizantes. La perspectiva de los marcos interpretativos incorpora los componentes de la agencia humana que inciden en el proceso de acción colectiva.

Participación en los movimientos sociales

El reclutamiento de los movimientos sociales, así como la participación a nivel individual, abrevan en modelos a nivel micro de la acción colectiva. El capítulo 6 cubre en detalle esta dinámica a nivel individual. Las primeras explicaciones del reclutamiento y la participación en materia de movimientos sociales hacían hincapié

³ Para una traducción en castellano de estas obras sobre marcos interpretativos, vease: Chihu Amparán, Aquiles. 2006. *El Análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. Mexico, DF: Universidad Autónoma Metropolitana editores.

en los aspectos irracionales de los movimientos masivos. Los movimientos políticos de los grupos indisciplinados se interpretaban como una respuesta a déficits psicológicos que afectaban a sus participantes: una suerte de terapia para superar los sentimientos de alienación y las tensiones sociales inherentes a las sociedades urbanas que se industrializaban a paso acelerado (McAdam, 1999 [1982]). Hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta, los académicos dejaron de conformarse con indagar las creencias y los perfiles psicológicos de las personas que participaban en los movimientos para examinar también el contexto microestructural de la movilización, es decir, las redes y los vínculos sociales de los potenciales participantes (Snow *et al.*, 1980; McAdam, 1986). De acuerdo con esta nueva investigación empírica, los miembros de los movimientos sociales eran en general individuos altamente integrados en su vida cotidiana, e incluso pertenecían a organizaciones y asociaciones de la sociedad civil en mayor medida que las personas ajenas a los movimientos. Además, los vínculos con personas y organizaciones simpatizantes de los movimientos aumentaban considerablemente las probabilidades de que un individuo se sumara a una campaña de protesta (McAdam, 1986).

Los estudios más recientes arrojan luz sobre la interacción entre los entramados de vínculos sociales y las nuevas identidades políticas (Viterna, 2013). Más aún, la movilización se acelera cuando los movimientos reclutan en masa –o “en bloque”– a organizaciones y grupos enteros, en lugar de sumar a individuos aislados de a uno por vez (Oberschall, 1973). Los lectores desarrollarán una comprensión más aguda de los contextos individuales –la biografía, la ideología, los entramados de vínculos sociales, las identidades y la experiencia previa de acción colectiva– que tienden a condicionar la decisión de sumarse a la campaña de un movimiento social. El capítulo también presenta series existentes de datos sobre la participación en los movimientos, incluido un novedoso proyecto orientado a recolectar en tiempo real información directa sobre las motivaciones de las personas que participan en una protesta (Klandermans, 2012).

Resultados de los movimientos sociales

Tal vez el aspecto más importante de los movimientos sociales sean sus impactos, que son el tema del capítulo 7. ¿Qué cambios del entorno político son atribuibles a la existencia y a las acciones de un movimiento social? ¿Qué aspectos del cambio social pueden asociarse explícitamente a las actividades de un movimiento? Los académicos examinan diversas dimensiones de los resultados que producen los movimientos sociales. Los cambios perdurables asociados a movimientos incluyen impactos en sus participantes individuales, modificaciones de la cultura política, influencia en las políticas estatales y “derrame” hacia otros movimientos sociales. (Meyer y Whittier, 1994; Whittier, 2004). En contraste con la emergencia de los movimientos sociales, el estudio sobre sus resultados muestra un consenso académico bastante menor (Jenkins y Form, 2005; Amenta *et al.*, 2010). A menudo resulta difícil descifrar la contribución particular de un movimiento social a un resultado específico mientras se intenta controlar las influencias ajenas a su intervención. Pese a estas deficiencias científicas, los principales movimientos de los grupos sociales excluidos, en algunas ocasiones, han mejorado sus circunstancias. Las poblaciones representadas por dichos movimientos lograron importantes cambios de políticas gracias a las multitudes de personas que se incorporaron a las luchas de diversos movimientos sociales, como el movimiento de las mujeres, el movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos, el movimiento por los derechos laborales y civiles de los mexicoamericanos y el movimiento por los derechos civiles de la comunidad LGBTQ, entre muchos otros.

Sur Global, regímenes autoritarios y movimientos transnacionales

El capítulo 8 se enfoca en los movimientos del Sur global y en los movimientos transnacionales (es decir, los que operan en más de un país). La mayor parte de los estudios sobre movimientos sociales se concentra en los movimientos de las democracias industrializadas

del Norte global. Sin embargo, hoy existe un creciente corpus bibliográfico sobre los contextos políticos externos a los Estados capitalistas avanzados. Las formas gubernamentales más estables de la democracia occidental posibilitan una mayor estabilidad de las organizaciones sociales, así como un espacio más amplio para el lanzamiento de campañas mayormente no violentas. En las naciones no democráticas o cuasidemocráticas (como las monarquías, las dictaduras, las juntas militares, las teocracias y el populismo autoritario), donde se proscriben las libertades de asociación y no hay elecciones multipartidarias regulares, los académicos encuentran dificultades a la hora de explicar en qué momento surgirán y qué formas adquirirán los movimientos sociales. Una vía fructífera es la investigación de las “fisuras en el sistema”, de los pequeños resquicios políticos o de pasos más grandes hacia la liberalización política en los sistemas no democráticos. Estas condiciones suelen proveer un entorno propicio para que unos pocos activistas de la sociedad civil intenten formar asociaciones cívicas, e incluso emprendan la búsqueda de pequeñas reformas. Otros movimientos pueden surgir en instituciones que se encuentran más allá del alcance estatal, como las entidades religiosas (mezquitas, escuelas confesionales, grupos de jóvenes católicos, etc.), o bien en territorios remotos que no están totalmente sometidos al control del aparato administrativo del Estado ni al ejército nacional (Goodwin, 2001). También puede haber gobiernos y movimientos extranjeros que apoyen un movimiento incipiente en un contexto no democrático.

La expansión de los movimientos sociales transnacionales, que establecen vínculos entre activistas y organizaciones de al menos dos países, se ha revelado como una importante tendencia mundial a lo largo de las últimas tres décadas (Smith y Wiest, 2012). Dos movimientos transnacionales notables que aparecieron en los primeros años del siglo XXI son los de solidaridad islámica internacional y justicia económica mundial. Los movimientos islámicos con mutuos vínculos internacionales se benefician con el concepto de la *ummah*: la comunidad general de creyentes que enlaza al mundo musulmán

más allá de las fronteras nacionales (Lubeck y Reifer, 2004; Roy, 2006). Los flujos migratorios globales y las nuevas tecnologías de la comunicación facilitan la movilización internacional de los movimientos sociales islámicos. Los ejemplos incluyen insurgencias organizadas transnacionalmente, como Al Qaeda o el Estado Islámico (ISIL, sigla en inglés de Estado Islámico de Iraq y el Levante). El concepto de *ummah* también es una potente fuerza unificadora para los movimientos transnacionales no violentos antibélicos y antidiscriminación del mundo islámico, así como las comunidades en diáspora, y desempeñó un papel fundamental en la rápida difusión de la “primavera árabe”, tal como se denominaron los levantamientos de 2011 contra gobiernos represivos.

El movimiento por la justicia económica mundial (o el “movimiento alter-globalización”) es otro de los importantes movimientos transnacionales que emergieron a fines del siglo XX. Los activistas de este movimiento usan las tecnologías de comunicación global para movilizar a sus seguidores. El movimiento por la justicia económica mundial surgió casi de forma simultánea a la expansión de la infraestructura global de internet, entre mediados de los años noventa y los albores del siglo XXI. Varias organizaciones de Europa y Canadá, como el Consejo de Canadienses, Jubileo 2000, Acción Global de los Pueblos y ATTAC, comenzaron a trabajar con organizaciones no gubernamentales del mundo en desarrollo para ejercer presión sobre organismos gubernamentales internacionales e instituciones económicas transnacionales, emergentes o precedentes, como las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el Grupo de los Ocho (G8) y la Unión Europea (UE).

Las demandas del movimiento por la justicia económica mundial varían, pero tienden a enfocarse en la justicia social, la protección ambiental y la necesidad de una mayor transparencia en las decisiones que toman las instituciones políticas y económicas transnacionales de elite mencionadas en el párrafo anterior. Aunque ya se habían realizado varias protestas importantes contra las reuniones

de la OMC y el G8 en localidades europeas hacia fines de los años noventa, la verdadera irrupción del movimiento por la justicia económica mundial se produjo en 1999, durante la movilización contra la cumbre de la OMC en Seattle, Washington. Esta fue la mayor protesta sostenida en una ciudad estadounidense desde hacía varias décadas (Almeida y Lichbach, 2003). Los activistas de la justicia mundial coordinaron la llegada de participantes provenientes de todo el país y el resto del mundo por vía de Internet, y organizaron las protestas en las calles de Seattle con sus teléfonos celulares. En decenas de países de todo el mundo también se realizaron protestas en solidaridad con las acciones de Seattle. El éxito de las movilizaciones de Seattle suministró un modelo para organizar decenas de acciones globales similares en el siglo XXI, durante importantes conferencias financieras internacionales, Foros Sociales Mundiales, reuniones de libre comercio y negociaciones sobre el cambio climático, incluidas las cumbres del G20 en Hamburgo, Alemania (2017) y en Buenos Aires, Argentina (2018).

La Conclusión culmina nuestra larga travesía por la dinámica de la movilización colectiva, sintetizando rasgos cruciales de los movimientos sociales que se consideraron en los capítulos previos. El saber colectivo sobre los métodos, la teoría, la emergencia y los resultados de los movimientos sociales que aportaron los capítulos anteriores se aplica a casos particulares de movimientos nacidos en la década de 2010, así como a los que augura la próxima década. También se presentan nuevas fronteras de la investigación sobre los movimientos sociales, desde las recientes tendencias mundiales de reclutamiento mediante las nuevas tecnologías de las redes sociales hasta la eclosión de movimientos transnacionales como el de la justicia climática.

2. Cómo estudiar los movimientos sociales

Clasificación y métodos

En el capítulo anterior, definimos y analizamos los componentes básicos de los movimientos sociales. En el presente capítulo, indagamos el proceso de investigación de estos movimientos. La exploración comienza con una clasificación concisa de las actividades de los movimientos sociales, desde el nivel micro hasta el nivel macro. Dicha categorización abarca desde las formas cotidianas de resistencia hasta las revoluciones y los movimientos transnacionales. La segunda mitad del capítulo describe los principales métodos que usan los sociólogos, los antropólogos, los politólogos, y los historiadores para el estudio de los movimientos sociales: desde los archivos históricos, las encuestas, la observación, las entrevistas y el análisis de contenidos hasta la codificación de documentos. Cada categoría de la actividad de los movimientos se corresponde con diferentes herramientas metodológicas (por ejemplo, para las “formas cotidianas de resistencia” usamos la observación, las entrevistas y los métodos históricos). Prestaremos especial atención a la codificación de contenidos periódicos y datos correspondientes a los eventos de protesta (incluidos los puntos fuertes y los sesgos), junto con las actividades de protesta que se informan en los sitios web de activismo, dado que estas técnicas para la recolección de datos se cuentan entre las más utilizadas en la investigación contemporánea de los movimientos sociales.

Los estudiantes y académicos que investigan los movimientos sociales hacen importantes descubrimientos relacionados con su disciplina, pero también documentan el cambio social histórico. Este hecho añade un componente de “misión especial” a la investigación de los movimientos sociales, dado que la información recabada de forma sistemática puede resultar útil para otros movimientos sociales, para los historiadores y para el público en general. El presente capítulo suministra una introducción a las herramientas básicas que se usan para hacer estas contribuciones especiales. En otras palabras, los lectores adquirirán conocimientos sobre las clasificaciones y los métodos básicos que se emplean en el estudio de los movimientos sociales.

Los seis niveles de acción colectiva en la investigación de los movimientos sociales

En aras de la claridad conceptual, los académicos encuentran útil especificar diferentes niveles de la actividad de los movimientos sociales. En una escala creciente, dichas actividades se ordenan de la siguiente manera: (1) formas cotidianas de resistencia, (2) movimientos locales de base, (3) movimientos sociales nacionales, (4) olas de protesta, (5) movimientos revolucionarios y (6) movimientos sociales transnacionales.

Formas cotidianas de resistencia

Las formas cotidianas de resistencia son actos de disenso e incumplimiento que llevan a cabo los individuos o los grupos pequeños contra las fuentes cercanas de injusticia. Este nivel de microrresistencia es también conocido como “las armas de los débiles” (Scott, 1985). Aquí nos explayamos un poco más sobre este tipo de acción colectiva a nivel micro, debido a que los estudios de los movimientos sociales tienden a subestimarla. Los actos de resistencia cotidiana suelen

darse en situaciones de opresión extrema, como la esclavitud, los sistemas agrícolas represivos, las dictaduras militares, las ocupaciones coloniales o extranjeras y los campos de concentración (Maher, 2010; Einwohner y Maher, 2011; González Márquez, 2017). El contexto es tan abrumadoramente opresivo, que las formas colectivas de rebeldía –como una protesta organizada o una huelga– podrían implicar un daño inmediato, e incluso fatal, para el grupo iniciador de la resistencia. Este es el nivel más pequeño de actividad opositora. El trabajo etnográfico de campo que realizó James Scott (1985) en la Malasia rural destacó y popularizó estas formas “cotidianas” de resistencia. Scott documentó el robo de poca monta, los chismes de pueblo, la desaceleración del trabajo, el incumplimiento y el vandalismo de la maquinaria agrícola como ejemplos de estas formas de resistencia, que la bibliografía sobre movimientos sociales antes tendía a pasar por alto. Scott también las consideró más eficaces y pragmáticas en comparación con formas más convencionales de organización política.

En su escrito sobre “la sorda compulsión de las relaciones económicas”, este autor también intenta explicar por qué los grupos subordinados rara vez se suman a la política organizada: desde su punto de vista, las barreras económicas extremas impuestas a muchos grupos marginados les impiden rebelarse abiertamente contra su situación opresiva. La dependencia económica se experimenta en un grado tal, que una resistencia abierta acarrearía tremendas consecuencias negativas (como la miseria, el castigo físico y el hambre). El foco en la dependencia económica también ha permitido indagar las formas cotidianas de rebelión en contextos relativamente menos opresivos. Además de las sanciones económicas negativas, los grupos sociales subordinados enfrentan otras formas de coerción, como la represión política y militar. En líneas generales, los grupos marginados participan en microactos anónimos y encubiertos de resistencia para evitar las represalias de sus adversarios (Scott, 1990).

Entre otros destinatarios o blancos de la resistencia cotidiana, cabe mencionar a los terratenientes, los supervisores del trabajo

agrícola, los habitantes ricos de pueblos pequeños, los capataces abusivos de las obras en construcción y las tecnologías amenazantes. Scott también generaliza su hipótesis a otras clases y épocas (como los obreros británicos del siglo XIX y la Revolución Mexicana). En resumen, Scott sostiene que los grupos subordinados siempre resisten y negocian a nivel micro la extracción de plusvalía en las relaciones de explotación, en un intento de reducir la intensidad del abuso al que los someten sus superiores. Esta contribución nos permite comprender mejor de qué maneras los grupos sociales suelen oponer resistencia a la dominación por medio de estrategias solapadas.

Las conclusiones de Scott encuentran sustento en otros contextos. Tal como demostró Hossfeld (1990), las mujeres inmigrantes que ensamblaban computadoras en las plantas de Silicon Valley invertían a su favor la ideología racial y de género de los hombres blancos para acumular pequeñas ventajas, que a la larga devenían en pausas más largas, ascensos y condiciones laborales menos riesgosas. Durante la observación participante que llevó a cabo en un taller de metalmecánica de Chicago, Burawoy (1979, p. 171) constató que la resistencia individual se ejercía mediante el “timado”, es decir, arreglando la marca de las tarjetas para transferir el tiempo de una tarea a la siguiente. En el norte de México, Peña (1997) observó que las trabajadoras de las maquilas desaceleraban el ritmo de trabajo (trabajaban “a paso de tortuga”) como forma de resistencia a los gerentes abusivos en las fábricas de armado. Bank Muñoz (2011) demuestra procesos parecidos en fábricas de tortillas en México y California, especialmente durante el neoliberalismo. Rollins (1985) también muestra una serie de rituales de deferencia invocados por los trabajadores domésticos a fin de sobrevivir económicamente en el contexto de explotación y dominación psicológicas por parte de sus empleadores privilegiados. Hank Johnston (2005; 2011), en su trabajo sobre la microrresistencia, agrega la noción de “actos de habla” a nuestra comprensión de los desafíos cotidianos. Johnston describe diversos microactos de resistencia. Observa que las formas discursivas, tales como contar chistes sobre un gobierno represivo

en pequeños grupos, las pintadas o el canto (o siquiera el tarareo) de canciones prohibidas podrían plantar las semillas en las que comienzan a florecer formas más extendidas de solidaridad.

También hay académicos que ponen de relieve el uso de formas de rebelión cotidiana en África. Debido al colonialismo directo y violento que dominó al África subsahariana durante la primera mitad del siglo XX, gran parte del desafío rural a la imposición extranjera de cultivar productos básicos de exportación se plasmó en diversos actos de resistencia cotidiana, en cuyo marco los campesinos participaban en desafíos colectivos mayormente ocultos. Una vez más, estos son contextos en los cuales las movilizaciones sociales abiertas y sostenidas suponen un riesgo demasiado alto, de modo tal que los grupos subalternos deben recurrir a formas menos públicas y prominentes de disenso. Allen Isaacman (1993, p. 237) define estas situaciones de resistencia observadas en el contexto africano como intentos, por parte de los campesinos, “de bloquear o rebajar las pretensiones de las clases gobernantes o apropiadoras”. Estas formas cotidianas de incumplimiento, que no suelen ser documentadas en los archivos oficiales, incluían el acto de hervir las semillas de algodón antes de sembrarlas, en Sudáfrica, Malawi, Tanzania y Zaire; el robo a los recaudadores de impuestos, en Angola, Etiopía, Mozambique y Zimbabue; el sabotaje de maquinarias agrícolas, en Sudáfrica y Kenia; apareceros que retienen parte del arroz producido, en Gambia; la siembra tardía e insuficiente de cultivos comerciales (intercalada con alimentos de subsistencia), en Camerún, Chad, Kenia, Malawi, Mozambique, Tanzania y Uganda; y la huida en masa de comunidades africanas nativas (en muy diversas localidades) ante la amenaza del trabajo forzado o la tributación colonialista (Isaacman, 1993, pp. 237-241).

En las dos primeras décadas del siglo XXI se han observado pequeños grupos de zonas rurales que continúan participando en formas cotidianas de rebelión. Una gran proporción de estos actos contemporáneos involucran la resistencia a nuevas rondas de extracción de recursos naturales y arrebatos de tierras en el Sur Global.

Estas acciones colectivas en pequeña escala se dirigen contra la minería, la siembra masiva de cultivos para la producción de biocombustibles (por ejemplo, caña de azúcar, palma, soja), plantas genéticamente modificadas y árboles gomeros en tierras nativas.¹ Los habitantes de zonas urbanas también llevan a cabo microactos de resistencia contra los gobiernos autoritarios. En 2017, luego de que el gobierno hondureño declarara un estado especial de emergencia e impusiera un toque de queda militar en las ciudades, tras las multitudinarias protestas por sospechas de fraude y contra evidentes irregularidades durante el recuento de votos, las personas de a pie golpearon cacharros y cacerolas desde sus ventanas al amparo de la oscuridad para expresar su oposición en un contexto cada vez más represivo. Llevando al límite la definición de “armas de los débiles”, algunos académicos sostienen incluso que la piratería informática [*hacking*] políticamente motivada de páginas web y redes sociales (“piractivismo” o “*hacktivism*”) es una forma novedosa de disrupción cotidiana (Edyvane y Kulenovic, 2017).

Sin embargo, para quienes estudian la escalada de la protesta, el enfoque de las “resistencias cotidianas/armas de los débiles” se limita a los grupos subordinados que recurren a sus escasos medios disponibles para oponer resistencia al maltrato que reciben en diversos contextos diarios, por lo general en pequeños grupos y en el sitio de producción. Johnston (2005; 2011) sostiene que es necesario especificar un enlace micro-macro más amplio a fin de comprender los mecanismos a través de los cuales la resistencia cotidiana escala hasta devenir en un movimiento local de bases. Scott (1985, p. 273) alude a un enlace micro-macro en los siguientes términos:

Tales formas de resistencia son las estrategias diarias, continuas y casi permanentes de las clases rurales subordinadas que viven en circunstancias difíciles. En momentos de crisis, o bien de cambios

¹ Respecto de estos ejemplos, véanse Alonso-Fradejas (2015); Fu (2016); Jenkins (2017); Lapegna (2016); McAllister (2015); Touch y Neef (2015); Kenney-Lazar *et al.* (2018); y Gyapong (2019).

políticos trascendentales, es posible que aquellas se vean complementadas con otras formas de lucha que resultan más oportunas. [...] Son el obstinado basamento sobre el que pueden crecer otras formas de resistencia.

La dilucidación del proceso mediante el cual los actos de resistencia cotidiana escalan hasta convertirse en rebeliones de mayores proporciones es una tarea pendiente que deberán llevar a cabo los futuros activistas e investigadores de la acción colectiva (Plankey-Videla 2012).

El aporte más crucial que suministra la concepción del disenso al nivel de “las armas de los débiles” es la evidencia contundente de que los grupos subordinados no son simples víctimas de la manipulación ideológica ni sufren de “falsa conciencia”. Por el contrario, ejercen el disenso a nivel micro en la esfera política. Los grupos subordinados tienen sus propias culturas o estructuras normativas de resistencia, que se perciben con mayor facilidad “entre bastidores”, lejos de la esfera pública dominada por las élites (Hobsbawm, 1983; Scott, 1985; 1990). En resumen, las formas cotidianas de resistencia proveen una comprensión a nivel micro de la acción colectiva, especialmente en situaciones extremas de opresión y explotación.

Movimientos locales de base

Los movimientos locales de base luchan a nivel local o regional por objetivos limitados y específicos (como la contaminación local o la sindicalización de una fábrica) y suelen contar con una provisión restringida de recursos organizacionales internos. Estas movilizaciones se acercan más a la definición de los movimientos sociales provista en el capítulo 1 que a las formas cotidianas de resistencia, en la medida en que se sostienen a lo largo del tiempo. Los movimientos locales obtienen respaldo en su mayor parte de voluntarios individuales que viven en comunidades cercanas. En muchos casos, el logro de las metas propuestas depende en gran medida de la capacidad

del movimiento local para forjar alianzas con otros grupos, sobre todo con movimientos sociales más grandes (Almeida y Stearns, 1998). Las perspectivas de éxito también aumentan con la mayor especificidad de las metas. En California, ciertas organizaciones comunitarias, como Comunidades por una Nueva California (CNC por su sigla en inglés), Faith in the Valley,* Central Valley Partnership (CVP) y Líderes Campesinas se han embarcado en numerosas luchas de comunidades obreras, pobres e inmigrantes en distintas partes del valle central del estado (Prebys-Williams y Padilla 2020). La CNC trabaja desde 2010 con comunidades de bajos ingresos que demandan comodidades barriales básicas, como aceras y parques urbanos.² Los residentes que se oponen a la instalación de grandes tiendas departamentales (como Walmart) en sus comunidades también ejemplifican los movimientos locales de base (Bank Muñoz 2017; Halebsky, 2009).

El movimiento por la justicia ambiental es una de las formas más comunes que ha adoptado la movilización local de base en los Estados Unidos a lo largo de los últimos treinta años. Este movimiento levantó vuelo durante la década de 1980, a medida que innumerables comunidades de todo el país tomaban conciencia y se volvían posibles víctimas de la contaminación próxima a los lugares donde vivían, jugaban y trabajaban las personas y las familias de la comunidad (Bullard, 2000; Szasz, 1994). Un problema de contaminación local u otras amenazas ambientales (como el envenenamiento por plomo en Flint, Michigan, y los riesgos del oleoducto Dakota Access) pueden desencadenar la movilización de comunidades y barrios afectados. En algunos casos, el detonante de la movilización local es un incinerador industrial o un sitio de residuos peligrosos. Otras luchas por la justicia ambiental se dirigen contra los depósitos abandonados de residuos tóxicos, la contaminación atmosférica y los pesticidas (Bullard, 2005; Taylor, 2014). Estos movimientos locales aún se mantienen activos, como en el caso de las batallas

* Literalmente, “Fe en el Valle” [N. de la T.]

² *You Can Change Your Neighborhood. Communities for a New California*, Suplemento publicitario especial del CNC Education Fund, enero de 2018.

comunitarias contra la fracturación hidráulica (“*fracking*”) de las empresas gasíferas y petroleras (Vasi *et al.*, 2015; Auyero *et al.*, 2018). El rasgo que define a estos movimientos es su carácter de *lucha local* enfocada en *problemas locales*, con una membresía voluntaria que deriva de comunidades cercanas. Los movimientos locales de base también suelen autodenominarse con referencia a su localidad o región, de modo tal que su identidad queda ligada al lugar de pertenencia; como ejemplos de esto cabe mencionar a las Madres del Este de Los Ángeles, la Coalición de Tóxicos del Oeste del Condado y los Ciudadanos Preocupados del Sur-Centro (Los Ángeles).*

Movimientos sociales nacionales

Los movimientos sociales nacionales representan luchas amplias (extendidas a gran parte del territorio nacional) que involucran a organizaciones formales o federaciones de redes con afiliaciones laxas (Tarrow, 2011). Los movimientos sociales nacionales poseen recursos internos y una amplia gama de metas dirigidas a la reforma política, así como al cambio de actitudes públicas. De acuerdo con Tilly (1984), el movimiento social nacional surgió en concomitancia con la expansión de los sistemas políticos representativos en Europa occidental a mediados del siglo XIX. La expansión geográfica y las crecientes tareas administrativas convirtieron al Estado en principal lugar adonde debían dirigirse los grupos para presentar reclamos y denunciar

* El autor cita a estas agrupaciones por sus nombres en inglés, que son, respectivamente, (i) *Mothers of East Los Angeles*, (ii) *West County Toxics Coalition* y (iii) *Concerned Citizens of South Central Los Angeles*. No los traduje según mi criterio, sino de acuerdo con publicaciones en español de esas entidades o traducciones aprobadas de libros anteriores; por ejemplo, véanse, respectivamente, los siguientes materiales de internet: <https://calisphere.org/item/bbc9ec5d9eea13e8ce4cea1d53e016/>, <https://libros.metabiblioteca.org/bitstream/001/581/1/Tomando%20en%20Cuenta%20lo%20Importante.pdf> y https://books.google.com.ar/books?id=v1r7yJODevEC&pg=PA27&lpg=PA27&dq=Ciudadanos+preocupados+Centro+Sur+de+Los+%C3%81ngeles&source=bl&ots=JrECqRK6X-&sig=ACfU3U1qSEx8D-CTVkwDpXbf_U-81ZME-QQ&hl=en&sa=X&ved=2ahUKEwi0_dmMzMXoAhUEE7kGHSTKBVoQ6AEwAHoE-CaOQAQ#v=onepage&q=Ciudadanos%20preocupados%20Centro%20Sur%20de%20Los%20%C3%81ngeles&f=false. [N. de la T.].

agravios. Aun cuando la movilización de los movimientos sociales se haya originado en sistemas gubernamentales mayoritariamente democráticos, hoy los movimientos sociales nacionales están presentes en los más diversos contextos políticos y económicos de todo el mundo. Como consecuencia de la expansión colonial, la resistencia anticolonial, la imprenta, las comunicaciones y la construcción de naciones, la forma moderna del movimiento social nacional, basada en la búsqueda de influencia política y en la presentación de reclamos, se difundió desde las metrópolis capitalistas hacia las regiones periféricas de todo el mundo (McAdam *et al.*, 2001; Markoff, 2015a).

El movimiento social nacional es la forma más analizada y estudiada por los investigadores. Sus ejemplos incluyen el movimiento por los derechos civiles, el movimiento de las mujeres, el movimiento ambientalista, el movimiento LGBTQ, el movimiento obrero y el movimiento por los derechos de los discapacitados, entre muchos otros. El siglo XXI presenció el ascenso de varios otros movimientos sociales nacionales, como el movimiento por los derechos de los inmigrantes. El éxito de los movimientos sociales nacionales en la concreción de sus metas más importantes acarrea cambios sociales de gran envergadura. Estos resultados positivos pueden incluir la extensión del derecho al voto y a la ciudadanía, el acceso a la salud, la seguridad del empleo y la creación de leyes que protejan a grupos vulnerables, por citar unos pocos ejemplos. El capítulo 7 se enfoca especialmente en los resultados de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales nacionales de larga duración suelen movilizarse en forma de *campañas*. Los grandes movimientos que perduran a lo largo de décadas, e incluso de siglos, tienden a oscilar entre períodos de fuerte actividad y relativa quietud. El período de quietud –o “suspensión”– puede ser importante para reconstruir el movimiento en entornos hostiles y prepararlo para la próxima ronda de movilizaciones (Taylor, 1989). Cuando los movimientos nacionales de larga data y gran envergadura comienzan a reactivarse, sus movilizaciones suelen adoptar la forma de una campaña enfocada en determinados problemas o metas. Por ejemplo, en años recientes,

el movimiento obrero de los Estados Unidos ha apoyado campañas por el salario vital para el sector de los servicios (como la Lucha por los \$15), mientras que el movimiento feminista lideró y coordinó a otros grupos en las históricas Marchas de las Mujeres entre 2017 y 2020.

Olas de protesta

Las olas de protesta tienen lugar cuando *múltiples movimientos sociales* o grupos sociales participan en constelaciones de protestas sostenidas en el tiempo y extendidas en el espacio (por ejemplo, a escala nacional) (Tarrow, 1989; 2011; Almeida, 2008a y 2011 Della Porta, 2013). En las olas de protesta participan muchos sectores de la sociedad (como los estudiantes, los empleados públicos, los obreros industriales y los trabajadores rurales), con tácticas cada vez más confrontativas. Cabe decir, entonces, que las olas de protesta expanden rápidamente la acción de los movimientos sociales en escala geográfica, diversidad de grupos participantes y cantidad de actividades disruptivas. El término “ola de protesta”, acuñado por Sidney Tarrow (1989), es intercambiable con “ciclos de protesta”^{*} en la obra de otros autores. Las olas se examinan en contextos muy diversos, desde las democracias capitalistas avanzadas hasta los regímenes represivos, los países de bajo desarrollo y algunos escenarios del pasado histórico (Almeida, 2014a). La investigación sobre olas de protesta se enfoca en la emergencia de las olas, su dinámica interna y su difusión a lo largo de un ciclo, así como en los resultados políticos y culturales que dejan como legado estos disensos a gran escala.³

Los ejemplos de estos ciclos u olas abarcan desde las protestas de los campesinos asiáticos en el siglo XIX (White, 1995; Hung, 2011)

* El autor cita dos términos alternativos en este segundo caso, *protest cycles* y *cycles of protest*, que, salvo por un forzamiento innecesario, se traducen igualmente por “ciclos de protesta”.

³ Véanse reseñas sucintas de olas de protesta en Tarrow (1989), Koopmans (2004), Della Porta (2013) y Almeida (2014a).

hasta las olas de los años sesenta y principios de los setenta en Japón (Broadbent, 1998), Italia (Tarrow, 1989) y Estados Unidos (Perrow, 1979); las protestas antiautoritarias de Europa oriental a fines de los años ochenta (Goodwin, 2001); y el disenso nacionalista en los países de la ex Unión Soviética (Beissinger, 2001). Las primeras décadas del siglo XXI se han caracterizado por la oleada de protestas latinoamericanas contra las políticas neoliberales de privatización, libre comercio, austeridad económica y flexibilización laboral. Las principales olas de este período han tenido lugar en Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá y Paraguay (Silva, 2009; Almeida, 2014b; 2016a).

El principal investigador de este tema, Sidney Tarrow (1989; 2011), sostiene que las olas de protesta siguen un patrón parabólico. En otras palabras, hay una apertura de instituciones políticas y una expansión de recursos que fomentan las protestas de uno o unos pocos movimientos sociales (como los movimientos estudiantiles de las universidades), para después extenderse rápidamente a otros grupos (como los obreros industriales, la iglesia y los empleados públicos) mediante el suministro de nuevas oportunidades para la acción, aparejado al hincapié en la vulnerabilidad de ciertos organismos económicos y estatales. La escala de la protesta alcanza su punto máximo con la renovación de los marcos interpretativos, las innovaciones tácticas y la difusión a grupos adicionales. Con el tiempo, la protesta termina por amainar bajo una mezcla de institucionalización, reforma gubernamental, represión estatal y agotamiento de los participantes. Estas etapas representan el “ciclo” de una ola de protesta.

La hipótesis de Tarrow –según la cual las olas de protesta siguen la trayectoria de una U invertida– obtiene sustento empírico en la experiencia de los sistemas democráticos avanzados (por ejemplo, véanse Koopmans [1993] y Kriesi *et al.* [1995]), pero eso no valida su extensión automática a otros contextos políticos y nacionales (McAdam *et al.*, 2001). Los investigadores de la acción colectiva han reconocido las múltiples trayectorias que pueden seguir los ciclos de protesta. La dirección de estas trayectorias depende de los contextos

políticos particulares (o el grado de democratización), de la interacción entre los movimientos y el Estado, y de los movimientos rivales. Tarrow (2018) considera que Estados Unidos ingresó en un ciclo de disenso (es decir, en una ola de protesta) desde fines de 2016, con el ascenso del trumpismo y los múltiples movimientos que constituyen la “resistencia”, incluido el grupo activista Indivisible, con casi seis mil sedes locales en todo el país (Brooker, 2018). De hecho, Kauffmann (2018) se basa en los datos de Crowd Counting Consortium para contabilizar casi veinticinco mil protestas con un total de catorce a veintiún millones de personas en los Estados Unidos desde que Trump asumió el poder en enero de 2017: una actividad de movimiento social superior al apogeo de las protestas multitudinarias que marcaron el fin de los años sesenta.

Las investigaciones recientes hacen hincapié en el poder de las condiciones negativas –como la represión estatal (Brockett, 2005; Chang, 2015) o las políticas económicas desfavorables (Auyero, 2002)– para detonar olas de protesta. Una de las cuestiones más fascinantes para los estudiosos de la acción colectiva gira en torno a la posibilidad de que, bajo circunstancias especiales, una ola de protestas escale o se radicalice hasta convertirse en un movimiento revolucionario (Brockett, 2005; Almeida, 2008 y 2011). Las recientes oleadas de la “primavera árabe” en Libia, Siria y Yemen, que se radicalizaron hasta el punto de la movilización revolucionaria y la guerra civil, dan crédito a esta perspectiva (Alimi, 2016).

Movimientos revolucionarios

La meta primordial de los movimientos revolucionarios es la caída del régimen político e instituciones gubernamentales vigentes (Goodwin, 2001; Goldstone, 2014). Sus participantes no consideran siquiera la posibilidad de reclamar nuevas políticas o mantener los beneficios existentes. Por el contrario, apuntan a sustituir de raíz el sistema de gobierno junto con la totalidad de sus prácticas. Los movimientos revolucionarios suelen emerger de la interacción entre

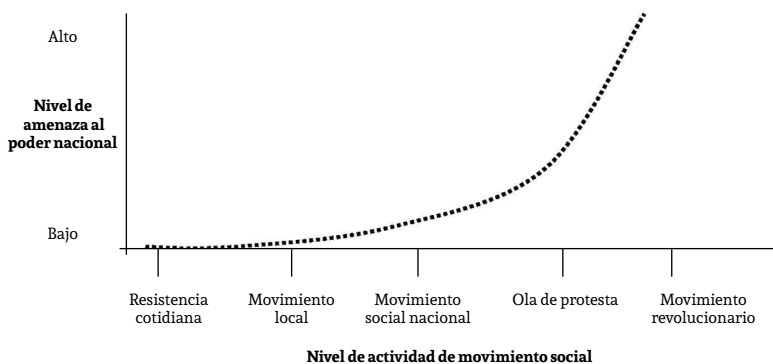
actividades de un movimiento (o movimientos) y un Estado represivo e ilegítimo (Goldstone, 1998; Almeida, 2003 y 2007a). Esta interacción dinámica conduce a la formación de coaliciones opositoras interclasistas (Foran, 2005). Entre las décadas de 1950 y 1980, las movilizaciones revolucionarias de África, Asia y América Latina se basaron principalmente en ataques directos a los organismos coercitivos del Estado: el tipo de estrategia que promovía el revolucionario argentino Ernesto “Che” Guevara. En el siglo XX, los partidos, las organizaciones, las coaliciones ad hoc y las “vanguardias” de tendencia revolucionaria favorecieron o lideraron movimientos cuya meta era la toma del poder político (Lawson 2019).

En el siglo pasado y –más aún– en la época actual, los movimientos revolucionarios forman constelaciones temporales y regionales. Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial presenciaron el ascenso de múltiples movimientos revolucionarios que protagonizaron las luchas anticoloniales de Asia y África, (Goodwin, 2001). Durante las décadas de 1960 y 1970, tras la exitosa Revolución Cubana, surgió una nueva constelación de movimientos revolucionarios en América Latina (Wickham-Crowley, 1992 y 2014). La oleada revolucionaria latinoamericana se extendió hacia América Central a principios de los años ochenta, con el ascenso de movimientos revolucionarios en El Salvador, Guatemala y Honduras, así como el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua (Camacho y Menjívar, 1989; Torres-Rivas, 2011; Álvarez, 2017; Pirker, 2017). Volvimos a observar este tipo de constelación a fines del siglo XX, con las revoluciones que recorrieron Europa oriental entre 1989 y 1991. La tendencia continuó en el siglo XXI, primero con las llamadas “Revoluciones de colores” en los Estados excomunistas a principios de los años 2000, y después con los levantamientos de la “primavera árabe” a partir de 2011.

Antes de los años noventa, los movimientos sociales y las revoluciones se concebían como procesos políticos separados, con especialistas enfocados en uno u otro campo (Goldstone, 1998). En años más recientes, sin embargo, la frontera académica entre los movimientos

sociales y las revoluciones ha comenzado a desdibujarse. Tal como sugiere nuestro ejemplo sobre la ola de protesta que se radicaliza hasta el punto de convertirse en un movimiento revolucionario, la movilización revolucionaria puede concebirse como un tipo particular de movimiento social que se diferencia de sus homólogos convencionales por la meta primordial de derrocar al gobierno (Goodwin, 2001). Para complicar aún más el asunto, algunos grupos de académicos sostienen que un movimiento revolucionario no necesariamente requiere la toma violenta del poder.

Figura 3. Escala de niveles de actividad de los movimientos



De acuerdo con esta concepción emergente, muchos movimientos del “poder popular” están en condiciones de derrocar al gobierno por medio de la resistencia masiva no violenta, tal como ocurrió con Marcos en Filipinas y con el régimen racista del apartheid en Sudáfrica durante los años ochenta, así como con las revoluciones de colores en Europa oriental y la “primavera árabe” en Egipto y Túnez (Schock, 2015b; Nepstad, 2011; Chenoweth y Stephan, 2011). Esto se debe en gran medida a que la mayoría de los Estados mantienen hoy un poder infraestructural capaz de controlar sus territorios y suprimir con eficacia la rebelión armada (Goodwin, 2001). Al mismo tiempo, la acción no violenta permite que los sectores de la sociedad civil

participen más ampliamente en manifestaciones masivas, y encierra el potencial de expulsar a los gobernantes autoritarios (Schock, 2005 y 2008; Coronel, 2016).

El académico de la revolución tercermundista John Foran (2005) lleva este debate aún más lejos cuando sostiene que las revoluciones también pueden ocurrir por medio de elecciones democráticas. Si un partido político llega al poder por vía de las urnas, e introduce de inmediato cambios estructurales, como la redistribución de la tierra y la nacionalización de recursos naturales e industrias cruciales, Foran clasifica ese proceso como una revolución. Como ejemplos, el autor cita la llegada de Allende a la presidencia de Chile en 1970, así como la victoria de Hugo Chávez en la Venezuela de 1999. Los triunfos electorales de Evo Morales en Bolivia (2006) y de Rafael Correa en Ecuador (2007) también se condicen a grandes rasgos con este modelo.

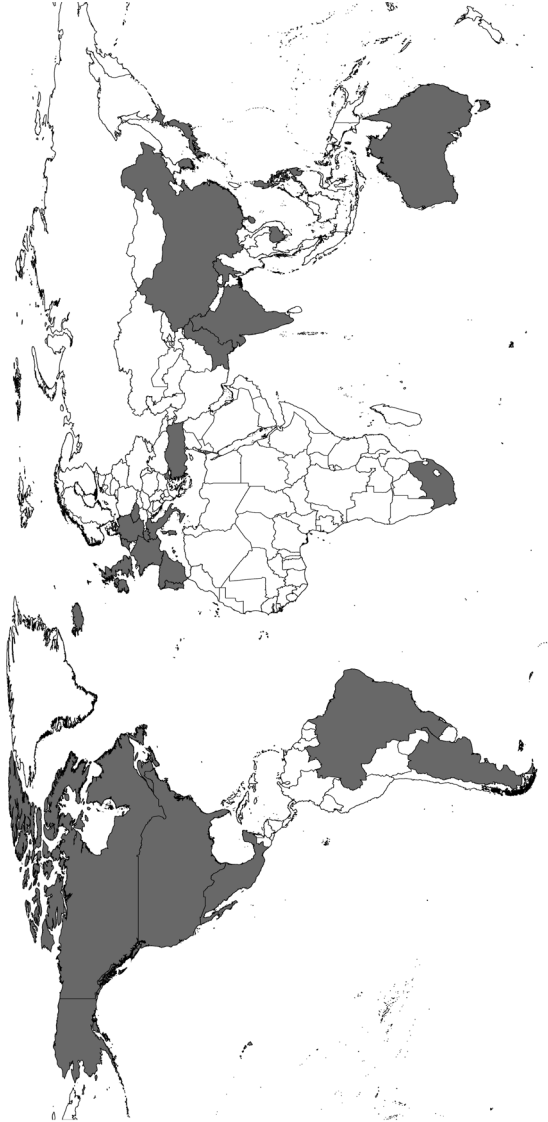
Los cinco niveles de la acción colectiva que hemos resumido más arriba pueden colocarse en un continuo de disensos políticos, que escalan en intensidad de menor a mayor (véase la figura 3). Las formas cotidianas de resistencia apenas trastocan rutinas en escenarios limitados de contextos sumamente opresivos (y a veces, solo en el plano simbólico). Los movimientos locales de base confrontan a las élites al nivel de los pueblos, ciudades y condados. Los movimientos locales rara vez atraen la atención de las autoridades nacionales. Solo los movimientos sociales de alcance nacional comienzan a atraer la atención del poder central, porque se organizan a una escala mucho más amplia, y apuntan al Estado o a las grandes instituciones como blanco de sus demandas. Las democracias estables (donde se celebran elecciones regulares competitivas entre partidos políticos) normalmente están en condiciones de tolerar actividades de movimientos sociales nacionales sin mayores crisis políticas. Los regímenes no democráticos tienden a sentirse amenazados por los movimientos sociales nacionales, por lo cual actúan para suprimirlos por vía de diversas estrategias, desde la represión salvaje hasta la cooptación.

Las olas de protesta atraen a grupos numerosos de múltiples sectores y regiones del país. El descontento masivo de los diversos movimientos sociales que se suman a una ola de protesta atrae considerable atención de los gobiernos nacionales, tanto en los Estados democráticos como en los autoritarios. Los movimientos revolucionarios, por definición, buscan la caída del gobierno existente, y representan la mayor amenaza para quienes se encuentran en el poder. Los movimientos revolucionarios son históricamente raros (Gladstone, 2014) y mucho más propios de los contextos políticos no democráticos (Goodwin y Rojas, 2015).

Movimientos sociales transnacionales

Por último, hay actividades de movimientos sociales que operan a nivel internacional. Los movimientos sociales transnacionales se movilizan en al menos dos naciones y, a menudo, en varias decenas más. Mientras que los movimientos revolucionarios pueden clasificarse como la forma más *intensiva* de movilización, los movimientos transnacionales son su forma más *extensiva*. Los movimientos transnacionales se remontan al menos al siglo XVIII, con los movimientos políticos que demandaban constituciones nacionales y sistemas democráticos en Europa y el Atlántico (Markoff, 2015a). En el siglo XIX hubo movilizaciones en múltiples países contra la esclavitud y en demanda del sufragio femenino, mientras que los movimientos obreros también forjaron lazos más allá de las fronteras nacionales (Keck y Sikkink, 1998). A fines del siglo XX, observamos un aumento pronunciado de los movimientos transnacionales, con las nuevas tecnologías globales de comunicación e información (TCI), así como crecientes preocupaciones planetarias por los problemas sociales que afectan a personas de todo el mundo, como la violación de derechos humanos, la injusticia económica y el calentamiento global (Castells 2015; Bennett y Segerberg 2013; Smith y Wiest 2012). El uso de las TCI causa una variación sustancial entre los movimientos transnacionales, que de hecho es observable en algunos de los casos

Figura 4. Protestas contra la Organización Mundial del Comercio (OMC), 1999



Fuente: Almeida y Lichbach, 2003.

más importantes de la actualidad, desde el Estado Islámico de Iraq y el Levante (EIIL) hasta el movimiento mayormente pacífico por la justicia climática.

La figura 4 cartografía las protestas mundiales en una de las primeras campañas transnacionales por la justicia económica global: la Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle, a fines de 1999.

Los activistas convergieron en Seattle para llevar a cabo una semana de protestas contra la globalización del libre comercio, por cuestiones que abarcaban desde las protecciones ambientales hasta el debilitamiento de las normas laborales (Smith, 2001). Al mismo tiempo, hubo manifestaciones y protestas solidarias en países de todo el mundo (los que están sombreados en el mapa de la figura 4) (Almeida y Lichbach, 2003). Estas movilizaciones configuraron el modelo de las protestas transnacionales simultáneas por la justicia económica mundial en el siglo XXI, así como el de las campañas transnacionales contra la intervención militar extranjera y por la justicia climática. La figura 4 también suscita varias preguntas interesantes para los investigadores de los movimientos sociales. En el primer lugar de importancia, ¿por qué en algunos países hubo una protesta o una manifestación contra la OMC, mientras que en muchos más no se registró ninguna? ¿Qué patrones emergen entre los países que protestaron y los que no protestaron? Hacia el final de este capítulo, los lectores tendrán más ideas acerca de cómo buscar la respuesta a estas preguntas mediante diversos métodos de investigación. Y, hacia el final del capítulo 8, es posible que los lectores ya tengan planes de diseñar un estudio que incorpore la teoría y los métodos para llevar a cabo un proyecto de investigación sobre movimientos transnacionales.

La identificación del nivel de actividad de movimiento social suministra un punto de partida para comprender la dinámica de la acción colectiva y sus probables resultados. También se emplean métodos y estrategias particulares de investigación para hacer un seguimiento de sus variaciones. El cuadro 1 resume estas formas crecientes de movilización colectiva.

Cuadro 1. Niveles de actividad de movimiento social

<i>Nivel de actividad</i>	<i>Características centrales</i>	<i>Ejemplos</i>
Formas cotidianas de resistencia	Pequeños actos de resistencia por parte de grupos pequeños en condiciones de extrema opresión	Disminución del ritmo de trabajo (por ejemplo, a través de demoras y pausas innecesarias) en los sistemas de plantaciones; tararear el himno nacional bajo ocupación militar extranjera
Movimientos locales y grupos de base	Grupos comunitarios que luchan en torno a un agravio local, con las elites políticas y económicas locales como blanco de la protesta	Movilización local contra instalaciones contaminantes, como vertederos de basura, incineradores, minería; luchas barriales en reclamo de parques, aceras e iluminación pública, y contra la violencia social
Movimientos sociales nacionales	Luchas organizadas a nivel nacional, con metas amplias de cambio e integradas por muchas organizaciones sociales	Movimientos de mujeres, movimientos laborales, movimientos ambientalistas, movimientos por los derechos de los inmigrantes
Olas de protesta	Múltiples grupos y movimientos sociales que actúan al mismo tiempo, con un nivel acrecentado de protesta en todo el territorio nacional	Protestas en los Estados Unidos durante la década de 1960 hasta principios de los años setenta, Ecuador, 1997-2001; Argentina, 1997-2002; Chile, 2019-2020; Bolivia, 2000-2005; Honduras, 2009-2011; Siria, 2011-2012; España, 2011-2014; Grecia, 2010-2014
Movimientos revolucionarios	Movimientos que buscan el derrocamiento del gobierno y la toma del poder estatal como su principal objetivo	Revoluciones francesa, rusa, china, cubana, mozambiqueña, sandinista e iraní; “primavera árabe”
Movimientos sociales transnacionales	Movimientos que se organizan en múltiples países y coordinan sus acciones	Movimiento por los derechos humanos, movimiento por la justicia climática, redes de terrorismo internacional

Con este esquema de clasificación, los estudiantes de los movimientos sociales pueden identificar mejor el tipo de acción colectiva que observan, así como formarse expectativas sobre el nivel de movilización, el contexto de la lucha y el espectro de posibles resultados.

Métodos y herramientas de investigación

En el estudio de los movimientos sociales se emplean los mismos métodos convencionales que en otras subdivisiones de la sociología, así como en las ciencias sociales en general. Además, los investigadores de diversas disciplinas humanísticas, como la historia, los estudios étnicos y la antropología social, también estudian movimientos sociales con herramientas similares de investigación, como la observación, las entrevistas, la historia oral y los archivos históricos. En esta sección, exploramos los métodos básicos para comprender los movimientos sociales, así como las dimensiones particulares de la acción colectiva que revela cada técnica.

Entrevistas

Las entrevistas con líderes y participantes proveen uno de los métodos más aptos para comprender la dinámica de los movimientos sociales. Son “una de las vías principales a través de las cuales los investigadores implican activamente a los consultados en la construcción de datos sobre su vida” (Blee y Taylor, 2002, p. 92). Las entrevistas con líderes de movimientos suelen ser muy esclarecedoras respecto del modo en que los movimientos elaboran estrategias en función de las tácticas, los destinatarios o blancos y las metas. Los líderes de los movimientos también pueden ofrecer información indispensable sobre la historia del movimiento, así como referencias de otros miembros a los que con venga entrevistar (muestreo “bola de nieve” o *snowball*). La posibilidad de entrevistar a líderes de movimientos sociales suele involucrar el conocimiento previo de otros participantes o intermediarios cruciales, capaces de responder por el investigador. Cuando los movimientos actúan en tiempo real, es posible que los líderes miren con suspicacia a los periodistas y académicos que intentan entrevistar a los participantes.⁴

⁴ La infiltración de los movimientos es común en las campañas de todo el mundo que apuntan a alterar la distribución del poder político y económico (Cunningham, 2004).

Las entrevistas también pueden conducir a otras fuentes de información, como los archivos del movimiento y de otras organizaciones relevantes que participan en una campaña. Dado que ciertos movimientos no aparecen en los medios periodísticos ni están documentados en los archivos históricos, una de las únicas vías para sentar las bases de lo que ocurrió es la interrogación sistemática de las personas inmersas en la lucha o próximas a ella (Della Porta, 2014). Esto se aplica sin duda a las resistencias que hemos identificado como “armas de los débiles” o “cotidianas” (así como a los movimientos locales de base). Solo las entrevistas a miembros de la comunidad y a sobrevivientes que fueron sometidos a actos extremos de sojuzgamiento permiten documentar ciertas microformas de la desobediencia. En relación con esto, cabe decir que muchos movimientos rurales del pasado carecían de documentación escrita. Un ejemplo que ilustra varias de estas limitaciones es el estudio de Jeffrey Gould y Aldo Lauria-Santiago (2008) sobre la revuelta y subsecuente masacre de los trabajadores salvadoreños en 1932. Estos dos historiadores sociales realizaron más de doscientas entrevistas de historia oral con los sobrevivientes y sus familiares en el oeste de El Salvador, entre fines de los años noventa y principios de la década siguiente, que incluyeron tanto a personas de edad avanzada como a hijos de las víctimas. Los datos obtenidos de las entrevistas permitieron dilucidar cómo se había desarrollado la interacción social entre los trabajadores rurales y urbanos antes del levantamiento, hasta el punto de posibilitar la revuelta aun cuando el gobierno se había vuelto mucho más represivo. En resumen, mediante el proceso de las entrevistas (combinadas con materiales de archivo), Gould y Lauria-Santiago reconstruyeron una de las más grandes revueltas latinoamericanas durante la Gran Depresión, así como uno de los mayores actos de genocidio contra los pueblos originarios del hemisferio occidental en el siglo XX.

Las entrevistas suelen durar de treinta minutos a varias horas. La mayoría de los investigadores prepara de antemano una serie de preguntas bien reflexionadas (un protocolo de entrevista) que formulará a múltiples participantes del movimiento, así como a personas del

entorno (Blee y Taylor, 2002). El protocolo de entrevista se basa en la comprensión del movimiento que tiene el investigador, así como en las teorías prevalentes de los movimientos sociales que guían las explicaciones causales del área en cuestión. Entrevistar es una destreza. Algunas de las mejores entrevistas deben sus buenos resultados a la flexibilización del protocolo, así como al seguimiento de respuestas intrigantes, con información previamente desconocida sobre la dinámica del movimiento. Los académicos también necesitan técnicas para evitar que los consultados tomen el control de la entrevista mediante respuestas prolongadas que no abordan los problemas de interés para la investigación. En la excelente crónica de la investigación que Dahlerus y Davenport (1999) llevaron a cabo con miras a reconstruir la lucha del Partido Black Panthers (del movimiento “Black Power”) entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, los autores documentan en detalle muchos de los problemas que plantea la tarea de entrevistar a personas que participaron en un movimiento social del pasado.

Observación

Otra estrategia fundamental de los investigadores es la observación de los movimientos sociales en el terreno. Ese es precisamente el método que usó James Scott para descubrir las formas cotidianas de resistencia en el sureste de Asia (Scott, 1985; 1990). En la investigación sobre la acción colectiva, este método suele involucrar la *observación participante*, en cuyo marco el investigador también participa activamente en el movimiento estudiado “mientras se desarrolla el movimiento” (Lichterman, 2002, p. 120). Los investigadores recaban datos en uno o varios sitios, compilando notas extensas sobre la base de las observaciones que realizaron en el terreno a lo largo de varios meses, o incluso años. El terreno observado puede ser una determinada organización de movimiento social (SMO), un sindicato u otro lugar donde esté emergiendo o haya emergido una acción colectiva. Este método de investigación requiere un alto nivel de confianza entre

el investigador y las personas que forman parte del movimiento. La observación participante sirve especialmente para dilucidar estrategias, ideologías y emociones al interior de los movimientos sociales. Estos aspectos fundamentales de los movimientos suelen ser difíciles de identificar o extraer por medio de otros métodos. La observación participante, así como las etnografías de la dinámica de los movimientos sociales, también suministran información vital sobre lo que ocurre “entre los bastidores” de una movilización, un aspecto inobservado en los eventos de protesta públicos que se estudian con mayor frecuencia (Balsiger y Lambelet, 2014).

Algunos de los mejores trabajos académicos sobre la movilización de los trabajadores agrícolas en la costa oeste de los Estados Unidos fueron realizados por participantes y organizadores (Ganz, 2009; Pawel, 2010; Bardacke, 2012; Sifuentez, 2016). Marshall Ganz, por ejemplo, se desempeñó durante más de dieciséis años (1965-1981) como organizador de United Farm Workers [Trabajadores Agrícolas Unidos]. Sobre la base de sus notas en el terreno y otras evidencias documentales, Ganz produjo un libro innovador sobre los ingredientes necesarios para el éxito de una estrategia organizacional aplicada por equipos de líderes provenientes de las comunidades a las que se intenta movilizar (Ganz, 2009). Las luchas locales o las secciones locales de movimientos más abarcadores –como los aspectos municipales de Occupy Wall Street– también se prestan mejor a la observación participante que los niveles más macro de acción colectiva (King, 2017). Gran parte de nuestro saber más profundo sobre las luchas locales por la justicia ambiental se basa en las técnicas de observación participante (Lichterman, 2002; Shriver *et al.*, 2008). Flores (2018) utiliza estas técnicas para demostrar los poderes redentores de la participación en movimientos populares contra las leyes punitivas que privan a los exreclusos de acceder a oportunidades laborales.

Algunos investigadores incluso combinan las entrevistas con la observación directa en el terreno para explicar cuestiones críticas como la *falta de movilización* en presencia de severos agravios y amenazas. Auyero y Swistun (2009) se valieron de técnicas etnográficas

para comprender por qué los habitantes de Dock Sud –un distrito pobre del gran Buenos Aires– no se movilizaban contra la contaminación local. Con sus métodos etnográficos “cubistas” (que enfatizan múltiples puntos de vista), los autores entrevistaron y observaron a un amplio abanico de actores locales relevantes, desde habitantes de la comunidad, médicos, abogados, administradores de la salud pública y funcionarios gubernamentales, hasta representantes de las plantas industriales adyacentes que eran responsables de la contaminación. El estudio demostró que la prevalencia de opiniones confusas e inciertas entre los habitantes del barrio carenciado redundaba en una escasa acción colectiva, así como en la continuación del sufrimiento.

Encuestas

Las encuestas proveen un conjunto de preguntas estandarizadas que suelen usarse para la investigación cuantitativa en las ciencias sociales. Los académicos especializados en el tema pueden implementar una encuesta entre los individuos u organizaciones de los movimientos sociales con el fin de recabar información sistemática sobre la dinámica del movimiento. Por ejemplo, Andrews *et al.* (2010) encuestaron a una muestra de secciones de la organización Sierra Club para demostrar los procesos de liderazgo en los movimientos sociales ambientalistas. Las encuestas se utilizan con mayor frecuencia a nivel individual. Uno de sus usos más comunes es la indagación sobre el nivel de participación del encuestado en actividades de movimiento social.

Los investigadores de los movimientos sociales suelen usar dos tipos de encuestas: las encuestas de poblaciones generales y las encuestas centradas en movimientos sociales particulares. Las encuestas de poblaciones generales se realizan sobre una muestra aleatoria de la población nacional o regional, con preguntas referidas al interés de los consultados en la política, aparejadas a muchas otras acerca de sus antecedentes biográficos y demográficos (edad, educación,

género, empleo, etc.). En general, algunas de las preguntas inquieran sobre diversas formas de participación política que el consultado haya experimentado durante el año anterior (votar, firmar peticiones, entablar contacto con un político y protestar). La encuesta social general de los Estados Unidos está diseñada de esta manera, con el fin de obtener información sobre la participación en protestas durante el año previo.⁵ En la mayoría de los años, aproximadamente el 5% de la población estadounidense ha respondido de manera afirmativa a la consulta sobre su participación en alguna manifestación de protesta. Otros investigadores estadounidenses han usado encuestas nacionales acerca de la participación cívica, como el Estudio sobre la Participación Ciudadana en los Estados Unidos (Schussman y Soule, 2005; Lim, 2008).⁶ Los científicos sociales también han implementado reiteradamente este tipo de encuestas generales en otras regiones del mundo, con el fin de observar tendencias a lo largo del tiempo. Estas encuestas regionales incluyen “América Latina: proyecciones de población”, Barómetro Latinoamericano, Eurobarómetro y Barómetro Africano (Pilatti, 2011). A escala global, los estudiantes e investigadores han indagado sobre los movimientos sociales con la Encuesta Mundial de Valores (World Values Survey), cuyo diseño –incluidas las preguntas– está estandarizado para numerosos países de todos los continentes. La Encuesta Mundial de Valores permite evaluar tendencias mundiales de largo plazo en la protesta individual (Dodson, 2011). Muchos estudiantes y profesores acceden a estos datos a través de suscripciones universitarias o en sitios de internet abiertos al público general.

Las encuestas nacionales ofrecen herramientas excelentes para dilucidar la variación interindividual en el comportamiento general de la protesta. Permiten responder preguntas tales como: ¿Los

⁵ La Encuesta Social General de los Estados Unidos [General Social Survey] (GSS por su sigla en inglés) está disponible en <http://gss.norc.org/>.

⁶ El Estudio sobre la Participación Ciudadana en los Estados Unidos [American Citizen Participation Study] está disponible en www.icpsr.umich.edu/icpsrweb/ICPSR/studies/6635.

votantes del partido republicano protestan más que los del partido demócrata? ¿Los desempleados actuales son más propensos a participar en una protesta que las personas con empleo estable? No obstante, las encuestas a nivel nacional también tienen sus limitaciones. La mayoría solo incorpora un módulo con un puñado de preguntas generales acerca de la protesta y la participación cívica. Las encuestas sociales generales no suelen incluir preguntas sobre el tipo de movimiento al que pertenecen los consultados, ni sobre el tema específico de la protesta. En consecuencia, estas encuestas carecen de la información contextual que muchos académicos de los movimientos sociales tratan de comprender, como los movimientos y las protestas particulares (por ejemplo, paros sindicales, manifestaciones por los derechos de los inmigrantes, movilizaciones del Tea Party). A fin de elucidar este tipo de información contextual, los investigadores se valen de encuestas orientadas a movimientos sociales específicos.

La investigación de los movimientos sociales basada en encuestas se enfoca mayoritariamente en tipos particulares de movimientos, como los grupos ambientalistas, el movimiento de las mujeres o los derechos de los inmigrantes. El enfoque en un movimiento particular permite desarrollar diseños de investigación que se ajusten a las condiciones más importantes de la lucha en cuestión. Uno de los diseños más comunes gira en torno a la comprensión de las diferencias entre los individuos que se alistan en un movimiento social específico y los que se quedan en su casa. Los investigadores comienzan por identificar un conjunto de personas simpatizantes del movimiento; después, a partir de allí, hacen una muestra de la población afín y terminan con datos sobre las personas que participaron y las que no lo hicieron. El protocolo de la encuesta incluye una serie de preguntas sobre posibles correlatos de participación, desde las creencias ideológicas y la pertenencia a organizaciones cívicas hasta las redes de amistad (el capítulo 6, sobre la participación individual en movimientos, ahonda en estas cuestiones).

Archivos y datos secundarios

Los investigadores de los movimientos sociales también basan sus análisis en archivos históricos y datos secundarios. Los archivos históricos sirven para reconstruir movimientos del pasado, ya sean de hace décadas o de hace siglos. Ho-fung Hung (2011) usó archivos chinos de varios siglos para demostrar cómo cambiaron las formas de protesta en China entre diferentes dinastías, desde las protestas que se dirigían a las autoridades locales hasta las que involucraban viajes a capitales regionales para entregar peticiones. Los archivos históricos pueden incluir diversos registros escritos sobre actividades de movimientos, desde documentos policiales, recortes de periódicos, propaganda y gacetillas de movimientos, hasta diarios de sus líderes y participantes. Por ejemplo, uno de los documentos más preciados para los académicos que estudian el movimiento de los Trabajadores Agrícolas Unidos (UFW), liderado por César Chávez y Dolores Huerta en las décadas de 1960 y 1970, es el periódico sindical *Malcriado*.⁷ Estas fuentes son de utilidad para los investigadores cualitativos (como los historiadores) y los sociólogos comparativos e históricos, así como para los investigadores cuantitativos, si es que contienen información suficiente como para codificar de manera sistemática eventos tales como las protestas.

Los datos secundarios son información recabada por otro investigador o por una agencia estatal, con propósitos que a menudo no están relacionados con el estudio de los movimientos sociales. Los registros gubernamentales, como el censo poblacional, son una fuente de datos secundarios. El censo provee información básica de las distintas unidades geográficas que componen el país, con datos como el tamaño y la densidad de la población, el ingreso de los hogares, el empleo y la composición étnica de las comunidades. Otros tipos de datos gubernamentales pueden provenir de ministerios tales como el de agricultura y el de trabajo; por ejemplo, la cantidad de huelgas

⁷ Este periódico está archivado en la Universidad de California, San Diego, en el marco del Proyecto Farmworker Movement Documentation [Documentación del Movimiento de Trabajadores Agrícolas].

anuales y las industrias destinatarias (Cohn, 1993). Los datos secundarios pueden ser de especial utilidad para los análisis cuantitativos de la movilización en distintas regiones o a lo largo del tiempo.

Análisis de las protestas

Un método prominente en los estudios de los movimientos sociales es el análisis de los eventos de protesta. Esta técnica involucra el conteo sistemático de las protestas y la clasificación de sus formas (por ejemplo, convencionales, disruptivas, violentas). El análisis de las protestas es una variante metodológica del análisis de contenidos (Rucht *et al.*, 1999; Koopmans, 2002); es un análisis de contenidos textuales (Hutter, 2014) que suministra información sobre la “acción colectiva distintiva en pos de una meta explícita mediante el uso de medios confrontativos, disruptivos, o incluso violentos” (Rucht y Ohlemacher, 1992, p. 77). Los analistas de protestas dividen el proceso en dos etapas. La primera involucra la selección de artículos publicados en una o varias fuentes noticiosas, como los que se archivan digitalmente en las bases de datos LexisNexis Academic Universe y NewsBank.⁸ La segunda etapa consiste en codificar y analizar el contenido de esos artículos de acuerdo con un protocolo diseñado de antemano. El protocolo de codificación distingue los diversos tipos de protesta en función del tiempo, la frecuencia, los grupos participantes, los objetivos de los reclamos populares (es decir, los destinatarios o blancos de la protesta) y la ubicación geográfica.

⁸ *LexisNexis* y *NewsBank* son empresas que almacenan de datos periodísticos, con archivos digitales de innumerables periódicos, cables y otros canales de noticias. Muchas universidades pagan una suscripción a este servicio para uso de los estudiantes, empleados y docentes. Véase también en Hunter (2014, p. 340) una lista de nueve bases de datos sobre eventos de protesta, disponibles para el público general. Otras bases de datos sobre protestas son Cross National Time Series Data, de Arthur Banks (www.cntsdata.com/); Nonviolent and Violent Campaigns and Outcomes (NAVCO) Data Project, de Erica Chenoweth (www.du.edu/korbel/sie/research/chenow_navco_data.html), y The World Handbook of Political Indicators, de J. Craig Jenkins (<https://mershoncenter.osu.edu/research/2010-2011/world-handbook-of-political-indicators-iv.html>).

El cuadro 2 ejemplifica un protocolo de codificación.⁹ Una vez diseñado el protocolo, los investigadores se basan en él para identificar las tendencias temporales y espaciales de la protesta, así como la forma que adquieren los eventos. El esquema de codificación sirve tanto para enfocarse en un movimiento particular (por ejemplo, los derechos de los inmigrantes) como para analizar una ola de protesta en toda su extensión. El protocolo del cuadro 2 se utilizó para codificar los eventos de protesta según la información que publicó un diario salvadoreño entre 1962 y 1981. El proyecto, que identificó 4.151 eventos de protesta, se usó para demostrar la existencia de dos olas de protesta en El Salvador. Mediante el uso de esta estrategia (Almeida, 2003; 2011), el investigador demostró de qué manera la protesta social fue escalando desde las primeras manifestaciones pacíficas hasta la formación de un movimiento revolucionario, a medida que el gobierno reprimía con creciente violencia las olas de protesta.

Otra importante iniciativa dedicada a analizar eventos de protesta en los Estados Unidos es el proyecto de la Universidad de Stanford sobre “Dinámica de la acción colectiva”. El equipo de investigadores recolectó más de treinta mil eventos de protesta codificando los ejemplares diarios que publicó el *New York Times* entre 1960 y 1990.¹⁰ Estos datos sobre eventos de protesta han servido para producir como mínimo una docena de estudios pioneros.¹¹ Las publicaciones basadas en datos de los eventos arrojan luz sobre la influencia de la protesta en las leyes y votaciones del congreso (McAdam y Su, 2002; King *et al.*, 2007; Olzak *et al.*, 2016), así como en la fluctuación de los precios bursátiles (King y Soule, 2007) y en la excesiva dotación policial asignada a las manifestaciones de afroamericanos (Davenport *et al.*, 2011).

⁹ Este protocolo es una versión modificada por Almeida (2008a) para su estudio sobre las olas de protesta en El Salvador. Se basa en el esquema de Tarrow (1989) para codificar las olas de protesta en Italia.

¹⁰ Véase <https://web.stanford.edu/group/collectiveaction/cgi-bin/drupal/>. Véase una breve descripción del proyecto en www.unc.edu/~fbaum/papers/August_2007_Conference/dynamics_of_collective_protest.ppt.

¹¹ Véase una lista de publicaciones del proyecto sobre la dinámica de la acción colectiva en <https://web.stanford.edu/group/collectiveaction/cgi-bin/drupal/node/5>.

Cuadro 2. Reglas de codificación para los datos sobre eventos de protesta

<p><i>Evento de protesta:</i> acción o reclamo efectuado en determinado momento por un grupo de tres o más personas ajenas al gobierno, y dirigido contra élites e instituciones económicas y/o políticas.</p>
<p>Tiempo</p> <p><i>Fecha del evento:</i> Día (mes y año) en el que tuvo lugar el evento reportado. También, por separado, registrar la fecha en la que el evento se informó en la prensa, así como el número de página y el nombre del periódico.</p>
<p>Geografía</p> <p><i>Lugar:</i> Ciudad, municipio, condado, departamento/estado donde ocurrió el evento. Los eventos nacionales, como las huelgas de alcance nacional, se registran como "nacionales".</p>
<p>Números</p> <p><i>Número de participantes:</i> Registrar el número exacto si este se enuncia de manera explícita. Inferir adjetivos como "muchos", "numerosos", etc.</p>
<p>Grupos</p> <p><i>Actor responsable:</i> Nombre de la organización o el movimiento cuyos miembros participan en el evento de protesta.</p> <p><i>Sector social participante:</i> Registrar sectores como estudiantes, maestros, trabajadores urbanos, campesinos, vendedores de un mercado, empleados públicos, profesionales, grupos parroquiales u otros que participen en el evento de protesta.</p>
<p>Protesta no violenta</p> <p><i>Huelga o paro:</i> Todas las suspensiones del trabajo que lleven a cabo los empleados rurales, fabriles, de servicios o del gobierno. Incluir también a los estudiantes que se nieguen a asistir a clases. La huelga es a nivel de la fábrica o el lugar de trabajo, no de la industria.</p> <p><i>Marcha/Manifestación:</i> Evento de protesta que involucra el movimiento de un grupo a través de un espacio público, usualmente en forma de columna, con reclamos dirigidos a un destinatario cercano.</p> <p><i>Petición/Delegación:</i> Presentación de demandas políticas, ya sea por escrito o en el marco de una reunión grupal con autoridades.</p> <p><i>Concentración/Congregación pública:</i> Grupo que se reúne en público para hacer o analizar reclamos políticos en un solo espacio físico.</p> <p><i>Declaración pública:</i> Reclamo político a través de un periódico, una conferencia de prensa u otros canales de comunicación masiva.</p> <p><i>Propaganda:</i> Distribución de textos políticos, como volantes, boletines o mensajes difundidos por medios audiovisuales.</p> <p><i>Pintadas:</i> Pintadas de símbolos y eslóganes políticos en espacios públicos.</p>

Protesta disruptiva

Sentada: Ocupación física de un espacio público por parte de un grupo que hace reclamos políticos o económicos.

Barricadas: Uso de diversos objetos para obstruir el tránsito o mantener a raya a las fuerzas de seguridad.

Ocupación de iglesia: Toma de una iglesia o de instalaciones eclesíásticas por parte de un grupo.

Ocupación del lugar de trabajo: Toma del lugar de trabajo por sus empleados.

Ocupación de edificio gubernamental: Toma de una sede administrativa gubernamental por parte de un grupo.

Ocupación de mercado: Toma física de un edificio o espacio mercantil por parte de un grupo.

Ocupación de embajada/edificio extranjero: Toma de una embajada o un edificio extranjero por un grupo de protesta.

Toma de tierras: Ocupación de tierras por parte de un grupo.

Ocupación de instituciones educativas: Toma de escuelas, universidades u otras sedes educativas por parte de estudiantes, docentes o padres. También, ocupación de departamentos académicos individuales dentro de una universidad.

Corte energético: Corte de electricidad realizado por trabajadores de plantas estatales.

Formas violentas de protesta

Atentado con armas de fuego: Uso de armas de fuego en un evento político, como los atentados contra las fuerzas de seguridad y los asesinatos políticos.

Incendio premeditado/Vandalismo/Sabotaje: Incendio o destrucción de propiedades gubernamentales y privadas por parte de grupos politizados (por ejemplo, incendio de autobuses, destrucción de servicios públicos).

Ocupación de Radio/TV: Toma forzosa de una estación radiofónica o un canal televisivo con el fin de transmitir un reclamo político o económico.

Secuestro: Acción de un grupo politizado que consiste en llevarse a una persona de su casa, trabajo u otro lugar por medio de la fuerza.

Bomba: Detonación de materiales explosivos por parte de grupos politizados.

Ocupación de municipio: Toma forzosa de un municipio o plaza central de una municipalidad por parte de un grupo politizado.

Tiroteo: Intercambio de disparos entre grupos politizados y fuerzas de seguridad, pero solo cuando el ataque es iniciado por el gobierno, o cuando no está claro quién tomó la iniciativa.

Reclamos

Tipo de demanda: E = demandas económicas, que extienden o defienden beneficios materiales existentes para los demandantes. P = demandas políticas, que involucran decisiones de las autoridades en relación con la extracción y la distribución de recursos y valores sociales. O = otras demandas, no explícitamente políticas o económicas.

Destinatario o blanco de la protesta: Pr = presidente de la república; Pa = parlamento/ asamblea legislativa; G = ministerio, oficina o persona representante del gobierno nacional; L = gobierno local; C = capitalista, propietario de empresa privada, ya sea industrial o agrícola; D = director de firma privada o institución pública; FS = fuerzas de seguridad, como la policía, el ejército, la gendarmería y otras unidades de la ley y el orden; O = Otras. Registrar destinatarios o blancos múltiples.

Protesta violenta/no violenta

Los eventos violentos involucran la intención de dañar propiedades o lesionar personas. Los eventos no violentos no se realizan con la intención de dañar propiedades o lesionar personas. Violencia = atentado con armas, tiroteo, ocupación de municipio, ocupación de radio, bomba, incendio premeditado/ vandalismo, secuestro.

Fuente: Este protocolo es la versión modificada que usó Almeida (2008^a y 2011) para su estudio sobre las olas de protesta en El Salvador, basado en el esquema de Tarrow (1989) para codificar las olas de protesta en Italia.

Estos esquemas de codificación también sirven para demostrar la distribución geográfica de la protesta entre distintas unidades políticas, como ciudades, condados o municipios, o incluso naciones (Auyero, 2007; Almeida, 2014b y 2016a; Biggs y Andrews, 2015).

Los periódicos son una de las fuentes informativas más utilizadas en el análisis de la protesta. Los periódicos tienen tres propiedades que los dotan de un atractivo especial para los investigadores de los movimientos sociales: (1) continuidad, (2) amplia cobertura, (3) fiabilidad (Koopmans, 1999). La *continuidad* de los periódicos se refiere a la extensión de su cobertura durante períodos prolongados. Según el periódico de que se trate, la cobertura puede extenderse a lo largo de décadas, o incluso hasta más de un siglo, en casos como el del *New York Times* y el *London Times*. Ello implica la posibilidad de documentar el ascenso y la caída de un movimiento social a lo largo del tiempo, mediante la cuantificación y la medición de los eventos de protesta. La

amplia cobertura de los periódicos ofrece la ventaja de captar actividades de los movimientos sociales más diversos, como el movimiento de las mujeres, las movilizaciones LGBTQ, las marchas por los derechos civiles, las agrupaciones juveniles y otras protestas impulsadas por grupos de todo tipo. Combinando las propiedades de continuidad y amplia cobertura, un estudiante de los movimientos sociales puede demostrar el estallido de una ola de protesta mediante la documentación de un período exacerbado de actividades impulsadas por múltiples grupos. Por último, los periódicos ofrecen cierto nivel de *fiabilidad* y estandarización, en la medida en que publican reiteradamente el mismo tipo de artículos para informar sobre el mismo tipo de eventos. Pese a todas sus deficiencias, los periódicos, en comparación con la mayoría de sus alternativas, siguen siendo las fuentes más confiables, duraderas y consistentes para estudiar las protestas a lo largo de períodos prolongados y en múltiples regiones geográficas.

Los periódicos también adolecen de tres sesgos cruciales, que los investigadores deben tomar en cuenta: (1) la intensidad, (2) la proximidad y (3) la ideología (Koopmans, 1999). El sesgo de *intensidad* se relaciona con la magnitud de una protesta. Los periódicos y los reporteros son más propensos a cubrir protestas multitudinarias, violentas o disruptivas, o bien aquellas que involucran arrestos u otras acciones policiales. La *proximidad* se relaciona con las protestas que son geográficamente cercanas a la sede de un periódico importante o al lugar donde trabaja un corresponsal. De aquí se deduce que los movimientos sociales de las ciudades reciben mayor cobertura que los de las zonas rurales. Si un investigador decide estudiar un movimiento cuyas actividades se concentran en una región particular, el recurso más conveniente pueden ser los periódicos locales. Por ejemplo, *Los Angeles Times* sería una fuente más adecuada que el *New York Times* para una investigación sobre los movimientos sociales de la costa oeste. Los periódicos también se caracterizan por mantener un sesgo *ideológico*, que depende de los propietarios y la dirección editorial. Desde este punto de vista, los periódicos conservadores serían más propensos a cubrir movimientos conservadores, como los

anti-inmigrantes, los antiabortistas y las movilizaciones de la derecha cristiana. Los periódicos progresistas, en cambio, se inclinarían por los movimientos más afines a la izquierda, como el sindicalismo y el ambientalismo. Además, los periódicos son una mejor fuente de datos “duros” que de datos “blandos” (Earl *et al.*, 2004). Los datos duros incluyen el lugar donde ocurrió la protesta, la cantidad de participantes y el tipo de acción elegida (el dónde, el quién y el qué de la protesta). Los periódicos tienden a ser bastante deficientes en lo que concierne a informar sobre los aspectos “blandos” de los movimientos, como las motivaciones, los “marcos” y las ideologías de los participantes. Es ahí donde las entrevistas y la observación complementan la información de los periódicos: una estrategia de investigación conocida como “triangulación”.

En América Latina hay muchas iniciativas para construir bases de datos de eventos de protesta (véase las colecciones de: López Maya, 1999; Almeida y Cordero Ulate, 2017 y el Observatorio Social de América Latina de CLACSO). En Colombia, el equipo de Movimientos Sociales del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) construyó una Base de Datos de Luchas Sociales (BDLS) que contiene información sobre movilización social en el país desde 1975 (Archila *et al.*, 2002; Archila *et al.*, 2019). En Venezuela existe la Base de datos El Bravo Pueblo (Bdebp) con eventos de protesta desde 1983 (López Maya y Lander, 2006). El Observatorio de Conflictos de CERES en Bolivia, tiene una base de datos de más de 19 mil eventos entre 1970 y 2018 (Laserna, 2020). La “Base de Protestas Sociales en Perú” registró cerca de 20 mil eventos entre 1980 y 2015 (Arce, 2017). En México, el Laboratorio de Análisis de Organizaciones de los Movimientos Sociales (LAOMS) ha documentado eventos desde 2000 (LAOMS 2017; Cadena-Roa 2016) y la base de datos “la contienda popular mexicana” (MPCD) ha recopilado eventos de protesta desde 1955 (Wada, 2018). La revista Ecuador Debate también ha coordinado un registro de conflictos (Ecuador Debate 2007-2017: Ortiz, 2020). El Observatorio de Conflictos en Chile ha registrado acciones colectivas desde 2009 (Garretón, Joignant, Somma y Campos, 2018). El Grupo de Estudios

sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC) registró protestas en Argentina desde 1989 (Pereyra, Perez y Schuster, 2017). Otras fuentes de acciones de movimientos sociales en Argentina de largo dato incluyen La Consultora de Investigación Social Independiente por los años 1990 (Giarracca, 2003), el Centro de Estudios Nueva Mayoría por los años 1990 y 2000, y Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad (PIMSA) (Cotarelo y Iñigo Carrera, 2004). También en Centroamérica, hay investigaciones usando bases de datos de eventos de protesta del largo dato y campañas específicas contra el neoliberalismo (Almeida, 2011 y 2016a; Alvarado y Martínez, 2018a; Cabrales, 2019; Mora, 2008 y 2011; Sosa, 2013; Yagenova, 2007).

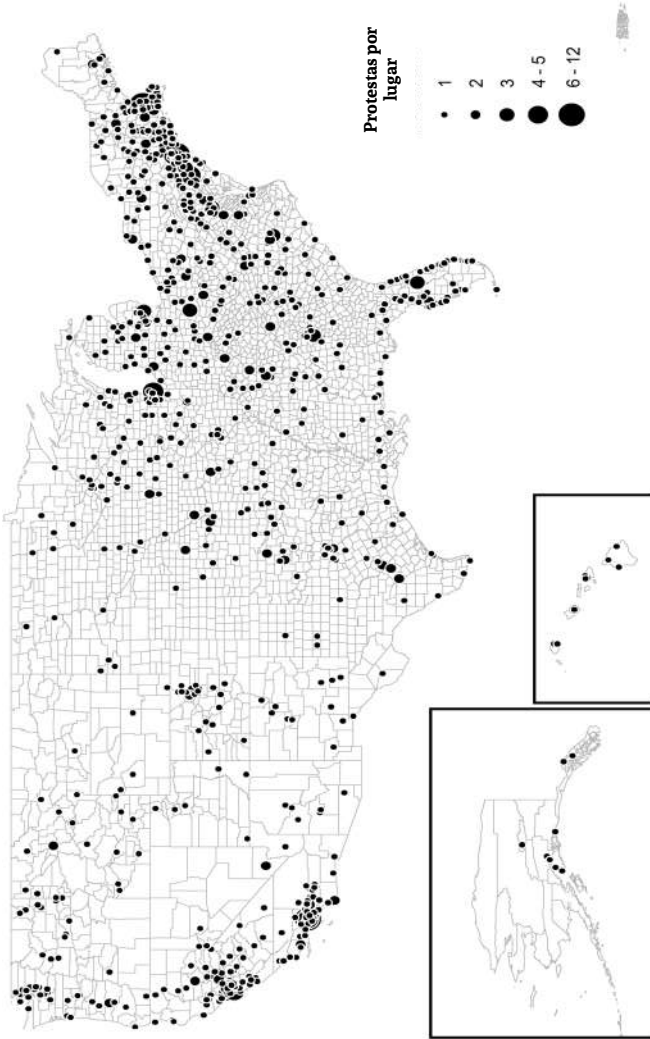
Una novedad del siglo XXI son las nuevas fuentes de datos, como los sitios web de grupos activistas, así como sus publicaciones de Twitter, Facebook y otras redes sociales (Almeida y Lichbach, 2003; Earl y Kimport, 2011; Gaby y Caren, 2012; Bennett y Segerberg, 2013; Carty, 2015). En nuestro ejemplo del capítulo 1 sobre las Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018, los académicos ya han logrado estimar el tamaño de cada marcha callejera mediante el uso de periódicos digitales, actualizaciones de Twitter y publicaciones de Facebook (Berry y Chenoweth, 2018).¹² La información disponible para los académicos que investigan los movimientos sociales se ha incrementado enormemente con el ascenso de las TCI y las nuevas redes sociales. La figura 5 ilustra el tipo de datos que podemos captar o “levantar” de unas pocas páginas web.¹³

Mediante el análisis de eventos de protesta, un investigador puede cartografiar todas las movilizaciones del movimiento estadounidense Occupy Wall Street sobre la base de apenas dos sitios web.

¹² Véase Erica Chenoweth y Jeremy Pressman, “January’s Women’s March Brought Out More Than a Million People—And Many More Protested during the Month”, *Washington Post*, 26 de febrero de 2018.

¹³ Los datos utilizados para cartografiar las protestas de Occupy Wall Street en el gráfico 5 provienen de los sitios <www.theguardian.com/news/datablog/interactive/2012/sep/17/occupy-map-of-the-world> y <[http://directory.occupy.net/search?f\[0\]=field_occupation_address%253Acountry%3AUS](http://directory.occupy.net/search?f[0]=field_occupation_address%253Acountry%3AUS)>.

Figura 5. Protestas de Occupy Wall Street en 2011. 1.005 protestas en 887 localidades



Mapa creado por el autor sobre la base de datos disponibles para el público general en www.theguardian.com/news/datablog/interactive/2012/sep/17/occupy-map-of-the-world y <http://directory.occupynet/>.

Los sitios de activismo progresista (como countlove.org) incluso han superado la mayor deficiencia de los datos digitales sobre eventos de protesta, mediante la provisión de enlaces a artículos periodísticos relacionados con cada evento, a fin de documentar empíricamente la existencia real del evento en cuestión. Estos datos basados en internet dan lugar a varias preguntas de investigación: ¿Por qué las protestas del movimiento Occupy se produjeron en algunas ciudades y condados, pero no en otros? ¿Cuáles son las características de las ciudades y los condados donde hubo protestas de Occupy, en comparación con las ciudades donde no se materializaron esas manifestaciones? En los capítulos que siguen intentaremos responder estas fascinantes preguntas.

Métodos mixtos

Si bien los métodos presentados en la sección anterior se cuentan entre los de uso más común en los estudios sobre movimientos sociales, los autores de proyectos más extensos –como disertaciones, manuscritos de libros o publicaciones múltiples– suelen inclinarse por el empleo de “métodos mixtos” o combinados. Este enfoque metodológico se conoce como “triangulación” (Snow y Trom, 2002). Según Ayoub *et al.* (2014, p. 71), “la triangulación ofrece beneficios cruciales en la medida en que las lógicas de los distintos métodos se entienden como mutuamente complementarias en lugar de sustitutivas”. De ahí que, a fin de comprender mejor la dinámica social en sus múltiples dimensiones (como los tipos de agravios y la magnitud de la movilización), los investigadores empleen métodos múltiples en el mismo estudio, como la combinación de entrevistas con análisis de eventos de protesta (Almeida, 2008a y 2011; 2016a). Por ejemplo, en su estudio sobre el movimiento transnacional LGBTQ en Europa, Ayoub (2016) utilizó conjuntos de datos sobre legislación y SMO, observación participante, encuestas y entrevistas semiestructuradas. En su reconstrucción de las huelgas de hambre que realizaron los estudiantes universitarios de California para salvar los programas

de estudios étnicos, Armbruster-Sandoval (2017) combinó las entrevistas en profundidad a exhuelguistas, con artículos de los periódicos sobre las protestas, datos de archivos oficiales, los archivos de los participantes y la prensa de las agrupaciones activistas (como los periódicos de MEChA).

Resumen

Este capítulo es una introducción a algunas cuestiones metodológicas de los estudios sobre movimientos sociales. En la primera parte se presenta un esquema para clasificar actividades de movimiento social, con miras a comprender los diferentes niveles de la vida política y social en cuyo marco los individuos y los grupos coordinan acciones conjuntas: desde las formas cotidianas de resistencia hasta las revoluciones y los movimientos transnacionales. La segunda mitad del capítulo pasa revista a los diversos métodos utilizados en el estudio de la acción colectiva, incluida la “triangulación” –o combinación de métodos– por la que optan muchos investigadores. En el próximo capítulo abordaremos los enfoques teóricos utilizados para explicar las actividades de los movimientos sociales.

Además de aportar a las ciencias sociales conocimientos sobre la dinámica de las personas que unen fuerzas para impulsar cambios sociales, la investigación de la acción colectiva también puede servir a propósitos humanísticos. Los activistas del presente y del futuro no solo pueden aprovechar las investigaciones sobre las protestas del pasado con el fin de mejorar las estrategias de sus campañas actuales, sino que además pueden inspirarse en las luchas de antaño para motivar nuevas rondas de movilización popular. He ahí la misión especial y la responsabilidad particular que siempre deben tener presente los investigadores de la acción colectiva mientras llevan a cabo su trabajo.

Recursos metodológicos adicionales para el estudio de los movimientos sociales

Della Porta, Donatella (ed.) (2014). *Methodological Practices in Social Movement Research*. Oxford: Oxford University Press.

Klandermans, Bert, y Suzanne Staggenborg (eds.) (2002). *Methods of Social Movement Research*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Rucht, Dieter, Ruud Koopmans y Friedhelm Neidhardt (1999). *Acts of Dissent: New Developments in the Study of Protest*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield.

3. Teorías de la movilización social

El capítulo anterior se enfocó en la metodología para investigar los movimientos sociales. Examinamos la manera de clasificar los diferentes niveles de la acción colectiva, así como diversos enfoques para la recolección de datos sobre las múltiples dimensiones que hacen a las actividades de los movimientos. En el presente capítulo, pasaremos de las herramientas concretas que se usan para observar los movimientos sociales al universo abstracto de las teorías que han explicado y explican sus orígenes y trayectorias. Las teorías reducen el mundo social a sus dimensiones causales más importantes en aras de explicar patrones y resultados empíricos. Los académicos nos esforzamos por simplificar al máximo nuestras explicaciones sobre la dinámica del cambio social. En el caso de los movimientos sociales, empleamos marcos conceptuales para comprender aspectos específicos de los movimientos, como su aparición, su ideología, sus redes de reclutamiento y sus resultados, que iremos desentrañando en los capítulos subsiguientes. Además, en los estudios de los movimientos sociales hay perspectivas teóricas que han establecido los parámetros para todo el campo.

Este capítulo comienza por un breve análisis sobre el uso de diferentes modelos y teorías para explicar componentes particulares del proceso de movilización. Luego de reseñar brevemente la evolución de las aproximaciones teóricas paradigmáticas en el campo de los

movimientos sociales, enfocaremos la atención en el modelo del proceso político, que sin duda es el modelo dominante en la investigación contemporánea de los movimientos sociales. El capítulo reseña la teoría del proceso político en sus dos versiones: la oportunidad (“buenas noticias”) y la amenaza (“malas noticias”) (Meyer, 2002; 2004), así como la importancia de las infraestructuras organizacionales para la movilización (McCarthy, 1996; Andrews, 2004; Edwards *et al.*, 2018). El capítulo concluye con breves presentaciones de perspectivas teóricas emergentes, incluidos los enfoques que examinan las emociones, las múltiples instituciones más allá del Estado, la interseccionalidad, e incluso los movimientos de derecha (como *alt-right*).*

Primeros teóricos generales de la sociología

Los autores pioneros de la sociología ofrecieron las primeras ideas en aras de comprender las transformaciones a gran escala y los cli-vajes sociales que impulsan la acción colectiva. De acuerdo con Karl Marx y Friedrich Engels (1978 [1848]), el cambio demográfico sin precedentes que había generado la expansión de la industria capitalista en la densidad del proletariado permitiría que los trabajadores organizaran formas colectivas de resistencia contra la explotación y la distribución de la plusvalía social. Émile Durkheim (1984) observó que la creciente diferenciación institucional de una incipiente sociedad industrial creaba la necesidad de formar el tipo de asociaciones que no solo servirían al propósito de la integración social, sino que además contribuirían a la solidaridad interna de los distintos grupos ocupacionales; un ejemplo de estas asociaciones eran los sindicatos (Emirbayer, 1996). Durkheim también puso de relieve la conciencia recíproca y la energía emocional que se generan en los encuentros

* Abreviatura en inglés de “derecha alternativa”, un movimiento originado en los Estados Unidos con el fin de luchar contra supuestas amenazas a la supervivencia de la población blanca. [N. de la T.]

cara a cara como posibles puntales de la acción colectiva (Collins, 2004). Max Weber (1978) proveyó valiosas ideas sobre los tipos de fundamentos y los lazos sociales vinculantes que motivan la acción social conjunta, así como las ventajas de estructurar la movilización colectiva en torno a líneas burocráticas (Gamson, 1990 [1975]). No obstante, tal como ha señalado Connell (2007) respecto de la sociología en general, estos “padres fundadores” no suelen ser incorporados de manera directa a la investigación de los movimientos sociales contemporáneos, con la excepción de Marx y variantes del neomarxismo, sobre todo en el Sur global.

W. E. B. Du Bois cofundó una de las principales organizaciones de movimientos sociales (SMO) en los Estados Unidos: la NAACP [sigla en inglés de Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color]. También profetizó en su andamiaje teórico que la “línea del color”, la opresión racial y las luchas por la descolonización serían los ejes en torno a los cuales gravitarían los movimientos sociales del siglo XX y más allá (Morris, 2015). Los escritos sociológicos de Charlotte Perkins Gilman sobre la falta de compensación para el trabajo de las mujeres –publicados en la década de 1910– prepararon el terreno de la segunda ola feminista en torno a los problemas del valor comparable y contra la discriminación laboral sobre la base del género (Finlay, 2007).

Hoy, la subdisciplina de los movimientos sociales es mucho más especializada en comparación con lo que habían concebido los primeros teóricos influyentes de la sociología: Du Bois, Durkheim, Marx y Engels, Perkins Gilman, y Weber. Los estudiantes de los movimientos sociales desarrollan esquemas explicativos para diferentes niveles de análisis, así como para los distintos aspectos que componen el proceso de movilización. Por ejemplo, a fin de comprender a nivel micro por qué los individuos se suman a movimientos sociales, recurrimos a teorías sobre los entramados de vínculos sociales, los procesos de enmarcado interpretativo, las organizaciones y las identidades colectivas (véase el capítulo 6). Las teorías de los marcos de interpretación se usan en relación con los alegatos ideológicos de los

movimientos (capítulo 5), así como en las perspectivas organizacionales sobre la emergencia y la difusión de los movimientos (capítulo 4). Al estudiar los resultados de los movimientos (por ejemplo, para determinar si un movimiento fue o no exitoso), los académicos de la acción colectiva emplean teorías sobre coaliciones, estrategias y la índole del entorno político (capítulo 7). A la hora de analizar el cambio social a gran escala, como las olas de protesta o las revoluciones, los académicos desarrollan teorías a nivel macro sobre conflictos resonantes entre las élites de la sociedad, crisis económicas, represión estatal, y formas cambiantes de las políticas estatales y el sistema de gobierno (capítulo 8). Si bien recurrimos a diferentes tipos de teoría para comprender aspectos específicos de los movimientos sociales, los enfoques más influyentes suelen ser los que explican múltiples niveles de la acción colectiva.

Evolución teórica en el área de los movimientos sociales

Las teorías originales de los movimientos sociales se desarrollaron en gran medida para explicar el surgimiento o la emergencia de la acción colectiva. Estas teorías prominentes se dividen en tres tradiciones: las teorías clásicas, la movilización de recursos y el proceso político (McAdam, 1999 [1982]). Las *teorías clásicas* dominaron los estudios de los movimientos sociales desde fines del siglo XIX hasta fines de los años sesenta.¹ La perspectiva de la *movilización de recursos* ascendió en las décadas de 1970 y 1980, para después integrarse en la *teoría del proceso político*, que continúa influyendo hasta hoy en los estudios académicos, aunque con varios contendientes en el horizonte.

¹ En esta sección, distingo las teorías clásicas relativas a los movimientos sociales de los teóricos generales mencionados al principio del capítulo, con el fin de evitar la identificación errónea entre la “teoría sociológica clásica” y la “teoría clásica de los movimientos sociales”. No obstante, cabría decir que las teorías clásicas iniciales de los movimientos sociales estuvieron más influidas por Durkheim que por otros de los primeros teóricos.

Teorías clásicas

Aunque algunos elementos de las teorías clásicas aún encuentran cierta resonancia en la tradición académica de los estudios acerca del comportamiento colectivo, sobre todo en relación con las modas o manías, los pánicos y las respuestas humanas ante catástrofes o atentados terroristas (Aguirre *et al.*, 1998), estas han perdido toda influencia en el campo de la investigación sobre movimientos de corte más político. No obstante, hay otros elementos de la tradición clásica que aún inciden en el pensamiento actual sobre la naturaleza de las movilizaciones masivas. McAdam (1999 [1982]) y Buechler (2011) ofrecen algunas de las mejores síntesis de la tradición clásica en la investigación de los movimientos sociales. Las teorías clásicas se enfocan en tensiones o fallas sistémicas de la sociedad que causan aflicciones psicológicas y redundan en la formación de movimientos sociales (Smelser, 1962; Buechler, 2004). Hay diversas variaciones de la teoría clásica, como la teoría de la sociedad de masas, la incongruencia de estatus, el comportamiento colectivo y la privación relativa (véase un panorama general de estas perspectivas en McAdam [1999 (1982)]).

Una preocupación importante para los teóricos clásicos (como Gustave Le Bon, Robert Park y Herbert Blumer) era la dinámica de las multitudes (Buechler, 2011). De ahí que los primeros pensadores de esta tradición desarrollaran sus explicaciones de la acción colectiva en torno al comportamiento de las multitudes, en especial las normas y las presiones sociales que inducen conductas particulares en los individuos cuando se reúnen grupos numerosos en espacios públicos (por ejemplo, a las puertas de un concierto de rock o de un evento deportivo). Otras versiones de la teoría clásica están más centradas en los elementos alienantes de las sociedades que se urbanizan e industrializan a paso acelerado. Desde esta perspectiva, los lazos comunitarios tradicionales de parentesco y de aldea se erosionan en las sociedades modernizantes, mientras el público masivo está expuesto a crisis crónicas del cambio económico y tecnológico. En presencia de estos cambios veloces, adicionados a la pérdida de

lazos comunitarios, los individuos se suman a movimientos de masas para compensar las múltiples tensiones sociales y psicológicas que deben soportar (McAdam, 1999 [1982]).

Un tema unificador de las teorías clásicas es la idea según la cual el sistema político es pluralista, distribuye ampliamente el poder por toda la sociedad y ofrece múltiples puntos de acceso institucional (Lukes, 2005). Los académicos clásicos atribuyeron carácter *irracional* a la movilización de los movimientos sociales porque consideraban que los sistemas políticos modernos estaban abiertos a la resolución de agravios (McAdam, 1999 [1982]). Los ciudadanos podían peticionar, votar o reunirse con las autoridades para resolver problemas de la comunidad. Desde la perspectiva de los teóricos clásicos, la realización de marchas masivas en las calles y otras estrategias ajenas a las instituciones parecían fútiles e innecesarias en presencia de un sistema político receptivo. De ahí su escaso reconocimiento de la exclusión política y social, que en este texto es considerada un rasgo definitorio central de los movimientos sociales. Las élites y los grandes medios masivos a menudo se basan en estas perspectivas de la teoría clásica para describir las manifestaciones de protesta de maneras que estigmatizan a los movimientos sociales como agrupaciones irracionales sin demandas legítimas (Marx Ferree, 2005).

Movilización de recursos e infraestructuras de recursos

Una nueva generación de académicos introdujo avances en la teoría de los movimientos sociales como resultado de haber observado las olas de protesta que recorrieron el mundo durante los años sesenta y principios de los setenta. Estas protestas giraron en torno a los derechos civiles, el rechazo de la guerra, la oposición al racismo, las demandas feministas, los derechos de los homosexuales, los derechos de los discapacitados, luchas contra la contaminación del medio ambiente, y las luchas contra el colonialismo y el neo-colonialismo. En contraste con las teorías clásicas, la nueva generación de académicos retrató a los movimientos sociales como conjuntos

de *actores racionales*, e insistió en el hecho de que el poder político estaba concentrado en manos de las élites políticas y económicas: las agrupaciones de personas comunes, excluidas de los centros institucionales del poder, deseaban un mecanismo con el cual presionar a las élites para obtener cambios sociales y resolver los principales agravios. Cada vez más académicos comenzaron a ver las estrategias poco convencionales de los grupos menos poderosos –por ejemplo, las manifestaciones callejeras, las concentraciones públicas, los boicots y las huelgas– como un medio racional para ejercer influencia en el gobierno y en los poderes fácticos. Los movimientos de los años sesenta y setenta lucharon por el derecho al voto e iguales derechos para las mujeres y los discapacitados, así como contra el racismo legalizado, la discriminación legalizada y las intervenciones militares extranjeras en países del Sur global. La escuela de pensamiento nacida del análisis de estas luchas, que pronto se dio a conocer como la “teoría de la movilización de recursos”, colocó la lupa sobre los recursos que podían reunir los excluidos en sus intentos de sostener la movilización contra los intereses del poder (Jenkins, 1983; McCarthy y Zald, 2002; Edwards y Kane, 2014).

Las perspectivas basadas en la movilización de recursos hicieron varias contribuciones a la teoría de los movimientos sociales. Sus primeras versiones teóricas colocaron el énfasis tanto en la profesionalización de las SMOs como en los recursos externos provistos a los movimientos por grupos más privilegiados (McCarthy y Zald, 1977). La teoría de la movilización de recursos también dirigió la atención académica hacia los “adherentes de conciencia”, es decir, los grupos o individuos que podrían apoyar un movimiento social aun cuando no recibieran beneficios materiales directos como resultado de su éxito (McCarthy y Zald, 1977). Esta orientación permite comprender la incidencia de los aliados y de la solidaridad en las campañas de los movimientos sociales, incluido el apoyo que brinda la sociedad civil del Norte global a los movimientos transnacionales del Sur global. La perspectiva de la movilización de recursos ha evolucionado en décadas recientes. En la actualidad, los académicos ponen de relieve el

papel de las organizaciones autóctonas, así como otras partes de la infraestructura de recursos que incrementan la posibilidad de que emerja un movimiento social (Edward *et al.*, 2018).

Los académicos han sostenido por largo tiempo que la acción colectiva tiende a emerger de instituciones y organizaciones preestablecidas (McAdam, 1999 [1982]). ¿Por qué ocurre esto? Como proceso colectivo, los movimientos sociales requieren cierto nivel de confianza y solidaridad entre sus participantes a fin de actuar concertadamente y sostener la movilización. Las sociedades modernas se caracterizan por sus altos niveles de individualismo y la falta de relaciones comunitarias profundas. Las organizaciones preexistentes superan solo en parte estas carencias generadas por la atomización del mundo contemporáneo. Las asociaciones de padres y maestros, los grupos de jardinería, los equipos recreativos de fútbol y softball, las organizaciones no gubernamentales (ONGs), los coros comunitarios, las guarderías, las organizaciones estudiantiles y las agrupaciones religiosas brindan espacios comunitarios para la interacción social, los sentimientos de solidaridad y el apoyo mutuo (Small, 2009). Algunos segmentos o facciones de esos grupos pueden ser los primeros en movilizarse dentro de un movimiento social, debido a que los lazos sociales ya están solidificados. Cabe destacar también que estas son en general agrupaciones y asociaciones cotidianas y despolitizadas, que no fueron establecidas con el propósito explícito de movilizarse en un movimiento social (McCarthy, 1996; Gould, 2005). Huelga decir que resulta mucho más fácil tratar de persuadir a compañeros de estudio o de fútbol para que se sumen a una concentración de protesta, que tratar de hacer lo mismo recorriendo puerta a puerta diversos barrios con residentes que uno conoce muy por encima o que son completos desconocidos. Desde este tipo de conocimiento, los estudiantes de los movimientos sociales pueden comenzar a comprender por qué es esperable que la movilización se materialice en regiones (por ejemplo, barrios, ciudades, municipios, provincias, países) donde ya existen muchas organizaciones e instituciones sociales, en contraste con aquellas que carecen de vitalidad

organizacional y cívica. Dentro de esta perspectiva de grupos pre-existentes, las asociaciones tradicionales que se forman en torno a lazos comunitarios de vecindad, parentesco, etnia o religión también pueden incrementar la tasa de movilización (Oberschall, 1973).

Otros recursos incluyen el capital humano de las personas que intentan organizar movimientos sociales. Marshall Ganz (2009) ha usado el término “capacidades estratégicas” para referirse a las destrezas organizacionales tácitas de los líderes comunitarios. De acuerdo con él, los intentos de movilizar un movimiento social encierran más probabilidades de éxito cuando hay líderes intrínsecamente motivados que trabajan en un equipo diverso, tienen experiencia previa de organización en las comunidades a las que sirven y son capaces de adaptarse sobre la base de la nueva información que reciben del entorno. Ganz desarrolló esta perspectiva basada en los recursos luego de desempeñarse durante más de dieciséis años como organizador de los trabajadores agrícolas en el Valle Central de California. Otros autores han confirmado que las personas con experiencia previa de organización pueden ofrecer un importante estímulo en el lanzamiento de una campaña (Van Dyke y Dixon, 2013; Rodríguez, 2017). Otros recursos posibles son los que provienen de alianzas con grupos externos. Estas pueden materializarse en forma de coalición, es decir, de asociación con organizaciones de otro grupo. Por ejemplo, una crisis de envenenamiento por pesticidas o contaminación química del abastecimiento de agua en una comunidad de bajos ingresos puede requerir asistencia especial a fin de lograr una movilización eficaz. Si la comunidad contaminada se alía a una organización de defensa ambientalista cuyo personal incluya abogados y científicos, es posible que la movilización resulte más eficaz gracias a la mayor facilidad para relacionar la contaminación con sus consecuencias de salud, así como desarrollar acciones legales con el fin de recibir una indemnización. El capítulo 4, sobre la emergencia de los movimientos, presenta dimensiones más detalladas de las infraestructuras de recursos.

Construcción social y marcos de acción colectiva

Los recursos e infraestructuras organizacionales no bastan por sí solos para sostener la actividad de los movimientos sociales. Los líderes de los movimientos deben guiar y motivar de manera convincente a los potenciales seguidores a fin de sumarlos a las campañas de acción colectiva. Deben colocar los agravios y las reivindicaciones en un contexto cultural apropiado. En los estudios de movimientos sociales a este proceso de construcción social se le denomina *enmarcado* (Snow *et al.*, 1986). Las tres tareas ideológicas fundamentales que debe llevar a cabo el líder de un movimiento son: el enmarcado del diagnóstico, el enmarcado del pronóstico y el enmarcado motivacional (Snow y Benford, 1988). El *enmarcado del diagnóstico* es la habilidad de los activistas para definir problemas sociales y atribuir culpas (Snow y Corrigan-Brown, 2005). Los líderes también necesitan hacer un *enmarcado del pronóstico*, que consiste en generar un plan o estrategia de acción. Por último, el *enmarcado motivacional* es la capacidad de formular llamamientos a movilizarse, que resuenen en el entorno cultural de las poblaciones seleccionadas como sujetos de la protesta. Los organizadores necesitan comunicar y llevar a cabo con eficacia las tres tareas fundamentales del enmarcado a fin de garantizar la emergencia de una acción conjunta y cooperativa para el cambio social. Un ejemplo histórico reciente de una poderosa estrategia de enmarcado, provisto por los activistas de la justicia económica, es el uso del “99%” (la gente común) contra el “1%” (la élite económica) como consigna central del movimiento Occupy Wall Street. El capítulo 5 trata sobre estos procesos de ideación en mayor detalle, e incluye ejemplos sobre el empleo de marcos interpretativos para la acción colectiva a partir de diversos recursos culturales.

Teoría del proceso político

La teoría del proceso político ha servido como la perspectiva más influyente para explicar la dinámica de los movimientos sociales a lo

largo de las últimas tres décadas. La perspectiva del proceso político ganó predominancia como resultado de incorporar parcialmente las infraestructuras de recursos y los procesos de enmarcado a su marco analítico. En efecto, algunos describen esta teoría como una “esponja” que absorbió el universo causal de potenciales explicaciones para la movilización de los movimientos sociales (Gamson y Meyer, 1996). La influencia que ejerce la teoría del proceso político justifica la atención extensiva que le dedicaremos en este capítulo. Además de los recursos y el enmarcado, el entorno político y económico circundante constituye el eje central de la teoría del proceso político. Este entorno más abarcador que configura el potencial para la acción colectiva tiende a aparecer bajo dos formas, tal como lo sintetiza David Meyer: (1) las buenas noticias, que se caracterizan por las oportunidades políticas, y (2) las malas noticias, que se caracterizan por las amenazas (Meyer, 2002).

“Modelo de las oportunidades” o buenas noticias

El entorno de las buenas noticias literalmente emite señales positivas a posibles contendientes. Si la gente se organiza y se moviliza en el presente, incrementa sus posibilidades de ganar nuevos beneficios y ventajas (McAdam, 1999 [1982]; Goldstone y Tilly, 2001). El estudio de los movimientos sociales se refiere a estas buenas noticias como “oportunidades” u “oportunidades políticas” (Tarrow, 2011). Hay cinco oportunidades específicas que se revelaron especialmente importantes en lo que concierne a la emergencia de movimientos sociales (McAdam y Tarrow, 2018):

1. Acceso institucional
2. Conflicto entre las élites
3. Cambio en los alineamientos políticos/elecciones
4. Distensión de la represión gubernamental
5. Múltiples centros de poder dentro del régimen

El *acceso institucional* es un resquicio que se abre en el sistema político para los sectores sociales excluidos y puede beneficiar a grupos específicos. El acceso institucional puede ser simbólico, o bien involucrar cambios sustantivos en las políticas. Los líderes gubernamentales a veces hacen declaraciones públicas que alientan la movilización de los grupos desempoderados. El presidente de un país puede dar un discurso que indique su apertura al cambio en una esfera particular de la vida social, como el derecho de los trabajadores y los empleados a ganar un salario vital: un salario que alcance para satisfacer las necesidades más básicas de una persona o una familia en materia de alimentación, vivienda, educación formal y salud. El discurso puede esperanzar a los trabajadores de bajos ingresos, y motivarlos a movilizarse para presionar al gobierno y a los planificadores de políticas en pos de que se apruebe una ley de salario mínimo vital en su ciudad, su estado o su país. Un ejemplo de una política estatal que actúe como acceso institucional sería un decreto gubernamental que instituyera la reforma agraria en un país donde un porcentaje substancial de la población trabajara la tierra para subsistir. A menudo, la tierra se concentra en manos de una pequeña clase privilegiada de terratenientes que cultivan productos comerciales básicos (café, algodón, caña de azúcar, bananas, etc.) para los mercados de exportación (Edelman *et al.*, 2016). Cuando los gobiernos deciden asistir a los agricultores pobres mediante la promulgación de la reforma agraria, los campesinos y los grupos que viven de la tierra se sienten inspirados a movilizarse, e inician la ocupación de terrenos ociosos (Enríquez, 1991; Wolford, 2010). En resumen, el acceso institucional ocurre cuando los gobiernos y los planificadores de políticas comienzan a hacer gestos simbólicos o a promulgar decretos que favorecen potencialmente a las poblaciones marginadas, con lo cual proveen una apertura para que los grupos se movilicen y traten de ganar nuevas ventajas.

Otra “buena noticia” para los grupos sociales excluidos puede tener lugar cuando las élites políticas y económicas *entran en conflicto recíproco*. Esto crea inestabilidad y vulnerabilidades generales en el

sistema político, que abren las puertas a la movilización de distintos grupos (Almeida y Stearns, 1998). Cuando los grupos de la élite pelean entre ellos, una de las facciones puede alinearse a los movimientos sociales. En la California de los años sesenta, las élites agrícolas (grandes propietarios de tierras para cultivos comerciales) entraron en conflicto con las élites gubernamentales en torno a nuevas leyes que protegían a los trabajadores agrícolas mexicanoamericanos y filipinoamericanos de las condiciones peligrosas y la explotación en los campos de cultivo. Cuando el senador estadounidense Robert Kennedy visitó a los trabajadores agrícolas del Valle Central de California en 1966, a fin de abogar por mejores condiciones de vida y trabajo para esa población, incentivó a las comunidades rurales a redoblar sus esfuerzos, e indignó a los terratenientes, que controlaban desde hacía mucho tiempo la política de la región.²

El *cambio en los alineamientos políticos*, sobre todo entre los partidos políticos y sus votantes, también puede favorecer a los movimientos sociales. En años recientes, el Partido Demócrata ha adoptado posturas relativamente favorables a los derechos de los inmigrantes, incluidas las vías de acceso a la ciudadanía, como un medio para incrementar su caudal de votantes. Entre 2007 y 2016, estas acciones proveyeron una oportunidad política relativamente favorable para que los movimientos por los derechos de los inmigrantes se movilizaran tras las protestas masivas de 2006, en especial después de que la administración de Obama promulgara el decreto de Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por su sigla en inglés) y se aprobara la ley DREAM en California (Zatz y Rodríguez, 2015).³ El incremento de las políticas antiinmigración durante la actual

² La defensa de los trabajadores agrícolas por parte del senador Kennedy cobra vida en el documental *Chicano! The History of the Mexican American Civil Rights Movement* (1966), de la Corporación Pública de Radio y Televisión. El segmento de la 2ª parte "Struggle in the Fields", con el senador Kennedy en Delano, California, está disponible en www.youtube.com/watch?v=iUkb3rCfvvQ.

³ Uso la frase "*relativamente* más favorable" porque las deportaciones en masa de inmigrantes indocumentados en realidad aumentaron durante la presidencia de Obama (Golash-Boza, 2015).

presidencia de Trump ha revertido la tendencia en este sentido. Hasta las *elecciones competitivas* proveen oportunidades de movilización a los grupos excluidos. Durante las campañas electorales, los dirigentes políticos y sus partidos son más susceptibles a las demandas populares, e incluso es posible que necesiten incorporarlas a su plataforma para ganar la elección. A nivel local, los movimientos sociales pueden colocar a sus propios candidatos en cargos públicos cuando movilizar a unos pocos miles de personas es suficiente para ganar las elecciones en localidades medianas y pequeñas.

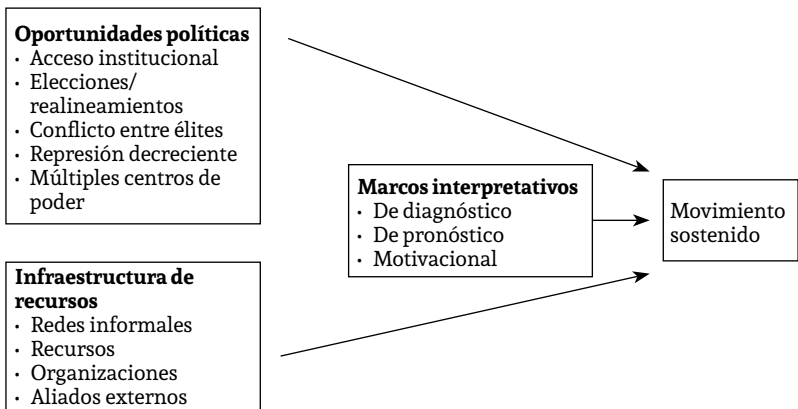
Otra oportunidad política se presenta cuando un *gobierno distiende el nivel de represión* contra la sociedad civil (McAdam, 1996; Tarrow, 2011). Cuando el gobierno federal y la Corte Suprema de los Estados Unidos comenzaron a emitir órdenes para la desegregación racial en el sur del país a fines de los años cincuenta, ensancharon relativamente el margen del que disponían los afroamericanos para movilizarse colectivamente en pos de mayores cambios, incluido el derecho al voto, aun frente a la violencia reaccionaria de los blancos a nivel local (Andrews, 2004). A mediados de los años sesenta, la amenaza represiva de deportación en masa para los trabajadores agrícolas inmigrantes de California se redujo cuando la finalización del programa Bracero acarreó una escasez de mano de obra. Los trabajadores agrícolas aprovecharon esta distensión de la represión para movilizarse a un ritmo sin precedentes, e incluso lograron establecer un sindicato de trabajadores rurales que superó los cien mil afiliados hacia mediados de los años setenta (Ganz, 2009). En países con gobiernos autoritarios y militares, los períodos de liberalización política, cuando el gobierno afloja las riendas, a menudo redundan en intentos de organizar a la sociedad civil (Almeida, 2008a).

Una última oportunidad surge cuando hay *múltiples centros de poder* dentro de una sociedad. Ello multiplica las ocasiones para movilizarse, debido a que los grupos excluidos cuentan con más opciones en cuanto a dónde aplicar la fuerza de influencia colectiva (McAdam y Tarrow, 2018). Si la legislatura rechaza las exigencias de solucionar

los agravios que motivaron la protesta de un movimiento, este puede optar por llevar la lucha ante los tribunales.

Cuando estas cinco oportunidades o “buenas noticias” ocurren simultáneamente, la consecuencia más esperable es una fuerte movilización, que incluso alcance el nivel de lo que hemos definido como “ola de protesta”. Sin embargo, basta incluso con la presencia de una o dos oportunidades para estimular la actividad de un movimiento social. El gráfico 6 ilustra la relación de las oportunidades políticas, las infraestructuras de recursos y los marcos interpretativos con la movilización sostenida en el modelo de las buenas noticias para el análisis de los movimientos sociales. En resumen, la perspectiva de las oportunidades ofrece un modelo en el cual el entorno político se abre de una manera positiva que alienta la movilización de los grupos, así como su intento de obtener nuevas ventajas.

Figura 6. Modelo de las “oportunidades” o buenas noticias.



“Modelo de las amenazas” o malas noticias

Hay otro tipo de entorno político que también promueve intentos de acción colectiva. El entorno de las malas noticias se caracteriza

por las condiciones negativas que alientan la acción colectiva. Si la población afectada no se moviliza, empeorarán sus condiciones de vida. Los estudiantes de los movimientos sociales denominan “amenazas” a estas condiciones negativas (Tilly, 1978; Jasper, 1997; Goldstone y Tilly, 2001). Las amenazas tienden a intensificar agravios existentes, así como a generar nuevos agravios para determinadas comunidades (Pinard, 2011). Tal como ocurre con las oportunidades en el modelo de las buenas noticias, las amenazas también producen incentivos para la movilización de los movimientos en el modelo de las malas noticias. Hay cuatro amenazas estructurales que impulsan de manera consistente la acción colectiva defensiva (Almeida, 2018):

1. Problemas económicos
2. Amenazas ambientales/de salud pública
3. Erosión de derechos
4. Represión estatal

Problemas económicos Una de las principales fuerzas que movilizan a los movimientos sociales es el deterioro de las condiciones materiales de vida. Hay diversos problemas económicos con el potencial de motivar a los grupos a emprender campañas de acción colectiva. Entre los más potentes se cuentan el desempleo masivo/las crisis económicas generales, la austeridad gubernamental y las amenazas a la subsistencia, así como al sustento rural (Reese, 2011; Caren *et al.*, 2017). En años recientes hubo varias protestas nacionales por problemas económicos en los Estados Unidos, como el movimiento Occupy Wall Street, los movimientos por el salario mínimo vital, la Campaña de los Pobres y las movilizaciones contra la globalización. Por otra parte, las campañas sostenidas de protestas masivas que tuvieron lugar en Asia, África, Europa y América Latina se enfocaron en la austeridad económica (es decir, en los recortes presupuestarios de los gobiernos), el ajuste estructural, las privatizaciones y el libre comercio (Almeida y Chase-Dunn, 2018). Estas medidas económicas,

tomadas en conjunto, representan a las políticas neoliberales. En algunos casos, las políticas económicas neoliberales generaron las mayores actividades de los movimientos sociales en décadas, tal como ocurrió en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Costa Rica, Haití, Honduras, Iraq, Iran, Lebanon, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Sudan, El Salvador, India, Nigeria, Bulgaria, México, China, España, Francia, Portugal y Grecia.

En las zonas rurales del mundo, los problemas económicos se presentan bajo la forma de amenazas a los recursos de subsistencia y supervivencia (Scott, 1976). Cuando las familias y las comunidades del campo pierden sus tierras debido a los avances invasivos de los productores comerciales, es posible que se vean impulsadas a la acción colectiva defensiva bajo la forma de movimientos cooperativos y campesinos que demandan tierras suficientes para mantener el sustento. En el siglo XXI se ha desencadenado una nueva ronda mundial de “usurpación de tierras”, con comunidades rurales que se ven impulsadas a la acción colectiva (Edelman *et al.*, 2016).

Amenazas ambientales y de la salud pública Las amenazas a la ecología y a la salud pública también se presentan bajo una diversidad de formas. La contaminación comunitaria causada por vertederos de basura, establecimientos industriales o pesticidas puede generar acciones ciudadanas orientadas a mejorar la calidad del medioambiente local (Cordero Ulate, 2009). Esta contaminación ambiental también es una amenaza para la salud pública. Tal como señalamos en el capítulo 2, entre las décadas de 1980 y 2010, surgieron numerosos movimientos locales de base en los Estados Unidos, con propósitos tales como combatir envenenamientos por plomo, depósitos de residuos peligrosos, contaminación atmosférica y muchos otros peligros ambientales (Bullard, 2005; Szasz, 1994). Estas batallas, que se libraron en gran medida a nivel de los municipios, pasaron a la historia como el “movimiento por la justicia ambiental” (Edwards, 1995). Muchas de las movilizaciones tuvieron lugar en zonas habitadas por comunidades obreras de color, donde la lucha también debía

confrontar el racismo ambiental, debido a que esas comunidades padecían un nivel desproporcionado de contaminación (Taylor, 2014; Pellow, 2017). En el Sur global, las luchas contra extracción de recursos naturales y contaminación ambiental se llama “el ecologismo de los pobres” (Martínez-Alier 2005). Otras amenazas a la salud pública, como el VIH/SIDA, crearon uno de los movimientos sociales nacionales estadounidenses con mayor impacto en la atención pública a fines de los años ochenta, con grupos como ACT UP, que se movilizaban en eventos espectaculares –como los “simulacros de muerte”– y otras provocadoras tácticas disruptivas orientadas a presionar al gobierno y a las autoridades médicas a fin de obligarlos a emprender acciones concertadas para enfrentar la epidemia de salud pública y socorrer a sus víctimas (Gould, 2009).

Otra importante amenaza ambiental que impulsó la organización de diversos grupos a lo largo y lo ancho del mundo gira en torno al calentamiento global y el cambio climático. La amenaza de un planeta que se calienta por sobre el nivel de la supervivencia ecológica ha generado un movimiento transnacional que ejerce presión sobre los gobiernos con el fin de reducir las emisiones de carbono y otros gases de efecto invernadero. Desde mediados de la década de 2000, los activistas del cambio climático han organizado días mundiales de acción ciudadana en todos los continentes (Almeida 2019), así como marchas masivas que congregaron hasta cuatrocientos mil participantes, como la de Nueva York en septiembre de 2014 y la de Washington en abril de 2017. El cambio climático es sin duda el peligro ambiental de mayor alcance, ya que coloca la vida de todo el planeta en circunstancias precarias. Hay muchas otras amenazas ambientales a nivel local que pueden activar intentos de acción colectiva, como las reacciones desfavorables de las comunidades ante la minería y la extracción de recursos naturales, o bien proyectos de infraestructura, como las represas hidroeléctricas, las zonas de turismo internacional y otras iniciativas de desarrollo a gran escala (McAdam *et al.*, 2010). A medida que avanza el siglo XXI, las amenazas al

medioambiente y a la salud pública detonan cada vez más actividades de movimiento social.⁴

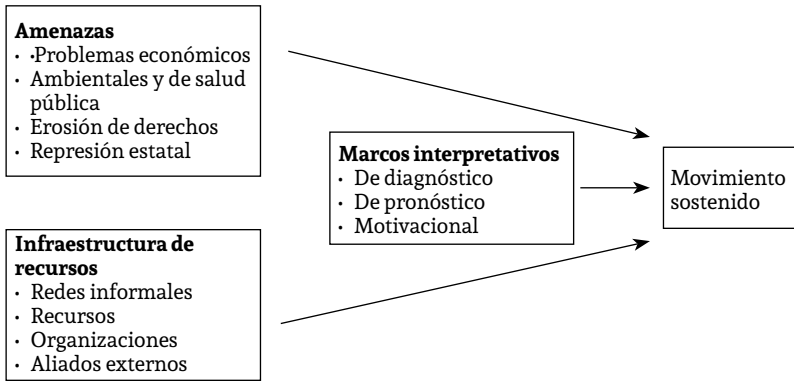
Erosión de derechos Otra condición perjudicial que motiva la acción colectiva ocurre cuando un subconjunto sustancial de la población percibe una disminución de sus derechos ciudadanos. Una de las amenazas más fuertes a los derechos existentes se produce cuando los gobiernos obturan las elecciones democráticas mediante su cancelación o su postergación por vías fraudulentas. Estas acciones estatales, que despojan instantáneamente a grandes segmentos sociales de su derecho al sufragio, a menudo desencadenan manifestaciones multitudinarias que demandan la restauración del orden constitucional. La sola percepción masiva de irregularidades electorales encierra el potencial de desencadenar movilizaciones de masas, tal como ocurrió con las elecciones presidenciales de México en 2006, así como con las de Irán en 2009. A fines de 2017, las irregularidades de las elecciones presidenciales hondureñas desencadenaron marchas multitudinarias de protesta, acompañadas de barricadas y cortes de rutas en todo el país (Sosa, 2018).

Otros deterioros de los derechos también pueden generar campañas de protesta. Los cambios de políticas que amenazan con reducir los derechos de grupos particulares son un detonante especial de descontentos masivos. Las leyes pendientes sobre armas de fuego, aborto legal y beneficios de asistencia social son solo unos pocos ejemplos de las políticas que crean incentivos para la movilización de los movimientos sociales con el fin de que se eviten o se aprueben las medidas en cuestión. Las movilizaciones en torno a la erosión de derechos parecen mucho más probables cuando la población queda expuesta de repente a la pérdida de derechos que ha ejercido durante varias décadas, o incluso durante más de un siglo. De hecho, las

⁴ Incluso el movimiento de estudiantes secundarios por la reforma de las leyes sobre posesión de armas en los Estados Unidos ha calificado la legalización de los fusiles de asalto como un problema de salud pública tras reiteradas matanzas perpetradas con armas de fuego en las escuelas del país.

históricas Marchas de las Mujeres entre 2017 y 2020 (que analizamos en el capítulo 1) fueron inducidas en gran medida por la amenaza de perder derechos con la llegada de Trump a la presidencia.

Figura 7. Modelo de las “amenazas” o malas noticias



Represión estatal Cuando los gobiernos (por vía del ejército, las fuerzas de seguridad u otros agentes estatales) reprimen a los ciudadanos mediante el uso de la violencia y la intimidación, es probable que aparezcan intentos de resistencia colectiva. En los casos más extremos, las masacres gubernamentales de ciudadanos, tanto en sus comunidades como durante manifestaciones pacíficas en espacios públicos, crean efectos de “contraataque”, en cuyo marco los actos atroces de violencia estatal desencadenan nuevas rondas de energéticas movilizaciones populares (Francisco, 2005). Si la represión gubernamental se mantiene con igual intensidad, la amenaza represiva puede dirigir la acción colectiva hacia una trayectoria más radical o revolucionaria, a medida que la sociedad civil movilizada advierte que el derrocamiento del gobierno es la única estrategia restante para poner fin a la violencia y al abuso de los derechos humanos. En otras palabras, la represión estatal puede contribuir a la escalada de

la acción colectiva, hasta el punto de convertir una ola de protesta en un movimiento revolucionario.

Otras formas de amenaza represiva, tales como el abuso policial, los perfiles raciales⁵, y las políticas de “detención y cacheo”, también desencadenan campañas comunitarias de acción colectiva en defensa propia. Estas amenazas desempeñaron un papel crucial en el impulso al movimiento estadounidense Black Lives Matter y otras campañas comunitarias (Taylor, 2016), así como en los disturbios protagonizados por minorías étnicas de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. La figura 7 sintetiza el modelo de movilización sostenida sobre la base de amenazas o “malas noticias”.

Un último señalamiento con respecto al modelo de movilización basado en las malas noticias gira en torno a la caracterización más precisa de la amenaza en cuestión. Los académicos que trabajan en el marco de esta tradición también consideran que es preciso abordar cuestiones tales como la *severidad*, la *duración*, y la *credibilidad* de las amenazas. Cuando las amenazas económicas, ambientales, políticas y represivas son severas, sostenidas y creíbles, es más probable que se produzcan intentos de acción colectiva (Einwohner y Maher, 2011). Otros autores también han puesto de relieve la *amplitud*, la *visibilidad*, y la *fuerza* de las amenazas. Desde este punto de vista, las condiciones perjudiciales inducen protestas colectivas cuando la amenaza es de amplio alcance (porque afecta a múltiples grupos o a cantidades numerosas de personas), de alta visibilidad, proveniente de una única fuente en la que enfocar la culpa, y latente durante un período que permita organizar la resistencia (Zepeda-Millán, 2017).

⁵ “Racial profiling” refiere a la utilización de la raza o la etnicidad como base para sospechar que alguien ha cometido un crimen. Constituye una forma de racismo en la actuación policial que convierte a grupos raciales no blancos en criminales por el solo hecho de su condición racial.

Entornos híbridos: combinación de oportunidades y amenazas

Los escenarios descritos más arriba presentan modelos puros de entornos con malas o buenas noticias. En muchas otras circunstancias políticas y económicas, puede haber amenazas y oportunidades que actúen *de manera simultánea*. Por ejemplo, es posible que un estado o ciudad enfrente una grave contaminación atmosférica, pero a la vez se beneficie con la llegada de un nuevo gobierno que se muestra dispuesto a reducir esa contaminación. En tal caso hipotético, la comunidad que padece la contaminación atmosférica tiene incentivos para movilizarse, que provienen tanto de la amenaza ambiental (mala noticia) como del acceso institucional (buena noticia). Otro escenario de entorno híbrido es imaginable durante un período que combine el desempleo masivo con una división de las élites. Los trabajadores desempleados pueden movilizarse en torno a la amenaza económica, a la vez que aprovechan a su favor el conflicto entre las élites políticas y económicas para imponer sus demandas. De aquí se deduce la importancia de considerar diversas combinaciones de oportunidades, amenazas, infraestructuras de recursos y estrategias de enmarcado en el mundo real de la política que confrontan a diario los grupos excluidos.

Perspectivas teóricas adicionales y relacionadas

Los académicos usan varias otras perspectivas teóricas para comprender la movilización de los movimientos sociales. Estas incluyen (1) la elección racional, (2) las instituciones múltiples, (3) los nuevos movimientos sociales, (4) las emociones, (5) la interseccionalidad y (6) los esquemas explicativos de la movilización de derecha.

Elección racional Las teorías de la elección racional se enfocan en la acción colectiva desde una perspectiva individual, o bien, en otras palabras, suministran una microperspectiva sobre la dinámica de los movimientos sociales. Con principios tomados de la microeconomía,

los modelos del actor racional predicen la participación individual en los eventos de protesta colectiva. Esta perspectiva construye un complejo esquema causal sobre la base de los incentivos. Los individuos deciden sumarse a un movimiento social cuando calculan que su participación les permitirá vivir mejor. Necesitan convencerse de que su contribución marcará una diferencia, así como valorar mucho los beneficios obtenidos. Por ejemplo, un trabajador se sumará a una huelga sindical si confía en que la medida será exitosa y redundará en un aumento de su salario. Sin embargo, los teóricos de la elección racional condicionan dicha participación en la acción colectiva al problema del “parasitismo” o “beneficiario gratuito” (Olson, 1965). Preguntan cómo es posible convencer a los individuos de participar en un movimiento a cuyos beneficios tendrán acceso aun cuando no lo hagan (Lichbach, 1995). La respuesta se traduce en un conjunto de incentivos económicos selectos, que inducen la participación y reducen los costos (Olson, 1965). Los críticos de la acción racional hacen hincapié en la existencia de otros incentivos para la participación, más allá de las sanciones y los beneficios materiales propiamente dichos. Estas alternativas incluyen los sentimientos de solidaridad, la interdependencia, la eficacia y la identidad colectiva entre los miembros del grupo que emprende la lucha en cuestión (Opp, 2009). De acuerdo con otros críticos, es posible que una persona se sume a un movimiento social por lealtad al grupo, cualesquiera que sean las perspectivas de éxito.

Teorías de las instituciones múltiples Las teorías de las instituciones múltiples reconocen que los movimientos sociales apuntan a otras instituciones además del Estado (Armstrong y Bernstein, 2008). El poder se dispersa entre múltiples instituciones. La teoría del proceso político se enfoca especialmente en el gobierno como principal destinatario o árbitro de las demandas de los movimientos. La reciente producción académica ha dirigido la atención hacia los movimientos sociales que eligen como blanco de sus demandas a otras instituciones y organizaciones importantes de la sociedad, como

las corporaciones, el sistema educativo, las instituciones religiosas, la institución médica y los organismos internacionales, entre otros destinatarios no estatales (Van Dyke *et al.*, 2004; Walker *et al.*, 2008; Soule, 2009; Bartley, 2018).

Uno de los movimientos estudiantiles más multitudinarios de los Estados Unidos en los años noventa fue la protesta contra la explotación de trabajadores en las maquiladoras de ropa, cuyos blancos principales eran grandes corporaciones (como Gap) y universidades (Armbruster-Sandoval, 2005). Los activistas de este movimiento protestaron frente a tiendas minoristas de centros comerciales, organizaron boicots e interrumpieron reuniones de accionistas. En los campus, se esforzaron por confirmar que las prendas adquiridas por las universidades provinieran de fábricas cuyos derechos laborales estuvieran certificados por la Organización Internacional del Trabajo. Entre otras luchas que se libran por fuera del Estado, cabe mencionar también la batalla de las mujeres por el acceso a posiciones de liderazgo en instituciones religiosas como la Iglesia católica (Katzenstein, 1998).

Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas En la década de 1980 resurgió la movilización popular bajo el impulso de diversos sectores y grupos, que pasaron a la historia como los *nuevos movimientos sociales*. Sus reivindicaciones abarcaban desde la ecología, los derechos de la comunidad LGBTQ, el feminismo y los derechos de los discapacitados, hasta la defensa de las identidades culturales y étnicas. Estos movimientos fueron calificados de “nuevos” en los estudios académicos, porque no se condecían con la definición tradicional de los movimientos sociales cuyas luchas giraban mayoritariamente en torno a beneficios económicos y materiales. Algunas versiones de la teoría sobre los nuevos movimientos sociales explicaron el surgimiento de estos grupos innovadores como el resultado de una sociedad *posmaterialista* (Ingelhart, 1977), donde el conflicto social se había desplazado al terreno de los valores, las creencias y las identidades. La industrialización de los países capitalistas avanzados

de América del Norte, Europa, Australia y Japón ha alcanzado una etapa de desarrollo y estabilidad en cuyo marco los movimientos se movilizan menos en torno a los clivajes tradicionales de clase y partido, para enfocarse en cuestiones más novedosas, como la paz, el desarme nuclear y la protección de los inmigrantes (Kriesi *et al.*, 1995).

Los estudios más recientes sobre nuevos movimientos sociales hacen menor hincapié en los elementos posmaterialistas para concentrarse en los agravios, reivindicaciones y problemas de colectividades específicas, como las personas LGBTQ, los movimientos ecologistas y diversas subculturas juveniles. Una contribución esencial de esta perspectiva es el reconocimiento de que ha emergido una mayor variedad de movimientos sociales en todo el mundo desde los años setenta. Los miembros de estos nuevos movimientos también enfrentan problemas de exclusión social en diversos contextos e instituciones, circunstancia que los impulsa a movilizarse de esta manera.

El foco en las identidades colectivas presenta otra dimensión fascinante de los nuevos movimientos sociales. La participación en actividades sociales también suministra un espacio donde los individuos pueden compartir sus identidades personales con otros de ideas afines, junto a los cuales forman una identidad colectiva. Esta identidad colectiva puede convertirse en una identidad activista cuando el grupo participa en la movilización de un movimiento (Jasper, 1997). Las identidades colectivas panétnicas pueden adquirir una potencia especial para alinear a los grupos étnicos y raciales minoritarios en coaliciones más grandes. Okamoto (2014) documenta el ascenso del activismo panasiático-americano durante las décadas de 1970 y 1980, en respuesta a la segregación y la discriminación en materia ocupacional. El papel de las identidades colectivas también se retoma en el capítulo 4, sobre la emergencia de los movimientos, así como en el 6, sobre el reclutamiento de los movimientos.

Emociones Una novedosa perspectiva teórica a nivel micro involucra a las emociones y la movilización social (Goodwin *et al.*, 2001; Jasper,

2012; 2018). Tras la caída de las teorías clásicas en los años setenta, los estudios académicos restaron importancia al papel de las emociones durante varias décadas (Cadena-Roa 2002; Poma y Gravante 2017). Las teorías anteriores veían las emociones desde una óptica peyorativa, según la cual estas conducían la acción colectiva por una senda irracional. No obstante, entre fines de los años noventa y principios del siglo XXI, los académicos comenzaron a incorporar cada vez más el papel de las emociones como promotoras de la acción colectiva, junto a otras dimensiones estructurales que se analizan en el modelo del proceso político. Estos estudios abarcan desde el desarrollo de una tipología emocional hasta la elaboración de predicciones sobre el modo en que las emociones motivan la acción de los individuos (Jasper, 2018). Dicha perspectiva también examina de qué manera los líderes de los movimientos intentan aprovechar emociones específicas para generar o sostener la movilización entre adherentes, espectadores y el público general. De hecho, Jasper (1998) enumera diecisiete emociones que configuran la movilización de los movimientos sociales: hostilidad, amor, solidaridad, suspicacia, confianza, enojo, aflicción, indignación, vergüenza, compasión, cinismo, atrevimiento, entusiasmo, envidia, miedo, goce y resignación. Estas emociones pueden usarse tanto para inducir la participación en un movimiento social (en especial, las conmociones morales que generan sentimientos de ofensa, enojo, indignación y resignación), como para sostener la movilización a más largo plazo en el seno de un movimiento (en especial, los sentimientos que crean un estado de ánimo afín al amor, la lealtad, el respeto y la confianza). Randall Collins (2001) también ha teorizado sobre la función favorable que cumple la energía emocional en los eventos colectivos, gracias a su capacidad de sostener los sentimientos de solidaridad.

Teoría de la interseccionalidad En la década de 2010, surgió un marco para el estudio de los movimientos sociales que se enfoca en la movilización de personas a través de múltiples identidades y sistemas de opresión (Terriquez, 2015a; Terriquez *et al.*, 2018; Collins

y Bilge, 2016; Rojas, 2017; Chun *et al.*, 2013). Ya desde sus primeras etapas de aplicación a los movimientos sociales, esta teoría aborda la confluencia de personas en coaliciones impactadas por múltiples formas de desigualdad. Las históricas Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018 recurrieron explícitamente a un marco de interseccionalidad para incentivar la participación de múltiples grupos en las movilizaciones masivas, destacando especialmente el género, la raza y la sexualidad en los llamamientos a movilizarse, así como en su declaración de intenciones (Fisher *et al.*, 2017; Berry y Chenoweth, 2018). La interseccionalidad actúa como una poderosa herramienta de resistencia en las sociedades desiguales que están estratificadas de acuerdo con múltiples dimensiones sociales (Valdez, 2011). Luna (2016) adoptó este enfoque en su observación de las diferentes estrategias empleadas para construir coaliciones entre mujeres de color que provienen de diversos contextos raciales y étnicos. De acuerdo con esta autora, las alianzas interseccionales son sumamente complejas, e interactúan con la permanente necesidad de establecer y mantener una solidaridad basada en semejanzas, aparejada a la de negociar las experiencias particulares de cada grupo. Es probable que estemos a punto de presenciar una efusión de nuevos estudios sobre las alianzas interseccionales como acontecimientos del mundo real, mientras que los académicos especializados en raza/etnicidad incitan a los activistas y a los estudiantes de los movimientos sociales a emprender una nueva reflexión sobre las condiciones y las relaciones que unen a las personas en desafiantes acciones colectivas (Bracey, 2016).

Teoría de la devaluación del poder y movimientos de derecha La movilización de derecha está mucho menos estudiada que los movimientos de orientación más progresista. Los pensadores de los movimientos sociales han desarrollado perspectivas teóricas para explicar la movilización de derecha, uno de cuyos ejemplos es la teoría de la devaluación del poder. De acuerdo con esta perspectiva, desarrollada por McVeigh (2009) para explicar la movilización del Ku Klux Klan

durante la década de 1920, cuando los grupos acostumbrados a los privilegios sociales y económicos perciben o experimentan una disminución de su estatus, se movilizan colectivamente en torno al nacionalismo, el patriotismo y la exclusión. McVeigh (2009, p. 39) identifica explícitamente que la pérdida de poder en tres arenas cataliza de manera más contundente la movilización de derecha: (1) la devaluación del poder económico, (2) la devaluación del poder político y (3) la devaluación del estatus social. Estas devaluaciones ofrecen un terreno fértil para estrategias de enmarcado discursivo desde la derecha a través del uso de propaganda de superioridad racial y anti-inmigración en llamamientos a la movilización, difundidos cada vez más a través de las redes sociales a medida que avanza el siglo XXI (Caren *et al.*, 2012). Van Dyke y Soule (2002) emplean una perspectiva similar en su estudio sobre el crecimiento de las milicias derechistas en los Estados Unidos de los años noventa. En análisis minuciosos a nivel de los condados y los estados, las autoras demuestran que los movimientos de milicias son más probables en regiones con alto nivel de desempleo, desindustrialización e inminente decadencia del estatus patriarcal. De acuerdo con estudios preliminares, estas son las mismas condiciones que movilizaron la campaña presidencial de Trump entre 2015 y 2016 (Autor *et al.*, 2016; Monnat, 2016; Gest, 2016; Bobo, 2017). De aquí se desprende, entonces, una interesante línea de indagación teórica sobre la relación entre la movilización social y la movilización electoral. Martin (2013) también llega a la conclusión de que los sectores económicos más ricos apoyan campañas de protesta contra las formas progresivas de tributación cuando las perciben como políticas contrarias a sus intereses.

Resumen

Las teorías de los movimientos sociales guían los estudios sobre la dinámica general de los movimientos sociales, poniendo de relieve los factores más relevantes del universo causal que impulsa la acción

colectiva. Desde los primeros pensadores de la sociología, como Du Bois, Durkheim, Marx, Perkins Gilman y Weber, las teorías han evolucionado e incrementado su sutileza para abordar aspectos específicos del proceso de movilización. Una nueva generación de académicos, que ven la acción colectiva como una estrategia racional de los grupos excluidos, suplantó a las teorías clásicas que dominaron el estudio de los movimientos hasta mediados del siglo XX. Las teorías contemporáneas sobre los movimientos sociales hacen hincapié en las oportunidades, las amenazas, las infraestructuras de recursos y las estrategias de enmarcado. Las nuevas fronteras teóricas de los movimientos sociales han desplazado el foco hacia el papel que desempeñan las identidades colectivas, sobre todo las interseccionales, en la movilización de poblaciones heterogéneas dentro de sociedades desiguales. Enfoques innovadores también incorporan el papel de las emociones y la elección de instituciones que se encuentran más allá del Estado como blancos de la protesta. Los académicos que estudian los movimientos de derecha emplean variantes teóricas de los movimientos sociales para explicar las movilizaciones conservadoras que reaccionan violentamente en el intento de sofocar el cambio social progresista, a la vez que abogan por políticas perjudiciales para los grupos vulnerables.

4. Emergencia de los movimientos sociales

Intereses, identidades e infraestructuras de recursos

En el capítulo anterior, sobre las teorías de los movimientos, pasamos revista a los modelos abstractos de los principales marcos utilizados para explicar la dinámica de la acción colectiva. El presente capítulo gira en torno a la dimensión más investigada de la acción colectiva, cuyo eje puede sintetizarse en dos preguntas: cuándo y dónde es más probable que emerjan los movimientos sociales. Las primeras secciones del capítulo se enfocan en los tres componentes básicos que determinan la formación de los movimientos sociales: los intereses comunes, los pilares organizacionales y las identidades grupales. En la última parte, analizaremos los procesos de difusión que se ponen en marcha una vez que el movimiento comienza a arraigarse; o bien, en otras palabras, los mecanismos por medio de los cuales una campaña de protesta se multiplica y se propaga a otras ciudades, a otros estados, e incluso a otras naciones. La lucha que han llevado adelante los trabajadores de la comida rápida en los Estados Unidos completa el capítulo con un ejemplo contundente de la dinámica en cuyo marco emergen los movimientos sociales.

Las teorías clásicas que analizamos en el capítulo anterior ofrecieron los primeros intentos de explicar la emergencia de los movimientos sociales. Cabe recordar que las teorías clásicas hacían hincapié en un conjunto de difusas tensiones sistémicas como causa de determinados problemas psicológicos que supuestamente

conducían a la acción colectiva (Buechler, 2004). Ninguna de estas teorías suministraba evidencia empírica que demostrara de qué manera el estrés psicológico individual devenía en protesta colectiva, una brecha difícil de ignorar en lo que concierne al sustento de la explicación (McAdam, 1999 [1982]). Por fortuna, los estudios alternativos que surgieron posteriormente para examinar el ascenso y la difusión de los movimientos sociales han fructificado en una abundante literatura a lo largo de las últimas décadas. Una de las investigaciones pioneras que avanzaron un largo trecho en la comprensión de cómo emergen los movimientos sociales fue el estudio que Piven y Cloward (1979) publicaron bajo el título de *Poor People's Movements*.^{*} Sin renunciar a todos los elementos de la teoría clásica, estos autores contribuyeron a nuestra comprensión sobre el carácter racional y orientado a metas de los movimientos que se valen de estrategias no institucionales para movilizarse.

Según la tesis básica de Piven y Cloward, los grupos sociales excluidos rara vez tienen la oportunidad de movilizarse con el fin de mejorar sus circunstancias (propuesta que es altamente debatida en la actualidad). Partiendo de ese principio, los autores delimitan las condiciones básicas necesarias para la emergencia de la movilización colectiva entre las comunidades marginadas. En la mayoría de los momentos y lugares, los grupos menos poderosos están sometidos a alguna forma de dominación política y económica que incluye la lealtad a los valores, creencias y rituales del sistema gubernamental dominante: o bien, en otras palabras, a lo que el socialista italiano Antonio Gramsci (1971) definió como *hegemonía*. Bajo este sistema de dominación cotidiana, los grupos excluidos se encuentran inmersos en sus rutinas y hábitos diarios con escasas perspectivas de mejorar su situación, lo cual a la larga redundará en sentimientos de fatalismo.¹ Más aún, de acuerdo con Morris y Braine (2001, p. 22), “estas

* Literalmente, “Movimientos de los pobres”. [N. de la T.]

¹ Conviene recordar aquí la observación de James Scott (1985) que citamos en el análisis del capítulo 2 con referencia a las formas cotidianas de resistencia, según la cual las personas oprimidas socavan constantemente la autoridad opresora mediante

culturas de subordinación surgen como consecuencia de que las poblaciones oprimidas crean estrategias de supervivencia para lidiar con las condiciones sociales adversas que encuentran a diario en su vida cotidiana”. Pese a estos obstáculos, cuando estallan crisis sociales de gran envergadura, como resultado de fuertes reveses económicos, rápidos cambios tecnológicos o importantes desplazamientos demográficos, el sistema de control social tiende a deteriorarse. Bajo tales circunstancias, las personas comunes toman distancia de sus rutinas habituales y comienzan a cuestionar la legitimidad de las autoridades.

La interrupción de la vida cotidiana y sus consiguientes rutinas diarias (como resultado del desempleo, la zozobra económica y la incertidumbre) fomenta la adquisición de una conciencia colectiva entre los grupos que padecen circunstancias similares (Snow *et al.*, 1998). Este cambio comunitario de las creencias colectivas se apun- ta en el hecho de que los individuos caen en la cuenta de su eficacia, así como de su capacidad grupal para mejorar las circunstancias pre- sentes mediante campañas sostenidas de movilización y protesta. En otras palabras, la gente comienza a creer que es posible cambiar su situación por vía de la protesta masiva. Piven y Cloward (1979, p. 12) adoptaron el término “transvaloración” para referirse a este cambio de las creencias colectivas, semejante al proceso que McAdam (1999 [1982], pp. 485-50) denomina “liberación cognitiva”. Estas campañas de protesta masiva no solo trastocan el statu quo de las élites políti- cas y económicas, sino que además confieren a los grupos excluidos un importante poder de influencia para exigir la respuesta a sus de- mandas. Piven y Cloward tomaron como casos históricos de estudio a los trabajadores desempleados e industriales de los años treinta, así como a los movimientos de los años sesenta y principios de los setenta por los derechos civiles y el acceso a la asistencia social. Re- sulta interesante señalar el repunte similar de la acción colectiva que

pequeños actos de disenso y sabotaje. De ahí que las formas cotidianas de resistencia puedan considerarse una perspectiva alternativa a la de Piven y Cloward.

se observó en los Estados Unidos durante la Gran Recesión de 2008-2009 y en sus años posteriores, cuyos ejemplos abarcan desde los movimientos por los derechos de los inmigrantes, Black Lives Matter y Occupy Wall Street, hasta las campañas por el salario mínimo vital para los trabajadores y las marchas de la resistencia anti-Trump (Milkman, 2017).

Tal como se observa en el diagrama que cierra esta sección, el modelo de Piven y Cloward combina elementos de la teoría clásica con la perspectiva del proceso político. Esta teoría híbrida sobre la emergencia de los movimientos marca la transición entre las teorías clásicas (con su énfasis en la descomposición social y las presiones sistémicas) y las perspectivas contemporáneas sobre la emergencia de los movimientos, que ponen de relieve el interés racional de los grupos excluidos en el uso de acciones disruptivas con el fin de lograr sus metas comunes. El avance teórico de Piven y Cloward influyó en la nueva generación de académicos que marcó el rumbo de las décadas siguientes con sus aportes sobre la conciencia colectiva, las amenazas económicas y el uso de la protesta disruptiva. Pero este avance también tiene aspectos criticables. Por ejemplo, el modelo de Piven y Cloward sobre la emergencia de los movimientos no solo minimiza el papel de las organizaciones formales en la acción colectiva, sino que además les adjudica el efecto de *desmovilizar* a los movimientos sociales. A continuación examinaremos las perspectivas contemporáneas sobre los componentes básicos que determinan la emergencia de los movimientos sociales. Detallaremos las condiciones que impulsan la emergencia de los movimientos sociales en el tiempo y en el espacio, recurriendo a muchos de los conceptos que presentamos en el capítulo anterior, pero con especial hincapié en (1) los intereses comunes, (2) los pilares organizacionales y (3) las identidades grupales.

MODELO DE PIVEN Y CLOWARD SOBRE LA EMERGENCIA DE LOS MOVIMIENTOS

Crisis sistémica → Interrupción de las rutinas → Conciencia colectiva → Protesta disruptiva

Intereses comunes

El proceso que lleva desde la percepción de los agravios individuales hasta la decisión de sumarse a una acción colectiva requiere una previa concientización acerca de los intereses comunes. Muchas de las teorías iniciales sobre la emergencia de los movimientos pasaron por alto la necesidad de conectar las privaciones y presiones experimentadas a nivel individual con procesos grupales. Tal como se vio en el capítulo 3, el modelo del proceso político estipula que los entornos de buenas o malas noticias pueden suministrar los incentivos necesarios para iniciar una campaña de protesta (Meyer, 2002). El entorno de las buenas noticias se apuntala en el concepto de las oportunidades políticas. Cabe recordar que las oportunidades políticas incluyen la apertura del acceso a las instituciones, el estallido de un conflicto entre las élites, el cambio de alineamientos políticos, una distensión de las prácticas represivas y la fragmentación del poder al interior de un régimen (McAdam y Tarrow, 2018). De acuerdo con el argumento principal de esta perspectiva, cuando una comunidad o un grupo perciben en el entorno político un cambio positivo (es decir, una buena noticia) con respecto a los problemas o las demandas que los afectan, es posible que sus miembros inicien una campaña de acción colectiva para obtener nuevos beneficios o ventajas. Por ejemplo, cuando la Asamblea y el Senado de California alcanzaron una mayoría absoluta del Partido Demócrata en 2014, surgió una campaña de movimiento social (llamada “Estudios Étnicos Ya”) con la demanda de incorporar el currículum de estudios étnicos en las escuelas secundarias públicas de todo el estado. La legislatura de California aprobó la correspondiente medida en 2016.

El entorno de las malas noticias provee una serie de incentivos desfavorables (amenazas) que pueden estimular la acción colectiva. Las principales amenazas pueden clasificarse a grandes rasgos en cuatro categorías: problemas económicos, crisis ambientales/de salud, erosión de derechos y represión estatal (Almeida, 2018). Una amenaza nueva o creciente, como la contaminación del agua potable

causante de enfermedades en la población, podría impulsar la movilización de un movimiento social a nivel local. En resumen, la ampliación de los intereses comunes puede resultar tanto de las buenas noticias sobre el incremento de las oportunidades, como de las malas noticias sobre la inminencia de nuevas amenazas.

No obstante, los incentivos, sean positivos o negativos, deben ser experimentados colectivamente para que puedan generar un conjunto de intereses comunes. La probabilidad de que tanto las oportunidades como las amenazas puedan ser comprendidas de forma similar aumenta cuando los individuos y grupos viven bajo circunstancias sociales parecidas. En situaciones en que grupos similares reciben buenas o malas noticias, el potencial y la escala que podrían alcanzar los intereses comunes se ve ampliado si las personas se encuentran previamente involucradas en asociaciones y comunidades, considerando que dentro de estas formas organizativas la solidaridad es más fuerte y la comunicación fluye más rápidamente (Gould, 1995). Por consiguiente, movimientos sociales en germen tienden a beneficiarse de variados tipos de recursos a su disposición para poder defender sus intereses comunes.

Infraestructuras organizacionales y de recursos

Organizaciones

Una vez en marcha, las organizaciones tienden a perdurar y a resistir. Tal vez pueda decirse que ofrecen el recurso más valioso para quienes deseen sumarse a la acción colectiva. Las posibilidades de que emerjan movimientos sociales aumentan cuando estos salen de organizaciones e instituciones existentes. Tal como señala McAdam (2003, p. 285).

La mayoría de los movimientos sociales se desarrolla dentro de escenarios sociales establecidos [...] los escenarios sociales establecidos suministran a los insurgentes los diversos recursos necesarios (líde-

res reconocidos, canales de comunicación, redes de confianza, etc.) para emprender una acción colectiva sostenida.

Cada uno de estos elementos es un requisito fundamental para iniciar la movilización. Los equipos de liderazgo aportan experiencia y conocimientos importantes provenientes de acciones colectivas anteriores. Los investigadores del tema han hallado que los líderes con motivaciones intrínsecas (en contraste con aquellos cuyas motivaciones se basan en recompensas materiales) resultan ser los organizadores más eficaces (Ganz, 2009). Las organizaciones y los grupos preexistentes también ofrecen un escenario delimitado para comunicar y construir una conciencia opositora (Morris y Braine, 2001). El destino común se logra mucho más fácilmente en un escenario institucional (Gould, 1995).

En la sociedad civil existe una amplia variedad de formas institucionales con un abanico diverso de propósitos (Clemens, 1997; Clemens y Minkoff, 2004). Dos tipos de organizaciones resultan especialmente útiles como proveedoras de los recursos necesarios para la emergencia de movimientos sociales: en primer lugar, las *organizaciones activistas*; en segundo lugar, las *organizaciones cotidianas* que no se establecieron originalmente con propósitos de acción colectiva. Los líderes crean organizaciones activistas con el objetivo explícito de coordinar campañas propias de un movimiento social. Entre estas organizaciones se cuentan grupos como Greenpeace, Personas por el Trato Ético de los Animales [PETA por su sigla en inglés], Trabajadores Agrícolas Unidos [UFW por su sigla en inglés], el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios [SEIU por su sigla en inglés], Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra en Brasil (MST), La Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA), y el Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán (MEChA), por nombrar solo unas pocas. Muchas de estas organizaciones de movimientos sociales (SMOs) surgieron al calor de luchas anteriores y se han mantenido vivas durante largos períodos de tiempo. El campo organizacional

de las SMOs es un terreno especialmente fértil para el lanzamiento de nuevas movilizaciones. Así es como los trabajadores logran iniciar rápidamente una campaña de huelga, así como de los grupos por los derechos de las mujeres se movilizan simultáneamente ante amenazas de nuevas políticas desfavorables. La existencia previa de organizaciones sindicales (Martin, 2008) y feministas (Van Dyke, 2017) permite esa emergencia expedita de la acción colectiva. Los activistas que lanzan nuevas campañas de protesta sin el apoyo de SMOs preexistentes harán bien en establecer organizaciones más explícitas al calor de la lucha para lograr que la movilización se sostenga a largo plazo (McAdam, 1999 [1982]).

Las *organizaciones cotidianas* se establecen en torno a objetivos que no están directamente relacionados con la acción colectiva (Gould, 2005). Entre ellas se cuentan las organizaciones sin fines de lucro que brindan servicios sociales, las organizaciones no gubernamentales (ONGs), las instituciones religiosas, las instituciones educativas (escuelas secundarias y universidades), las cooperativas agrícolas, los comités vecinales, los clubes de deportes recreativos² y muchas otras organizaciones de la vida cotidiana sin fines activistas. En momentos y lugares específicos, estas organizaciones comunes y corrientes pueden suministrar la base masiva de un movimiento social emergente, sobre todo en regiones donde escasean las organizaciones activistas, o bien en momentos históricos en los que asoma un nuevo tipo de movimiento social a la superficie del paisaje político. Por ejemplo, en el auge de las protestas latinoamericanas contra las reformas del libre mercado durante los primeros años del siglo XXI, las regiones bolivianas, guatemaltecas, nicaragüenses y salvadoreñas con mayor presencia de ONGs registraron un índice más alto de movilizaciones (Boulding, 2014; Almeida 2012 y 2016a). Estas organizaciones movilizaron a comunidades rurales y urbanas marginadas

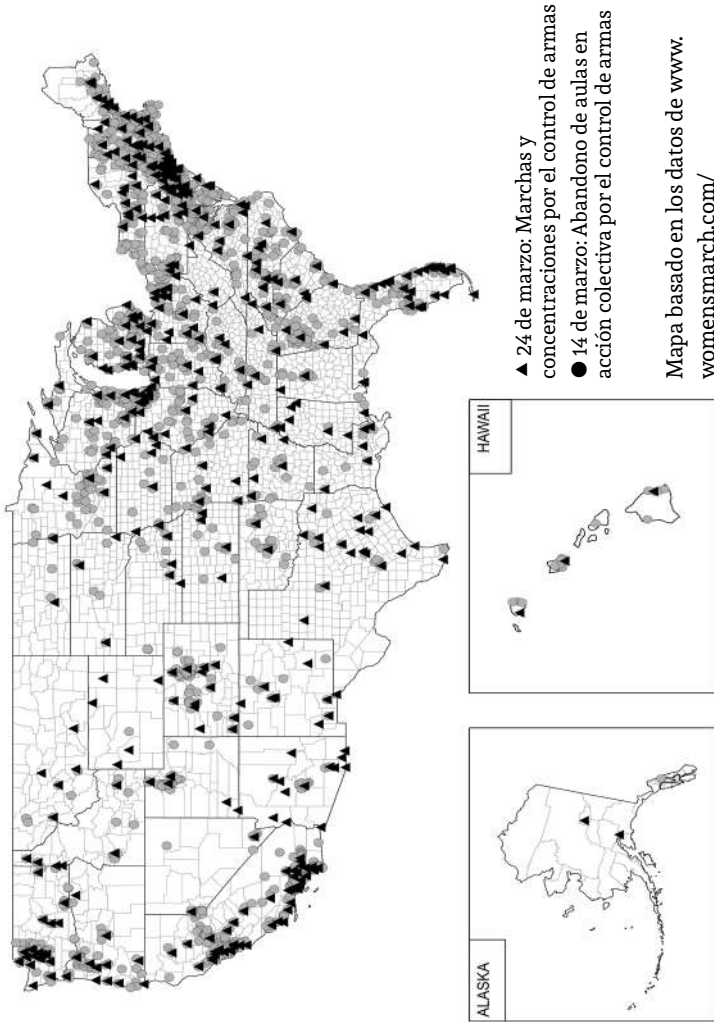
² Por ejemplo, Zepeda-Millán (2017) señala que una asociación de fútbol regional con sede en el sur de Florida desempeñó un papel clave en las movilizaciones de 2006 por los derechos de los inmigrantes.

que habían sido abandonadas por otras organizaciones, incluidas las instituciones gubernamentales en la época neoliberal. Las ONGs no suelen invertir tiempo en movilizar personas para acciones de protesta, sino que más bien se dedican a proveer servicios y recursos (atención médica, capacitación, terapia y asesoramiento, entre otras) a comunidades desatendidas. No obstante, en circunstancias especiales, las ONGs movilizan a esas comunidades en el marco de campañas por el cambio social.

El sistema de escuelas públicas también ejemplifica el potencial de movilización que encierran las organizaciones cotidianas. La campaña para prohibir la comercialización de armas militares recibió un enorme impulso tras la masacre de 2018 en la escuela secundaria Marjorie Stoneman Douglas de Florida en los Estados Unidos.

Los líderes estudiantiles de esta escuela secundaria recurrieron de inmediato a las redes sociales para conectarse con miles de escuelas secundarias y medias de todo el país. Estos líderes usaron eficazmente la organización cotidiana de las escuelas públicas para lograr más de tres mil abandonos de aulas y ochocientas marchas masivas un mes después de la masacre, en demanda de políticas más estrictas para el control de las armas (véase la figura 8). Según el patrón visual de la figura 8, los abandonos de aulas del 14 de marzo explican la localización de las marchas y concentraciones callejeras que tuvieron lugar diez días después, es decir, el 24 de marzo de 2018. Sin las organizaciones cotidianas de las escuelas públicas, el movimiento por la reforma de la legislación sobre armas habría sido mucho más débil como fuerza de movilización masiva y presión pública. También en años recientes, los maestros de los Estados Unidos se han valido de huelgas y manifestaciones callejeras coordinadas al nivel de las escuelas públicas con el fin de proteger sus pensiones, demandar salarios dignos e incrementar las asignaciones de personal (y los suministros escolares) en Arizona, California, Colorado, Illinois, Kentucky, Carolina del Norte, Oklahoma y Virginia Occidental. Es indudable que el movimiento de 2006 por los derechos de los inmigrantes debió su masividad a los paros estudiantiles de las escuelas

Figura 8. Protestas por el control de las armas, 2018



y universidades públicas. Finalmente, El Movimiento Fridays for Future (Viernes por el futuro en español) liderado por la joven Greta Thunberg, reactivó la campaña transnacional por justicia climática en 2019 a través de la movilización de estudiantes en escuelas públicas en todos los continentes. Cabe decir, entonces, que las instituciones de la educación pública proveen un terreno especialmente fértil para la emergencia de la acción colectiva (tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo).

El reconocimiento del papel que desempeñan las organizaciones activistas y cotidianas preexistentes en el fomento de la acción colectiva abre numerosos interrogantes de gran interés acerca de cuándo y dónde comenzarán a aparecer los movimientos sociales, así como sobre el ritmo que adquirirá la movilización. Los expertos en movimientos sociales tienden a creer que la acción colectiva emergerá primero en las regiones donde ya existen organizaciones (tanto activistas como cotidianas) o donde hay grandes porciones de la población que ya participan activamente en organizaciones de la sociedad civil. Las organizaciones e instituciones preestablecidas ofrecen oportunidades de “reclutamiento en bloque”, mediante el cual es posible incorporar segmentos enteros de su membresía a la campaña de un movimiento social incipiente (Oberschall, 1973; McAdam, 1999 [1982]). Tal como hemos visto en el capítulo 3, este mecanismo organizacional acelera el nivel de movilización, en la medida en que evita la necesidad de reclutar individualmente a todos los miembros.

Otra dinámica organizacional ligada a la emergencia de los movimientos gira en torno a las redes de relaciones entre diversas unidades. La vinculación previa entre las organizaciones por vía de membresías superpuestas, federaciones o coaliciones agiliza el intercambio de información e incorpora obligaciones preexistentes que pueden activar la solidaridad interorganizacional en aras de contribuir recursos (Van Dyke y Amos, 2017). Un simple conteo de los vínculos en red entre las organizaciones cotidianas y activistas permite predecir a grandes rasgos la factibilidad y la potencia de una movilización. De hecho, Osa (2003) demostró que, tras las débiles

movilizaciones de los años sesenta y principios de los setenta contra el gobierno autoritario de Polonia, la creciente densidad que adquirieron los vínculos en red entre las organizaciones opositoras desde fines de los años setenta redundó en la formación de “Solidaridad” (una federación de sindicatos y otras asociaciones de la sociedad civil), así como en una movilización masiva sin precedentes a nivel nacional, que a la larga condujo a la caída del régimen.

Los múltiples beneficios que aportan los recursos organizacionales a la emergencia de los movimientos no impiden las objeciones de diversos autores. Uno de los críticos más influyentes de las organizaciones como motor de la movilización masiva es el politólogo alemán Robert Michels. De acuerdo con Michels (1962), incluso las organizaciones políticas progresistas –como el Partido Socialdemócrata de Alemania– se desplazan con el tiempo hacia posiciones más conservadoras. Michels atribuye este proceso al accionar de unos pocos líderes que toman el control de la organización con el fin prioritario de garantizar su propia supervivencia, en desmedro del propósito original de empoderar a las masas por vía de la movilización.³ Piven y Cloward (1979) también apoyaron la tesis según la cual las organizaciones formales –como las ONG, los organismos gubernamentales, los partidos políticos y las organizaciones lobistas– conducen a la desmovilización de los movimientos mediante la cooptación de sus líderes. Esta profunda desconfianza en relación con las organizaciones formales y jerárquicas continúa en el siglo XXI, como en el caso de los nuevos movimientos sociales que se inclinan por las formas más horizontales, informales y participativas de coordinación (Clemens y Minkoff, 2004; Zibechi, 1999; Deleuze, 1994; Garcia Linera, 2001; Modonessi, 2010; Holloway, 2009). Entre los ejemplos de estos movimientos se cuentan los círculos de lectura feminista, las asambleas barriales y las fábricas recuperadas de Argentina, el

³ La observación realizada por Michels también permite entender la crisis de partidos políticos de izquierda luego de victorias electorales. Asimismo, contribuye a la comprensión de la desmovilización de los movimientos sociales y populares que anteriormente apoyaban a los partidos.

movimiento Occupy de los Estados Unidos, los jóvenes Indignados de España y las diversas expresiones del anarquismo contemporáneo, como Black Bloc y Antifa (Mason, 2013; Wood, 2015). Sin embargo, por mucho que se empeñen algunos actores colectivos en defender la importancia de las redes flexibles y horizontales, lo cierto es que los movimientos requieren cierto grado de organización y coordinación centralizada para sostenerse en el tiempo (Snow y Soule, 2010).

Otras infraestructuras de recursos

Más allá de las organizaciones, hay otros recursos capaces de promover la emergencia de los movimientos sociales. Si bien es cierto que la lista de activos potencialmente beneficiosos para la acción colectiva podría ser infinita, los estudios previos hacen hincapié en los recursos más cruciales. De hecho, Edwards y Kane (2014) clasifican en materiales, humanos, socio-organizacionales y morales los recursos que contribuyen a sostener la movilización. Podemos reducir esta categorización a tres tipos principales de recursos no organizacionales: el capital humano, el capital social y el capital estratégico. En la tradición del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1986), podemos pensar en el “capital” como un concepto multidimensional sujeto a la clasificación tripartita de capital humano, social y estratégico.

El *capital humano* involucra las destrezas de la población que puede ser movilizadas. Hay un abanico diverso de destrezas humanas, desde la habilidad para hablar en público y organizar una reunión de vecinos en un barrio popular hasta el manejo de la tecnología comunicacional, que favorece la capacidad de movilizar a las comunidades desprovistas de esos talentos. El uso de estas destrezas también requiere una adaptación parcial al contexto. Los líderes comunitarios deben estar al tanto de cuáles son los discursos más persuasivos para los grupos excluidos a los que intentan movilizar. Por ejemplo,

los miembros potenciales [de un movimiento] son más propensos a aceptar marcos interpretativos que se ajusten a sus creencias exis-

tentes, a su sentido de credibilidad empírica y a sus propias experiencias de vida, así como a las narrativas que usan para describir su vida cotidiana (Jasper, 1997, p. 75).

Los oradores públicos talentosos y persuasivos contribuyen a la movilización mediante la enunciación efectiva de estas apelaciones (véase el capítulo 5). Los expertos en redes sociales necesitan conocer el nivel tecnológico de la población destinataria y adecuar los mensajes que envían a individuos y organizaciones de importancia clave. Hay muchas otras destrezas humanas que también pueden resultar útiles, como las que aportan los científicos y los abogados a la organización de movimientos contra la contaminación ambiental (Almeida y Stearns, 1998; Brown *et al.*, 2012).

El *capital social* se relaciona con los niveles de confianza y cohesión que existen en el interior de las comunidades. Los barrios con residentes que se conocen entre sí y que mantienen frecuentes eventos comunitarios tienden a favorecer la obligación de rendir cuentas (Putnam, 2000). La interacción frecuente entre las personas favorece el intercambio de información crucial que sería menos accesible en otros contextos (Small, 2009). De acuerdo con varios estudios recientes sobre las poblaciones rurales de la India, China y el África subsahariana, las redes informales de confianza basadas en el parentesco y la vecindad se asocian más a la acción colectiva que las organizaciones con un nivel más alto de formalidad (Krishna, 2002; Bratton, 2008; Lu y Tao, 2017). De ahí que esperemos una mayor actividad de movimiento social en las zonas que registran niveles más altos de capital social. Oberschall (1973) puso de relieve el papel decisivo que desempeñan estos grupos comunitarios en la acción colectiva.

Otro recurso clave que está más allá de las organizaciones es el *capital estratégico*. Los académicos definen el capital estratégico como la experiencia de una comunidad en materia de acción colectiva. Los grupos que se han organizado en el pasado reciente cuentan con una mayor capacidad para movilizarse en el presente y en el futuro

(Payne, 1995). Tal como lo expresa sucintamente Aldon Morris (1984, p. x) en relación con las luchas de las colectividades afroamericanas,

La tradición de protesta se transmite de generación en generación por vía de los parientes ancianos, así como de las instituciones educativas, iglesias y organizaciones activistas negras. Los afroamericanos interesados en el cambio social gravitan inevitablemente hacia esta “comunidad de protesta”, donde esperan encontrar las soluciones a problemas complejos. Una vez que ha entablado contacto, el recién llegado deviene un eslabón de la tradición. De aquí se deduce que la tradición rejuvenece perpetuamente gracias a la incorporación de sangre nueva.

Los activistas y las comunidades saben dónde y cómo movilizar a la población sobre la base de experiencias previas. De hecho, el movimiento masivo de 2006 por los derechos de los inmigrantes en los Estados Unidos pareció al principio una reacción espontánea al proyecto de ley del congreso (HR4437) que representaba una amenaza para la condición jurídica de las personas que no habían accedido a la ciudadanía. Una investigación más incisiva demostró que las protestas de muchas localidades fueron precedidas por la campaña del “Viaje hacia la libertad de los inmigrantes trabajadores”, liderada en 2003 por un grupo de organizaciones sindicales y activistas (Bloemraad *et al.*, 2011). Okamoto (2003) también ha demostrado la incidencia de las protestas previas en el sostenimiento de la acción colectiva asiáticoamericana. En otro ejemplo del poder que confiere la experiencia previa en movilización comunitaria, Almeida (2014b y 2016a) demostró que algunas de las campañas centroamericanas más contundentes contra las medidas neoliberales (de las privatizaciones, el libre comercio y la austeridad económica) registraron más eventos de protesta en localidades que se habían movilizado previamente contra otras reformas económicas del pasado reciente. Los académicos que estudian la movilización de los pueblos indígenas mexicanos con series de datos sobre los eventos de protesta ocurridos a lo largo del tiempo y en vastas extensiones del territorio

nacional también sostienen que las poblaciones con una abundante experiencia pasada de movilizaciones en defensa de sus derechos son más propensas a iniciar nuevas etapas de resistencia colectiva que las comunidades con un historial escaso de luchas (Inclán, 2008; Trejo, 2012).

El capital estratégico también evoluciona mediante el aprendizaje y la adaptación, tanto por el descarte de las tácticas y estrategias fallidas como por la retención de los modelos exitosos en materia de organización. Esto incluye las estrategias para forjar coaliciones. Pese a la vasta bibliografía sobre movimientos sociales que demuestra el poder cuantitativo de las grandes coaliciones (Van Dyke y Amos, 2017), los líderes de los movimientos a menudo aprenden esta lección por las malas cuando tratan de lanzar movimientos de protesta basados en un solo grupo dentro de un solo sector. Dichos líderes descubren por ensayo y error la eficacia superior de las coaliciones y, en las etapas subsiguientes de movilización, buscan acuerdos que les permitan contar con el apoyo de otros grupos (Almeida, 2008b; 2016a).

Estos tres tipos de recursos o capitales (humanos, sociales y estratégicos) son fungibles; en otras palabras, sirven para múltiples propósitos (Almeida, 2003, p. 350; Edwards y Kane, 2014). De ahí que los capitales humanos, sociales y estratégicos resulten especialmente valiosos para las personas y las comunidades que aspiran a organizarse en campañas de movimientos sociales. Y estos recursos también pueden extenderse a otras formas de acción colectiva, como las campañas de salud pública, la asistencia a las víctimas de catástrofes y la migración internacional (por ejemplo, las caravanas de migrantes).

Identidades colectivas

Una característica fundamental de los movimientos sociales es el sentido de compañerismo, “nostridad” o “unidad” existente en los

grupos (Snow y McAdam, 2000). Esta contribución a los conocimientos sobre la emergencia de los movimientos se debe en gran medida a los teóricos de los nuevos movimientos sociales. El proceso al que se alude aquí se desarrolla especialmente por vía de las identidades personales y colectivas. Las identidades personales involucran el sentido del yo. Las identidades colectivas proveen sentimientos de pertenencia a un grupo, pero adquieren una fortaleza especial cuando se condicen con las identidades individuales (Jasper, 1997). Tal como señalan Taylor y Whittier (1992, p. 105), “la identidad colectiva es la definición compartida de un grupo, que deriva de la solidaridad, las experiencias y los intereses comunes de sus miembros”. Las identidades colectivas pueden establecer sus fronteras sobre la base de la etnicidad, la región, el barrio, la condición de ciudadanía, la clase social, el género, la religión o la orientación sexual, entre muchos otros factores. El sentido de pertenencia colectiva intensifica los sentimientos de solidaridad mutua cuando el grupo en cuestión lucha por la obtención de nuevos beneficios o trata de protegerse en un contexto de crecientes amenazas. Las identidades colectivas también se apuntalan en el acuerdo entre los miembros de un grupo acerca de su situación compartida (Johnston *et al.*, 1994).

Verta Taylor y Nancy Whittier (1992, p. 111) también señalan que

para cualquier grupo subordinado, la construcción de una identidad positiva requiere tanto el distanciamiento con respecto a los valores y las estructuras de la sociedad dominante y opresora, como la creación de nuevos valores y estructuras que contribuyan a su autoafirmación.

Esta perspectiva en particular arroja una luz contundente sobre la capacidad de las comunidades para sobreponerse a las formas despiadadas de dominación que describen Piven y Cloward; o bien, en otras palabras, avizora una vía de agencia y de resistencia activa frente las formas de hegemonía y los sistemas de exclusión prevalecientes. En otras oportunidades, un acontecimiento súbito –como una masacre escolar, una catástrofe ambiental o un evento de represión

gubernamental– puede desencadenar rápidos cambios de identidades. Por ejemplo, Jocelyn Viterna (2013) demostró que las mujeres salvadoreñas de las poblaciones rurales donde los militares cometían abusos extremos de los derechos humanos a principios de los años ochenta cambiaron su identidad de madres e hijas trabajadoras por la de luchadoras revolucionarias, para sumarse a las fuerzas insurgentes con el fin de derrocar al gobierno que auspiciaba la matanza de sus familias. Una vez que se politiza la identidad colectiva, y que la comunidad se suma a la acción colectiva, la identidad colectiva puede transformarse en una identidad activista capaz de promover nuevas rondas de movilización (Jasper, 1997; Horowitz, 2017).

Gran parte de los ejercicios que construyen la identidad tienen lugar más allá del ámbito observado por el público y los académicos de los movimientos sociales. En reuniones, asambleas barriales, ceremonias y otros eventos internos, las comunidades y los grupos construyen su identidad colectiva intercambiando experiencias, cantando juntos y afirmando el compañerismo mediante el hincapié en sus características comunes (Zermeño, 2017). Los organizadores comunitarios expertos conciben este proceso como una “construcción de capacidades” que se desarrolla a lo largo de varios meses, o incluso años (Wood y Fulton, 2015). Collins (2004) describe esos encuentros como “rituales de interacción” de importancia crucial, que crean fuertes lazos de solidaridad e infunden de energía emocional a los individuos participantes. El enfoque más adecuado para investigar los procesos en cuyo marco se construye la identidad colectiva es el trabajo etnográfico de campo que analizamos en el capítulo 2. A veces, las expresiones de identidad colectiva irrumpen en la esfera pública por vía de celebraciones colectivas anuales, como las manifestaciones del 1° de Mayo, los homenajes a César Chávez y Martin Luther King, las marchas por el Día Internacional de las Mujeres (8 de marzo), el desfile del orgullo gay y otros eventos conmemorativos (Armstrong, 2002; Inclán y Almeida, 2017). Una contribución fundamental de los líderes, los activistas y los artistas reside en su capacidad de crear símbolos poderosos para afianzar las identidades

colectivas y consolidar los lazos de fraternidad. El sentido de pertenencia colectiva es un factor esencial para las campañas y la promoción de los movimientos.

Difusión: cómo se expanden los movimientos sociales

Una vez que ha emergido el movimiento, una de las cuestiones más importantes que se plantean a continuación gira en torno a la estrategia para expandirlo a otras regiones, ya se trate de barrios, ciudades, estados provinciales, o incluso naciones. De esta manera, pasamos al área del conocimiento sobre la difusión de las movilizaciones y los movimientos sociales. Los académicos suelen documentar una táctica común, un marco de acción colectiva o una meta para desentrañar el proceso de difusión. Esto puede incluir una ola de huelgas, disturbios que se extienden de ciudad en ciudad, abandonos de aulas, un boicot, o una campaña por el salario vital. Uno de los principales elementos que facilitan la expansión de los movimientos sociales es la similitud de condiciones en múltiples localidades. Los académicos especialistas de las organizaciones, las redes y los movimientos sociales denominan “equivalencia estructural” a este proceso (Strang y Soule, 1998). Un ejemplo reciente de rápida difusión que tuvo lugar en los Estados Unidos fue la movilización del movimiento Occupy Wall Street. Entre septiembre de 2011 y febrero de 2012, innumerables estudiantes y activistas establecieron centenares de campamentos de protesta en ciudades de todo el país (Gould-Wartofsky, 2015). Las protestas se extendieron a paso acelerado a medida que se imponía la demanda compartida de reducir la desigualdad de ingresos en el contexto de la Gran Recesión (véase la figura 5 hacia el final del capítulo 2). En la mayoría de las localidades, el movimiento encuadró la acción colectiva en la consigna del “99%” contra el “1%”, en el marco de un llamamiento dramático a reducir la injusta distribución de la riqueza entre los habitantes del país, cuyo desequilibrio se ha intensificado en las últimas décadas (Piketty, 2014). De acuerdo

con muchos estudios académicos, el movimiento Occupy Wall Street fue más propenso a expandirse por vía de las organizaciones tradicionales, como las universidades, así como a través de las redes sociales, en especial los muros de Facebook (Vasi y Suh, 2016)⁴. La idea según la cual la expansión de los movimientos encuentra impulso en la similitud de circunstancias (o equivalencia estructural) entre múltiples regiones abre líneas interesantes de investigación para los estudios de los movimientos sociales. En particular, cabe preguntarse de qué manera las personas toman conciencia de las campañas impulsadas por movimientos sociales que aún no han llegado a su región. A fin de resolver este interrogante, exploraremos mecanismos y conductos mediante los cuales se difunden las acciones colectivas.

Tres mecanismos prominentes que multiplican las actividades de los movimientos sociales son la difusión directa, indirecta y mediada (Kolins Givan *et al.*, 2010). La *difusión directa* circula a través de los lazos entre las organizaciones, sus líderes y los grupos informales, ya sea por superposición de membresías, la participación en federaciones o en organizaciones paraguas, o la proximidad a rutas importantes de comercio y transporte. La *difusión indirecta* deriva de las actividades de movimiento social que se expanden por medio de equivalencias estructurales y entendimientos culturales compartidos. Los medios masivos, las TICs, y las redes sociales ponen en conocimiento mutuo a grupos desvinculados, y sientan las bases para que los grupos en situaciones similares se observen mutuamente e imiten a sus pares en tácticas de movimiento que antes desconocían. Por ejemplo, los analistas también sostienen que la amenaza represiva de los arrestos en los primeros campamentos de Occupy Wall Street creó más atención e indignación en las redes sociales de Twitter y Facebook, lo cual a su vez facilitó la difusión espacial de esas protestas a nuevas ciudades (Suh *et al.*, 2017). Por último, el mecanismo de

⁴ Otro ejemplo de difusión rápida contra la desigualdad es el movimiento piquetero de los desocupados en Argentina con sus bloqueos de carreteras en los 1990 y principios de los 2000.

la *difusión mediada* ocurre a través de intermediarios que ponen en contacto a organizaciones e individuos sin otros vínculos en común (Vasi, 2011).

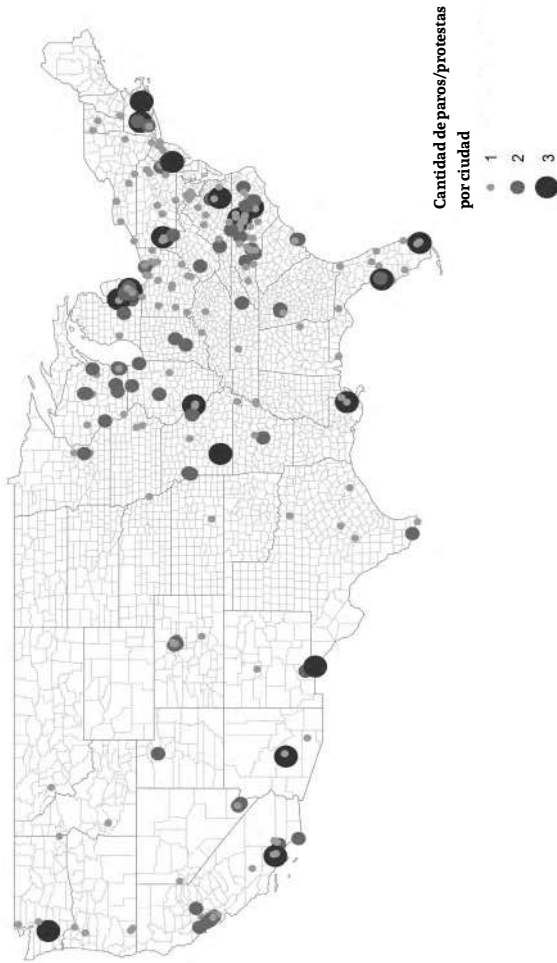
Aplicación de las herramientas para la emergencia de movimientos: la campaña de la “lucha por los \$15”

Las figuras 9 y 10 ofrecen una oportunidad para aplicar sistemáticamente los conceptos y los procesos que detallamos más arriba (en relación con la emergencia de los movimientos) a un movimiento social contemporáneo: la lucha de los trabajadores de la comida rápida y otros servicios por el salario mínimo vital. Tras las numerosas campañas por el salario de subsistencia que se llevaron a cabo en las décadas de 1990 y 2000, con blanco en los gobiernos a nivel local, nacional y federal, uno de los sindicatos más grandes de los Estados Unidos (Unión Internacional de los Empleados de Servicios, o SEIU por su sigla en inglés) decidió lanzar una campaña enfocada en los trabajadores de los servicios de comida rápida. Esta campaña tuvo precursores importantes, como la “Lucha por una economía justa” de SEIU, las iniciativas de la coalición sindical Cambiar para ganar, el movimiento Occupy Wall Street y las novedosas iniciativas de organización sindical que llevó a cabo el sector de los servicios en el condado de Los Ángeles durante más de una década. La campaña comenzó en noviembre de 2012, cuando decenas de empleados neoyorquinos que trabajaban en cadenas de comida rápida abandonaron sus puestos de trabajo en horario laboral. El movimiento cobró un enorme impulso en 2013 y, hacia fines de ese año, ya había movilizó concentraciones, paros y protestas en bastante más de cien ciudades estadounidenses. Las acciones colectivas se llevaron a cabo bajo la consigna “Lucha por los \$15”, acompañadas de cánticos como “Sin justicia, no hay grasa”. La demanda principal se enfocaba en un salario mínimo de 15 dólares la hora. Hacia 2014 y 2015, la campaña de la Lucha por los \$15 ya había llegado a cientos de ciudades y pueblos

estadounidenses. El movimiento se organizó mediante la elección de fechas estratégicas para realizar todas las protestas durante el mismo día, como eventos simultáneos coordinados. El movimiento mantuvo el ímpetu durante 2016 y 2017, con acciones simultáneas de un día en aún más localidades de todo el país. Hacia 2018, el movimiento coordinó sus acciones con la nueva Campaña de los Pobres por la justicia económica. La Lucha por los \$15 se cuenta entre los movimientos más grandes que se desarrollaron en los Estados Unidos durante la segunda década del siglo XXI, junto con Black Lives Matter, el movimiento por los derechos de los inmigrantes, Occupy Wall Street, la resistencia anti-Trump, los jóvenes contra los fusiles de asalto y la lucha por la justicia climática.

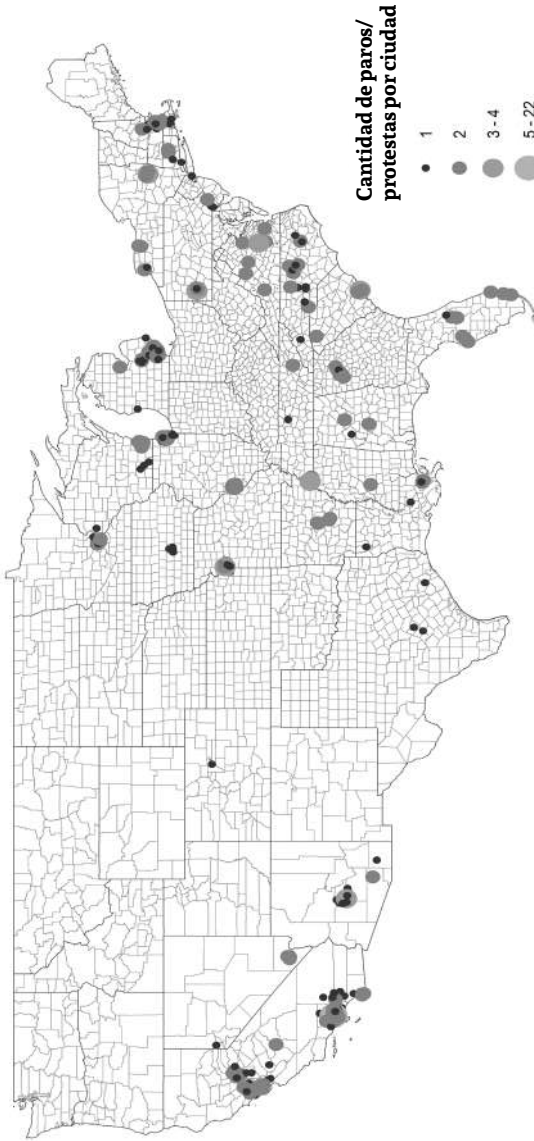
En vista de los bajos salarios y escasos beneficios que caracterizan a toda la industria de la comida rápida, los días nacionales de protesta se propagaron rápidamente por el país, con la demanda común de aumentar la paga por hora a un nivel apto para cubrir las necesidades y los gastos básicos diarios de los empleados. Las protestas incluyeron a todas las cadenas más conocidas, desde McDonald's hasta Wendy's, KFC, Burger King y Taco Bell. Los trabajadores uniformados y sus aliados convocaron concentraciones frente a los restaurantes, marcharon por las principales calles de las ciudades, se manifestaron en aeropuertos internacionales, e incluso hicieron cortes ocasionales de calles y rutas. Los días de acción nacional fueron mayormente pacíficos, pero sí disruptivos por momentos, incluso con intervención de las fuerzas de seguridad. Por ejemplo, el 29 de noviembre de 2016 hubo cientos de arrestos en varias ciudades durante el día de acción.

Figura 9. Protestas de los trabajadores de la comida rápida, 2013-2015. 451 paros/protestas en 326 ciudades



Mapa construido por el autor con datos de www.ibtimes.com/fast-food-worker-strikes-these-are-100-cities-where-fast-food-workers-will-walk-job-1495758 <http://fightfor15.org> and <http://thinkprogress.org/economy/2014/05/15/3438218/map-fast-food-strikes-may/>.

Figura 10. Protestas de los trabajadores de la comida rápida, 2016-2017
613 paros/protestas en 400 ciudades



Mapa construido por el autor con datos de <http://fightfor15.org>.

Las figuras 9 y 10 proveen información geográfica sobre los lugares donde se realizaron protestas en las fechas de mayores movilizaciones (5 de diciembre de 2013, 15 de mayo de 2014, 10 de noviembre de 2015, 4 de abril de 2016 y 4 de septiembre de 2017, cuando los trabajadores de comida rápida y sus aliados lanzaron días nacionales de paros, protestas y concentraciones).⁵ Los mapas ilustran la distribución de las acciones en los 3.007 condados de los Estados Unidos. ¿Qué nos dicen las protestas de la comida rápida sobre la emergencia y la difusión de los movimientos? Podemos abordar esta pregunta con nuestros conceptos de intereses comunes, infraestructuras de recursos e identidades colectivas.

Comencemos por los *intereses mutuos*. Durante décadas, los salarios reales de los Estados Unidos no se han mantenido al día con respecto a la inflación, circunstancia que dificulta especialmente la vida de los trabajadores con bajos salarios, así como la de sus familias (Rolf, 2016). La industria de la comida rápida es un sector donde el problema de los bajos salarios ha alcanzado un punto crítico.

Los empleados de esta industria comparten el interés material directo de incrementar sus salarios hasta un nivel adecuado para la subsistencia de su hogar. Los trabajadores de la comida rápida ganan sueldos similares y, probablemente, se perciben a sí mismos en circunstancias comparables. Esto crea condiciones de equivalencia estructural, que colocan en una situación similar a los trabajadores de toda la industria, desde Portland en Maine, hasta San Diego en California. Las amenazas económicas de largo plazo, en torno a un costo de la vida que sube mientras el salario permanece estancado, proveyeron las condiciones negativas que motivaron la movilización. Si los trabajadores de los servicios gastronómicos no se hubieran organizado en ese momento, probablemente habrían presenciado una decadencia continua en su nivel de vida hasta la crisis económica de Covid-19 en 2020. Una oportunidad política a nivel macro que se

⁵ Estas fechas no agotan los días de movilizaciones nacionales que tuvieron lugar entre 2013 y 2017; y también hubo protestas que duraron varios días.

presentó al comienzo de la campaña fue el hecho de tener en la Casa Blanca a un presidente demócrata que daba señales de simpatizar con el movimiento. De hecho, en una pronta reversión de esta oportunidad, con la asunción de Trump en 2017, la nueva administración designó miembros antisindicales en la Junta Nacional de Relaciones con los Trabajadores, y supuestamente el SEIU ha recortado los fondos para las campañas de la Lucha por los \$15.

La campaña de los trabajadores de la comida rápida también se benefició con *infraestructuras de recursos*. De acuerdo con Luce (2017), las protestas y las huelgas que llevaron a cabo estos trabajadores entre 2012 y 2017 se apuntalaron en la experiencia del anterior movimiento por el salario mínimo vital, que comenzó en 1994 y se extendió a innumerables municipalidades de todo el país. Hacia 2009, 125 ciudades y condados habían aprobado alguna ordenanza regulando el salario mínimo vital (Luce, 2017, p. 870). Los activistas coordinaron estas campañas locales mediante el armado de diversas coaliciones, compuestas de sindicatos, organizaciones de base comunitaria (como ACORN), organizaciones confesionales, de estudiantes y del clero. Este *capital estratégico* de experiencia previa en movilización se usó para apuntalar las campañas de la comida rápida en la década de 2010. Sobre la base de los mapas que se presentan en ambas figuras, cabría conjeturar que los trabajadores de la comida rápida se movilizaron más en los condados y regiones con campañas previas de salario mínimo vital.

Otro elemento directamente relacionado con la infraestructura de recursos es el sindicato SEIU, que inició la campaña de huelgas en el sector de la comida rápida. El SEIU envió activistas sindicales a decenas de ciudades. Otras ciudades tienen sedes activas de SEIU en otros sectores de los servicios (como atención de salud, servicios/mantenimiento de propiedades, servicio público, y educación). Desde este punto de vista organizacional, el patrón de la actividad de protesta en el rubro de la comida rápida debería asociarse a los lugares donde la organización sindical SEIU tiene presencia geográfica. Otros movimientos sociales más recientes prestaron apoyo a la

lucha de estos trabajadores, incluido Black Lives Matter. Por ende, cabría esperar que la actividad de huelgas en el rubro de la comida rápida hubiera emergido en aquellas regiones con mayor actividad del movimiento Black Lives Matter.

Es probable que las *identidades comunes* también hayan desempeñado un papel importante en las protestas de la comida rápida. Las condiciones de equivalencia estructural que mencionamos más arriba en relación con los trabajadores de bajos salarios pertenecientes a este rubro también contribuirían a formar fuertes identidades colectivas en torno al estatus laboral, además de beneficiarse con la solidaridad étnica e interétnica en las comunidades con altas concentraciones de población latina, negra, asiáticoamericana e inmigrante. En las regiones donde los activistas lograron forjar identidades interseccionales que unificaron a los trabajadores de bajos salarios en torno a los ejes de la raza, la clase, el género y la sexualidad (Chun *et al.*, 2013), es posible que se hayan desarrollado solidaridades más fuertes que invitaran a asumir el riesgo del despido como consecuencia de la participación. En efecto, el 4 de abril de 2017, los trabajadores de la Lucha por los \$15 unieron fuerzas con el movimiento Black Lives Matter en el cuadragésimo noveno aniversario del asesinato de Martin Luther King. Ambos grupos coordinaron protestas en más de treinta ciudades, con la consigna de combatir simultáneamente el racismo y la explotación económica. Los estudiosos de la acción colectiva harían bien en explorar las coaliciones multirraciales e interseccionales existentes con anterioridad a la campaña de la Lucha por los \$15, a fin de comprender si esas condiciones incrementaron las posibilidades de movilización más en algunas localidades que en otras.

La Lucha por los \$15 también *se difundió rápidamente* a cientos de ciudades entre 2014 y 2015. Es probable que esta propagación también haya ido de la mano con el activismo de organizaciones de base, como SEIU y Black Lives Matter. Una vez que la campaña se puso en marcha, se celebraron reuniones de coordinación nacional en Chicago y otras ciudades. Las ciudades que enviaron representantes a

las reuniones de coordinación nacional también actuaron a todas luces como fuente de difusión directa. La equivalencia estructural y el éxito de las primeras protestas nacionales en 2013 también proporcionaron un modelo eficaz de emulación para las ciudades adonde aún no había llegado el movimiento. Las movilizaciones simultáneas se difundieron en tiempo real a través de las cuentas oficiales de la Lucha por los \$15 en Twitter y Facebook, con lo cual la información potencialmente llegó a cientos de miles de trabajadores de los servicios de comida rápida que aún no se habían movilizado. Aun inspirando por medio de esta vía a una pequeña fracción de los más de tres millones de trabajadores de este rubro que aún no se habían sumado a la campaña, el resultado podría marcar una inmensa diferencia en los subsiguientes días de protesta nacional.

Además de estas tres dimensiones centrales para la emergencia de los movimientos (intereses, infraestructuras de recursos e identidades), hay otras condiciones relacionadas que deberían considerarse en aras de comprender la dispersión geográfica que alcanzó el movimiento de estos trabajadores. Entre ellas se cuentan factores demográficos tales como el tamaño de la población y la cantidad de establecimientos de comida rápida presentes en cada ciudad o condado. Cuantos más empleados del rubro haya en una región, más probabilidades habrá de que algunos decidan participar en la lucha por un salario de \$15. También deberían tomarse en cuenta las historias sindicales regionales. La movilización de los trabajadores sería mucho más difícil en los estados que han emitido leyes anti-obreras (ej. como “derecho a trabajar”), así como en regiones con otras políticas hostiles en relación con los sindicatos (Dixon, 2008).

Resumen

En este capítulo se analizaron a los procesos en cuyo marco emergen y se difunden los movimientos. Si bien los primeros pasos para lanzar una campaña de acción colectiva se basan en la determinación

y la agencia de los seres humanos, las posibilidades de sostener la movilización se apuntalan en los intereses comunes, las infraestructuras organizacionales, las infraestructuras de recursos y las identidades colectivas. Tales dimensiones se distribuyen desigualmente en el tiempo y en el espacio. Los organizadores pueden trabajar activamente para superar estas distribuciones desiguales mediante la construcción de intereses e identidades comunes, así como de infraestructuras apropiadas de recursos. Los activistas pueden disponer de estas herramientas de agencia para sostener campañas en cuyo marco se confronta a un poder estructural político y económico que prefiere mantener el statu quo. El movimiento por el salario mínimo vital y las protestas nacionales de la Lucha por los \$15 ofrecen ejemplos recientes que arrojan luz sobre la posibilidad real de movilizarse colectivamente e intentar sobreponerse a los tremendos obstáculos de la exclusión económica en las sociedades modernas mediante la difusión y sostenimiento de un movimiento.

5. El proceso de enmarcado

El capítulo anterior introdujo las principales condiciones asociadas a la emergencia y la difusión de los movimientos. Además de la breve atención dedicada a la conciencia opositora y a las identidades colectivas, el capítulo 4 puso de relieve en gran medida factores estructurales y materiales, como los intereses, las organizaciones y las infraestructuras de recursos. El presente capítulo trata sobre el proceso de enmarcado, que se enfoca en la dinámica cognitiva (qué tiene la gente en la cabeza) correspondiente al acto de promover la movilización.

El “análisis de los marcos” (*framing analysis* en inglés) suministra un medio analítico para estudiar los componentes ideológicos relativos a la movilización de los movimientos. El “enmarcado” (*framing*) involucra la batalla por las ideas. Imagine el lector la batalla cuesta arriba que deben librar los grupos excluidos para organizarse en la arena ideológica, así como vencer la colonización de la esfera pública (o incluso de las mentalidades individuales) por parte de una cultura globalizante que pone de relieve el individualismo, el consumismo y la apatía (Habermas, 1989; Castells, 2013). En el capítulo 3, sobre los enfoques teóricos, vimos que las oportunidades, las amenazas y las infraestructuras de recursos no bastan por sí solas para impulsar la emergencia de un movimiento: las creencias de las personas son un elemento igualmente importante. Los estudiantes

de los movimientos sociales suelen emplear el verbo “enmarcar” (*to frame*) para conferir agencia a los actores colectivos que intentan controlar sus propios discursos y narraciones (Snow y Soule, 2009). El trabajo de enmarcado involucra la interpretación activa de los agravios para una audiencia más abarcadora, que incluye a los adherentes, los espectadores, el público general, las poblaciones seleccionadas como sujetos de la protesta, los grupos que son el blanco de la lucha y los adversarios (Snow, 2004). Los académicos también usan la frase “marco de acción colectiva” (*collective action frame*) con referencia a los marcos particulares asociados a diferentes movimientos o a los cambios que tienen lugar a lo largo del tiempo. El concepto de “marco” (*frame*) fue desarrollado en gran medida, dentro de la literatura sobre movimientos sociales, por David Snow, Robert Benford y sus colaboradores (Snow *et al.*, 1986, Snow y Benford, 1988; Benford y Snow, 2000; Snow, 2004; Snow *et al.*, 2014), quienes se basaron en el trabajo de Erving Goffman (1974) sobre el análisis de los marcos en el nivel micro de las interacciones interpersonales.

Los académicos usan el término “marco” en sentido figurado, para decir que los movimientos procuran enfocar la atención pública hacia la imagen capturada en un enmarcado “fotográfico”, separando lo relevante de lo irrelevante (Snow, 2004). Esto incluye al trabajo que realizan los activistas al orientar la atención de sus audiencias hacia las dificultades y los agravios del movimiento social, mientras evitan otras distracciones que no se relacionan con esos agravios. Los activistas necesitan interpretar de maneras significativas las condiciones y amenazas estructurales que enfrenta una población, a fin de motivar a las personas a la acción y justificar sus estrategias. Estos procesos de conversión de las buenas o malas noticias en encuadres que alientan y guían la acción colectiva no pueden darse por sentados. Muchos activistas no tienen la capacidad de enmarcar las condiciones actuales en modelos apropiados para la movilización, y por ende no logran iniciar actividades de movimiento (Snow y Corrigal-Brown, 2005) ni atraer aliados influyentes (Bob, 2005). Para que resulten convincentes, los marcos y los alegatos ideológicos deben

resonar en las creencias, los símbolos y las normas culturales locales. El presente capítulo trata sobre los mecanismos por medio de los cuales los activistas encuadran sus luchas, incluidas las tareas fundamentales que llevan a cabo los líderes de los movimientos y los activistas culturales en el proceso de enmarcado. Estos análisis y ejercicios proveen un medio para comprender los componentes ideológicos de los movimientos sociales, así como para apreciar su eficacia. También permiten evaluar de qué manera los diversos interlocutores, como el público general y los potenciales simpatizantes, reciben los mensajes de movilización. El enmarcado no solo configura la emergencia de un movimiento, sino también sus resultados (véase el capítulo 7). En las páginas que siguen, después de definir los componentes cruciales de los procesos de enmarcado, nos detendremos en el caso de la música de protesta como modelo de canal para crear y diseminar marcos de referencia para la acción colectiva.

Enmarcados definatorios

Un marco de acción colectiva es un esquema interpretativo que

simplifica y condensa el ‘mundo allá afuera’ mediante la puntualización y la codificación selectivas de objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones que forman parte del entorno presente o pasado de alguien (Snow y Benford, 1992, p. 137).

Este concepto, tomado de Antonio Gramsci y Erving Goffman (Snow *et al.*, 1986), involucra la construcción y la configuración del mundo social en consonancia con el objetivo de alentar y sostener la participación en un movimiento. Un movimiento no puede ser potente sin marcos interpretativos viables la acción colectiva. Los movimientos sociales profieren ideas que ponen de relieve las injusticias compartidas y las experiencias de opresión de una manera congruente con las creencias culturales generalizadas, en aras de engendrar y mantener una resistencia activa (Tarrow, 2011). Esta interpretación activa

no solo refuerza las creencias, la identidad colectiva y la solidaridad de los individuos comprometidos con el movimiento, sino que además suscita las simpatías de potenciales seguidores y atrae la atención de un público más generalizado hacia una situación injusta que requiere de un cambio (Klandermans, 1988). La agencia atribuida a los movimientos en esta perspectiva teórica aleja a los académicos de las teorías clásicas y los análisis del comportamiento colectivo (véase el capítulo 3), que giraban en torno a las disposiciones psicológicas de ciertos individuos dispuestos a dejarse atraer por un movimiento social que reflejara sus ansiedades (Snow, 2004). En el proceso de enmarcado, gran parte del trabajo relacionado con la construcción de la realidad social deriva de los activistas y los líderes del movimiento, en contraste con los individuos a quienes se busca atraer como participantes y simpatizantes.

Entre los ejemplos de marcos de referencia para la acción colectiva, cabe mencionar el de la “vuelta a la democracia” de Chile, que emergió durante las “Jornadas de Protesta” de 1983 contra el régimen de Pinochet (Noonan, 1985), así como el de la “autonomía” y el “obrerismo” italianos, en el marco de la ola de militancia juvenil y obrera que sacudió al país entre 1965 y 1975 (Tarrow, 1989). Cuando consideramos los grandes movimientos sociales de la historia estadounidense, entre los marcos definitorios de la acción colectiva que se nos presentan de inmediato en la mente se cuentan el de los “derechos civiles”, que marcó la lucha por la libertad de la población negra entre fines de los años cincuenta y fines de los sesenta (y el “poder negro” al final de los sesenta), y “Somos el 99%” contra el “1%”, correspondiente a las jornadas de Occupy Wall Street. Algunos marcos resultan tan potentes y adaptables, que son adoptados por múltiples movimientos. Eso fue precisamente lo que ocurrió con marco de los “derechos civiles”, utilizado en variantes similares por otros diversos movimientos de fines de los sesenta y principios de los setenta, desde el feminismo de la segunda ola hasta los movimientos por los derechos de los discapacitados, la comunidad LGBTQ, los asiáticoamericanos y la población latina, e incluso el de los derechos ambientales. Snow

y Benford denominan “marcos maestros” a estos marcos de aplicación extendida, sobre todo en el caso de los que proveen coherencia ideológica a una ola de protesta (Snow y Benford, 1992; Tarrow, 2011). Los movimientos más recientes de base inmigrante también han adoptado el marco maestro de “los derechos” (Bloemraad *et al.*, 2016).

En el desarrollo de sus marcos interpretativos para la acción colectiva, los movimientos evocan acontecimientos históricamente significativos, experiencias compartidas y mártires, a la vez que vilifican las estructuras y los grupos sociales opresivos que son el blanco de la lucha. Los marcos de significación para la acción colectiva requieren flexibilidad y trabajo activo por parte de los movimientos, a fin de subsistir y reproducirse. Los investigadores suelen considerar los documentos y la prensa de los movimientos, así como sus manifestaciones públicas, las declaraciones de sus líderes y sus presentaciones en los medios masivos como vías a través de las cuales se transmiten los marcos de acción colectiva a una población más amplificada (McCammon, 2012; Rohlinger, 2015). Sin embargo, antes de las dos últimas décadas, la mayor parte de la bibliografía acerca de los marcos de interpretación se había construido sobre una base teórica, con relativa escasez de investigaciones empíricas (Klandermans, 1988; McAdam *et al.*, 1996, p. 6). En los primeros años del siglo XXI, Snow (2004) documentó diecisiete publicaciones importantes que partieron de datos empíricos para examinar procesos de enmarcado. Las redes sociales de acceso público e inmediato que utilizan los movimientos sociales contemporáneos (como Twitter y Facebook) ofrecen una prometedora línea de investigación sobre las estrategias de enmarcado (Earl y Garrett, 2017; Abul-Fottouh y Fetner, 2018).

Estrategias de alineamiento y tareas fundamentales del enmarcado

Los académicos usan una serie de términos para diseccionar el complejo proceso del enmarcado. Aun cuando parezca abstracta

a primera vista, la evaluación analítica de los alegatos ideológicos ofrece a los organizadores conocimientos cruciales sobre la manera de convertir los agravios en narraciones e historias persuasivas que fomenten la empatía del público y de los potenciales participantes en relación con un movimiento. En sus primeros aportes a la perspectiva de los marcos en el campo de los movimientos sociales, David Snow y sus colegas se centraron en cuatro procesos de alineamiento de los marcos que permiten establecer una congruencia entre las creencias de los individuos y un movimiento social (Snow *et al.*, 1986) (véase el cuadro 3).

Los procesos básicos de alineamiento de marcos arrojan luz sobre el trabajo que necesitan llevar a cabo los activistas para llegar a grandes cantidades de personas, así como las dificultades que se presentan a lo largo del camino. Los líderes de los movimientos sociales necesitan acercar o vincular sus marcos a múltiples grupos de diversos y vastos espacios geográficos que experimentan situaciones similares en materia de agravios (es decir, que mantienen una equivalencia estructural). Los activistas culturales también necesitan ajustar el foco del enmarcado en función de agravios y acontecimientos particulares dentro de parámetros culturales apropiados para elaborar mensajes que conmuevan o emocionen a las poblaciones destinatarias. A fin de atraer grupos múltiples a coaliciones más amplias, es posible que el movimiento focal necesite incorporar otros elementos a su enmarcado inicial; un ejemplo claro de esto, en el caso de los Estados Unidos, fueron las históricas Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018.

Por último, dado que los movimientos sociales son opositores por naturaleza, las circunstancias culturales prevalecientes no siempre permiten que sus estrategias de enmarcado adquieran suficiente tracción. En tales situaciones, a veces es necesario abordar el enorme desafío de transformar el enmarcado original. Estas raras ocasiones históricas pueden incluso estar generadas por factores externos. He ahí precisamente lo que ocurrió en decenas de países de todo el mundo como efecto del Concilio Vaticano II de la Iglesia católica a

principios de los años sesenta. En esa oportunidad, la Iglesia no solo cambió su doctrina para enfocarla en los pobres, sino que además modificó prácticas religiosas elitistas en aras de permitir la participación de los laicos en la organización de sus rituales. En América Latina, el Concilio Vaticano II se radicalizó y se transformó en un marco, el de la “teología de la liberación”, donde las parroquias locales organizaron un amplio abanico de movimientos sociales a fines de los años sesenta y durante los setenta, guiados por la idea de que Dios demanda de la Iglesia un trato preferencial para los pobres de la región (Gutiérrez, 1973; Smith, 1991).¹

Cuadro 3. Estrategias de alineamiento de marcos interpretativos

<i>Estrategia de alineamiento</i>	<i>Función</i>
Acercamiento de posiciones	Establecimiento de una interacción recíproca entre conjuntos de sentimientos previamente desvinculados, bajo un marco abarcador (similar al proceso de difusión de los movimientos, pero a nivel cultural, con miras a establecer una unidad entre grupos similarmente situados)
La amplificación de marcos	Clarificación y vigorización de un marco interpretativo que concierne a un asunto, problema o conjunto de acontecimientos particulares (haciendo hincapié en agravios específicos para realzar valores culturales y despertar fuertes respuestas emocionales)
La extensión de marcos	Extensión de las fronteras de un marco con el fin de incluir los problemas de otros grupos (a menudo necesaria para la formación de coaliciones)
La transformación de marcos	“Es posible que resulte necesario plantar y nutrir nuevos valores, deshacerse de viejos significados y entendimientos, y re-enmarcar creencias erróneas o ‘malos’ marcos” (p. 473) (por ejemplo, cambiar radicalmente prácticas y rituales religiosos fatalistas para alentar la participación activa en un movimiento con el fin de lograr un cambio social en el presente).

Fuente: Snow *et al.* (1986)

¹ En el capítulo 8 se analizan las contribuciones organizacionales de la teología de la liberación a los movimientos sociales del Sur global.

Sobre la base de Wilson (1973) y Klandermans (1988), Snow y Benford (1988, p. 199) han especificado aún más el proceso de enmarcado mediante la delineación de sus tres aspectos o tareas fundamentales: (1) el diagnóstico, (2) el pronóstico y (3) la motivación. En la mayoría de los trabajos académicos contemporáneos se emplean estas categorías para evaluar la eficacia de los procesos de enmarcado en diversos movimientos sociales. La implementación de estas tres tareas básicas es imprescindible para lograr enmarcados que traduzcan exitosamente los agravios y los problemas sociales en acción colectiva.

El *enmarcado de diagnóstico* consiste en presentar algún acontecimiento o aspecto de la vida social como un problema que requiere alteración. Además de diagnosticar los problemas sociales y definirlos apropiadamente, los activistas deben expresar de una manera que resulte convincente la atribución de culpas a los agentes que los causan (Snow y Corrigan-Brown, 2005). Tanto la especificación del problema como la atribución de culpa o responsabilidad son factores cruciales en esta primera etapa fundamental del enmarcado. Cuando la causa del agravio deriva de fuentes múltiples, la atribución colectiva se dificulta considerablemente, incluso hasta el punto de poner en riesgo el arranque del movimiento (Zepeda-Millán, 2017). El *enmarcado de pronóstico* ofrece una solución para el problema diagnosticado, en cuyo ámbito se especifica lo que es necesario hacer. En esta etapa del proceso de enmarcado, los activistas elaboran discursos sobre las estrategias concretas de acción. El *enmarcado motivacional* funciona como un conjunto de llamamientos morales a la acción colectiva. El enmarcado motivacional se apunala fuertemente en alegatos emocionales y en firmes creencias culturales con miras a inducir la acción de la población destinataria.

Las tareas de diagnóstico y pronóstico se orientan al logro de una movilización consensuada; en otras palabras, apuntan a sintonizar las ideas de los potenciales participantes en relación con los problemas, la estrategia y los objetivos de la lucha (Klandermans, 1997). La tercera tarea, cuya meta es la puesta en acción, suministra el ímpetu motivacional necesario para inducir la participación. Este esquema tripartito del

enmarcado –el diagnóstico, el pronóstico y la motivación– resulta un medio conciso para analizar las múltiples e interrelacionadas dimensiones ideacionales de los movimientos sociales. En este marco teórico se definen tanto las injusticias como sus causas, se proponen soluciones y se emplean mecanismos para activar a los potenciales participantes. Snow y Benford (1988) sostienen que los movimientos deben prestar suficiente atención a cada una de estas tres tareas cruciales en materia de enmarcado. Cuanta más energía dediquen los movimientos a cada una de estas tareas, más fuerte será la movilización. Los marcos de diagnóstico y pronóstico funcionan en conjunto con los marcos de motivación, en la medida en que su combinación permite identificar los problemas, adjudicarles causas y ofrecer estrategias para su resolución. El enmarcado motivacional aprovecha el potencial movilizador de los llamamientos e incentivos morales directos (morales, solidarios y materiales) que alientan la participación en un movimiento. De acuerdo con la hipótesis de Klandermans (1988), el enmarcado motivacional tiende a tomar como objetivo a los seguidores comprometidos y, con el paso del tiempo, una vez que se han establecido firmemente los agravios comunes y las estrategias de acción, los movimientos deben enfocarse con creciente energía en esta tercera dimensión del enmarcado.

Snow y Benford (1988) también alertan a los activistas acerca de otras dos cuestiones importantes en relación con el proceso de enmarcado: la *centralidad de los marcos* y las *vulnerabilidades de los marcos*. La centralidad de un marco refiere al nivel de prioridad que ocupa el agravio o el problema social en la jerarquía de temas que preocupan a la opinión pública, o bien al grupo seleccionado como destinatario del llamamiento a movilizarse. Si la población no está demasiado consciente o afligida por el tema en cuestión, es posible que el movimiento necesite llevar a cabo un trabajo educativo adicional, en forma de clases abiertas, talleres o sesiones de capacitación (con fuerte hincapié en el enmarcado diagnóstico), en lugar de movilizar eventos de protesta. Este sería un escenario de baja centralidad. Si la población que se apunta a movilizar ya está muy consciente del problema y sumamente preocupada por él, los activistas pueden

pasar directamente a los enmarcados de pronóstico y de motivación que hemos detallado más arriba. Las encuestas de opinión pública (cuando están disponibles) pueden servir para calcular y detectar la centralidad del enmarcado. Algunas organizaciones locales incluso realizan sus propias encuestas barriales o municipales para evaluar las necesidades e identificar los problemas que más apremian a las comunidades a fin de desarrollar sus campañas de base.

Las *vulnerabilidades de los marcos* surgen cuando un marco de acción colectiva se extiende excesivamente, o bien es atacado por grupos externos (Snow y Benford, 1998). Los activistas a veces fuerzan la extensión del marco en el intento de ampliar las coaliciones. En cierto punto de las negociaciones para forjar coaliciones, la incorporación de otros temas o perspectivas puede diluir el enmarcado original, o bien perderlo entre los múltiples temas presentados en la plataforma coalicionista (por ejemplo, racismo, discriminación de género, injusticia económica y destrucción ambiental). La otra dinámica importante capaz de esmerilar un marco interpretativo es el ataque por parte de los contramovimientos y sus marcos, que pueden ser diametralmente opuestos a los marcos originales del movimiento. Entre los ejemplos contemporáneos más comunes se cuentan los ataques ideológicos a movimientos con objetivos tales como la defensa de los derechos reproductivos y la lucha contra la violencia de las armas, perpetrados por movimientos contrarios. En otras palabras, los movimientos combatidos por contramarcos o marcos diametralmente opuestos (Pérez Martín, 2019), se enfrentan a una lucha cuesta arriba en comparación con aquellos desafíos colectivos que no enfrentan una fuerte oposición ideológica (Benford y Hunt, 2003).

Enmarcados revolucionarios

En los años más recientes se ha observado un claro desplazamiento desde las explicaciones estructurales de los procesos de los movimientos hacia explicaciones que incorporan aspectos de índole más cultural. Uno de los autores que más contribuyeron a este cambio

de énfasis es John Foran (2005), en cuya obra se toma el concepto de “culturas políticas de resistencia y oposición” como eje teórico central para explicar los resultados revolucionarios. La idea es similar a la perspectiva de los marcos, pero se aplica principalmente al análisis de los movimientos revolucionarios. Foran sostiene que las culturas políticas opositoras varían históricamente y de un lugar a otro en su capacidad para forjar las alianzas de clase que resultan necesarias a fin de llevar a término una transferencia revolucionaria del poder (Foran, 2009). De acuerdo con la definición de Foran (1997), las “culturas políticas de resistencia y oposición” son

las maneras plurivocales y potencialmente radicales de entender las circunstancias propias que diversos grupos de una sociedad articulan en determinados momentos para conferir sentido a los cambios políticos y económicos que atraviesan. [...] Esas culturas aprovechan desde las memorias históricas de conflictos pasados, los sentimientos rudimentarios sobre la injusticia y las expresiones o prácticas religiosas de larga data, hasta las ideologías políticas complejas más formales (pp. 208-209).

De ahí que mientras muchos académicos usan en el estudio de los movimientos revolucionarios la noción de culturas políticas de resistencia y oposición, para el análisis de los movimientos sociales suelen utilizar el lenguaje de los marcos de acción colectiva.

Cuadro 4. Evidencia empírica para las estrategias de enmarcado

<i>Fuentes de datos</i>	<i>Tipos de marcos más usuales</i>
Carteles, * pancartas, consignas y gritos de protesta que usan los manifestantes en los eventos colectivos	Diagnóstico y motivacional
Sitios web, Facebook, Twitter, WhatsApp, y otras redes sociales de activistas	Diagnóstico, pronóstico, motivacional, acercamiento de posiciones, extensión
Discursos de líderes de movimientos	Diagnóstico, pronóstico y motivacional (con énfasis en el motivacional)
Canciones de protesta	Diagnóstico, pronóstico, motivacional, acercamiento de posiciones, extensión, centralidad
Otras formas de arte activista (murales, danza, poesía, etc.)	Diagnóstico, pronóstico, motivacional, centralidad
Volantes, panfletos, memes	Diagnóstico, pronóstico, motivacional, acercamiento de posiciones, extensión

* Los profesores y estudiantes de la Universidad de Arte y Diseño del Noreste han lanzado “Art of the March” [“Arte de la Marcha”], un archivo interactivo con más de seis mil carteles de protesta creados para la histórica Marcha de las Mujeres que tuvo lugar en Boston el 21 de enero de 2017. Con la colaboración de diseñadores, desarrolladores de software y archivistas, el equipo de investigación creó diversos medios digitales para examinar, clasificar y comentar los documentos e imágenes, en un trabajo que dio como resultado la primera exhibición pública de la colección entera (<http://artofthemarch.boston/>). Esta base de datos puede ser un recurso excelente para estudios sobre el uso de marcos interpretativos en las Marchas de las Mujeres.

La evocación de “memorias históricas de conflictos pasados” que incluye Foran en su definición de las culturas opositoras es observable en muchos casos (Pérez Martín, 2019). Entre ellos cabe mencionar el uso de Emiliano Zapata y la Revolución Mexicana en las luchas del actual movimiento indígena zapatista en Chiapas, así como la invocación de Augusto César Sandino y Farabundo Martí en el marco de los movimientos revolucionarios y los partidos políticos de Nicaragua y El Salvador, respectivamente (Selbin, 2010). Los líderes

revolucionarios y los activistas culturales transmiten a las poblaciones su visión sobre las luchas, las injusticias, los mártires y los actos heroicos del pasado por vía del testimonio oral, en especial mediante la música de protesta, que puede llegar a los grupos rurales y semianalfabetos. También vemos el uso de “expresiones y prácticas religiosas de larga data” en movimientos revolucionarios de todo el mundo, como los de base islámica y los que se inspiran en la teología de la liberación.

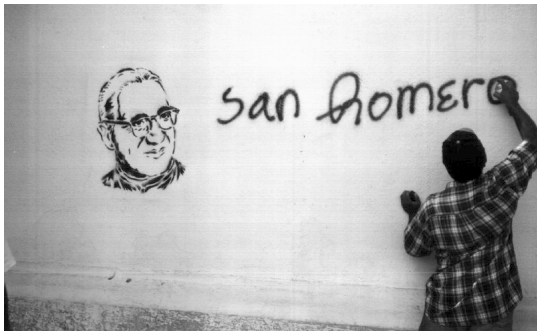
Evidencia Empírica sobre los Marcos de la Acción Colectiva

El cuadro 4 reduce la abstracción de la bibliografía sobre el enmarcado mediante la provisión de fuentes concretas a las que recurren los estudiantes de la acción colectiva para observar y analizar empíricamente, de manera sistemática, los diversos aspectos del enmarcado en diferentes movimientos sociales. Los propios manifestantes enuncian sus marcos en las pancartas, los carteles y los cánticos que se ven y se oyen en las protestas. Con herramientas como la fotografía y el video (ej., YouTube) tanto los activistas como los investigadores pueden captar estos elementos (Doerr y Milman, 2014). Los sitios web de activismo, junto con las plataformas más públicamente accesibles de las redes sociales, como Twitter, Facebook e Instagram, también proporcionan abundante información en materia de enmarcado. Algunos analistas incluso usan técnicas sofisticadas de barrido digital para extraer información en cantidades masivas (macrodatos) de internet y las redes sociales (DiGrazia, 2017). La investigación actual sobre los movimientos sociales recién está comenzando a captar el potencial que encierran estas fuentes de datos para el análisis de los marcos (Mosca, 2014; Ince *et al.*, 2017).

La observación y la grabación de los discursos que pronuncian los líderes de los movimientos proveen otra vía para la recolección de datos sobre las estrategias de enmarcado. Los investigadores enfocados en el estudio de grandes movimientos históricos pueden acceder a los discursos de los respectivos líderes (como Alice Paul, Dorothy

Day, Fannie Lou Hamer, Mahatma Gandhi, Nelson Mandela, César Chávez, Martin Luther King Jr., Dolores Huerta, Evo Morales y Berta Cáceres) en forma de textos escritos archivados en bibliotecas. El arte, el grafiti y las pintadas de los movimientos pueden arrojar luz sobre sus estrategias de enmarcado (véanse ejemplos del arte producido por movimientos contemporáneos de los Estados Unidos en Jobin Leeds y AgitArte [2016]). En los regímenes represivos, el grafiti y las pintadas en lugares públicos de alta visibilidad (véase figura 11) pueden llegar a ser una de las únicas tácticas disponibles para expresar marcos de acción colectiva, tal como vimos antes en relación con las formas cotidianas de resistencia (Johnston, 2011). Por último, la música de protesta ofrece otra vía potente y multidimensional para la comunicación de esquemas interpretativos a públicos amplios, de una manera que queda grabada en la mente de las personas durante mucho tiempo después de haber escuchado la canción o de haber participado en una concentración (Eyerman y Jamison, 1998; Roscigno y Danaher, 2005; Rosenthal y Flacks, 2012). En la sección que sigue analizamos en mayor profundidad el uso de la música de protesta como medio crucial de enmarcado.

Figura 11. *Pintada de Monseñor Romero*



Pinta de Monseñor Romero en San Salvador Marzo de 2000 como parte de las actividades en marco del XX aniversario del martirio del Arzobispo salvadoreño Oscar Arnulfo Romero, tomada por el autor

Estudio de caso: la música de protesta

La música y las canciones populares ofrecen uno de los ámbitos menos explorados de la vida social en los que activistas y productores culturales se embarcan en procesos de enmarcado (Van Dyke y Taylor, 2018). Pese a la sólida evidencia documental existente sobre las funciones cruciales que ha desempeñado la música en los movimientos de resistencia a lo largo de la historia, desde las rebeliones de esclavos (Cruz, 1999) hasta los movimientos obreros (Rosigni y Danaher, 2004; Roy, 2010) y las luchas por los derechos civiles (Carawan y Carawan, 2007), la literatura sobre los marcos de la acción colectiva ha escatimado su atención al tema. En otro ejemplo histórico basado en testimonios de participantes y evidencias de archivo, sabemos que la música desempeñó un papel crucial como herramienta para sostener durante cinco años la huelga de los Trabajadores Agrícolas Unidos (UFW) de California a fines de los años sesenta, que más tarde empoderó al movimiento chicano más generalizado (Broyles-González, 1994); algo similar puede decirse de las luchas contra el racismo del movimiento Two Tone ska de Gran Bretaña. Las letras y los ritmos de la música de protesta se prestan fácilmente al análisis desde la perspectiva del enmarcado.

Uno de los ejemplos contemporáneos más contundentes del lugar que ocupa la música de protesta en los procesos de enmarcado proviene de América Central. Entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, los países de la región (Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua) sucumbieron a la influencia del rock clásico proveniente del Norte global, encarnado en bandas como los Beatles, los Rolling Stones y Credence Clearwater Revival. Los grupos locales de la época emularon los estilos del rock clásico británico y estadounidense, hasta que estos fueron parcialmente desplazados por la música de protesta originada en el Sur global. Hacia mediados de los setenta, la música de protesta en español sudamericano –un movimiento conocido como “la nueva canción”– ganó influencia en América Central. Entre los músicos y grupos más notables de ese

movimiento, cabe mencionar a Quilapayún, Inti Illimani, Víctor Jara y Violeta Parra (de Chile); Mercedes Sosa y el Quinteto Tiempo (de Argentina); Alí Primera, Soledad Bravo y Lilia Vera (de Venezuela); Daniel Viglietti, Los Olimareños y Alfredo Zitarrosa (de Uruguay); y Carlos Puebla, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés (de Cuba). México también produjo varios artistas y grupos musicales en esa era, como Amparo Ochoa, José de Molina y Judith Reyes. El movimiento buscaba inspiración en los ritmos tradicionales e indígenas, plasmados en canciones poéticas que denunciaban la injusticia económica, la represión estatal y la intervención extranjera en la región. Esta música llegó a América Central por vía de las giras artísticas, la radio y la difusión de grabaciones profesionales, tanto en vinilo como en casete.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el grupo de protesta más influyente en la América Central de los años setenta fue el conjunto venezolano Los Guaraguao. En 1973, Los Guaraguao grabaron una versión de “Techos de cartón”, de Alí Primera, bajo el título “Casas de cartón”. La canción alcanzó un éxito inmediato en América Central, donde fue difundida por radios comerciales, así como por la radio católica. La letra narra los padecimientos de la gente que vive en las casas precarias de los asentamientos informales. Estos asentamientos, que se multiplicaron a paso acelerado en la América Latina de los años setenta (Castells, 1983), continúan siendo un problema importante del Sur global en el siglo XXI (Davis, 2007). He aquí la letra completa de la canción:

CASAS DE CARTÓN

*Qué triste se oye la lluvia
en los techos de cartón.*

*Qué triste vive mi gente
en las casas de cartón.*

*Viene bajando el obrero,
casi arrastrando sus pasos
por el peso del sufrir.*

*Mira que mucho ha sufrido,
mira que pesa el sufrir.
Arriba deja a la mujer preñada;
abajo está la ciudad
y se pierde en su maraña.
Hoy es lo mismo que ayer,
es un mundo sin mañana.
Qué triste se oye la lluvia
en los techos de cartón.
Qué triste vive mi gente
en las casas de cartón.
Niños color de mi tierra,
con sus mismas cicatrices,
millonarios de lombrices
y por eso...
qué triste viven los niños
en las casas de cartón.
Qué alegres viven los perros,
casa del explotador.
Usted no lo va a creer,
pero hay escuelas de perros,
y les dan educación
pa' que no muerdan los diarios,
pero el patrón,
hace años, muchos años,
que está mordiendo al obrero.
Qué triste se oye la lluvia
en los techos de cartón;
qué lejos pasa la esperanza
en las casas de cartón.*

Esta canción circuló por toda América Central a mediados de los años setenta. Sus intérpretes estaban alineados con movimientos sociales de Venezuela. La letra cumple en gran medida con las funciones del enmarcado de diagnóstico, en tanto dramatiza emocionalmente el

padecimiento experimentado por los sectores urbanos más pobres de América Latina en general. Comienza por instalar una atmósfera sombría con la descripción de la tristeza que produce el sonido de la lluvia sobre los techos de cartón. La estrofa siguiente describe a un obrero que camina desde el asentamiento hasta la ciudad, casi arrasando los pies bajo el peso del sufrimiento. Poco más adelante, la letra se vuelve aún más lúgubre al señalar que, para ese trabajador, “hoy es lo mismo que ayer, es un mundo sin mañana”, y concluye subrayando que “la esperanza” pasa “lejos” de ese lugar. La letra también hace referencia a la falta de atención médica y servicios sanitarios, con la alusión a los niños “millonarios de lombrices” que viven tristemente “en las casas de cartón”. En las estrofas finales, la canción pasa de definir los problemas sociales de la extrema pobreza, la falta de servicios sanitarios y las viviendas precarias, a efectuar un análisis clasista que atribuye la culpa a los ricos. La letra yuxtapone el sufrimiento del obrero y de los niños que viven en los asentamientos carenciados, al vecindario donde viven los “explotadores” (“el patrón” que siempre “está mordiendo al obrero”), cuya riqueza les permite incluso mandar a sus perros a la escuela para enseñarles a que “no muerdan los diarios”.

La influencia de esta canción es imposible de sobreestimar. Es probable que la mayoría de los adultos centroamericanos actuales aún conozca el tema “Casas de cartón”. De hecho, en una pregunta abierta incluida en una encuesta que realizó el autor entre más de mil salvadoreños y hondureños que marcharon durante el 1° de Mayo de 2014 (véase el capítulo 6), los consultados mencionaron “Casas de cartón” como su canción favorita de protesta con mayor frecuencia que cualquier otra (21% en El Salvador y 13,6% en Honduras). Resulta interesante señalar que la canción describe en abstracto las condiciones de desigualdad, sin ofrecer enmarcados de pronóstico ni de motivación (lo cual a todas luces explica por qué se permitió inicialmente su difusión en las radios comerciales, incluso bajo regímenes autoritarios). Los enmarcados de pronóstico y de motivación llegarían recién con el trabajo cultural de los músicos locales alineados

a los movimientos sociales de la región hacia fines de los años setenta. “Casas de cartón” se inserta en el período de recesión económica regional que sucedió al crecimiento relativamente próspero de los años sesenta. La inflación y el costo de vida experimentaron un marcado incremento a mediados de los años setenta. En el Salvador se formaron movimientos sociales –como la Unión de Pobladores de Tugurios– en torno a las condiciones de vida de los asentamientos informales y los barrios carenciados, mientras que muchos de los agravios subyacentes a las movilizaciones de la época se enfocaban en problemas económicos, como los aumentos de precios.

Entre mediados y fines de los años setenta surgieron innumerables conjuntos musicales de protesta a lo largo y a lo ancho de América Central; en la mayoría de los casos, los artistas pertenecían a movimientos sociales que procuraban derrocar a gobiernos militares. En contraste con las bandas que habían emulado el rock clásico del Norte global a principios de los setenta, muchos de los nuevos conjuntos musicales adoptaron nombres e identidades indígenas, como Mazehual y Kin-Lalat (en Guatemala), o Yolocamba i ta, Tepehuani y Mahucutah (en El Salvador). Nicaragua generó un movimiento de protesta musical especialmente poderoso, con grupos como Pancasán y los hermanos Mejía Godoy (Carlos y Luis Enrique), que cantaban canciones similares a “Casas de cartón”, como “Juan Terremoto”, “El Cristo de Palacagüina” y “Quincho Barrilete.” Entre fines de los años setenta y principios de los ochenta se intensificó la violencia en todo el istmo (Brockett, 2005; Vela Castañeda 2014). En correspondencia con la represión militar, los músicos de protesta redoblaron sus esfuerzos con llamamientos a la resistencia dirigidos a las poblaciones locales, tal como ilustra esta canción salvadoreña:

DIOS SIGUE EXIGIENDO LA LIBERACIÓN

Aunque acallen la voz, seguiremos gritando,

seguiremos cantando por la libertad.

Aunque maten al pueblo, seguiremos de nuevo,

nos organizaremos por la libertad.

Estríbillo:

Por las fábricas, en las milpas,
por tugurios y escuelas,
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.

*Aunque torturen al preso y quebranten sus huesos,
seguiremos tu ejemplo, por la libertad.
Aunque maten al cura, seguiremos a Cristo,
las bienaventuranzas de la libertad.*

Por las fábricas, en las milpas,
por tugurios y escuelas,
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.

*Aunque cerquen cantones y desalojen las fábricas,
no desistiremos, por la libertad.
Aunque reciban las armas del extranjero,
no tendremos miedo, por la libertad.*

Por las fábricas, en las milpas,
por tugurios y escuelas,
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.
Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo
la liberación, la liberación.

Esta canción probablemente circulara por El Salvador alrededor de 1979 (dado el nivel de represión y la referencia a las fábricas ocupadas).² Los movimientos sociales se fortalecían en el contexto de la masiva represión estatal que ejercía un gobierno militar. Este tipo de

² El autor encontró la canción grabada en casete en la librería de una iglesia católica salvadoreña.

canciones se cantaban o se reproducían en la radio católica, las escuelas, las iglesias y las comunidades cristianas, que proveían uno de los escasos canales para la construcción de una conciencia opositora (Morris y Braine, 2001), así como para sostener y reforzar marcos de acción colectiva sorteando la vigilancia de las fuerzas de seguridad, en especial si los participantes regresaban a sus hogares después de las actividades con la letra y la música de la canción resonando en su mente. La canción que acabamos de citar efectúa varias tareas del *enmarcado de diagnóstico*. Enumera diversos actos de represión brutal y abusos de los derechos humanos (asesinatos de sacerdotes, tortura de presos, invasión de poblados, etc.). La letra no hace mención explícita de los perpetradores (el gobierno militar y sus aliados) porque eso era innecesario a esa altura de las circunstancias, cuando estaba claro que las fuerzas de seguridad mataban a decenas –e incluso a centenares– de personas por mes.

Tan contundente como el *enmarcado de diagnóstico* es el *enmarcado de pronóstico*, según el cual la resistencia continuará organizándose en una amplia coalición (de los diversos sectores mencionados: los “tugurios” o asentamientos informales, que representan a las comunidades marginadas; las escuelas, que representan a los maestros y estudiantes; las “milpas” o sembradíos de maíz, frijol y calabaza, que representan a los campesinos; y las fábricas, que representan a los obreros industriales) pese a la despiadada represión estatal. Y, a todas luces, solo mediante una amplia coalición multisectorial es posible oponer resistencia a una dictadura (Schock, 2015b), tarea para la que no basta la lucha de un solo sector (por ejemplo, el sector educativo). Por último, el elemento más saliente de la canción es tal vez el *enmarcado motivacional*, mediante el cual se invoca al mismísimo Dios para demandar la participación en la lucha por la liberación nacional, en una población con un 95% de católicos (y en el momento culminante de la teología de la liberación). La repetición del estribillo –“Dios sigue gritando, Dios sigue exigiendo la liberación”– ayuda a explicar por qué había tanta gente dispuesta a jugarse la vida y a permanecer activa en un movimiento expuesto a tremendas y diversas amenazas represivas.

En las décadas de 1970 y 1980, los artistas y los trabajadores culturales de América Central difundieron innumerables canciones originales de protesta, similares a las dos que hemos citado. Los artistas interpretaban los agravios del período de maneras que resonaran en las poblaciones destinatarias de su mensaje, usando símbolos católicos, la jerga local y el humor popular de la clase trabajadora, así como ritmos conocidos, y a menudo bailables, como la cumbia, la ranchera, el merengue y la salsa. Los antropólogos, etnomusicólogos, sociólogos, historiadores e investigadores contemporáneos de los movimientos sociales tienen a su cargo la tarea de documentar y preservar estos invaluable artefactos culturales de rebelión, que a su vez son ejemplos empíricos contundentes de la manera en que los movimientos llevan a cabo el proceso de enmarcado interpretativo y de significación.

Los marcos de referencia para la acción colectiva en la era neoliberal

Tarrow (2013) sostiene que el lenguaje del disenso cambia y evoluciona en diferentes coyunturas históricas. Un ejemplo claro de esto es la música latinoamericana de protesta. Una vez que amainó la violencia de los conflictos y las revoluciones centroamericanas, hacia principios de los años noventa, la región inició su transición hacia el neoliberalismo y hacia gobiernos *relativamente* más democráticos, que seguían bajo el control de las élites financieras, aunque ya no bajo la forma de dictaduras militares (Robinson, 2003). En esta nueva era, la música de protesta sobrevivió con muchas de las mismas canciones compuestas en los años setenta y ochenta, emitidas a todo volumen desde los parlantes que acompañaban las marchas del Primero de Mayo y los aniversarios conmemorativos (por ejemplo, de la Revolución Nicaragüense, la Revolución Guatemalteca de 1944 y el martirio de monseñor Romero en El Salvador). Entre 1990 y el período actual, uno de los agravios que ha impulsado las movilizaciones

más multitudinarias se relaciona con las políticas de liberalización económica y el neoliberalismo (Almeida, 2014b y 2016a). Estas políticas incluyen el libre comercio, las privatizaciones, la austeridad, la eliminación de subsidios, el congelamiento de salarios y la flexibilidad laboral. Y, una vez más, los músicos de protesta y otros artistas culturales innovaron las canciones de protesta para adaptarlas a la nueva era (neoliberal), tanto en las campañas de los movimientos sociales contra las medidas de liberalización económica, como en las contiendas electorales a favor de partidos políticos antineoliberales. En aras de atraer a las nuevas generaciones de jóvenes, los músicos contemporáneos de protesta no solo amplían el repertorio tradicional de corridos, cumbias y rancheras con nuevos géneros, como el rap y el reguetón, sino que además cambian las letras de las canciones más populares compuestas por estrellas de la música comercial, como Juanes y Daddy Yankee. La siguiente canción de protesta se usó en la campaña contra el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y América Central (CAFTA por su sigla en inglés) en Costa Rica: uno de los movimientos sociales más grandes que emergieron en la historia moderna de ese país (Raventos, 2013 y 2018).

DERROTEMOS AL TLC EN COSTA RICA

*Costa Rica tiene en su territorio
la gente de un pueblo que es grande en su historia,
que sabe que es libre, que tiene cerebro y dirá que NO.
Pues, con el tratado, perdemos la tierra, perdemos la gracia de la libertad.
Juntemos los ticos nuestras voces todas, votemos unidos NO al TLC.
Juanito Mora mira desde el cielo, él es el testigo, pues, de nuevo, Walker
pretende estas tierras, que siempre ha querido para esclavizar.
Perdemos el ICE, perdemos la Caja, perdemos semillas, agua y libertad.
Nos dicen mentiras. ¡Sí, tendremos sed! ¡Hay gato encerrado! ¡No al TLC!*

Esta canción apareció en una etapa tardía de la campaña que llevaba adelante el movimiento social costarricense contra el CAFTA (Raventos Vorst, 2018). Tras cuatro años de movilizaciones masivas, intentos de huelgas generales y otras protestas creativas del movimiento,

el gobierno se vio obligado a lanzar un referéndum popular sobre el CAFTA (Almeida, 2014b y 2016a): el primer referéndum en la historia del país. La canción surgió a mediados de 2007, con miras a promover el voto popular por el *no* al CAFTA en el referéndum, como parte de un movimiento cultural más abarcador y organizado que acompañó a la protesta contra el tratado de libre comercio.

La canción aborda sin ambages las tres tareas fundamentales del enmarcado: el diagnóstico, el pronóstico y la motivación. El *enmarcado de diagnóstico* se refleja en la predicción de los problemas y las amenazas que encierra el tratado de libre comercio. En el contexto de un Estado cuyo sistema de bienestar se cuenta entre los más sólidos del Sur global (Edelman, 1999), la letra de la canción advierte a los ciudadanos que perderán el acceso a los servicios estatales básicos del ICE (Instituto Costarricense de Electricidad) y la Caja (denominación abreviada del seguro de salud) si se aprueba el tratado (a raíz de las privatizaciones). Más del 80% de la población costarricense tiene cobertura médica estatal (Martínez Franzoni, 2012). La canción también recuerda a los “ticos” (los costarricenses) las invasiones norteamericanas del pasado, como cuando William Walker condujo una expedición militar a Costa Rica y el sur de Nicaragua con el fin de expandir la esclavitud desde el sur estadounidense. Los costarricenses se unieron a otros ejércitos centroamericanos –de Honduras, Nicaragua y El Salvador– para derrotar a Walker con una campaña militar al mando de Juanito Mora, el presidente de Costa Rica. El *enmarcado de pronóstico* es un llamamiento claro y directo a la unidad popular tras el voto colectivo por el *no* en el referéndum. También se usan varios *enmarcados motivacionales*, sobre todo al principio de la canción: la gente de Costa Rica se presenta como un pueblo “grande en su historia”, que “tiene cerebro” y “sabe que es libre”, de modo tal que no se dejará engañar por este nuevo tratado, cuyos impulsores son forasteros sin compromisos nacionales.

Este tipo de canciones perduró hasta ya bien entrada la década de 2010, con la profundización del neoliberalismo, que incluso acarreó reveses democráticos. Varias de ellas surgieron espontáneamente,

por ejemplo, durante las protestas de 2017 y 2018 contra lo que se percibió como un fraude electoral en Honduras (Sosa, 2018), así como contra la masiva represión estatal de 2018 en Nicaragua (con canciones otra vez de los hermanos Mejía Godoy). Las canciones de protesta siguen proliferando en el continente, desde Argentina (con grupos como Santa Revuelta, en apoyo a los desempleados del movimiento piquetero) hasta México y América del Norte. El más reciente ejemplo es la resurrección de Víctor Jara y sus canciones (especialmente “El derecho de vivir en paz”) cantadas por los manifestantes chilenos en las movilizaciones durante la masiva rebelión en 2019 contra la desigualdad, la represión estatal y las reformas económicas³. Aún queda mucho por investigar con respecto a las múltiples dimensiones de las conexiones entre los procesos de enmarcado y la música.

El lado oscuro del enmarcado

Este capítulo finaliza con una nota menos optimista, sobre enmarcado de los movimientos racistas o violentamente reaccionarios. Hasta ahora hemos centrado el análisis de los marcos en los grupos excluidos que buscan un cambio social con el fin de mejorar sus circunstancias actuales o evitar amenazas inminentes. Otros autores han examinado el papel del enmarcado y los marcos en los movimientos y partidos de derecha. Las “oportunidades discursivas” podrían conducir a un incremento de los ataques derechistas y los crímenes de odio (Koopmans y Olzak, 2004). El ascenso de la derecha electoral en los Estados Unidos y Europa (y Brasil) a lo largo de los últimos veinte años confiere a estas entidades una voz pública para

³ También encontramos un ejemplo reciente de uso creativo de canciones y bailes en las movilizaciones populares que provocaron la renuncia del gobernador de Puerto Rico, Ricardo Roselló, en 2019. El despliegue colectivo y público del “perreo combativo” resignificó un estilo de baile asociado a géneros musicales urbanos como el reggaetón y el trap en función de la movilización política contra la corrupción.

defender agendas xenófobas, antiinmigración y nacionalistas/nativistas. Con la legitimidad de los cargos ejecutivos y representativos obtenidos por el voto, el enmarcado de carácter reaccionario sobre los problemas sociales, que culpabiliza a los grupos más vulnerables de la sociedad (Bobo, 2017), difunde sus opiniones en los medios dominantes, como la televisión y los periódicos, que después vuelven a amplificarse por vía de las redes sociales. Con creciente representación en los parlamentos europeos y cada vez más influencia en la política estadounidense (Gest, 2016), estos partidos suministran una cobertura protectora a los crímenes de odio y otras acciones extra-parlamentarias de grupos aún más extremistas.

Resumen

La comprensión de los procesos relacionados con el enmarcado permite recuperar un crucial eslabón perdido en la relación entre los agravios y las condiciones estructurales de desigualdad, por un lado, y la emergencia y la difusión de la acción colectiva, por el otro. Los activistas necesitan interpretar eventos como los brotes de contaminación, las prácticas discriminatorias y la explotación laboral de maneras que resulten convincentes para las poblaciones afectadas, a fin de iniciar una campaña de movimiento social. Una vez que comienza el proceso de enmarcado los líderes del movimiento deben valerse de las herramientas culturales adecuadas para diseminar mensajes persuasivos a través de sitios web, redes sociales, música, pancartas, discursos y otras vías innovadoras. Aún hace falta mucho más trabajo de investigación empírica para entender cómo llega esta labor de interpretación creativa a las poblaciones destinatarias del mensaje, y cómo es absorbida por ellas. La música de protesta ofrece una vía alentadora para comprender el proceso de enmarcado en movimientos sociales. La explosión tecnológica de las redes sociales suministra una cantidad masiva de información sobre el enmarcado en tiempo real, con un potencial de conocimiento que apenas hemos

comenzado a explorar. Es probable que la función de las redes sociales a la hora de comunicar marcos de referencia para la acción colectiva a públicos amplios y diversos haya sido el principal factor desencadenante de las mayores movilizaciones que tuvieron lugar en los Estados Unidos y el resto del mundo a lo largo de las décadas recientes.

Lecturas sugeridas sobre el proceso de enmarcado

Benford, Robert y David Snow (2000). Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment. *Annual Review of Sociology*, 26, 611-639.

Chihu Amaparán, Aquiles (coord.) (2006). *El "análisis de los marcos" en la sociología de los movimientos sociales*. Mexico: Universidad Autónoma Metropolitana -Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.

Gamson, William A. y David S. Meyer (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En Doug McAdam, John Mc Carthy y Mayer Zald, (eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 398-412). Madrid: Istmo.

Jobin-Leeds, Greg y AgitArte (2016). *When We Fight We Win*. Nueva York: New Press.

Johnston, Hank y John Noakes (2005). *Frames of Protest: Social Movements and the Framing Perspective*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

Mansbridge, Jane y Aldon Morris (2001). *Oppositional Consciousness: The Subjective Roots of Social Protest*. Chicago: University of Chicago Press.

McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer Zald (1999). Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales. En Doug McAdam, John Mc Carthy y Mayer Zald, (eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 21-46). Madrid: Istmo.

Snow, David A., Rens Vliegthart y Pauline Ketelaars (2018). The Framing Perspective on Social Movements: Its Conceptual Roots and Architecture. En David Snow, Sarah Soule, Hanspeter Kriesi y Holly McCammon (eds.). *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 392-410). Oxford: Blackwell.

Snow, David A. (2004). Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields. En David Snow, Sarah Soule, Hanspeter. Kriesi y Holly McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 380-412). Malden, MA: Blackwell.

Snow, David y Robert Benford (1988). Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization. *International Social Movement Research*, 1, 197-217.

Snow, David y Robert Benford (1992). Master Frames and Cycles of Protest. En Aldon Morris y Carol Mueller (eds.) *Frontiers in Social Movement Theory* (pp. 133-55). New Haven: Yale University Press.

Snow, David, Robert Benford, Holly McCammon, Lyndi Hewitt y Scott Fitzgerald (2014). The Emergence, Development, and Future of the Framing Perspective: 25+ Years Since "Frame Alignment". *Mobilization*, 19 (1), 23-46.

Snow, David y Catherine Corrigan-Brown (2005). Falling on Deaf Ears: Confronting the Prospect of Non-resonant Frames. En David Croteau, Charlotte Ryan y William Hoynes (eds.), *Rhyming Hope and History: Activism and Social Movement Scholarship* (pp. 222-238). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Snow, David, E. Burke Rochford, Steven Worden y Robert Benford (1986). Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation. *American Sociological Review*, 51, 464-481.

Tarrow, Sidney (2013). *The Language of Contention: Revolutions in Words, 1688-2012*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lecturas sugeridas sobre música y movimientos sociales

Blacking, John (1995). *Music, Culture, and Experience: Selected Papers of John Blacking*. Chicago: University of Chicago Press.

Broyles-Gonzalez, Yolanda (1994). *El Teatro Campesino: Theater in the Chicano Movement*. Austin: University of Texas Press.

Carawan, Guy y Candie Carawan (2007). *Sing for Freedom: The Story of the Civil Rights Movement through Its Songs*. Montgomery, AL: NewSouth Books.

Cruz, Jon (1999). *Culture on the Margins: The Black Spiritual and the Rise of American Cultural Interpretation*. Princeton: Princeton University Press.

Eyerman, Ron y Andrew Jamison (1998). *Music and Social Movements: Mobilizing Traditions in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Franco-Lao, Méri (1976). *¡Basta!: canciones de testimonio y rebeldía de América Latina*. Ciudad de México: Biblioteca Era.

González, Nicolás Román (2011). La guitarra trabajadora. El oficio del cantor popular y su hibridación a la canción de protesta. *Revista Chilena de Literatura*, 78.

Kirk, John M. (1984). Revolutionary Music Salvadorean Style: Yolocamba I Ta. *Literature and Contemporary Revolutionary Culture*, 1, 338-352.

López, Isaac (2014). La canción protesta en Venezuela: Una aproximación a su origen y auge (1967-1977). *Humana del Sur*, 9 (16).

Moore, William H. (1991). Rebel Music: Appeals to Rebellion in Zimbabwe. *Political Communication and Persuasion*, 8, 125-138.

Ritter, Jonathan. (en prensa). *We Bear Witness With Our Song: The Politics of Music and Violence in the Peruvian Andes* Oxford: Oxford University Press.

Rolle, Claudio (2002). La Nueva Canción Chilena. El proyecto cultural popular y la campaña presidencial y gobierno de Salvador Allende. *Pensamiento crítico*, 2, 1-13.

Roscigno, Vincent y William F. Danaher (2004). *The Voice of Southern Labor: Radio, Music and Textile Strikes, 1929-1934*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Rosenthal, Rob y Richard Flacks (2012). *Playing for Change: Music and Musicians in the Service of Social Movements*. Nueva York: Routledge.

Roy, William (2010). *Reds, Whites, and Blues: Social Movements, Folk Music, and Race in the United States*. Princeton: Princeton University Press.

Velasco, Fabiola (2007). La Nueva Canción Latinoamericana. Notas sobre su origen y definición. *Presente y pasado. Revista de Historia*, 12 (23), 139-153.

6. Reclutamiento y participación de los individuos

¿Por qué hay personas que se suman a los movimientos sociales, mientras que muchas otras optan por quedarse en su casa y no participar? He ahí la interrogante fundamental que subyace al reclutamiento y la participación de los individuos en los movimientos sociales. El capítulo 4 se enfocó en la emergencia y la difusión de los movimientos sociales al nivel *grupal* o macro de la acción colectiva. La participación se relaciona con el nivel *individual* o micro de los movimientos. Sin lugar a dudas, este es un nivel clave por explorar. ¿Cómo sería siquiera posible la acción colectiva si no hubiera individuos dispuestos a tomarse el tiempo y asumir el riesgo de participar en las actividades de un movimiento social? De ahí que este nivel micro de la vida social y política sea de vital importancia para comprender los orígenes de la acción colectiva, así como la manera en que los movimientos construyen su masa crítica sobre la base de la participación individual (Oliver, 2015). La concatenación de acciones que redunda en un movimiento social solo es posible gracias a la volición consciente de las personas comunes que deciden sumarse a una manifestación o a otros eventos colectivos.

El interés por la participación de los individuos en los movimientos sociales se remonta a las teorías clásicas sobre el tema, originadas en la tradición del comportamiento colectivo. Tal como señalamos reiteradas veces a lo largo de este libro, las teorías clásicas de los movimientos sociales ponían de relieve las tensiones psicológicas que

empujaban a los individuos a participar en acciones colectivas imbuidas de carga emocional, como las turbas, los disturbios, la política autoritaria y los partidos de masas, sobre todo en períodos de desintegración social (Useem, 1998). Las primeras teorías acerca del tema se enfocaron *exclusivamente* en las creencias y los valores de los individuos. Los académicos del comportamiento colectivo partían de la hipótesis según la cual los individuos albergaban ciertas predisposiciones que los empujaban a participar en movimientos de protesta. Dichas predisposiciones se describían bajo la forma de déficits psicológicos, tales como la alienación, el aislamiento y la baja autoestima (véase Hoffer, *El verdadero creyente* [1951]). Otros atributos relacionados con las creencias, como la ideología política, también eran de interés para estos autores, junto con diversas teorías de la privación que se enfocaban en agravios profundos (Gurr, 1970; 2015).

El interés por explicar la participación individual en los movimientos desde un punto de vista metodológico y empírico (es decir, más allá de teorías azarosas e impresiones vagas) comenzó en los años sesenta. Los avances de la metodología estadística y la computación automatizada, que por entonces se extendieron a todo el universo de las ciencias sociales, facilitaron las tareas de evaluar y medir sistemáticamente los precipitantes y los niveles de participación individual en los movimientos. Ahora era posible utilizar cuestionarios estandarizados, técnicas de muestreo aleatorio y mediciones más precisas para llevar a cabo estudios cuantitativos de la participación. Además, la ola de protestas de los años sesenta incrementó el interés académico por el estudio de la participación política no rutinaria. Los académicos enfocaron sus estudios de la participación en el movimiento por los derechos civiles, así como en levantamientos y disturbios urbanos (Paige, 1971; Feagin y Hahn, 1973). La inversión de fondos que otorgó el gobierno federal de los Estados Unidos entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, con el fin de estudiar la participación en disturbios, funcionaron como un incentivo financiero para el avance de la investigación (Comisión Nacional de Asesoría sobre Desórdenes Civiles, 2016 [1968]). Estas fuerzas combinadas impulsaron la modernización de las

investigaciones acerca del reclutamiento y la participación en el marco de los estudios académicos sobre los movimientos sociales.

Hoy existen varios estudios de gran envergadura que tratan de medir la participación en movimientos sociales a escala nacional e internacional, como la Encuesta Mundial de Valores (que hemos analizado brevemente en el capítulo 2). Entre otras bases de datos similares, que se enfocan en regiones específicas del mundo e incorporan preguntas sobre la participación en movimientos sociales, cabe mencionar el Barómetro Latinoamericano, el Barómetro de las Américas, el Eurobarómetro, el Barómetro Africano y el Barómetro de Asia Oriental. Este tipo de encuestas nos permite comparar la participación en protestas entre distintos países, así como plantear preguntas importantes sobre los contextos nacionales de la participación en movimientos sociales, incluidas las comparaciones basadas en el género y la clase social (Dodson, 2015; 2016a). También nos permiten monitorear los niveles de protesta en distintas partes del mundo a lo largo del tiempo. Los recientes estudios académicos basados en la Encuesta Mundial de Valores sugieren que la protesta ha tendido a crecer a nivel planetario durante el primer cuarto del siglo XXI (Dodson, 2011; Jakobsen y Listhaug, 2014). El cuadro 5 suministra más información sobre estas series de datos y sus vías de acceso.

Pese a la valiosa información provista por las encuestas a gran escala y de múltiples países que incorporan preguntas sobre la participación en protestas, estas fuentes de datos tienen sus limitaciones en lo que atañe a la comprensión del involucramiento individual en la acción colectiva. Más importante aún, es el hecho de que las encuestas poblacionales a gran escala están diseñadas para medir decenas de dimensiones sociales aparte de la participación en protestas (como la pobreza, el delito, la confianza, la religiosidad, la discriminación, la situación ocupacional y la educación). Las preguntas acerca de la participación en protestas se formulan en términos muy generales, como “¿Participó usted en alguna manifestación durante el año pasado?”. Este diseño de encuesta omite gran parte del *contexto* real en cuyo marco se toma la decisión de participar en un movimiento social.

Cuadro 5. Bases de datos informativos sobre participación en la protesta

<i>Fuente de datos</i>	<i>Detalles</i>	<i>Acceso</i>
Obtenidos en el acto de protesta: contextualizando la protesta (CCC por su sigla en inglés)	Encuestas sobre protestas realizadas en 110 manifestaciones de 13 países (europeos y latinoamericanos). Datos recolectados entre 2009 y 2017. Los temas incluyen, entre otros, el Día del Trabajador, la austeridad, el orgullo LGBT, el antirracismo y el medioambiente.	http://www.protestsurvey.eu/index.php?page=index&lang=ES
Encuesta Mundial de Valores	Encuesta comparativa que abarca más de 65 naciones de todo el mundo. Las rondas de encuestas se hicieron en 1981, 1990–1991, 1995–1997, 1999–2001, 2005–2007, 2010–2014, 2017–2018.	http://www.worlds-valuesurvey.org
Encuesta Europea de Valores	Encuesta comparativa que abarca hasta 47 naciones de Europa. Las rondas de encuestas se hicieron en 1981, 1990, 1999, 2008, 2017.	https://www.europeanvaluestudy.eu/
Barómetro de las Américas	Encuesta comparativa que abarca 34 naciones, incluidas todas las de América del Norte, del Sur y del Centro, así como una cantidad significativa de países caribeños (con muestras estratificadas, representativas a nivel nacional). Las rondas de encuestas se hicieron en 2004, 2006, 2008, 2010, 2012, 2014, 2016-2017.	https://www.vanderbilt.edu/lapop/
Barómetro Africano	Encuesta comparativa que abarca hasta 35 naciones de África. Las rondas de encuestas se hicieron en 1999-2001, 2002-2003, 2005-2006, 2008-2009, 2011-2013, 2014-2015, 2016-2017.	https://www.afrobarometer.org/
Barómetro de Asia Oriental	Encuesta comparativa que abarca hasta 18 naciones de Asia oriental y suroriental. Las rondas de encuestas se hicieron en 2001-2003, 2005-2008, 2010-2012, 2014-2016.	https://www.asian-barometer.org/
Latinobarómetro	Encuesta anual de opinión pública con 20.000 entrevistas en 18 países latinoamericanos, que representan a más de 600 millones de habitantes. Se hizo por primera vez en 1995.	https://www.latinobarometro.org/lat.jsp

Barómetro Árabe	Encuesta comparativa que abarca hasta 12 naciones del mundo árabe. Las rondas de encuestas se hicieron en 2006-2008, 2010-2011, 2012-2014, 2016-2017.	https://www.arabbarometer.org/
Barómetro Global	Combina los barómetros de Asia, América Latina, el mundo árabe y África en una serie de datos que incluye 55 países (tres continentes, 48% de la población mundial).	https://www.globalbarometer.net
Encuesta Nacional de Población Latina (LNS por su sigla en inglés)	Contiene 8.634 entrevistas a residentes de los Estados Unidos que se identifican a sí mismos como latinos/hispanos. Las entrevistas comenzaron el 17 de noviembre de 2005 y continuaron hasta el 4 de agosto de 2006	https://www.icpsr.umich.edu/icpsrweb/RCMD/studies/20862

De acuerdo con Andretta y Della Porta (2014, p. 309), las encuestas nacionales adolecen de varios puntos débiles en relación con el estudio sobre el comportamiento de protesta:

La respuesta sobre la participación previa en –por ejemplo– “manifestaciones”, no dice nada sobre el tipo de manifestación, el reclamo que la motivó, la identidad de los organizadores y la razón de la asistencia. La resultante sub-muestra de quienes declaran haber participado en protestas es una agregación de individuos sumamente heterogéneos, que se movilizaron en torno a reclamos muy diferentes y por razones muy diferentes.

En resumen, no contamos con información sobre el contexto micro que rodea a la decisión individual de participar en una acción colectiva.

A fin de superar las deficiencias que caracterizan a las encuestas de población general, los académicos de los movimientos sociales usan otros materiales de archivo y diseñan sus propias encuestas específicas en relación con los movimientos. Algunas de las investigaciones más influyentes acerca de la participación individual se han enfocado en un movimiento social específico, o incluso en una determinada campaña de protesta. Entre ellas cabe mencionar el estudio de McAdam (1988) sobre el Verano de la Libertad en el estado

de Mississippi (una campaña del movimiento por los derechos civiles de la población negra), la investigación de Opp, Gern *et al.* (1995) sobre las manifestaciones que derrocaron al gobierno de Alemania Oriental en 1989, el trabajo de Fisher *et al.* (2005) sobre la participación en movimientos por la justicia económica mundial, el estudio de Heaney y Rojas (2015) sobre las manifestaciones antibélicas, las encuestas de Reese *et al.* (2015) sobre la participación en el Foro Social Mundial (FSM) y el estudio de Terríquez (2017) sobre el activismo de la juventud latina en los Estados Unidos. Estas investigaciones sacaron provecho de los avances teóricos en el estudio de la participación, e incorporaron datos sobre el contexto micro que incide en la decisión individual de sumarse a las actividades de un movimiento social.

Primeros avances de los estudios sobre la participación individual

La obra teórica de Anthony Orum (1974) contribuyó a inaugurar la era moderna de los estudios sobre la participación en movimientos. Orum desarrolló su modelo multidimensional de la participación en movimientos sobre la base de investigaciones empíricas acerca de la población estudiantil que participaba en los movimientos por los derechos civiles. Si bien este autor retuvo los factores psicológicos de la teoría sobre el comportamiento colectivo, lo cierto es que los situó en una perspectiva de la acción racional. En particular, Orum analizó el papel de la insatisfacción subjetiva y la autoestima en la decisión de participar: los altos niveles de uno u otro factor aumentaban las chances de que el individuo en cuestión se sumara a una protesta (véanse también los resultados similares de Paige [1971] en relación con los disturbios urbanos). Orum también examinó lo que los académicos actuales denominan “identidad colectiva”, en el marco de una dimensión que él llamó “identificación con un subgrupo”. Por último, este autor incorporó una condición facilitadora: la “rutina laboral desestructurada”.

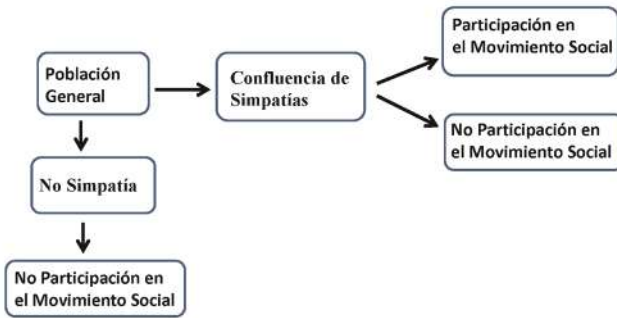
Figura 12. El camino hacia la participación

Gráfico basado en Klandermans (1997).

En resumen, Orum presagió muchos de los componentes fundamentales que desarrollarían los posteriores analistas de la participación en movimientos a lo largo de las siguientes cuatro décadas. Su modelo multidimensional contribuyó a superar la etapa de los estudios que explicaban la participación individual sobre la base de un solo factor (como la ideología o el estrés psicológico). Orum demostró la importancia de los *múltiples* correlatos que inducen a participar en una acción colectiva. Cuanto mayor sea la incidencia o la presencia de estas fuerzas, mayor será la probabilidad de que una persona se sienta motivada a apoyar la movilización de su comunidad. Factores tales como la autoestima han devenido ahora en eficacia personal: quienes más confían en sus esfuerzos individuales para marcar una diferencia importante serán más propensos a sumarse a un movimiento social. Orum también arrojó luz sobre la importancia de considerar las identidades colectivas y los horarios laborales flexibles en el intento de comprender el proceso de participación individual.

En los años ochenta, los académicos comenzaron a incorporar de manera sistemática una serie de rasgos ideológicos y estructurales para predecir el comportamiento de protesta. Uno de los avances cruciales en el estudio de la participación fue el reconocimiento

explícito de que solo un pequeño porcentaje de la población total participa realmente en manifestaciones y movimientos sociales. De hecho, Mark Lichbach (1995) invoca la “regla del 5%” como proporción máxima de la población nacional movilizada por la mayoría de los movimientos revolucionarios que amenazan con derrocar al gobierno de un país. Tomando en cuenta estos avances, los académicos han desarrollado mejores diseños de investigación para indagar los contornos de la participación política. Por lo tanto, las investigaciones recientes delimitan los pasos hacia la participación desde la población general, pasando por una confluencia de simpatías, hasta la participación final (Klandermans, 1997). En el camino hacia la participación, van quedando a un lado porciones sustanciales de la población total. La figura 11 ilustra este proceso con una versión simplificada del modelo de Klandermans (1997, p. 23) sobre las etapas que conducen a la participación.

Condiciones contemporáneas que inducen la participación

La mayoría de los estudios contemporáneos sobre la participación en movimientos comienza por definir la confluencia de simpatías, para después concentrarse en los factores que llevan a un individuo pasar de las actitudes positivas respecto del movimiento en cuestión hasta la participación real. Esta distinción es esencial para comprender el proceso de participación por varias razones. En primer lugar, porque reconoce que los individuos reclutados por un movimiento social y motivados a participar en sus actividades provienen de un subconjunto social reducido en comparación con la población general (Andretta y Della Porta, 2014; Munson, 2010). El modelo de las etapas que conducen a la participación (véase la figura 11) también reconoce que la simpatía con un movimiento social no necesariamente satisface las condiciones necesarias para que un individuo participe realmente en la acción colectiva. De ahí que el foco se centre principalmente en la explicación de las diferencias entre los individuos

simpatizantes que realmente participan en el evento de protesta, y aquellos que no lo hacen. Bert Klandermans (1997, p. 23) identifica la confluencia de simpatías con el “potencial de movilización” para organizarse colectivamente en torno a una cuestión específica, e incluye en este subconjunto a

aquellos miembros de la sociedad que, de una manera u otra, pueden ser potencialmente movilizados por un movimiento social. Entre ellos se cuentan todos los que tienen una actitud positiva respecto del movimiento; de ahí que [las fronteras de este subconjunto] no necesariamente coincidan con las del grupo cuyos intereses se defienden o representan.

Una cuestión relacionada es el verdadero tamaño de esta confluencia. Cuando se trata de problemas que no han llegado a la conciencia del público general, los activistas necesitan esforzarse para crear o expandir la confluencia de simpatías. A fin de pasar de lo abstracto a lo concreto en este análisis de las simpatías, conviene examinar campañas y movimientos específicos. Un buen ejemplo es el problema del calentamiento global, cuando surgió como preocupación incipiente en los años ochenta. Por entonces, los científicos y los ambientalistas elaboraban estrategias de concientización con el objetivo de influir en la opinión pública. Las movilizaciones de masas en torno al cambio climático no levantaron vuelo hasta la década de 2000, cuando la confluencia de simpatías había alcanzado el tamaño suficiente como para atraer a cientos de miles de personas a las concentraciones y las marchas. De ahí que las estrategias de los líderes y los activistas varíen según el tamaño de la población preocupada por el tema específico.¹ ¿Es momento de organizar eventos educativos, talleres y clases abiertas con miras a crear una confluencia de simpatías para las acciones futuras, o ya existe un caudal suficiente

¹ El tamaño de la confluencia guarda una relación directa con la centralidad del marco que analizamos en el capítulo 5.

de simpatizantes entre los cuales reclutar personas para los eventos de protesta?

Esta cuestión también puede considerarse desde una perspectiva geográfica. En regiones donde no hay suficiente apoyo para un movimiento social en particular, la idea de comenzar por una estrategia educativa de concientización y construcción comunitaria puede resultar más sensata que el intento inicial de movilizar acciones directas. El movimiento de los agricultores californianos ejemplifica el proceso de crear confluencias de simpatías en nuevas regiones geográficas. En 1962, César Chávez se mudó con su familia desde Los Ángeles a Delano, un pueblo rural situado en pleno Valle Central de California (el Valle San Joaquín). Durante los primeros años de convivencia con la comunidad, el equipo organizador (que incluía a Dolores Huerta) realizó encuestas de evaluación de necesidades con el fin de identificar los problemas más apremiantes de los pobladores. Sobre la base de la información obtenida, el equipo desarrolló una cooperativa de crédito y programas de seguros para los trabajadores agrícolas de varios pueblos rurales. Este temprano trabajo comunitario ayudó a construir una confluencia de simpatías con un caudal de potenciales participantes para la histórica huelga de los trabajadores viñeros que estalló en Delano a fines de 1965 (Ganz, 2009): una huelga que se mantuvo a lo largo de cinco años.

En la lucha de los trabajadores de la comida rápida por el salario mínimo vital, la confluencia de simpatías incluiría a la mayor parte de los empleados por debajo de los puestos gerenciales en los locales del rubro. Sin embargo, solo una pequeña porción de los 3,5 millones de personas empleadas en la industria de la comida rápida participó en las protestas y las huelgas que se llevaron a cabo durante las jornadas nacionales de 2013 a 2018 (véanse los mapas del capítulo 4). ¿En qué se diferencian los trabajadores que decidieron movilizarse para exigir mejores salarios de los que optaron por no participar? En lo que concierne a las históricas Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018 contra el presidente Trump, la confluencia de simpatías incluiría a la mayoría de las personas que votaron por la candidata

demócrata Hillary Clinton, además de otros opositores a la plataforma política y a las medidas del nuevo presidente, como los jóvenes que aún no habían alcanzado la edad de votación. Casi sesenta y seis millones de ciudadanos votaron por la exsenadora y exsecretaria de Estado, Hillary Clinton, pero solo entre cuatro y cinco millones de personas participaron en las Marchas de las Mujeres, cuya primera ronda tuvo lugar apenas dos meses después de las elecciones presidenciales. ¿Qué condiciones impulsaron a ese porcentaje menor al 10% de los simpatizantes a participar en las movilizaciones masivas contra la recién instalada administración de Trump? ¿Cómo se diferencian situacionalmente estas participantes, de quienes también integraban la confluencia de simpatías pero no se sumaron a las protestas de enero de 2017 y enero 2018, y cuya concurrencia rompió récords históricos de participación?

Occupy Wall Street fue uno de los mayores movimientos estadounidenses contra la desigualdad económica. Durante la Gran Recesión de 2008-2009, millones de personas perdieron su casa y su empleo. Los activistas del movimiento Occupy Wall Street encuadraron su lucha como un enfrentamiento entre el 99% de la población y las avariciosas elites del 1% restante. Cuando arrancó el movimiento, a fines de 2011, la cantidad de individuos que participaban en los campamentos, las huelgas y las manifestaciones de protesta, difícilmente llegaba a trescientos mil. De los millones de residentes estadounidenses que sufrían las consecuencias de la recesión económica, la deuda estudiantil, la ejecución hipotecaria de su vivienda y la creciente concentración de la riqueza en pocas manos, solo una pequeña fracción llegó a participar realmente en un campamento, o siquiera en una manifestación de protesta. Algunos de los simpatizantes también eran personas de la clase media y media alta, que se identificaban como “adherentes de conciencia” (McCarthy y Zald, 1977). ¿Qué impulsó la decisión de los individuos que pasaron de simpatizantes a “ocupas”?

Los ejemplos anteriores arrojan luz sobre el cambio que se produjo en los estudios de la participación, que dejaron de preguntarse

por qué la población en general podría sumarse a los movimientos sociales, para considerar los mecanismos por medio de los cuales los individuos que integran una confluencia específica de simpatías deciden participar en manifestaciones de protesta. En los últimos años se ha documentado una serie de dimensiones que incrementan especialmente las chances de participación individual entre el subconjunto general de las personas preocupadas por el tema o la causa en cuestión. Estas dimensiones incluyen la disponibilidad biográfica, las creencias ideológicas/políticas, los entramados de vínculos sociales, la pertenencia a organizaciones, las identidades colectivas, la experiencia previa de participación y las nuevas tecnologías de las redes sociales.

Disponibilidad biográfica

La disponibilidad biográfica involucra la etapa de la vida que atraviesa una persona, así como el consiguiente volumen de tiempo o de capacidades disponibles para participar en las actividades de un movimiento social (McAdam, 1988). Orum (1974) fue el primero en enfocar la atención académica en esta dimensión, con su énfasis en la importancia de las rutinas laborales desestructuradas como elementos que facilitan la participación política. Las etapas de la vida que propician especialmente la participación en un movimiento incluyen la adolescencia, la primera juventud y la tercera edad. La condición relacionada de las rutinas laborales desestructuradas también incluye a los desempleados, los empleados parciales, los estudiantes, los maestros (con vacaciones de verano) y los jubilados. Si un individuo que integra la confluencia de simpatías coincidiera con una de estas categorías, le adjudicaríamos una probabilidad relativamente mayor de participar en la acción colectiva.

Hay muchos ejemplos históricos y contemporáneos de movimientos y olas de protesta cuyos principales participantes fueron los jóvenes (Donoso 2013; Vommaro 2015; Somma y Medel 2019). Los adultos jóvenes protagonizaron la ola de protesta estadounidense de

los años sesenta y principios de los setenta. Los movimientos de los derechos civiles, los chicanos, y el movimiento pacifista (anti-guerra), se apoyaron en su base masiva de jóvenes para garantizar la participación en manifestaciones y protestas. El mantra estereotípico de fines de los sesenta que instaba a “no confiar en los mayores de treinta años” provee evidencia anecdótica del predominio juvenil en la ola de protesta. Entre los legados perdurables que dejó el movimiento chicano de fines de los sesenta y principios de los setenta se cuenta la organización estudiantil MEChA, o Movimiento Estudiantil Chicano de Atzlán. Las sedes de MEChA, que se han propagado a escuelas secundarias, colegios universitarios y universidades de todos los Estados Unidos, alientan la participación política de la juventud latina (Armbruster-Sandoval, 2017).²

De acuerdo con un estudio más reciente de Milkman (2017), cuatro importantes movimientos actuales de los Estados Unidos – Black Lives Matter, DREAMers (movimiento de jóvenes inmigrantes), Occupy Wall Street y las campañas universitarias contra el acoso sexual– surgieron por iniciativa de *millennials* con educación universitaria básica y riesgo de precariedad laboral. Los recientes movimientos latinoamericanos contra las medidas de austeridad y contra la educación privatizada fueron encabezados por estudiantes secundarios y universitarios (Somma, 2012; Donoso 2013; Almeida, 2014b y 2016a; Von Bülow y Bidegain Ponte, 2015). A escala global, las sociedades con un alto contingente de población juvenil –donde al menos el 25% de la población adulta oscila entre los quince y los veinticuatro años de edad– son más propensas a experimentar una rebelión popular (Goldstone, 2015).

La densidad de población juvenil en las escuelas secundarias y las universidades, aparejada a sus horarios flexibles, permite y alienta la participación de esos individuos en mayor medida que la de otros grupos, especialmente en el caso de los estudiantes que pertenecen a organizaciones juveniles (Terriquez, 2015b). La intensidad

² Véase más información en el sitio web de MEChA: www.chicanxdeaztlan.org/.

que caracteriza al descubrimiento juvenil de realidades sociales antes desconocidas compele a actuar en consonancia con las nuevas creencias. No obstante, McAdam (1988) nos recuerda que los adolescentes aún se encuentran en gran medida bajo la autoridad de sus padres, por lo cual los jóvenes que transitan el final de la adolescencia y el principio de la adultez presentan mayores probabilidades de participar en la política no convencional que los adolescentes menores. Esta autoridad parental se observa en el filme *Walkout*, de HBO, sobre los estudiantes mexicoamericanos de las escuelas secundarias de Los Ángeles que impulsaron las protestas de 1968 contra las prácticas discriminatorias del sistema educativo público. El padre de la protagonista adolescente ejerce una fuerte presión sobre su hija para evitar que esta participe en los abandonos de aulas.³ Sin embargo, pese a dicha autoridad parental, los Estados Unidos presenciaron un incremento inusitado del activismo juvenil en 2018, con el movimiento por la reforma de la legislación sobre armas y contra los fusiles de asalto, que motivó a los alumnos de las escuelas secundarias y medias (e incluso elementales) de todo el país a participar en miles de marchas y abandonos de aulas (véase el capítulo 4). Igualmente ocurre en el movimiento Viernes por el Futuro contra el calentamiento global con la participación masiva de la juventud. Aquí nos preguntamos por qué algunos estudiantes se sumaron al abandono de aulas, mientras que otros permanecieron en sus pupitres.

Otros movimientos también se han visto beneficiados con la presencia de grupos que disfrutan de horarios laborales flexibles. Una de las fuerzas que integran el movimiento de Canadá y el Pacífico Noroeste por la justicia económica mundial es el grupo “Raging Grannies” [“Abuelas furiosas”], compuesto por mujeres activistas de la tercera edad.⁴ De acuerdo con la investigación de Guillemot y Price (2017), las amenazas a los servicios sociales incentivan fuertemente la participación de los ciudadanos mayores en las protestas, incluso

³ Véase www.democracynow.org/2006/3/29/walkout_the_true_story_of_the.

⁴ Véase más información en <http://raginggrannies.org/>.

en el caso de aquellos que padecen crecientes problemas de salud. En un último ejemplo, relacionado con la situación laboral, los trabajadores desempleados de la Argentina impulsaron uno de los movimientos sociales más importantes de América Latina entre fines de los años noventa y principios del siglo XXI (Svampa y Pereyra 2003; Rossi, 2017). En este caso, el desempleo funcionó al mismo tiempo como agravio y como fuerza, en tanto dotó a los trabajadores despedidos del tiempo necesario para organizarse.

En resumen, los individuos con disponibilidad biográfica disfrutan de más tiempo para involucrarse en actividades de movimientos sociales que las personas con mayores restricciones diarias de trabajo, familia y otras obligaciones. A veces, los grupos correspondientes a la categoría de disponibilidad biográfica se organizan en bloques específicos dentro de un movimiento, como las ramas de estudiantes, desempleados o jubilados.

Creencias e ideología

Las primeras teorías de la participación en movimientos se enfocaron exclusivamente en las creencias y los valores personales: los individuos albergaban ciertas predisposiciones que los llevaban a involucrarse en un movimiento social. Tal como se dijo al comienzo del presente capítulo, las teorías clásicas identificaban estas predisposiciones con déficits psicológicos, como la alienación, el aislamiento, la baja autoestima o la susceptibilidad a las presiones sociales de las multitudes. Las teorías más contemporáneas de la participación contradicen de plano a sus predecesoras clásicas en este sentido, ya que identifican atributos psicológicos positivos –alta autoestima, eficiencia personal e integración social– como factores conducentes al involucramiento en movimientos sociales. Las perspectivas actuales de la participación se enfocan en aspectos tales como la ideología política, el grado de preocupación por un problema, las percepciones de éxito y la vivencia de un agravio en particular (Klandermans, 2018). De hecho, podemos basarnos en estas características para delinear la

confluencia de simpatías que contiene a los potenciales participantes de un movimiento. La ideología política (las creencias y actitudes políticas de una persona) suele contarse hoy entre los diversos factores incluidos en los modelos multidimensionales de la participación en los movimientos. Por ejemplo, según algunos autores que analizaron los resultados de la Encuesta Mundial de Valores en cuarenta y siete países europeos, las personas identificadas con ideologías políticas más extremas (tanto de izquierda como de derecha) son más propensas a participar en manifestaciones de protesta que los individuos con creencias políticas más moderadas (Jakobsen y Linstead, 2014). En encuestas nacionales de Perú e Israel (Opp, Finkel *et al.*, 1995), así como en estudios sobre la participación en los movimientos españoles contra la austeridad (Portos y Masullo, 2017), se hallaron resultados similares.

Entramados de vínculos sociales

En la década de 1980 surgió un creciente interés por el papel que desempeñan los entramados de vínculos sociales como predictores de la participación en movimientos (Snow *et al.*, 1980).⁵ Los vínculos de los individuos configuran su participación en la protesta. De hecho, uno de los avances más importantes que ha logrado la investigación de los movimientos sociales a lo largo de las últimas tres décadas es el reconocimiento de que las creencias y los valores generales no bastan por sí solos para explicar las variaciones de la participación a nivel individual (McAdam, 1986). Las organizaciones y los entramados de vínculos sociales funcionan como mediadores entre la simpatía por un movimiento y la decisión de participar en sus actividades (Krinsky y Crossley, 2014).

⁵ Respecto de las dimensiones que se presentan en esta sección y las siguientes –entramados de vínculos sociales, organizaciones, identidad colectiva y nuevas redes sociales– véase su aplicación práctica en el estudio de Inclán y Almeida (2017) sobre la participación de los individuos en grandes manifestaciones de México (DF).

Esta línea de investigación parte de identificar el contexto a nivel micro que precede inmediatamente a la participación de un individuo en las actividades de un movimiento social. Dicho contexto incluye las amistades, el lugar de trabajo y las relaciones barriales del individuo (Gould, 1995; Dixon y Roscigno, 2003). Las redes personales de parientes, amigos, vecinos y colegas del trabajo actúan como importantes grupos de referencia que impulsan u obstruyen el pasaje al activismo de los individuos receptivos que integran la confluencia de simpatías (Kitts, 2000). Los activistas obtienen resultados especialmente buenos cuando alientan la participación de personas que forman parte de grupos con los que ellos mantienen vínculos o lazos sociales cercanos (Lim, 2008). Puede decirse, entonces, que la cantidad y la fortaleza de los vínculos con otros simpatizantes de un movimiento desempeñan un papel clave en la decisión personal de participar. Estos entramados personales cotidianos siguen siendo los mejores predictores de la participación individual en movimientos. En las comunidades urbanas de bajos ingresos, es posible que los entramados de vínculos sociales se usen más para la puesta en común de recursos con fines de supervivencia económica comunitaria que para la acción colectiva (Desmond y Travis, 2018).

Varios estudios han demostrado que los potenciales participantes en un movimiento social son más propensos a sumarse a las campañas de acción colectiva cuando interactúan con activistas que ya forman parte de ellas (McAdam, 1988; Gould, 1995; Snow *et al.*, 1980; Passy, 2001). La invitación personal a una manifestación pública aporta un refuerzo y una mayor presión normativa a la decisión de sumarse a dicho evento (Schussman y Soule, 2005; Walgrave y Wouters, 2014). Cuando el activista que hace la invitación es un amigo o un pariente cercano, su propuesta tiende a ser aún más persuasiva. Los entramados de vínculos sociales también pueden presionar en dirección contraria a la participación. Un individuo relacionado con personas poco inclinadas a involucrarse en movimientos sociales también estará *menos dispuesto* a participar en una acción colectiva (McAdams, 1988). A medida que la participación en la protesta

avanza desde el bajo riesgo (como una concentración universitaria) hacia el alto riesgo (como la ocupación de un edificio o un espacio público, o la oposición a un gobierno represivo), la profundidad de la integración en los entramados o redes de activistas pasa a ser un predictor especialmente fuerte de la participación (McAdam, 1988; Nepstad y Smith, 1999; Almeida, 2005; Viterna, 2013).

Pertenencia a organizaciones

La pertenencia a organizaciones cívicas y otras instituciones sociales incide de manera similar a los entramados de vínculos personales en la decisión de sumarse a movimientos sociales (Gould, 1995). Estas plataformas organizacionales incluyen clubes estudiantiles, templos, iglesias, sindicatos, e incluso grupos recreativos (como un equipo de fútbol o una clase de gimnasia). La contribución fundamental de la pertenencia a organizaciones es el hecho de que las personas más integradas a la vida cívica son más propensas a involucrarse en actividades de movimientos sociales (Morris, 1984; McAdam, 1988). Cuando la gente ya está inserta en organizaciones, los activistas pueden generar una movilización más rápida en tiempos de crisis, mediante el reclutamiento en bloque de numerosos individuos pertenecientes a la misma organización (Oberschall, 1973; Morris, 1984; McAdam, 1999 [1982]).

Las organizaciones civiles y políticas confieren una sensación de eficacia personal a sus miembros individuales (McAdam y Paulsen, 1993; Gould, 1995). Cada afiliación organizacional aleja aún más al individuo de las presiones contrarias a su participación en un movimiento, como las que ejercen sus relaciones con personas ajenas u opuestas al movimiento en cuestión (McAdam y Paulsen, 1993; Kim y Bearman, 1997; Gould, 2003; McAdam, 2003). Las presiones contrapuestas que se ejercen sobre los individuos tienden a ser más fuertes en escenarios de alto riesgo, donde los activistas están expuestos al arresto u otros peligros. Además, las organizaciones suministran importantes procesos de delimitación, en cuyo marco el

comportamiento del individuo converge cada vez más con las obligaciones normativas de su respectiva organización. Este proceso de alineamiento suele tener lugar en ceremonias y rituales internos de la organización (como las reuniones, los grupos de estudio y las sesiones de estrategia). Dichas ceremonias ofrecen oportunidades de intensa interacción directa que crean definiciones compartidas de la situación política, en cuyo marco se construyen y se refuerzan las fronteras entre los miembros de la organización y los grupos externos (Collins, 2001). Por sobre todas las cosas, estos son lugares donde los activistas tienden a reafirmar sus intereses, e incluso se sienten normativamente obligados a hacer contribuciones individuales por medio de su participación activa en la protesta. Es por eso que, tal como ocurre con los entramados de vínculos sociales, la afiliación a organizaciones que simpaticen siquiera levemente con un determinado movimiento social es uno de los predictores más consistentes de la participación individual en la protesta (Somma, 2010). En un ejemplo reciente, el estudio de Terriquez (2017) sobre la juventud latina de California ha demostrado que el correlato más fuerte de la participación individual en la protesta es la pertenencia a organizaciones que promueven el compromiso cívico, como las agrupaciones juveniles secundarias y la inscripción en la universidad.

Identidades colectivas

Las redes personales y las afiliaciones organizacionales no ponen de relieve la importancia de esos vínculos para el sentido del yo, la pertenencia y la identidad personal (Viterna, 2013). Lo esperable es que las personas cuya identidad está fuertemente ligada a un movimiento político se sientan especialmente motivadas a participar en acciones colectivas relacionadas con el movimiento o el tema en cuestión (Van Stekelenburg y Klandermans, 2017). De hecho, David Snow y Doug McAdam (2000, p. 47) señalan que “la existencia de un movimiento proporciona al individuo una vía para actuar de acuerdo con su identidad personal”. Los individuos se energizan con las

adscripciones a grupos. El sentido colectivo de solidaridad e identificación motiva futuras rondas de participación en la protesta (Taylor *et al.*, 2009; Van Stekelenburg y Klandermans, 2017; Stryker, 2000). En contraste, otros individuos a menudo se abstienen de sumarse a movimientos sociales, porque carecen de una adscripción identitaria y emocional a los subgrupos que organizan los eventos y participan en ellos (Jasper, 2018). Los analistas de los movimientos sociales esperan que los individuos que se identifican con las personas participantes en manifestaciones y movimientos específicos, así como con las organizaciones ligadas a esos eventos, sean más propensos a participar, ya que el evento colectivo en sí refuerza la identidad en cuestión (Van Stekelenburg y Klandermans, 2017).

Además, a medida que aumentan los riesgos e incertidumbres en el tipo de actividad de protesta, lo esperable es que los participantes experimenten una profundización de su identificación y su solidaridad con los compañeros activistas. Esta identidad activista también se refuerza a medida que la creciente experiencia política integra al individuo con otros activistas de mentalidad similar a lo largo del tiempo (McAdam y Paulsen, 1993; Viterna, 2013).

Experiencia previa de participación

Otra dimensión básica que incrementa la probabilidad de participación individual en movimientos sociales es la experiencia previa de protesta. La experiencia pasada de activismo en movimientos sociales a menudo confiere al individuo un sentido de eficacia personal, con lo cual las futuras oportunidades de sumarse a movilizaciones de protesta resultan mucho más atractivas para esa persona que para quienes carecen de la experiencia en cuestión, en especial si el movimiento anterior fue exitoso en el logro de sus metas. Este hallazgo se confirma en un amplio abanico de estudios sobre el reclutamiento individual, que incluyen el movimiento de los Indignados contra la austeridad española (Portos y Masullo, 2017). Esta participación también puede reforzar la identificación de una persona

con la colectividad que protesta, así como proporcionar beneficios adicionales de energía emocional y sentimientos positivos (Collins, 2004). Cada etapa agregada de activismo individual también puede conferir al individuo la sensación de estar capacitándose en destrezas generales de compromiso cívico (Schussman y Soule, 2005; Van Dyke *et al.*, 2007; Schlozman *et al.*, 2018). Los individuos sin experiencia previa de participación en movimientos sociales son relativamente más propensos a ver la protesta como un medio ineficaz de expresión política e influencia en el cambio social. Deben, además, sobreponerse a los estereotipos elitistas dominantes en la cobertura mediática, que tildan los eventos de protesta y los movimientos sociales de inefectivos e irracionales (Sobieraj, 2011; Cable, 2019).

Redes sociales

Además de la ideología política, la disponibilidad biográfica, los entramados de vínculos sociales cotidianos, la pertenencia a organizaciones, las identidades colectivas y la experiencia previa de protesta, la difusión de próximas manifestaciones y concentraciones a través de diversas redes sociales y otras plataformas masivas de internet también puede motivar la participación individual en la acción colectiva (Earl and Kimport 2011; Odabas and Reynolds-Stenson 2017). La televisión y los periódicos rara vez proveen información sobre futuros eventos de protesta a los potenciales participantes. A pesar de esto, los académicos reconocen cada vez más el papel que desempeñan las nuevas tecnologías de las redes sociales en el suministro de información sobre próximos eventos de protesta, así como su poder para motivar la participación en manifestaciones (Carty, 2015; Bennett y Segerberg, 2013). En efecto, las nuevas tecnologías de las redes sociales han sido sin duda el recurso comunicativo más importante en la generación de protestas masivas durante el nuevo milenio, como las campañas por los derechos de los inmigrantes, las Marchas de las Mujeres, el control de las armas, la justicia climática, reformas neoliberales y muchas otras. Las nuevas tecnologías de comunicación por

vía de internet (TICs) ofrecen un tremendo potencial de expansión y movilización gracias a su capacidad de alcanzar instantáneamente a un gran caudal de simpatizantes conectados por vía de internet o de las redes móviles.

Las personas que integran las confluencias de simpatías, pero no están expuestas a los mensajes de las redes sociales sobre las próximas manifestaciones, tienen menos probabilidades de participar. Esta falta de conocimiento e información sobre un próximo evento de protesta inhibe en gran medida la participación. Ya en 2006, la plataforma de red social myspace.com desempeñó un papel fundamental en el movimiento por los derechos de los inmigrantes, gracias a su capacidad para movilizar a los estudiantes secundarios de Dallas, en una marcha que rompió el récord histórico con una asistencia aproximada de quinientos mil participantes. Desde entonces, otras plataformas de redes sociales, como Facebook, Twitter, Telegram y WhatsApp, han incidido de manera contundente en la movilización de individuos para prácticamente todos los movimientos sociales más importantes de los Estados Unidos y el resto del mundo, como la “primavera árabe”, los Indignados de España, la justicia climática, Black Lives Matter, los levantamientos populares en contra de la austeridad económica en Chile, Colombia, Ecuador, Grecia, Haití, Honduras, Iraq, Irán, Lebanon y España, y el movimiento de los paraguas en Hong Kong. Este patrón se desarrolla en tándem con la difusión mundial de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TICs), así como su accesibilidad a las personas comunes y corrientes, sobre todo por vía de los teléfonos celulares en el Sur global. Un interrogante crucial con respecto a la participación en los movimientos del siglo XXI gira en torno al nivel de solidaridad digital que produce la movilización inducida por vía de las redes sociales. En otras palabras, ¿cuál es la densidad de las relaciones y los lazos generados por las campañas de protesta que se impulsan a través de las redes sociales, en comparación con la organización cara a cara? ¿Bajo qué condiciones se sostienen en el tiempo las movilizaciones y los reclutamientos que son producto de las redes sociales? ¿Qué diferencia

estas acciones del concepto de “activismo relámpago”, utilizado por los movimientos contrarios y los críticos de la elite para rotular y estigmatizar a los movimientos contemporáneos que buscan el cambio social progresista (Earl y Kimport, 2011; Carty, 2015)?

En síntesis, esta sección sobre los principales componentes motivadores de la participación individual en diversos movimientos sociales se inició con la definición del concepto “confluencia de simpatías”, así como las razones de su importancia. A partir de allí, nos enfocamos en los factores que llevan a un individuo con potencial de movilización o apoyo a concretar su participación real en las actividades de un movimiento social. Entre ellos se cuentan las creencias ideológicas, la disponibilidad de tiempo, los entramados de vínculos sociales cotidianos, las afiliaciones organizacionales a asociaciones cívicas, la experiencia previa de participación en movimientos y la exposición al activismo por vía de las redes sociales. La superposición de estas condiciones, en el caso de algunos individuos, redundan en incentivos especialmente fuertes a participar en movimientos. Un ejemplo sería el de un adulto joven con arraigadas convicciones políticas, cuyo círculo de amistades se comunica en gran medida a través de las redes sociales y pertenece al mismo conjunto de organizaciones cívicas progresistas.

Lucha por los \$15, marcha de las mujeres y Occupy Wall Street

Ahora podemos comprender tres importantes movimientos contemporáneos de los Estados Unidos desde el nivel micro de la participación individual: la Lucha por los \$15, la Marcha de las Mujeres y Occupy Wall Street. En una sección anterior del capítulo se plantearon interrogantes generales en torno a la definición de la confluencia de simpatías para estos tres grandes movimientos y campañas. El conocimiento de las condiciones fundamentales que impulsan a una persona a pasar de la confluencia de simpatías a la participación

real permite arrojar una luz más certera sobre el involucramiento individual en esos tres importantes movimientos y campañas de los Estados Unidos. En el movimiento de los trabajadores de la comida rápida por el salario mínimo de 15 dólares, lo que debe decidir cada empleado es, en gran medida, si participará o no de una huelga o una acción de protesta. Los marcos de participación en movimientos predecirían que aquellos trabajadores dotados de disponibilidad biográfica, una red de vínculos con activistas y organizaciones, experiencia previa de protesta e información sobre los próximos días nacionales de acción por vía de las redes sociales son mucho más propensos a participar que sus colegas desprovistos de esas condiciones. Las identidades colectivas en materia de raza, clase y género (es decir, la interseccionalidad) también agregan probabilidades de atraer trabajadores a la lucha. Además, dado que la protesta se basó mayoritariamente en los lugares de trabajo, la participación era de relativo alto riesgo para los empleados, que enfrentaban la posibilidad real del despido como consecuencia de su involucramiento.

En cuanto a las Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018, la decisión de participar habría estado sujeta a una dinámica similar. Los eventos se realizaron en un día sábado, circunstancia que facilitó en muchos casos la disponibilidad de tiempo para sumarse a una manifestación local. Dado que las marchas fueron más bien festivas y pacíficas (es decir, de bajo riesgo), las invitaciones de amigos y familiares probablemente hayan sido bastante persuasivas. De hecho, en una encuesta realizada durante la Marcha de las Mujeres de 2017 en Washington DC, el 60 por ciento respondió que había asistido a la marcha con miembros de su familia, y casi el 70 por ciento dijo haber ido con un amigo o amiga. Un tercio de la muestra incluida en el mismo estudio informó que participaba por primera vez en una protesta. Las fuertes convicciones e ideas políticas también desempeñaron un papel importante en la decisión de sumarse a la Marcha de las Mujeres, dado que los discursos de campaña del presidente electo, polarizantes y percibidos como demagógicos, crearon una fuerte reacción de ciudadanos resueltos a expresar sus opiniones diametralmente opuestas

al racismo, el sexismo y la homofobia.⁶ Además, las coordinadoras feministas que lideraron la marcha organizaron la campaña en línea desde el primer día por medio de un sitio web centralizado (<https://www.womensmarch.com/>) y cientos de páginas Facebook abiertas en las ciudades participantes. Las identidades colectivas en materia de género, raza y sexualidad también proveyeron un fuerte incentivo de participación en este colosal evento (Fisher *et al.*, 2017).

La participación en las protestas de Occupy Wall Street, en el otoño de 2011, también estuvo condicionada en gran medida por las dimensiones centrales delineadas más arriba. Facebook y Twitter desempeñaron papeles importantes por su capacidad de transmitir información en tiempo real y, además, se abrieron páginas de Facebook en casi todas las ciudades donde había un campamento (Gaby y Caren, 2012). Dado que la protesta de Occupy giró en torno a la toma de espacios públicos en cientos de ciudades, en este caso también es importante documentar el *nivel de participación*. Participar al nivel de un campamento frente a un sitio de protesta implicaba un enorme compromiso de tiempo en comparación con la mera asistencia a una concentración o una manifestación del movimiento. Las personas con alta disponibilidad biográfica serían las candidatas más probables a participar en campamentos prolongados (que en algunos casos duraron varias semanas). Gould-Wartofsky (2015) contabilizó hasta siete mil arrestos durante el período más activo de Occupy, lo cual indica un alto riesgo en comparación con protestas menos disruptivas. Por ende, es probable que los vínculos estrechos con otros activistas y la experiencia previa de protesta hayan incrementado la posibilidad de sumarse en el caso de los eventos prolongados (de manera similar a la participación en la campaña de la Lucha por los \$15). Aún no se han llevado a cabo estudios sistemáticos sobre la participación en esos tres importantes movimientos, pero las observaciones

⁶ Véase Julia Llinás Goodman, "2018 Women's March: How the Movement Is Growing, by the Numbers", en *50 States of Blue*, 24 de enero de 2018, disponible en www.50statesofblue.com/2018/01/womens-march-2018-dana-fisher-protest/

precedentes delinear a grandes rasgos los ejes en torno a los cuales convendría a todas luces enfocar la atención. También podrían usarse las mismas herramientas para estudiar el nuevo movimiento juvenil por el control de las armas y contra el acceso al armamento militar de asalto.

Estudios de vanguardia en materia de participación

Lo más novedoso en la bibliografía sobre participación es el proyecto “Atrapados en el acto de protesta: contextualizando la protesta” (CCC por su sigla en inglés).⁷ En la década de 1990, algunos académicos europeos comenzaron a encuestar a manifestantes en tiempo real durante los eventos de protesta. En 2003 se lanzó un proyecto multinacional de gran envergadura con el propósito de realizar encuestas en las manifestaciones contra la inminente Guerra de Iraq que se llevaron a cabo en diez países diferentes durante el mismo día: el 15 de febrero de 2003, una de las mayores jornadas de protesta que se hayan registrado en la historia mundial (Walgrave y Rucht, 2010; Heaney y Rojas, 2015). En un período posterior de aquella década, Stefaan Walgrave y Bert Klandermans formaron un equipo de académicos para dar comienzo al proyecto CCC. Hasta 2017, el CCC ya había realizado encuestas en 110 manifestaciones de protesta que tuvieron lugar en catorce países (Países Bajos, Bélgica, Reino Unido, Suecia, España, República Checa, Suiza, Dinamarca, México, El Salvador, Costa Rica, Honduras, Chile y Argentina). Los datos se recolectaron en manifestaciones ocurridas entre 2009 y 2017 (Giugni y Grosso 2019). Los temas de las manifestaciones donde se realizaron encuestas incluyen, entre otros, el Primero de Mayo, la austeridad, el orgullo LGBTQ, el antirracismo y la justicia climática (de Moor *et al.*, 2020).

En estos estudios, los equipos de investigadores (a menudo compuestos por estudiantes universitarios) ingresan en una protesta real y encuestan a los manifestantes con técnicas de muestreo aleatorio

⁷ Véase el sitio web <http://www.protestsurvey.eu/index.php?page=index&lang=ES>.

en el marco del evento (Klandermans, 2012). En algunos países, se reparten encuestas a algunos participantes para que las completen en su casa y las envíen por correo a la universidad donde se lleva a cabo la investigación (paralelamente a las encuestas que se realizan a otros manifestantes durante el evento). En otros casos, como los de América Latina, todas las encuestas se implementan durante la manifestación (Inclán y Almeida, 2017; Somma, Rossi, Donoso 2019). En el proyecto CCC se comparan los participantes de distintos tipos de manifestaciones (como el desfile del orgullo gay versus las marchas contra la austeridad) y de diferentes países para determinar si la gente se moviliza y se motiva a participar por diferentes razones. El proyecto compara a las personas que participan en manifestaciones similares de distintos países, así como a las que asisten a diferentes tipos de protesta en el mismo país o en varios países. Debido a que las encuestas se llevan a cabo en tiempo real, los investigadores pueden comprender mejor las motivaciones de los participantes, a diferencia de una encuesta que se realiza varios meses o años después del evento en cuestión.

María Inclán implementó la encuesta del CCC en seis grandes manifestaciones urbanas que tuvieron lugar en la ciudad de México entre 2011 y 2012 (Nolan-García e Inclán, 2017). De acuerdo con uno de sus estudios, las personas que participaron en manifestaciones rituales se habían movilizado por vía de sus entramados de vínculos sociales, mientras que los manifestantes de protestas más espontáneas, relacionadas con las elecciones, tendían a movilizarse más por su experiencia previa de protesta (Inclán y Almeida, 2007). En otro estudio relacionado con el proyecto CCC, Almeida reclutó el apoyo de colegas en la Universidad de El Salvador, la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional Autónoma de Honduras para implementar una versión modificada de la encuesta CCC durante las marchas del Primero de Mayo en San Salvador, San José de Costa Rica y Tegucigalpa. Tres equipos de treinta estudiantes universitarios cada uno salieron a las calles de la capital de su respectivo país el 1° de Mayo de 2014 a las siete de la mañana para realizar la encuesta

6. Reclutamiento y participación de los individuos

(véanse las fotos de los equipos en las figuras 13, 14 y 15). En cada país se completaron casi quinientas encuestas, con una muestra total de 1.500 personas que concurrieron a las marchas del Primero de Mayo en América Central (Almeida, Sosa, Cordero Ulate y Argueta 2020).

Figura 13. Capacitación del equipo hondureño, abril de 2014.



Figura 14. Equipo de El Salvador, Primero de Mayo de 2014.



Figura 15. *Equipo de Costa Rica, Primero de Mayo de 2014.*



Foto del autor.

El primer estudio preliminar del proyecto CCC en América Central analiza la relación entre la participación en movimientos sociales y la participación electoral. En este estudio, las personas que marcharon el Primero de Mayo se tomaron como confluencia de simpatías para la participación en campañas electorales de partidos de izquierda. Los tres países habían celebrado elecciones presidenciales, parlamentarias y locales en el transcurso de los ocho meses anteriores al Primero de Mayo. De acuerdo con los resultados del primer estudio, la oposición al libre comercio, la pertenencia a organizaciones de la sociedad civil y la participación previa en movimientos sociales incrementan en gran medida la probabilidad de que una persona

milite como voluntaria en las campañas de un partido político de izquierda (Almeida, Sosa, Cordero Ulate y Argueta, 2020). En consecuencia, el proyecto CCC proporcionó un valioso diseño de estudio para comprobar y demostrar empíricamente la relación entre la participación en un movimiento social y la participación en la política electoral. Y, más concretamente, el diseño de investigación del CCC comprueba, en este caso, que las fuerzas subalternas de los países pobres necesitan valerse del capital humano que poseen dentro de los movimientos sociales para movilizarse en aras de obtener victorias electorales, frente a los extraordinarios recursos económicos y riquezas materiales de las clases más altas y los partidos políticos tradicionales liderados por la elite, que tienden a financiar sus campañas mediante el control de los principales medios masivos y el uso de activistas pagados.

Resumen

Este capítulo pasó revista al proceso de participación individual en los movimientos sociales. El análisis abordó una pregunta fundamental de la acción colectiva: ¿por qué algunas personas participan en actividades de movimientos (manifestaciones, huelgas, concentraciones, marchas, abandono de aulas o de puestos de trabajo) mientras que muchas otras no lo hacen? Varios estudios se basan en extensas series de datos nacionales e internacionales, provenientes de encuestas que incluyen preguntas sobre el compromiso político y cívico (véanse los ejemplos del cuadro 5). Otros se enfocan en la participación y la falta de participación con respecto a campañas de protesta y movimientos sociales específicos. Estos estudios de movimientos particulares aplican el marco teórico según el cual los participantes se originan en determinados caudales de simpatizantes o confluencias de simpatías (subpoblaciones que se interesan por el movimiento en cuestión). Desde esta perspectiva, las cuestiones cruciales a dilucidar giran en torno a los factores que llevan a un

individuo desde la confluencia de simpatías hasta la participación real. De acuerdo con los estudiantes de los movimientos sociales, algunos de los principales factores que convierten a los simpatizantes en participantes reales incluyen las creencias ideológicas, las afiliaciones organizacionales, los entramados de vínculos sociales, las identidades colectivas, la experiencia previa de protesta y las nuevas tecnologías de las redes sociales. Estas herramientas nos ayudan a comprender la participación en los movimientos históricos del pasado, así como en los movimientos contemporáneos, como las Marchas de las Mujeres, las campañas contra los abusos policiales y la constante batalla por el salario de subsistencia que llevan a cabo los grupos sociales excluidos.

En el próximo capítulo retomamos el nivel macro de los movimientos sociales, con una visión general de los resultados o impactos que produce la movilización en pos del cambio social. La comprensión de estos resultados, así como de su relación con la movilización, es un área clave de investigación en aras de demostrar que la acción colectiva popular es un camino viable para la transformación de las sociedades modernas.

7. Resultados de los movimientos sociales

Hasta ahora nos hemos enfocado en la movilización de los movimientos sociales, sin detenernos demasiado en sus resultados. Hemos analizado términos, métodos, teorías y componentes básicos en relación con la emergencia y la propagación de la acción colectiva. Incluso la discusión de los marcos y la participación (capítulos 5 y 6) se centraron en el proceso de movilización y en el reclutamiento de individuos para las campañas de protesta. El presente capítulo aborda preguntas que tal vez puedan verse en general como las más importantes para el estudio de los movimientos sociales. ¿Cómo observamos y documentamos los movimientos que generan un cambio social? ¿Cuáles son las condiciones asociadas a los movimientos que obtienen respuesta a algunas de sus demandas y logran algunas de sus metas? Los activistas y los académicos por igual necesitan abordar estas cuestiones para demostrar que la forma de movilización de un movimiento social es una respuesta colectiva racional a la exclusión que imponen las sociedades contemporáneas. El enfoque en los resultados de los movimientos sociales provee las herramientas analíticas para este ejercicio.

Los movimientos sociales producen cambios duraderos en la sociedad y en la vida de las personas que participan en las luchas por esos cambios. La comprensión de las consecuencias a largo plazo que producen los movimientos sociales es un área de importancia

crítica para los estudios académicos de la acción colectiva. Tanto los activistas, los organizadores comunitarios y los líderes sindicales como los investigadores académicos aspiran a identificar las condiciones más promisorias para el éxito de un movimiento. En otras palabras, ¿cómo ganan los movimientos? Esta subárea crucial del estudio sobre los movimientos sociales se denomina *resultados de los movimientos*. Los resultados abarcan un amplio espectro, desde el fracaso total y el colapso de un movimiento, hasta las victorias en forma de nuevas políticas favorables, como la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo o el derrocamiento de un gobierno autoritario. Al mismo tiempo, los adversarios de los movimientos sociales trabajan sin descanso para obstaculizar de diversas maneras el avance de los actores colectivos con el fin de evitar el logro de sus metas (Walker 2014; Cable, 2019).

Los investigadores de la acción colectiva examinan los resultados de los movimientos a nivel micro, meso y macro de la vida política y social. Dentro de estos niveles, los académicos y los activistas procuran dilucidar cuestiones tales como los impactos duraderos de los movimientos en la vida de los participantes, en el gobierno, en las instituciones, en la cultura y en la sociedad general. A fin de establecer con mayor precisión la medida del éxito logrado por un movimiento, es esencial desarrollar definiciones provisionales de sus resultados en relación con la manera de medirlos e identificarlos. Una de las vías más comunes para examinar el éxito de los movimientos consiste en determinar si el movimiento en cuestión alcanzó sus metas declaradas. Este enfoque centra el análisis en

los objetivos formalmente declarados por las organizaciones de movimientos políticos: las metas que se presentan en público, oralmente o por escrito, ante los actores que no forman parte del movimiento, como los sectores que son el blanco de las acciones, los medios masivos o los espectadores externos. (Burstein *et al.*, 1995, p. 282)

Los objetivos de un movimiento se encuentran con mayor frecuencia en sus documentos o su propaganda, sus sitios web, los discursos de sus líderes, los cánticos y las pancartas de sus bases, y las negociaciones del movimiento con las elites. La especificidad de estas metas varía según el movimiento. El eslogan “Lucha por los \$15”, de los trabajadores de la comida rápida, ofrece el ejemplo de una meta muy precisa: aumentar el salario mínimo local a quince dólares. Otros movimientos sociales nacionales de gran tamaño y larga duración a menudo declaran metas múltiples, varias de las cuales suenan bastante abstractas, como los persuasivos llamamientos a luchar por la “justicia económica” o los “derechos de los animales”. El mantenimiento de metas múltiples también suele redundar en la experimentación simultánea de triunfos y fracasos por parte de los activistas que pertenecen al mismo movimiento social nacional, en la medida en que algunos objetivos se alcanzan y otros no. Estos resultados contradictorios a veces dificultan la tarea de evaluar el éxito general de un movimiento nacional.

Dado que los movimientos sociales nacionales tienden a adoptar objetivos múltiples y abstractos, resulta más sencillo analizar campañas particulares con metas más específicas y singulares, a fin de determinar el nivel de éxito. En el caso del movimiento en defensa del medioambiente, esto equivale a observar una campaña dirigida a un gobierno local o provincial con el objetivo de exigir su acatamiento del porcentaje de energía renovable correspondiente a la red de distribución eléctrica regional, en lugar de evaluar el éxito general del movimiento ambientalista. Los movimientos locales de base son especialmente útiles para la observación de resultados, debido a algunas de sus propiedades básicas (analizadas en el capítulo 2). Estas características incluyen una duración breve y la adopción de metas más específicas, como la protesta contra la inminente instalación de un incinerador de basura o la demanda de iluminación pública para un vecindario. De ahí que estos movimientos locales con metas específicas de corto plazo ofrezcan casos especialmente aptos para la identificación de los procesos

causales que configuran el éxito o el fracaso de un movimiento (Almeida y Stearns, 1998; Halebsky, 2009; Biggs y Andrews, 2015). Las metas específicas también mejoran las perspectivas de éxito, en la medida en que proveen información concreta a los ocupantes del poder o a los destinatarios de las demandas como base de regateo o negociación.

Otra importante estrategia para determinar el éxito de un movimiento consiste en observar los beneficios recibidos por la población que el movimiento dice representar (Amenta, 2006). Entre estos casos se cuentan los movimientos que no logran sus metas declaradas, pero obtienen beneficios sustanciales para la población que representan. En un famoso ejemplo histórico, citado por Amenta (2006), el movimiento de los años treinta por un ingreso fijo para los ancianos y los jubilados –conocido como el “movimiento Townsend”– no logró persuadir al congreso estadounidense de autorizar esa política, pero los congresistas aprobaron en 1935 la Ley de Seguridad Social, que estableció un sistema de pago complementario para los jubilados sobre la base de sus aportes a lo largo de la carrera laboral. Cabe conjeturar que la Ley de Seguridad Social no se habría aprobado sin la movilización del movimiento Townsend. Aunque el movimiento no alcanzó sus metas declaradas, sus representados (las personas de la tercera edad) se beneficiaron a largo plazo con la nueva legislación sobre seguridad social. En un ejemplo más reciente, aunque la demanda de los quince dólares para los trabajadores de la comida rápida no tenga éxito, una ciudad o un municipio podrían aprobar otras medidas en respuesta a esa lucha, como un subsidio de salud o la gratuidad del transporte para los trabajadores de bajos ingresos. Incluso podría ocurrir que un rubro industrial ajeno al de la comida rápida se viera influido por esa campaña, como en el caso de Amazon.com y Target, que acordó un salario mínimo de quince dólares para sus empleados (aunque siguen los conflictos sobre las condiciones de trabajo en las plantas de Amazon en el contexto de la crisis del Covid-19), al igual que varios gobiernos municipales o provinciales.

Cuando se examinan los resultados y el éxito de un movimiento, también conviene dilucidar si la lucha se basó en el modelo de las malas noticias o *amenazas* (véase el capítulo 3). En este tipo de movilizaciones, los movimientos condicionan su éxito a la capacidad de evitar “males colectivos” o el empeoramiento de las condiciones existentes, como la erosión del bienestar económico, de la calidad ambiental, de los derechos o de la seguridad. Un resultado variable que suele asociarse a las luchas en torno a las amenazas involucra la capacidad de los movimientos sociales para impedir medidas de austeridad económica y políticas de privatización, que eliminarían los beneficios de ciudadanía social garantizados a la clase obrera, a los sectores de bajos ingresos y a los grupos vulnerables (Almeida, 2008a; Della Porta, 2015). En el siglo XXI, el retroceso de las condiciones negativas (como la xenofobia, la decadencia económica y los perjuicios ambientales) es una de las principales metas que se proponen las campañas de los movimientos sociales en todos los continentes del mundo. En resumen, los resultados positivos de las movilizaciones inspiradas en “malas noticias” se centran en el bloqueo de los cambios indeseados.

El modelo pionero de Gamson para los resultados de los movimientos sociales

William Gamson (1990 [1975]) fue un pionero en lo concerniente a la investigación de los resultados. Gamson elaboró su muestra sobre la base de un registro que contenía más de quinientas organizaciones de movimientos sociales (SMO por su sigla en inglés), existentes entre 1800 y 1945. La muestra final se redujo a cincuenta y tres SMO, en un amplio abanico que abarcaba desde los Jinetes Nocturnos del Tabaco [*Tobacco Night Riders*] hasta la Liga Socialista de la Juventud [*Young People's Socialist League*]. Los parámetros de Gamson para medir el éxito requerían determinar (1) si el movimiento era aceptado por las élites como opositor legítimo y (2) si el movimiento había

obtenido alguna de las ventajas o los beneficios que exigía de manera explícita. Gamson redirigió la atención hacia el uso de las *tácticas disruptivas*, una de sus principales contribuciones pioneras al estudio de los resultados obtenidos por los movimientos. De acuerdo con sus hallazgos, la mayoría de los grupos opositores que usaban estrategias disruptivas de protesta ganaban aceptación (62%) y obtenían nuevas ventajas (75%), un descubrimiento clave que el autor describió como “el éxito de los revoltosos”. La eficacia de las tácticas asertivas de protesta está condicionada a la necesidad de conseguir el apoyo de la opinión pública y, en la era moderna, a la de obtener una exposición positiva en los medios de comunicación (Gamson, 1989). Los hallazgos de Gamson cuestionaron sin ambages el modelo pluralista del poder (véase el capítulo 3), según el cual la participación en la política institucional basta para que todos los ciudadanos ejerzan sus derechos y resuelvan sus agravios. Gamson llegó a la conclusión contraria: los grupos excluidos solo pueden lograr el cambio social mediante acciones masivas disruptivas.

Gamson (1990 [1975]) aportó varios otros conocimientos novedosos en su estudio fundacional sobre los resultados de los movimientos. Además de comprobar la eficacia mayoritaria de la protesta disruptiva, constató que los grupos con metas específicas y una organización de perfil más burocrático (provista por las organizaciones formales) eran más exitosos que los grupos despojados de esas características. También demostró que los grupos opositores sometidos a la violencia del Estado y de las élites eran mucho menos exitosos que otros movimientos sociales, con lo cual dejó en claro hasta qué punto la represión de la movilización y las acciones de los adversarios contribuyen al fracaso de los movimientos. En resumen, el trabajo de Gamson sentó las bases para la investigación sobre los resultados de los movimientos a lo largo de las décadas siguientes.

Perspectivas actuales sobre los resultados de los movimientos

La investigación sobre los resultados de los movimientos ha crecido a paso acelerado en años recientes (Bosi *et al.*, 2016). Una de las áreas más comunes que se utilizan para explorar el éxito de los movimientos es el cambio de políticas. Dada la enorme cantidad de movimientos que dirigen sus demandas a los diferentes niveles de gobierno (a organismos locales, provinciales, nacionales e internacionales), el enfoque en las políticas resultantes suministra una medida para establecer el nivel de éxito. Algunos pensadores políticos, como Schumaker (1975) y Burstein *et al.* (1995), han centrado la atención en una escala ascendente de éxito en materia de políticas como consecuencia de las acciones que llevan a cabo los movimientos sociales. El cuadro 6 presenta la escala de políticas elaborada por Schumaker y Burstein *et al.*, con algunas modificaciones. Estos sistemas de clasificación suministran un medio preciso para determinar el éxito de un movimiento particular a lo largo del tiempo, en diferentes unidades políticas/geográficas o en comparación con otros movimientos.

Es importante señalar que las luchas de los movimientos sociales no suelen ser exitosas. Esto se condice con el hecho de que los movimientos representan a poblaciones excluidas y marginadas en el contexto de un sistema basado en la distribución desigual del poder. Las élites y las personas poderosas han estructurado el sistema político de una manera que privilegia a los grupos dotados de riquezas, acceso rutinario a las instituciones y recursos abundantes.¹ Los estratos poderosos suelen oponer resistencia o responder con indiferencia a los grupos excluidos o subordinados que intentan modificar el equilibrio de poder. De ahí que las movilizaciones

¹ Véase en McAdam *et al.* (2001, pp. 10-13) y Tilly (1978, pp. 52-55) una descripción detallada de la concentración del poder en las sociedades modernas, así como su relación con la movilización colectiva de grupos internos y externos.

iniciales en pos del cambio social suelen recibir la indiferencia de las élites y de otros grupos adversarios por toda respuesta a los reclamos de su movimiento. Cuando los movimientos sociales logran persuadir a los representantes del gobierno para que se reúnan con ellos y escuchen sus demandas, puede decirse que han comenzado a progresar, en la medida en que han alcanzado el objetivo inicial de la *receptividad a nivel del acceso* (véase el cuadro 6). Cuando se intenta llevar las demandas aún más lejos, un avance prometedor es lograr que los planificadores de políticas introduzcan demandas específicas en la agenda de un cuerpo legislativo, o bien conseguir una audiencia en los tribunales (*receptividad a nivel de la agenda*).

Como mínimo, la receptividad a nivel de la agenda funciona como una victoria simbólica para los movimientos sociales: legitima sus reclamos como merecedores de un debate político y jurídico. Si un organismo gubernamental aprueba la política en cuestión (*receptividad a nivel de las políticas*), el grado de éxito es aún más alto, sobre todo si el Estado o la institución de que se trate implementan y aplican de inmediato la política por ley (*receptividad a nivel de los resultados*). Cuando la nueva legislación reduce los agravios que detonaron la movilización original, los líderes del movimiento pueden considerar que la lucha ha obtenido un alto nivel de éxito (*receptividad a nivel del impacto*). En casos históricamente raros, un movimiento transformador, como la lucha de los afroamericanos por los derechos civiles, induce un cambio de políticas tan contundente que redundan en *impactos estructurales* (Burstein *et al.*, 1995). De hecho, la Ley de Derechos Civiles, aprobada en 1964, prohibió la discriminación laboral por motivos de raza, religión, sexo u origen nacional. El movimiento por la justicia ambiental también invoca la Ley de Derechos Civiles para proteger a grupos vulnerables de peligros que atentan contra la salud pública (Bullard, 2005). En este sentido, el éxito a nivel de las políticas que logró el movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos creó legislación *beneficiosa para varios otros grupos* que no formaron parte de la lucha focal.

Cuadro 6. Nivel de éxito de los movimientos en materia de políticas

Nivel de éxito	Cambio de políticas	Ejemplos
Ninguno	Ignorado por las elites políticas y económicas	El concejo municipal se niega a reunirse con el movimiento local por el salario mínimo vital.
Nivel 1	Receptividad a nivel del acceso	El concejo municipal accede a reunirse con el movimiento local por el salario mínimo vital para escuchar sus demandas.
Nivel 2	Receptividad a nivel de la agenda	El concejo municipal coloca en la agenda de su próxima reunión el debate sobre una ley de salario mínimo vital.
Nivel 3	Receptividad a nivel de las políticas	El concejo municipal aprueba una ley de salario mínimo vital en la forma requerida originalmente por el movimiento.
Nivel 4	Receptividad a nivel de los resultados	La ciudad implementa la ley de salario mínimo vital, que a su vez es acatada de manera efectiva por los empleadores locales.
Nivel 5	Receptividad a nivel del impacto	Gracias al consiguiente aumento de salarios, los trabajadores locales acceden a una mayor holgura que les permite satisfacer más fácilmente las necesidades básicas de su familia.
Nivel 6	Impactos estructurales	La ley de salario mínimo vital mejora los indicadores de salud y bienestar para toda la ciudad, además de facilitar el acceso de otras poblaciones marginadas al concejo municipal para presentar sus demandas.

Adoptado y modificado de Burstein *et al.* (1995, p. 284, cuadro 1).

El cuadro 6 detalla la profundización del éxito obtenido por los movimientos sociales a nivel de las políticas, con el ejemplo ilustrativo del movimiento por el salario mínimo vital. El movimiento por el salario mínimo vital levantó vuelo en la década de 1990, con el objetivo de inducir legislaciones municipales que obligaran a los empleadores locales a ofrecer salarios suficientes como para cubrir las necesidades básicas de una familia (salud, nutrición, vivienda, vestimenta, etc.)

(Luce, 2017). Los cientos de campañas comunitarias por el salario mínimo vital obtuvieron niveles de éxito considerablemente variados (Swarts y Vasi, 2011). El cuadro 6 ofrece una guía para determinar el éxito relativo de estas luchas locales. Este “cuadro del éxito en materia de políticas” admite múltiples marcos de observación. En primer lugar, sirve para evaluar el éxito de un movimiento particular una vez finalizada la lucha, según su nivel de penetración en el proceso político. En segundo lugar, los líderes y analistas de un movimiento social pueden usar el cuadro en tiempo real para decidir cómo pasarán de una etapa a la siguiente, así como determinar cuáles son las tácticas y los puntos de presión más adecuados para llevar el proceso de políticas a niveles superiores de éxito. Por último, el cuadro sirve para comparar las campañas locales de un movimiento (como el del salario mínimo vital) en distintos municipios y regiones, a fin de determinar la medida del éxito o del fracaso en cada lugar. Una vez adquirido este conocimiento, los analistas podrían examinar los distintos procesos locales a fin de dilucidar si los activistas experimentaron condiciones similares en las campañas exitosas versus las fallidas. Esta información vital podría resultar útil para determinar dónde conviene invertir los recursos escasos del movimiento en las futuras estrategias de campaña.

Además de reclamar cambios de políticas a los distintos niveles del gobierno, los movimientos sociales también se dirigen a otras instituciones con el propósito de lograr cambios sociales y resultados positivos (Van Dyke *et al.*, 2004; Armstrong y Bernstein, 2008; Bell, 2014). Estos blancos de la lucha incluyen un amplio abanico de instituciones sociales, como la educación pública, las universidades, los hospitales, los establecimientos de salud mental, las empresas o corporaciones privadas, las fuerzas armadas y las organizaciones religiosas, entre muchas otras (Walker *et al.*, 2008). Las huelgas y los conflictos laborales en el marco de la industria privada son una de las batallas clásicas que llevan a cabo los movimientos sociales por fuera del Estado (aunque el gobierno puede intervenir para arbitrar en el conflicto o reprimir al movimiento). Los empleados y

empleadas homosexuales y bisexuales se han movilizado con éxito en grandes corporaciones para reducir la discriminación en el lugar de trabajo (Raeburn, 2004). Los estudiantes afroamericanos, asiáticoamericanos, latinos e indígenas de los Estados Unidos también han organizado campañas eficaces de movimientos sociales para establecer carreras y cursos de estudios étnicos en las universidades (Rojas, 2007; Armbruster-Sandoval, 2017). Esta lucha continúa en el sistema de la escuela pública: el estado de California acaba de instituir un currículo de estudios étnicos en las escuelas secundarias (véase el capítulo 4). En otro ejemplo, Bell (2014) muestra cómo el movimiento “Poder Negro” [Black Power] influyó en la profesión del trabajo social en los Estados Unidos, a través de los asistentes sociales negros que se organizaron dentro de los organismos nacionales para implementar nuevas normas contra el racismo y otras prácticas en el sistema de bienestar social.

Correlatos del éxito

Los estudios de los movimientos sociales ofrecen hoy una plétora de casos aptos para evaluar los resultados de distintos movimientos, sobre cuya base los estudiosos de la acción colectiva han identificado reiteradamente varias condiciones asociadas al éxito (y al fracaso) en diversas luchas (Amenta, Andrews y Caren, 2018). El cuadro 7 enumera esos factores asociados a los resultados positivos de los movimientos, así como los mecanismos que contribuyen a incrementar las posibilidades de éxito. Estas dimensiones que favorecen el poder de negociación de los movimientos se agrupan en las siguientes categorías: factores estratégicos de los movimientos, coaliciones/aliados externos y factores del entorno político.

Cuadro 7. Factores comunes relacionados con el éxito de los movimientos sociales

Factores de éxito	Mecanismos que incrementan las probabilidades de éxito
<i>Factores estratégicos de los movimientos</i>	
Estrategias de enmarcado	Las estrategias de enmarcado inclusivo permiten incorporar a múltiples grupos como aliados en la batalla. También son efectivas las estrategias de enmarcado que resuenan en las creencias culturales, o que vinculan eficazmente el problema/ agravio a la causa.
Tácticas disruptivas/ novedosas	Las tácticas disruptivas crean margen de negociación a raíz de que interrumpen las rutinas establecidas de quienes ejercen el poder. La eficacia depende del apoyo de la opinión pública.
Tamaño	Las grandes movilizaciones demuestran el nivel de apoyo a quienes ejercen el poder, así como los costos potenciales de no negociar con el movimiento.
Infraestructura perdurable	Los recursos y organizaciones sostenidos mantienen la presión sobre las autoridades con el fin de implementar cambios positivos de políticas a largo plazo.
<i>Coaliciones/aliados externos</i>	
Jóvenes/ estudiantes	Los jóvenes disponen de tiempo libre para participar como voluntarios en un movimiento, además de aportar grandes contingentes a las manifestaciones. Mantienen una alta densidad de energía para sostener campañas de largo plazo.
Expertos/ profesionales	Los científicos, los abogados y otros profesionales son de especial utilidad en la etapa de las negociaciones, cuando los movimientos interactúan con tribunales y legislaturas. Los científicos pueden ofrecer experticia en movimientos relacionados con la salud y el medioambiente. Los abogados ayudan a navegar el sistema jurídico y político.
Organizaciones religiosas	Los grupos religiosos aportan grandes cantidades de parroquianos, además de conferir legitimidad y autoridad moral a la causa del movimiento.
Otros movimientos sociales	Los otros movimientos sociales aportan instantáneamente muchas más personas que ya están movilizadas, además de extender geográficamente el movimiento. El movimiento obrero y los sindicatos pueden desempeñar este papel.
Partidos políticos opositores	Los partidos opositores pueden contribuir mediante la movilización de sus miembros y simpatizantes, así como negociar con cuerpos legislativos y parlamentarios en nombre del movimiento.

Medios masivos de comunicación	Los medios masivos llegan a una amplia audiencia y pueden legitimar el movimiento ante la opinión pública (por vía de la radio, la televisión, los periódicos y las plataformas de internet). También ayudan a difundir el movimiento a nuevas regiones, con lo cual se fortalece la movilización en general.
Actores del Estado	Los organismos y empleados estatales que simpatizan con un movimiento pueden promoverse frente a otras agencias del Estado brindándole asistencia dentro de su jurisdicción. También pueden suministrar o filtrar información valiosa para los movimientos.
<i>Factores del entorno político</i>	
Conflicto entre las élites	Cuando los grupos de la élite entran en conflicto unos con otros, el sistema político se vuelve más vulnerable. Las élites no pueden ignorar, estigmatizar ni reprimir a los movimientos sociales con una voz unificada durante las crisis. Las élites renegadas podrían alinearse con un movimiento social.
Opinión pública	Cuando la mayor parte de la población apoya las metas de un movimiento social, los planificadores de políticas son más propensos a negociar, a riesgo de perder su posición en los cargos electivos. La opinión pública favorable brinda un entorno promisorio para el incremento de las protestas no institucionales.
Errores graves de las élites	Los errores graves que comenten las élites en público durante un conflicto con un movimiento social atraen mayor apoyo al movimiento y dañan la legitimidad de las élites a las que apunta su lucha.
Movimientos contrarios (contra-movimientos)	Los contramovimientos ponen a un movimiento social a la defensiva con el cuestionamiento de sus metas y marcos interpretativos, así como con la influencia que ejercen en la opinión pública.

Estrategia de los movimientos

A diferencia de lo que ocurre con las otras condiciones asociadas a los resultados positivos que se enumeran en el cuadro 7, los movimientos sociales mantienen el control sobre las estrategias que utilizan para influir en sus chances de éxito. En consecuencia, las decisiones que toman los movimientos en relación con los marcos interpretativos a adoptar, la cantidad de personas que conviene movilizar y las tácticas a seguir son de importancia crítica para lograr una movilización eficaz. La estrategia de los movimientos también

se desarrolla en el contexto de los aliados disponibles, las experiencias pasadas y el entorno político más abarcador.

Estrategias de enmarcado En el capítulo 5 se describe en detalle el proceso de enmarcado. Los activistas deben dotar a su movimiento de un marco interpretativo convincente, no solo para lograr que el reclutamiento y la movilización sean eficaces, sino también para incrementar las chances de una victoria final. En un estudio comparativo que incluyó a quince SMO de personas sin techo en ocho ciudades estadounidenses, Cress y Snow (2000) pusieron de relieve la diferencia crucial entre la cantidad de derechos, recursos y servicios de asistencia que se obtienen con estrategias claras de enmarcado y los resultados más escasos que arrojan los enmarcados menos coherentes. En particular, los autores examinaron la capacidad de los movimientos sociales de personas sin techo para definir problemas, atribuir culpas y desarrollar campañas sólidas de movilización (en otras palabras, para aplicar los enmarcados del diagnóstico, pronóstico y motivación). El estudio demuestra que hasta los sectores más pobres de la sociedad estadounidense (las personas sin techo) pueden ser capaces de mejorar sus condiciones sociales mediante la creación de marcos colectivos claros, inteligibles y convincentes que delinee de manera apropiada los agravios, sus causas y los planes específicos de acción para solucionarlos.

En lo que concierne al movimiento estadounidense por los derechos de los inmigrantes, Bloemraad *et al.* (2011) hallaron que sus estrategias de enmarcado son mucho más eficaces cuando hacen hincapié en la bandera estadounidense y las familias trabajadoras, en lugar de centrarse en el origen nacional, los derechos humanos o la historia de la inmigración. Según los resultados de trabajos más recientes, las estrategias de enmarcado de este movimiento son mucho más resonantes cuando se enfocan en la integridad de la familia que cuando sitúan las luchas por la ciudadanía en el marco de los derechos civiles o las condiciones económicas (Bloemraad, Silva y Voss, 2016). El carácter inclusivo de las estrategias de enmarcado también

se ha asociado a los resultados exitosos de los movimientos. La capacidad de un movimiento para trascender los intereses estrechos en sus alegatos ideológicos aumenta la potencialidad de incorporar más grupos a la lucha (Romanos Fraile y Sádaba Rodríguez 2015). En un estudio comparativo de seis controversias en torno al emplazamiento de nuevas tiendas Wal-Mart, Halebsky (2009) demostró que una de las condiciones para que estos movimientos locales lograran evitar la instalación de una tienda Wal-Mart en un pueblo pequeño eran las amplias estrategias de enmarcado centradas en el análisis de varios de los problemas que podría acarrear la presencia de una super tienda para la comunidad en general. Estos problemas incluían el aumento del tráfico vial, la pérdida del sentido especial que adquieren los lugares habitados por comunidades pequeñas y la decadencia de los establecimientos minoristas. Otros autores se han limitado a poner de relieve la complejidad del proceso de enmarcado a modo de advertencia contra el error de dar por sentada la construcción social de los agravios (el parte de enmarcado del diagnóstico discutido en capítulo 5). Por ejemplo, Snow y Corrigall-Brown (2005) demostraron que los activistas a menudo fracasan en la tarea de vincular los principales agravios a los agentes culpables de crear el problema social, circunstancia que conduce a la disolución del movimiento.

Protesta disruptiva y tácticas novedosas Tal como insistieron Gamson (1990 [1975]) y Piven y Cloward (1979) hace ya varias décadas, las estrategias de protesta disruptiva tienden a ser más eficaces que el uso exclusivo de tácticas convencionales. Hacen falta varias salvedades para contextualizar esta propuesta. En primer lugar, en la mayoría de sus campañas con miras al logro de una meta específica, los movimientos sociales despliegan un *repertorio* de tácticas, que incluyen protestas convencionales, así como no institucionales (Tilly, 1978; Taylor y Van Dyke, 2004). Entre ellas se cuentan desde las peticiones, las concentraciones, las campañas de cartas y los seminarios, hasta tácticas más asertivas, como las sentadas, los cortes de calles y las ocupaciones de edificios. En segundo lugar, las protestas no

convencionales suelen requerir el apoyo de la opinión pública y otras condiciones facilitadoras a fin de llegar a buen puerto (Marti Puig, 2002). Ello significa que los grupos usuarios de tácticas disruptivas, como una sentada o una obstrucción del tránsito, se beneficiarían si la mayor parte de la opinión pública simpatizara con el movimiento o con el reclamo en cuestión. Sin el apoyo de la opinión pública, las élites tienen el camino más allanado para convocar a las fuerzas del orden público (como la policía) y reprimir la protesta disruptiva con escasos clamores más allá del movimiento inmediato. Como última salvedad, cabe decir que la definición de una táctica como “disruptiva” o “no institucional” suele estar culturalmente determinada. Por ejemplo, la táctica de la demanda judicial por parte de los movimientos ambientalistas puede pasar por institucional en los Estados Unidos, pero no así en Japón, donde los movimientos sociales se caracterizan por buscar resoluciones de conflictos en otros poderes gubernamentales, o bien por medio de acuerdos informales con las élites (Broadbent, 1998).

La fuerza clave de la protesta disruptiva es el poder de influencia que obtienen de ella los grupos subordinados para poder negociar con las élites (Piven y Cloward, 1979; McAdam, 1999 [1982]; Tarrow, 2011).² Con el apoyo de la opinión pública, la protesta no institucional crea costos más altos para los grupos de la élite que no atienden las consiguientes demandas (Luders, 2016). Estos costos pueden ser financieros, a través de pérdidas en inversiones y ventas (en el caso de los boicots), o bien políticos, por la pérdida del apoyo electoral. La protesta disruptiva también interrumpe las rutinas diarias de los grupos privilegiados contra los que se dirigen las acciones (Kolb, 2007). Los funcionarios estatales y los ejecutivos empresariales que son blancos de la protesta dependen de quienes los eligen (por ejemplo, el electorado, los accionistas, los clientes) y de las operaciones rutinarias para funcionar con eficacia en el día a día. Las élites políticas

² Véase un análisis más extenso del poder de la protesta disruptiva en Almeida y Stearns (1998).

y económicas también necesitan que se las perciba como agentes que llevan sus negocios según los usos y costumbres de lo “correcto” y lo “incorrecto”, a fin de ser reconocidas como legítimas en sus propios campos organizacionales, y como socialmente responsables en la sociedad general (Armbuster-Sandoval, 2005; Soule, 2009). Si un movimiento social logra ser convincente en sus amenazas o en el uso de tácticas disruptivas que comuniquen sus tribulaciones a los votantes, accionistas o clientes de los grupos elegidos como blancos de la protesta, estos grupos comenzarán a sentirse presionados a negociar con los representantes del movimiento (Almeida y Stearns, 1998).

Una literatura creciente y sustanciosa pone de relieve la eficacia de la protesta disruptiva no violenta en contraste con las acciones más violentas, incluso contra gobiernos represivos (Schock, 2015a; Kadivar, 2018). La historia de los movimientos sociales abunda en movilizaciones dramáticas de desobediencia civil que condujeron a resultados positivos. Desde el movimiento por los derechos civiles, con sus sentadas y otras acciones masivas contra el sistema Jim Crow de segregación racial y exclusión electoral, hasta los abandonos de aulas que llevaron a cabo los estudiantes latinos de California y otros estados en 2006 para evitar exitosamente la aprobación de leyes antiinmigración, muchas acciones disruptivas de masas han cambiado el curso de la historia. Biggs y Andrews (2015) ofrecen evidencia empírica del poder que confiere la protesta disruptiva en un análisis a nivel local de las acciones colectivas registradas en 334 ciudades de los estados sureños entre 1960 y 1961. Estos autores hallaron que la desagregación racial obtenía mayores posibilidades no solo en las ciudades que experimentaban la táctica disruptiva de una sentada, sino también en ciudades cercanas a los eventos de acciones masivas. De más está decir que estas afirmaciones deben tomarse con pinzas. La mayoría de los movimientos necesita batallar para conseguir apenas una movilización sostenida, tal como se vio en el capítulo 4. En general, hace falta una combinación de condiciones favorables,

incluidas las tácticas no institucionales, para que los movimientos experimenten victorias (McCammon, 2012).

La novedad de las tácticas de protesta que emplean los grupos subordinados puede ser igualmente disruptiva. A principios del siglo XX, el movimiento de las mujeres recurrió a los desfiles por el sufragio (McCammon *et al.*, 2001) como táctica creativa para colocar a las mujeres en la esfera pública y ganar el derecho al voto (Taylor y Van Dyke, 2004). Los grupos activistas tales como ACT UP, que reclamaban políticas federales e investigación científica para enfrentar la crisis del VIH/SIDA a fines de los años ochenta y principios de los noventa, también usaron con eficacia un amplio abanico de tácticas novedosas que creaban espectáculos tales como los “simulacros de muerte”, en los que cientos de personas yacían en un espacio público o un edificio ocupado fingiendo estar muertas (Gould, 2009). La táctica de simular la muerte ha resultado tan efectiva, que incluso la campaña comercial antitabaco “Truth” [“Verdad”] (www.thetruth.com) la usó en sus anuncios televisivos orientados a reducir la proporción de adolescentes fumadores a lo largo de las últimas dos décadas. En otro estudio sobre el poder de las acciones “espectaculares”, Armbruster-Sandoval (2017) demostró el éxito que obtuvieron las huelgas de hambre realizadas por estudiantes de tres campus universitarios californianos con el objetivo de expandir los programas de estudios chicanos/latinos, en un hostil e inoportuno entorno político de cortes presupuestarios y leyes antiinmigración.

Tamaño Una de las explicaciones más simples para el éxito de los movimientos gira en torno al tamaño de la protesta. Los movimientos que generan movilizaciones masivas de miles de personas – o incluso decenas de miles– parecen capaces de ejercer mayor presión sobre los funcionarios electivos y las personas en el poder (Tilly, 1999). Por las razones que analizamos en el capítulo 4 (sobre la emergencia de los movimientos), la producción de movilizaciones a gran escala no es una tarea fácil. No cabe duda de que la movilización de multitudes masivas en las calles de numerosas ciudades estadounidenses ayudó

a frenar el proyecto de ley antiinmigración (N° 4437) de la Cámara Baja en 2006 (Zepeda-Millán, 2017). Pero también hubo protestas inmensas que no alcanzaron sus metas. En una de las mayores protestas de la historia mundial, el 15 de febrero de 2003, unos treinta millones de personas se manifestaron en más de ochocientas ciudades con el objetivo de detener la inminente invasión estadounidense a Iraq (Heaney y Rojas, 2015). El movimiento no logró evitar la guerra, ya que Estados Unidos dio comienzo a su invasión y a su campaña de bombardeos en el mes de marzo. El movimiento transnacional contra el calentamiento global, llamado “justicia climática”, también ha producido movilizaciones sin precedentes en todo el mundo (especialmente en 2009-2012, 2014-2015, y 2018-2019), que involucraron a millones de participantes en más de dos mil ciudades, con resultados mixtos (Almeida, 2019; de Moor, 2020; Chase-Dunn y Almeida, 2020). No obstante, aun cuando las movilizaciones a gran escala no logren sus objetivos inmediatos, es probable que obtengan los resultados secundarios de construir redes duraderas de activistas y organizaciones e incidir en la vida de los participantes.

Infraestructura perdurable Un movimiento puede crear una infraestructura organizacional duradera para sostener la presión sobre las autoridades en pos de obtener concesiones a largo plazo. Andrews (2004, p. 5) define estas infraestructuras como una “combinación de líderes, recursos autóctonos y organizaciones locales”. Con su análisis de dicha infraestructura al nivel local de Mississippi, en el contexto del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos, Andrews demostró que los condados dotados de una infraestructura más fuerte a mediados de los años sesenta recibieron muchos más beneficios de largo plazo en materia de representación política negra, derecho al voto y programas de asistencia a la pobreza, que los condados carentes de esa infraestructura. En el empobrecido Valle Central de California, Mora (2016) demostró que las luchas locales de 2006 por los derechos de los inmigrantes fueron mucho más exitosas a largo plazo en las ciudades con mejores infraestructuras

de movimiento social. En los principales movimientos sociales que usan estrategias de organización comunitaria a lo largo de varios años, como en el caso del movimiento por los derechos civiles y el movimiento de los trabajadores agrícolas californianos, el activismo de largo plazo deposita un legado de organizadores experimentados que más tarde conducen campañas exitosas en otras luchas. Los miembros de Trabajadores Agrícolas Unidos (UFW) que desempeñaron un papel clave entre las décadas de 1960 y 1980 pasaron a ocupar posiciones de liderazgo en campañas de movimientos obreros urbanos y otras luchas de base comunitaria como resultado de su trabajo organizativo original (Shaw, 2008).

En los gobiernos autoritarios, los grupos de la sociedad civil a menudo aprovechan los períodos de liberalización política, cuando el régimen deja cierto margen para la organización. Durante estos períodos cruciales de “distensión” en el contexto represivo, los activistas están en condiciones de erigir una infraestructura perdurable de organizaciones, sindicatos y asociaciones cívicas, como *resultado* de la apertura del régimen. Esta infraestructura organizacional sostenible, que antes estaba fuera de alcance, puede usarse entonces para oponer resistencia a la dictadura una vez que el régimen se cierra de nuevo y vuelve a reprimir a los civiles. Este fue el patrón en algunos países de la “primavera árabe” entre 2011 y 2012, así como en varios casos latinoamericanos, incluida la resistencia de 2009 al golpe militar de Honduras (Sosa, 2015).

Coaliciones y aliados externos

Los movimientos pueden tratar de coordinar coaliciones amplias para mejorar sus chances de éxito (Van Dyke y Amos, 2017). Ello implica la incorporación de varios sectores sociales a la lucha. Las coaliciones amplias y diversas demuestran que el problema en cuestión preocupa a múltiples sectores de la sociedad. Para quienes se encuentran en el poder, las coaliciones amplias implican una posible pérdida de apoyo público y económico en el caso de que fracase

la negociación. La capacidad de forjar coaliciones grandes no se encuentra completamente bajo el control del movimiento principal. Los grupos externos que se alinean con el movimiento focal deben estar disponibles y deseosos de sumarse a la lucha. Las olas de protesta (que analizamos en el capítulo 2) aumentan considerablemente la cantidad de aliados disponibles y ya movilizados con los cuales formar coaliciones amplias y fuertes. Si bien las coaliciones amplias suelen ser las más deseables, también son difíciles de lograr en la mayoría de los momentos y lugares (McCammon y Van Dyke, 2010). A continuación se enumeran algunos de los aliados externos que se suman con mayor frecuencia a diversos movimientos, junto con los beneficios que aportan para incrementar las chances de éxito.

Jóvenes y estudiantes Si bien los jóvenes suelen ser el pilar principal de los más diversos movimientos sociales, como Occupy Wall Street, los DREAMers, MEChA, el control de las armas, e incluso Antifa, los adolescentes y los adultos jóvenes también pueden desempeñarse como *aliados* capaces e ingeniosos en la campaña de otro movimiento social (Somma y Medel, 2019). Los horarios flexibles que suelen tener los jóvenes, así como la etapa de la vida que transitan, los dotan de una mayor propensión a sumarse en solidaridad con otros movimientos sociales (Vommaro, 2015a y 2015b). El concepto de “reclutamiento en bloque” también ayuda a explicar la participación de los jóvenes, ya que en muchos casos hay asociaciones estudiantiles enteras de escuelas secundarias o universidades cercanas (Donoso 2016) que se suman a colaborar con la campaña de un movimiento (tal como se observó en el caso del movimiento por los derechos de los inmigrantes y en el movimiento mundial por la justicia climática “Viernes por Futuro”). El crecimiento que experimentó la matrícula universitaria desde mediados del siglo veinte, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo, suministra a los movimientos un aliado externo especial con un inmenso potencial de movilización (Goldstone y McAdam, 2001; Schofer y Meyer, 2005). Los estudiantes y los jóvenes suelen ser más propensos a participar en tácticas disruptivas y

arriesgarse al arresto. Algunos estudiantes tienen experiencia en protesta disruptiva, mientras que el estilo de vida y el empleo precario de otros incrementan su disponibilidad para la acción, incluso sumándose en el último momento. Los estudiantes desempeñan un papel esencial, en la medida en que suministran cuerpos para ocupar las primeras filas en manifestaciones públicas y confrontaciones con las autoridades. Los estudiantes y los jóvenes aún se mantienen activos como aliados de importancia clave en movimientos locales y nacionales, desde la campaña de Black Lives Matter y las luchas por la justicia ambiental en los Estados Unidos, hasta las protestas contra la corrupción gubernamental (o los fraudes electorales) en Honduras, Nicaragua y Guatemala (Sosa, 2016; Velásquez Nimatuj, 2016; Ortega Hegg *et al.*, 2020). De hecho, el poder de la movilización juvenil se manifestó en marzo de 2018, cuando más de tres mil escuelas (tanto secundarias, como medias y elementales) de todos los Estados Unidos se sumaron al abandono de aulas por la reforma de la legislación sobre armas (véase el mapa de la figura 8 en el capítulo 4).

Expertos y profesionales Según el tipo de movimiento y de lucha, hay diversos saberes expertos que pueden resultar sumamente útiles para lograr las metas del movimiento, negociar con las élites, ganar nuevos beneficios o evitar daños. Los expertos pueden donar sus talentos a un movimiento social por vía de sus trabajos publicados o mediante otras tareas creativas que capten la atención del público general. Los científicos especializados en medicina, biología y química pueden colaborar con los movimientos vinculados a la salud o al cuidado del ambiente mediante la recolección de evidencia científica o la demostración del nexo entre la fuente de contaminación y la región que denuncia sus consecuencias. Otros especialistas, como los abogados, pueden aportar su experticia para ayudar a los movimientos en procesos judiciales y legislativos (Pérez Martín, 2016; 2019). Estas diversas destrezas resultan especialmente beneficiosas para avanzar en la escala del éxito a nivel de las políticas que se presenta en el cuadro 7.

Otros movimientos sociales Hay movimientos sociales ya movilizados que suelen acudir en ayuda de un determinado movimiento social. El movimiento obrero y los sindicatos son movimientos sociales activos especialmente beneficiosos (Voss y Sherman, 2000; Etchemendy 2020). El involucramiento de los sindicatos en movimientos sociales cuyas luchas no son estrictamente laborales ha dado origen a un nuevo término: el “sindicalismo de movimiento social” (Clawson, 2003; Schock, 2005). Esto puede incluir la ayuda de un sindicato a una campaña por los derechos de los inmigrantes con el fin de bloquear las deportaciones y las redadas policiales, así como un sindicato que se suma a la lucha de un movimiento ambientalista. El movimiento de las mujeres y el movimiento por los derechos civiles también suelen prestar ayuda a otros movimientos (Brown y Jones, 2016). Los movimientos feministas y ambientalistas han apoyado la lucha de inmigrantes en Ecuador (Correa Álvarez, 2020). Tal como señalamos en relación con las coaliciones, las olas de protesta multiplican la cantidad de movimientos activos y capaces de prestar asistencia a una campaña en particular.

Organizaciones religiosas Las organizaciones religiosas también actúan como apasionados aliados externos. A veces, los aliados religiosos aportan un sentido de autoridad moral y confieren legitimidad a la causa de un movimiento social. Tal como ocurre con las escuelas, universidades y otras instituciones, en este caso también es posible que grupos enteros (las congregaciones) decidan alinearse con un movimiento social, como las huelgas y las concentraciones de las luchas por un salario mínimo vital, o las causas de los inmigrantes y otras comunidades de bajos ingresos (McCarthy y Walker, 2004; Wood y Fulton, 2015). De hecho, uno de los entramados más extensos del activismo comunitario en los Estados Unidos es la red de “Personas que mejoran a las comunidades a través de la organización” (PICO por su sigla en inglés), creada por un sacerdote jesuita a principios de los años setenta (Whitman, 2006; 2018). Hoy denominada Fe en Acción [*Faith in Action*], PICO participa como aliada

multiconfesional en decenas de luchas locales por las causas más diversas (Flores, 2018) –desde el salario mínimo vital hasta el establecimiento de clínicas comunitarias para la atención de salud– y se mantiene activa en 150 ciudades de diecisiete estados.³ Además, hoy se ha revitalizado la Campaña de los Pobres por la justicia económica y racial, del reverendo Martin Luther King, que busca alinearse a las comunidades marginadas bajo el liderazgo de clérigos como el pastor William Barber II.⁴ En América Latina desde los años sesenta, con el Concilio Vaticano II y la teología de la liberación, la parte progresista de la iglesia católica reclamó por el “acompañamiento de los pobres” en sus luchas rurales y urbanas (Gutiérrez, 1973; Cabarrús, 1989; Ellacuría, 2000).

Partidos políticos opositores La adhesión a la causa de un movimiento social brinda a un partido político opositor la oportunidad de fortalecer su posición frente al partido dominante, en especial si la opinión pública apoya al movimiento en cuestión. El partido opositor también puede aumentar su caudal de votantes a corto plazo mediante la adopción de reivindicaciones compartidas por un amplio abanico de sectores (Hutter *et al.*, 2018). A fin de sostener una campaña a nivel nacional, los movimientos sociales necesitan aliados que posean recursos organizacionales en un extenso territorio geográfico. La relación simbiótica entre los partidos políticos y los movimientos sociales se ha denominado “partidismo de movimiento social” (Almeida, 2006; 2010b). En la era neoliberal, hay pocas organizaciones de la sociedad civil cuyo alcance organizacional se extienda a todo el territorio nacional. Los sindicatos están debilitados por las leyes de flexibilización laboral, así como por la competencia global en pos de reducir los costos de producción. En el Sur global, las asociaciones de campesinos y trabajadores agrícolas también han perdido poder organizacional. Mientras que estos actores tradicionales

³ Véase www.piconetwork.org.

⁴ Véase www.poorpeoplescampaign.org/.

–hoy debilitados– predominaron en el sector de los movimientos sociales durante el período anterior de desarrollo bajo la égida del Estado/fordismo, en muchas sociedades de la era neoliberal solo han sobrevivido los partidos políticos como una de las pocas entidades organizadas a nivel nacional. Los partidos políticos pueden valerse de su estructura organizacional para movilizarse en las calles, convocando a sus seguidores de múltiples localidades a participar en campañas de acción colectiva (Somma, 2018). Los partidos políticos también pueden actuar dentro del sistema de gobierno con el fin de impulsar medidas más favorables o combatir las medidas desfavorables. Esta capacidad de actuar desde el interior del sistema suministra a los movimientos sociales un incentivo para sumarse a los partidos políticos que puedan interceder por ellos en el poder legislativo. Dentro del gobierno, los partidos políticos también ayudan a los movimientos a lograr el éxito a nivel de las políticas que se describe en el cuadro 7. La presencia de defensores en el interior del sistema político también eleva las expectativas de éxito para los activistas y, por ende, alienta el crecimiento de la movilización (Arce y Mangonnet, 2013).

El uso de partidos políticos para obtener respuesta a las demandas de un movimiento se ha observado en múltiples continentes durante el siglo XXI (Gold y Peña, 2019; Peña, 2020). Estos episodios incluyen el Movimiento al Socialismo de Bolivia, que se movilizó junto a los pueblos originarios para impedir la privatización del gas natural. Otros ejemplos cruciales provienen de Europa, donde el flamante partido Podemos de España y el partido griego Siriza movilizan a cientos de miles de personas en las calles para frenar las severas políticas de austeridad económica (Della Porta *et al.*, 2017). Incluso los partidos políticos de derecha movilizan a movimientos sociales. Un ejemplo clave fue el Partido Republicano de los Estados Unidos como principal auspiciante de las protestas impulsadas por el Tea Party (Almeida y Van Dyke, 2014).

Medios masivos y redes sociales Los medios masivos son una fuerza poderosa para los movimientos sociales pobres en recursos. La extensa cobertura mediática reconoce y atestigua un problema social (Szasz, 1994): comunica el sufrimiento de un movimiento social a un público vasto, con lo cual no solo atrae la atención de potenciales seguidores, sino además del Estado. La presencia de los medios masivos también alienta las tácticas disruptivas, cuyo característico dramatismo les confiere mayor “interés periodístico” (Kielbowicz y Scherer, 1986). Más aún, el “espectáculo” se ha teorizado como un rasgo definitorio de la era neoliberal (Harvey, 2005). Los movimientos sociales que optan por las estrategias de interrumpir el tránsito, alterar las reuniones gubernamentales y corporativas, o bien impedir las operaciones rutinarias de las industrias contaminantes mediante sentadas o huelgas solidarias, tienen mayores probabilidades de atraer la atención mediática (Almeida y Stearns, 1998), aunque no siempre con el relato que desean los activistas (Sobieraj, 2011).

En el siglo XXI, los movimientos y los activistas individuales han incrementado notablemente su capacidad de llegar al público general, así como a los destinatarios de su mensaje y a los blancos de su lucha, por medio de las nuevas redes sociales que se han construido sobre la infraestructura tecnológica de la comunicación digital. Castells (2013, p. xxiv) interpreta este nuevo desarrollo como un “contrapoder”, en la medida en que “la expansión de las comunicaciones individuales masivas ha sostenido una ampliación extraordinaria e inesperada de la capacidad con que cuentan los individuos y los actores sociales para desafiar el poder del Estado”. El acceso de los actores colectivos excluidos a los mensajes instantáneos, así como a Facebook, Instagram, Telegram, Twitter y WhatsApp, ofrece una inestimable oportunidad de superar los obstáculos de los medios masivos controlados por las corporaciones, que han devenido en conglomerados oligopólicos. Las victorias de los movimientos locales pueden difundirse de manera instantánea e inspirar su emulación mediante el contagio del éxito.

Actores del Estado Los actores que forman parte del gobierno también pueden suministrar valiosos recursos a la campaña de un movimiento social (Banaszak, 2010; Verhoeven y Duyvendak, 2017). Los actores internos al Estado abarcan desde organismos gubernamentales, concejos municipales y juzgados, hasta funcionarios individuales (Reese y Ramirez, 2002; Stearns y Almeida, 2004). Algunos actores del Estado son activistas institucionales, definidos como “participantes de los movimientos sociales que ocupan posiciones formales dentro del gobierno y que apuntan a alcanzar metas del movimiento social por vía de los canales burocráticos convencionales” (Santoro y McGuire, 1997, p. 503). Estos activistas institucionales están comprometidos con los objetivos del movimiento social, así como motivados por recompensas intrínsecas (Ganz, 2009). Aunque tales alianzas son en potencia perdurables, generalmente se mantienen solo durante breves períodos de tiempo. Algunos actores estatales también forjan alianzas con movimientos sociales por una predisposición ideológica a compartir sus objetivos; por ejemplo, un funcionario de la EPA [sigla en inglés de la Agencia de Protección Ambiental] asistió a las personas afectadas por la contaminación del agua con plomo en Flint (estado de Michigan) obligando a los funcionarios gubernamentales a acabar con las dilaciones y finalmente ponerse en acción (Rosner y Markowitz, 2016).

Otros actores del Estado colaboran con los movimientos sociales en aras de promover sus propias agendas. Forjan esas alianzas con la intención primordial de obtener recompensas extrínsecas (como avanzar en su carrera o incrementar su estatus). Un tercer grupo de actores estatales, debido a la ubicación y la función de su departamento, adoptan los reclamos de un movimiento social con el fin de incrementar la vitalidad y la legitimidad de su sección dentro del aparato estatal (Stearns y Almeida, 2004). La asistencia externa recibida desde el interior del Estado, cualesquiera sean las motivaciones de los actores que la proveen, incrementa las chances de resultados positivos para los movimientos sociales. En el contexto de esta relación simbiótica, los movimientos sociales adquieren cierto nivel de

legitimidad y, tal vez de manera más fundamental, un acceso indirecto a las estructuras decisorias del Estado.⁵

Entorno político

Opinión pública La opinión pública suministra un entorno político que puede facilitar u obstaculizar la lucha del movimiento en pos de sus demandas. Los grupos opositores deben ser capaces de leer e interpretar apropiadamente el estado de ánimo público a fin de idear una estrategia apropiada que se condiga con los sentimientos generales de la sociedad respecto del tema en cuestión. El éxito de un movimiento es mucho más probable cuando una mayoría de la opinión pública simpatiza con sus demandas. En el caso del movimiento estadounidense de las mujeres, los estados del país más tendientes a ratificar la Enmienda de Igualdad de Derechos (ERA por su sigla en inglés) eran aquellos donde había una mayor porción de la opinión pública a favor de la enmienda y la igualdad de las mujeres (Soule y Olzak, 2004). En los lugares donde la opinión pública es menos que favorable (por debajo del 50%), los activistas y líderes necesitan enfocarse en campañas de educación. El movimiento de las mujeres estadounidenses adoptó esa estrategia a principios del siglo XX para obtener el derecho de las mujeres a participar en los jurados del sistema judicial. Las agrupaciones de mujeres visitaban ferias estatales, asociaciones de agricultores e iglesias para concientizar sobre la importancia de que las mujeres tuvieran derecho a servir como jurados (McCammon, 2012).

Conflicto entre las élites Tal como señalamos en el capítulo 3, el conflicto entre las élites es una dimensión central en el modelo de los movimientos sociales basado en oportunidades o buenas noticias

⁵ Estas conclusiones se basan parcialmente en un estudio de Stearns y Almeida (2004). Véanse análisis más exhaustivos sobre la relación entre los actores del Estado y los movimientos sociales en Santoro y McGuire (1997); Banaszak (2005; 2010); y Verhoeven y Duyvendak (2017).

(McAdam y Tarrow, 2018). Cuando los grupos de la élite entran en conflicto entre ellos, el sistema político es más vulnerable a los desafíos que vienen desde abajo. Las élites no pueden ignorar, estigmatizar ni reprimir a los movimientos sociales con una voz unificada durante períodos de enfrentamientos internos. Bajo tales circunstancias, existe la posibilidad de que el sistema político conceda lo que demandan los movimientos sociales. La susceptibilidad del sistema político durante los conflictos entre élites alienta la movilización de los grupos con el incentivo de acceder a mayores chances de éxito. Por ejemplo, durante la Gran Depresión de los años treinta, los trabajadores desempleados, los sindicatos en huelga y los movimientos reformistas de la clase media (como el movimiento Townsend) aprovecharon las rivalidades entre las élites bancarias e industriales para conseguir la aprobación de la Ley de Seguridad Social y varias otras leyes progresistas (Jenkins y Brent, 1989). Las élites renegadas pueden incluso alinearse a un movimiento social durante esos períodos de conflicto, así como proveer el tipo de recursos políticos, económicos y jurídicos que auspicia la obtención de nuevas ventajas o de políticas favorables para los grupos marginados.

Errores graves de las élites Los errores de las élites y las autoridades pueden fortalecer la campaña de un movimiento social, así como sus perspectivas de ganar más concesiones (Halebsky, 2009). Entre ellos se cuentan, por ejemplo, las filtraciones de documentos, desde corporaciones u oficinas gubernamentales, sobre planes de acción escandalosos para el público en general. Los errores graves de las élites también incluyen actos extravagantes de represión estatal, fuera de proporción con las demandas de un movimiento (Goldstone, 1998; Francisco, 2005). Estos actos redoblan los apoyos que pueden contribuir al éxito de un movimiento, tanto desde dentro como desde fuera de la comunidad.

Movimientos contrarios Debido a que los movimientos sociales movilizan a grupos subordinados y excluidos, las élites y otros sectores

privilegiados resisten vehementemente sus embates. A veces, esa resistencia sale a la superficie en forma de movimientos contrarios. McCarthy y Zald (1977, p. 1218) proveen una definición general: “Un movimiento contrario es un conjunto de opiniones y creencias compartidas por una población opuesta a determinado movimiento social”. Los movimientos contrarios suelen dificultar considerablemente la lucha del movimiento que inspiró su formación. Los movimientos sociales no solo necesitan movilizar gente y convencer a los espectadores y al público de que su causa vale la pena, sino que además deben hacer el intento de negociar con las élites y las autoridades para alcanzar sus metas. Los movimientos contrarios agregan un obstáculo adicional a dicho proceso. Los movimientos contrarios pueden atacar el enmarcado del movimiento al que se contraponen, así como cuestionar el mérito y el valor de sus agravios, metas y estrategias (Luna, 2017). En resumen, la aparición de movimientos contrarios tiende a disminuir las chances de éxito para el movimiento en cuestión (Soule, 2004; Halebsky, 2009; Pereira 2018). De hecho, en la batalla por la Enmienda de Iguales Derechos (ERA) para las mujeres de los Estados Unidos, mencionada más arriba, los estados con organizaciones activas anti-ERA se mostraron mucho más reticentes a ratificar la enmienda (Soule y Olzak, 2004).

Los movimientos contrarios tienden a surgir luego de que un movimiento ha avanzado algún trecho al nivel de las políticas, pero aún no ha obtenido un triunfo decisivo (Meyer y Staggenborg, 1996). María Inclán (2012) observó el desarrollo de esta dinámica en el movimiento zapatista de Chiapas, México, entre fines de los años noventa y la década de 2000. Cuando los grupos zapatistas (como el EZLN) obtenían concesiones del gobierno, o incluso de la población en general, la movilización antizapatista se incrementaba. Los clivajes culturales en torno al aborto, la religión y la propiedad de las armas propenden especialmente a generar fuertes movimientos contrarios. Las grandes empresas corporativas (como Walmart) a menudo organizan y fundan movimientos contrarios para influir en la opinión pública (Walker, 2014). Dada la índole artificial de los

movimientos contrarios, los opositores tildan esas movilizaciones de “*astroturfing*”.*

En algunos ejemplos históricos, los movimientos contrarios han recurrido a la violencia intimidatoria, como los supremacistas blancos estadounidenses en su oposición a los movimientos por la igualdad racial y los derechos de ciudadanía (Blee, 2017). El Ku Klux Klan y otros grupos de odio afines emplean la violencia propia de los movimientos contrarios como táctica central. Según los resultados de Andrews (2004), la violencia segregacionista local de Mississippi entre fines de los años sesenta y la década de 1980 condujo a resultados menos favorables para el movimiento por los derechos civiles, como un menor volumen de fondos contra la pobreza y una representación política negra más escasa. En El Salvador de fines de los años setenta y principios de los ochenta, se desató una violencia extrema en forma de “escuadrones de la muerte”, es decir, de unidades militares y paramilitares sin uniformes identificatorios que mataban a civiles y a personas sospechadas de integrar movimientos opositores al statu quo, junto con sus familias, con lo cual impidieron que la creciente ola de protesta derrocará al gobierno militar de entonces (Stanley, 1996; Almeida, 2008a). En Guatemala también se desarrolló una dinámica similar (Figueroa Ibarra, 1991; Vela Castañeda, 2014).

Condiciones combinadas: estudios de casos de movimientos contra el neoliberalismo

Tal como señalamos desde el comienzo, el éxito de los movimientos no se da con frecuencia. Los resultados positivos suelen requerir una combinación de las condiciones detalladas en el cuadro 7 para concretarse. Las élites poderosas y arraigadas tienen escasas razones

* Este término se acuñó a partir de la conocida marca de césped artificial Astro Turf, en un juego de palabras que lo contrapone a *grass roots* (literalmente, “raíces del pasto”), una frase nominal que se usa para denominar a los movimientos de base. [N. de la T.]

para complacer o atender a un movimiento social que representa a grupos sociales excluidos; les resulta más fácil aplicar la represión al grupo, canalizar su protesta en procedimientos de rutina para la resolución de conflictos, o sencillamente ignorarlo. La presencia de estrategias innovadoras, estructuras organizacionales autóctonas, aliados externos y un entorno político favorable dota al movimiento social de recursos (humanos, financieros y tácticos) para efectuar y sostener sus acciones, así como de medios (apoyo público explícito y exposición en los medios masivos) para protegerse contra la apatía o la represión del Estado. De ahí que las infraestructuras de recursos, los seguidores y un entorno político alentador expandan los recursos de los movimientos para la negociación. Cabe decir, entonces, que los movimientos sociales que ejercen tácticas disruptivas en un contexto de múltiples condiciones favorables cuentan con mayores posibilidades de sostener la protesta, así como de recibir concesiones de sus adversarios y del Estado, a diferencia de los movimientos sociales con menos condiciones facilitadoras.

Estas condiciones combinadas que producen resultados favorables pueden observarse en las dramáticas campañas de los movimientos sociales latinoamericanos contra el neoliberalismo. A medida que se desenvuelve a paso acelerado el primer cuarto del siglo XXI, el mundo parece regirse cada vez más por el libre comercio y los principios del libre mercado, que dejan crecientemente desprotegidas a las poblaciones vulnerables (Almeida y Chase-Dunn, 2018). No obstante, en momentos y lugares específicos, las luchas de los movimientos sociales han desacelerado o revertido la marcha incesante hacia la plena concreción de los principios neoliberales. Por ejemplo, en los primeros años del siglo XXI, se libraron dos importantes batallas contra la privatización en El Salvador y en Costa Rica. En El Salvador, entre 1999 y 2003, el gobierno intentó privatizar parte del sistema público de salud. En Costa Rica, en el año 2000, el gobierno intentó privatizar las telecomunicaciones y la distribución de energía eléctrica (Feoli, 2018). Dos movimientos sociales lanzaron campañas que involucraron a decenas de miles de ciudadanos comunes

para derrotar sendos intentos en ambos países, con resultados más o menos exitosos.

La campaña de El Salvador en defensa de la salud pública representó una de las movilizaciones nacionales más grandes y duraderas de América Latina contra las privatizaciones, con la participación de hasta doscientas mil personas (3 a 4 por ciento de la población total) en manifestaciones coordinadas a nivel nacional. La campaña de Costa Rica contra las privatizaciones fue igualmente impresionante, con marchas que alcanzaron una concurrencia de hasta cien mil personas, así como eventos de protesta coordinados a través del territorio nacional. ¿Cómo fue posible el masivo éxito de ambas campañas en un mundo crecientemente privatizado?

La campaña más prolongada de El Salvador emergió entre septiembre de 2002 y junio de 2003, contra la privatización de una parte del sistema público de salud: el Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS). El gobierno creó el ISSS en 1949, como seguro de salud y programa médico para los trabajadores del sector formal durante el período de desarrollo dirigido por el Estado en el Sur global (véase el capítulo 8). Los activistas, los trabajadores de la salud y los médicos opuestos a la iniciativa de privatización enmarcaron los intentos gubernamentales de externalizar el sistema hospitalario y los servicios médicos del ISSS al sector privado como una amenaza que desmantelaría el entero sistema de salud pública, del que depende entre el 80% y el 90% de la población (González y Alvarenga, 2002). El movimiento usó incluso algunos eslóganes evocadores del *enmarcado* para encapsular la lucha de manera sucinta. Un eslogan decía “La salud es un derecho, no una mercancía”. Otro cántico común en las protestas callejeras y en las pancartas era la mórbida frase “Pagar o morir”, que hacía hincapié en las intenciones lucrativas que subyacen a la privatización del sistema médico. Los opositores a la privatización de la atención médica también pusieron de relieve el papel que desempeñaban ciertas instituciones financieras internacionales, como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, en la financiación de las reformas como parte del proceso general

de globalización. Las encuestas de opinión pública, representativas a nivel nacional, también demostraron que una mayoría de los salvadoreños estaba en contra de la privatización (Almeida y Delgado, 2008), de ahí que la campaña haya contado con un gran número de participantes, marcos persuasivos y apoyo de la opinión pública.

La campaña de Costa Rica tuvo lugar durante marzo y abril de 2000, en protesta contra la privatización del sistema estatal de energía eléctrica y telecomunicaciones: el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) (Mora Solano, 2016). El Estado de Costa Rica estableció el ICE en 1949, e incorporó las telecomunicaciones al instituto en 1963, durante el auge del desarrollo económico dirigido por el Estado en América Latina. El ICE es una de las instituciones estatales más apreciadas por los costarricenses, debido a sus servicios públicos de bajo costo para los consumidores (energía eléctrica y telecomunicaciones), así como a la amplitud de su cobertura (véase la referencia al ICE en la canción de protesta contra el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y América Central [CAFTA por su sigla en inglés], que citamos en el capítulo 5). De acuerdo con los estudios académicos, hacia fines de los años ochenta, el porcentaje de teléfonos en los hogares costarricenses era tres veces mayor al promedio de América Latina (Trejos, 1988). Durante las concentraciones y las marchas callejeras, las asociaciones sindicales del ICE y sus activistas aliados utilizaron frecuentemente marcos referenciales donde el ICE era representado como componente clave del “patrimonio nacional” que “no está en venta”. La campaña costarricense para impedir la legislación que privatizaba al ICE contó con decenas de miles de participantes (probablemente un 4% de la población nacional), e involucró importantes acciones masivas en las siete provincias del país.

Las protestas de El Salvador contra la privatización de la salud ocurrieron en el 26% de las municipalidades, mientras que el 63% de las municipalidades costarricenses (*cantones*) experimentaron al menos un evento de protesta. La campaña salvadoreña contra la privatización produjo 550 eventos registrados de protesta, mientras que la de Costa Rica generó 473 protestas distintivas. De manera

similar a otras campañas latinoamericanas contra la globalización económica, que adoptaron las barricadas como componente central del repertorio de acciones asertivas (Silva, 2009), el 32% de las protestas salvadoreñas y el 51% de las costarricenses involucraron obstrucciones del tránsito vial (cortes de rutas). En ambos países, casi dos tercios de las protestas contaron con la participación de aliados externos a las instituciones del ISSS y el ICE, cuya presencia generó amplias coaliciones (Almeida, 2014b y 2016a). Estos aliados externos incluyeron muchos de los tipos enumerados en el cuadro 7, como sindicatos, estudiantes (universitarios y secundarios), organizaciones religiosas, partidos políticos opositores, asociaciones de mujeres y ONG. En numerosas ciudades de El Salvador, además de los cortes de rutas, se realizaron multitudinarias “marchas blancas”, en las que todos los sectores participantes (incluidos los aliados externos) iban vestidos de blanco como demostración de solidaridad con los profesionales de la salud pública.

Ambas campañas contra las privatizaciones terminaron en negociaciones con el gobierno central (Mora Solano, 2016). Los gobiernos de sendos países acordaron poner freno al proceso de privatización, mientras que los sindicatos encargados de las campañas se comprometieron a desistir de las protestas disruptivas, como los bloqueos de rutas, y retomar sus actividades laborales. En marcado contraste, las similares campañas que experimentaron ambos países pocos años después en el intento de generar movilizaciones masivas para detener la ratificación del CAFTA (Raventós Vorst, 2018) no fueron tan exitosas. En ambos casos, el público general estaba mucho menos consciente y más dividido con respecto al significado del CAFTA, en comparación con las privatizaciones del sector público; dicha circunstancia se combinó con la fuerte presión estadounidense en pos de que los respectivos gobiernos nacionales aprobaran el tratado a pesar de la resistencia a gran escala que oponían los habitantes de ambos países, en especial los de Costa Rica. Estos casos ejemplares demuestran la especial combinación de condiciones necesarias para incrementar las chances de éxito de los movimientos.

Resultados culturales

Los movimientos no solo cambian las políticas y las prácticas institucionales, sino que además generan impactos en la cultura más general. A veces, modifican los valores, las creencias y las normas predominantes en una sociedad (Taylor y Van Dyke, 2004). Sabemos demasiado poco sobre los resultados culturales, que merecen mucha más atención de nuestra parte, dadas sus mayores probabilidades de surtir impactos duraderos en comparación con los intentos de reformar políticas (Van Dyke y Taylor, 2018). La ola de protesta de los años sesenta generó su correspondiente movimiento contracultural, que incluía un estilo de vida alternativo entre otros varios impactos culturales. Varios movimientos grandes y exitosos, basados en la pertenencia étnica, el género y la sexualidad, expandieron las identidades colectivas más allá de su base inicial (Earl, 2004). En los Estados Unidos, el movimiento LGBTQ ha modificado drásticamente las creencias sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo a lo largo de los últimos cuarenta años (Van Dyke y Taylor, 2018). Schnabel y Sevell (2017) demuestran que, en una época tan reciente como 1988, solo el 12% de los estadounidenses apoyaba la legalización del matrimonio gay, pero en 2014 ya eran más del 57% los estadounidenses que estaban a favor. Estos virajes en las creencias sociales sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo son el resultado de las campañas que emprendió el movimiento LGBTQ, tanto en materia de movilización como de educación. El proceso siguió una trayectoria similar en Europa, en el marco de activas movilizaciones nacionales y transnacionales de agrupaciones LGBTQ (Ayoub, 2016). La batalla en pos de cambiar los valores y las creencias de una sociedad a menudo involucra la presencia de movimientos y contra-movimientos.

Los Estados Unidos de las décadas recientes han presenciado lo que suele conocerse como “batallas culturales” en torno al aborto, la legalización de la marihuana, el impacto del cambio climático y el calentamiento global. Los resultados positivos de los movimientos

en el área de la cultura a menudo se asocian a la calidad de los mensajes que transmiten los actores colectivos, así como a la modularidad de la presentación. De ahí que los académicos examinen si los nuevos sistemas de creencias y prácticas culturales son adoptados por grupos que se encuentran más allá del movimiento propiamente dicho (Van Dyke y Taylor, 2018).

Resultados a nivel individual

Los movimientos también ejercen influencia a nivel micro en la medida en que transforman la vida de los participantes. La participación activa de un individuo en un movimiento social puede alterar su trayectoria de vida. Estas consecuencias del activismo a menudo son involuntarias (Giugni, 2004). Los estudios académicos indican que la participación en movimientos sociales influye en la historia laboral y en el estado civil de los individuos, así como en su participación e ideas políticas. El período más examinado en lo que concierne a los resultados de la participación a nivel individual es el que siguió a la ola de protesta de los años sesenta. En las décadas posteriores, los individuos que habían participado se manifestaron más dispuestos a continuar participando en movimientos sociales que quienes se habían mantenido al margen. La participación en movimientos sociales suministra incentivos positivos, como el sentimiento de camaradería, la identidad colectiva y la eficacia personal (Taylor *et al.*, 2009). También se ha descubierto que la participación en movimientos sociales favorece la opción por trabajar en el sector público o en el de los servicios sociales (McAdam, 1988). Además, los activistas de los movimientos sociales tienden a casarse en una etapa más tardía de la vida, o bien a estar divorciados. Los estudios que examinaron las diferencias de género también han demostrado que el activismo de las mujeres en movimientos progresistas redundó en salarios más altos que los de sus congéneres sin experiencia de participación, lo cual sugiere que el activismo podría ser un factor que contribuye

al colapso de los roles tradicionales de género en el área del empleo (Van Dyke *et al.*, 2000). Según los resultados de otros estudios, muchas de las mujeres que participaron en la Nueva Izquierda y en el movimiento por los derechos civiles durante los años sesenta se sumaron a diferentes ramas de la segunda ola feminista –como el feminismo blanco, el chicano y el negro– en los años setenta (Roth, 2004).

Fronteras de los resultados

La comprensión de los factores que inciden en el éxito y el fracaso de los movimientos sociales se ha mantenido como un área de vibrante interés, tanto para los activistas como para los académicos del tema. El enfoque que va más allá de los resultados en materia de políticas atrae cada vez más la atención del trabajo académico actual sobre los movimientos sociales. En su carácter de actuaciones colectivas interactivas y dinámicas, los movimientos trascienden por mucho la relación diádica entre los grupos excluidos y sus adversarios. Las luchas en sí mismas depositan legados duraderos en el paisaje social. Estos legados incluyen tácticas y estrategias que fracasaron, pero que otros pueden modificar durante futuras contiendas, lo cual no solo demuestra que ha habido un aprendizaje, sino que además incrementa las perspectivas de éxito (McCammon, 2012). Los legados también explican los mecanismos a través de los cuales una campaña de protesta puede “derramarse” en la siguiente (Meyer y Whittier, 1994; Whittier, 2004), tal como las campañas por la justicia económica global se derramaron en los movimientos antibélicos y en las luchas de la justicia climática, por vía de los participantes, las redes y las organizaciones que pasaron de una etapa a la siguiente. Otros remanentes perdurables son las memorias personales, las canciones y los lazos sociales establecidos durante los meses y años de movilización. La influencia persistente que ejercen estos depósitos culturales de los movimientos sociales en la sociedad más general y en su sistema de valores continúa siendo un terreno fértil para la indagación

académica. Por último, el estudio de las condiciones combinadas que auspician los resultados favorables de la acción colectiva debería encontrarse en urgente demanda a medida que crecen las amenazas de la desigualdad económica, la xenofobia, la decadencia ambiental y muchos otros problemas desalentadores con el avance del siglo XXI.

Lecturas y recursos adicionales sobre los resultados de los movimientos

Amenta, Edwin, Kenneth Andrews y Neal Caren (2018). The Political Institutions, Processes, and Outcomes Movements Seek to Influence. En David Snow, Sarah Soule, Hanspeter Kriesi y Hooly McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 449-465). Oxford: Blackwell.

Amenta, Edwin, Neal Caren, Elizabeth Chiarello y Yang Su (2010). The Political Consequences of Social Movements. *Annual Review of Sociology*, 36, 287-307.

Bosi, Lorenzo, Marco Giugni y Katrin Uba (eds.) (2016). *The Consequences of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gamson, William (1990). *The Strategy of Social Protest*. 2a. ed. Belmont, CA: Wadsworth.

Giugni, Marco, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.) (1999). *How Social Movements Matter*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Kolb, Felix (2007). *Protest and Opportunities: The Political Outcomes of Social Movements*. Nueva York: Campus Verlag.

7. Resultados de los movimientos sociales

Pasotti, Eleanora (2020). *Resisting Redevelopment: Protest in Aspiring Global Cities*. Cambridge: Cambridge University Press.

The Youth Outcomes Database. http://yapdatabase-yppnetwork.net/?page_id=2

8. Más allá de los límites

Movimientos sociales del Sur global

Este capítulo gira en torno a la movilización de los movimientos sociales en el Sur global. Los capítulos anteriores han examinado en líneas generales la dinámica de los movimientos sociales correspondientes al Norte global, con notables excepciones. La denominación “Sur global” se refiere a los países del mundo en desarrollo, en oposición a los países industrializados de América del Norte, Europa occidental, Japón y Australia. El rótulo “Sur” se debe a que la mayoría de los países en desarrollo están situados geográficamente en el hemisferio austral.¹ Las aseveraciones generalizadas sobre la dinámica de los movimientos sociales pertenecientes al Sur global acarrearán varios peligros, dada la diversidad de los países agrupados bajo esta extensa categoría. De hecho, el Sur global incluye un amplio espectro de países, que abarca desde naciones relativamente industrializadas, como México, Corea del Sur, Sudáfrica y Brasil, hasta países de escaso desarrollo, como Nicaragua, Birmania, Mozambique y Haití.

La heterogeneidad en materia de cultura, densidad y tamaño de la población, grado de desarrollo económico y tecnológico (incluida

¹ Varios países en desarrollo están situados en el hemisferio norte –como la India, Afganistán y muchas de las repúblicas que antes formaron parte de la Unión Soviética–, pero aun así entran en la categoría de “Sur global”. A la inversa, algunos países ricos, como Australia y Nueva Zelanda, se encuentran en el hemisferio sur pero pertenecen al “Norte global”.

la infraestructura de comunicaciones), historia de conquista colonial, diversidad étnica, dotación de recursos naturales, sistema de gobierno político y vínculos con la sociedad mundial (A. Baker, 2014), va aparejada a una variación correspondiente en lo que concierne a la capacidad de los grupos excluidos para movilizarse, así como a la forma que adquiere la movilización una vez que se materializa la acción colectiva (Seoane, Taddei, y Algranati, 2006; Fadaee, 2016). El estudio de los movimientos sociales evolucionó en gran medida desde sus tiempos de excesivo énfasis en el Norte global, sobre todo en las experiencias de Europa occidental y América del Norte (Boudreau, 2004). Ese corpus de trabajo académico veía el desarrollo de los movimientos sociales como una trayectoria relativamente lineal, que avanzaba de la mano con la expansión de los Estados naciones, las democracias parlamentarias, la urbanización y la industrialización (Tilly y Wood, 2002).² En el Sur global, los grupos subalternos y opositores se enfrentan a una gran diversidad de contextos políticos y económicos (así como de obstáculos) que impulsan la acción colectiva por un amplio abanico de trayectorias, desde las revoluciones hasta la completa desmovilización, e incluso –en casos extremos– el genocidio. El presente capítulo se enfoca en estos desafíos formidables para los movimientos sociales del Sur global, con énfasis en (1) la represión estatal, (2) la globalización y (3) los movimientos transnacionales.

Represión estatal

Entre los siglos XVI y XX, grandes porciones de Asia, África y las Américas cayeron bajo el dominio colonial. La conquista colonial europea a menudo avanzó de la mano con ideologías de jerarquía

² Esta interpretación lineal que caracterizó al estudio de los movimientos sociales en el Norte global ha recibido importantes advertencias históricas con los grandes reveses democráticos y las olas antidemocráticas que experimentaron los países industrializados, en especial después de la Primera Guerra Mundial (Markoff, 2015a).

racial que apuntaban a la deshumanización de las poblaciones nativas (Williams, 1944; Fanon, 1963; Rodney, 1981; Smedley y Smedley, 2012).³ La resistencia colectiva de los pueblos colonizados debía enfrentarse a obstáculos extraordinarios, que incluían el encarcelamiento, la tortura, la esclavización y la muerte. Muchos actos anticoloniales de incumplimiento se llevaron a cabo bajo la forma de las diversas resistencias cotidianas que analizamos en el capítulo 2. A partir del siglo XVI, en los territorios colonizados del Caribe y América Latina, numerosos esclavos negros escaparon de los trabajos forzados y los sistemas agrícolas de grandes plantaciones para formar comunidades cimarronas, a veces en el marco de rebeliones más extendidas (Robinson, 2000). Desde la conquista inicial a manos de los españoles, los portugueses y (más tarde) los británicos, hasta el siglo XX inclusive, los pueblos originarios de las Américas protagonizaron importantes alzamientos contra los ocupantes extranjeros, que a menudo culminaron en brutales etnocidios perpetrados por las fuerzas coloniales y neocoloniales (Galeano, 1997; Go, 2011). La resistencia indígena al colonialismo latinoamericano ha dejado una larga lista de leyendas y líderes rebeldes (como Cuauhtémoc, Bartolina Sisa, Túpac Katari, Túpac Amaru, Anastasio Aquino y Victoriano Lorenzo) que inspiraron culturas de oposición a lo largo de los siglos subsiguientes (Mariátegui, 2009; Martínez Peláez, 2011). Comenzando por la Revolución Haitiana en los albores del siglo XIX (James, 2003), las distintas regiones del Sur global estallaron en sucesivas rebeliones nacionales por la independencia y la soberanía, que en el siglo XX se continuaron bajo la forma de luchas por la liberación nacional (Guha, 1998; Cesaire, 2004; Coronel, 2011).

Muchos estudios sociológicos contemporáneos se enfocan en la represión de los gobiernos autoritarios en países que son independientes al menos de manera nominal, o bien neocoloniales, es decir,

³ Véase un relato clásico sobre el saqueo de África a manos de las potencias coloniales occidentales en Rodney (1981). Véase una semblanza de la extracción de riquezas minerales latinoamericanas a manos de las potencias colonialistas, así como la resistencia de los pueblos indígenas, en Galeano (1997).

que están sometidos a la influencia o a la dependencia económica de otras naciones más poderosas (Argueta, 2008; Barajas 2009; Kay, 2011; Go, 2011). Estos autores plantean la desconcertante pregunta acerca de cómo se movilizan los pueblos excluidos en el contexto de un gobierno militar u otra forma de dictadura. Esta línea de indagación es importante, a todas luces, en lo que concierne a las implicaciones de los regímenes no democráticos para los derechos humanos de las poblaciones que viven bajo su dominio. Los gobiernos represivos crean sistemas de control social con la intención específica de desalentar la oposición colectiva (Johnston, 2011). Aproximadamente el 30% de los países actuales están clasificados como autoritarios o no democráticos, mientras que los de otro 24% se consideran regímenes “semiautoritarios”, que combinan la represión estatal con algunos elementos democráticos, como las elecciones parcialmente competitivas.⁴ Alrededor del 45% de la población mundial vive en Estados autoritarios o semiautoritarios. A un tiempo, países considerados democráticos reprimir poblaciones vulnerables con abusos policiales y encarcelación masiva (Wacquant, 2009; Alexander, 2017; Cobbina, 2019; Rios, Prieto y Ibarra, 2020).

Los regímenes represivos emplean una variedad de estrategias para suprimir la emergencia de actividades impulsadas por movimientos sociales (Menjívar y Rodríguez, 2009). Estas estrategias incluyen restricciones de derechos civiles básicos, como la libertad de reunirse para formar organizaciones sociales, asociaciones civiles y sindicatos. Los gobiernos autoritarios usualmente no están representados por funcionarios electos ni celebran elecciones competitivas entre partidos políticos con diferentes intereses y perspectivas e ideologías políticas. Algunos Estados autoritarios también emplean complejas infraestructuras de vigilancia, que incluyen redes de espionaje, cuerpos paramilitares desplegados en regiones rurales y un

⁴ Véase el Índice de Democracia de 2016, confeccionado por The Economist Intelligence Unit (EIU por su sigla en inglés) (2017), disponible en www.eiu.com/public/topical_report.aspx?campaignid=DemocracyIndex2016.

control estricto sobre los canales de comunicación que utilizan los ciudadanos comunes (incluidas las tecnologías de comunicación e información, o TCI). Colombia, por ejemplo, estableció una intrincada red paramilitar entre las décadas de 1980 y 2010, con el fin de suprimir las insurgencias de izquierda, el narcotráfico, e incluso los movimientos sociales rurales (Archila Neira, 2003; Archila Neira *et al.*, 2012). El cuadro 8 enumera algunas características básicas de los gobiernos autoritarios y semiautoritarios.

Pese a estas barreras centrales que imponen los regímenes represivos a la acción colectiva, hay circunstancias en las cuales las poblaciones oprimidas consiguen superar los obstáculos para iniciar –e incluso sostener– campañas de movimientos sociales. El capítulo 3 delinea brevemente algunas de estas condiciones facilitadoras en el análisis de las “amenazas represivas” y la “erosión de derechos” que prevé el modelo teórico de la acción colectiva basado en amenazas (Almeida, 2018). Los numerosos movimientos sociales de resistencia que emergieron en contextos represivos del Sur global a lo largo de las últimas décadas han arrojado alguna luz sobre nuestra comprensión de los mecanismos que permiten el desarrollo de la acción colectiva bajo circunstancias improbables. Entre los factores más comunes que impulsan la acción colectiva en regímenes autoritarios y semiautoritarios se cuentan (1) las infraestructuras organizacionales, (2) la erosión de derechos y (3) las acciones represivas del Estado.

Infraestructuras organizacionales

La resistencia opositora a un gobierno represivo requiere algún tipo de base organizacional. Tal como suele ocurrir con sus homólogos de los contextos democráticos, los movimientos sociales de los regímenes autoritarios tienden a emerger sobre la base de instituciones y organizaciones establecidas (McAdam, 2003). En el Sur global hay diversas organizaciones e instituciones en condiciones potenciales de desempeñar un rol en la unificación y la protección de los individuos y los grupos que intentan oponer resistencia a un gobierno violento.

Cuadro 8. Características de los gobiernos autoritarios

<i>Característica autoritaria</i>	<i>Papel en la supresión de la acción colectiva</i>
Restricciones a la libertad de reunión	Obstaculizan el trabajo conjunto de los grupos excluidos, así como la expresión pública de sus reclamos.
Restricciones a la libertad de asociación	Limitan la capacidad de los grupos civiles para formar organizaciones autónomas con el fin de abogar por las poblaciones marginadas.
Estados especiales de emergencia (ley marcial, toques de queda, restricciones al movimiento)	Dificultan la posibilidad de movilizarse en acciones públicas sin incurrir en una fuerte represión.
Restricciones a la libertad de prensa y las redes sociales	Obstaculizan los intentos de mantener informado al público, así como de investigar las acciones gubernamentales. La restricción estatal de las redes sociales y del acceso a las TCI obstaculiza la capacidad de la sociedad civil para comunicarse, compartir información política de importancia crucial y coordinar acciones.
Fuerte presencia de policía y militares en espacios públicos, redes de espionaje estatal, infraestructura paramilitar	Intimida y genera miedo en la población general, con la consecuencia de elevar en gran medida los costos de la acción colectiva. Las estructuras de vigilancia también generan sentimientos de desconfianza entre los individuos (y por ende disuaden la acción conjunta).
Elecciones inexistentes, fraudulentas o no competitivas	Gobiernos más propensos a actuar con impunidad frente los intentos de oposición colectiva (dado que no necesitan rendir cuentas ante los votantes ni corren el riesgo de perder sus cargos). Los movimientos colectivos no tienen aliados en partidos políticos para abogar por legislaciones favorables.

El sector religioso incluye un conjunto de instituciones que a veces ofrecen espacio, autoridad moral y recursos para movilizarse contra las dictaduras. Los templos, las iglesias y las mezquitas proveen lugares donde es posible coordinar acciones sin atraer la atención de las fuerzas estatales de seguridad. En muchas sociedades del Sur global hay importantes instituciones religiosas que actúan como la fuerza organizacional más grande al margen del gobierno. Las parroquias

y otros lugares de culto se distribuyen a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, incluidas las zonas rurales con poblaciones menos numerosas. Esta dispersión geográfica permite expandir la acción colectiva a escala nacional, en un proceso que Tarrow y McAdam (2005) denominan “cambio de escala”.

El papel de las organizaciones religiosas como fuerza opositora que promueve la resistencia colectiva suele ser excepcional. En la mayoría de los momentos y lugares, las religiones dominantes y las instituciones religiosas tienden a legitimar el statu quo y el régimen autoritario vigente. De hecho, los gobiernos autoritarios en general no permiten el crecimiento de una religión o iglesia opositora que critique su existencia. Una de estas situaciones históricamente excepcionales tuvo lugar en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970. A principios de los años sesenta, la Iglesia católica incorporó una serie de reformas sociales a su doctrina oficial, en lo que se dio a conocer como el Concilio Vaticano II. En 1968, la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en la ciudad colombiana de Medellín, confirmó un impulso adicional a estas reformas con su llamamiento a “optar por los pobres”. En aquel momento, muchos regímenes de la región eran autoritarios o semiautoritarios. El viraje de la política eclesial impulsó numerosas iniciativas (e.j., pastoral social, comunidades cristianas de base, etc.) y movimientos sociales liderados por sacerdotes, monjas y laicos a lo largo y a lo ancho de América Latina (Dussel, 1983; Smith, 1991; Mackin, 2015). Con el respaldo de las reformas impulsadas por el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica centroamericana de los años sesenta inició una serie de campañas importantes, que incluían la organización de cooperativas rurales, el desarrollo de proyectos alfabetizadores y la multiplicación de las comunidades cristianas informales. Cuando los gobiernos autoritarios de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua comenzaron a reprimir estas iniciativas católicas, las organizaciones religiosas dieron a luz movimientos sociales más amplios y militantes, entre los cuales se contaron varias formaciones revolucionarias de los años setenta

(Cabarrús, 1983; Falla, 2007; Vela Castañeda, 2012; Martí Puig, 2012; Chávez, 2017).

El enorme impacto del Concilio Vaticano II, la teología de la liberación, el pastoral social y las comunidades cristianas de base como factores que impulsaron la movilización de los pobres contra la represión estatal es imposible de subestimar (Vega 1994). Las organizaciones de base católica que lucharon contra los regímenes autoritarios de los años sesenta y setenta se mantuvieron en pie hasta las décadas de 1980 y 1990. Este temprano trabajo organizacional cimentó en gran medida algunos de los movimientos sociales más grandes de América Latina, incluidos los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (Wolford, 2010; Tarlau, 2019), la rebelión zapatista de Chiapas en México (Harvey, 1998) y los movimientos de derechos humanos en Argentina, Chile y Uruguay (Loveman, 1998). Las redes de mezquitas cumplieron una función similar en la Revolución Iraní de 1979 (Kurzman, 2005).

El sector de la educación también se ha desempeñado como una importante fuerza organizacional contra los regímenes represivos. Tanto los estudiantes secundarios y universitarios como los docentes de la escuela pública han contribuido a organizar campañas de movimientos sociales contra los Estados autoritarios. Este sector se suma a la lucha con una conciencia previa de los derechos civiles y humanos básicos, que lo predispone a cuestionar las formas autoritarias de gobierno. Tal como ocurre con las instituciones religiosas, los establecimientos de la educación pública están presentes en todo el territorio nacional. Desde los años cincuenta se ha registrado un tremendo crecimiento de la educación pública en todo el Sur global (D. Baker, 2014). Esto incluye la matrícula de las escuelas primarias y secundarias, así como la construcción física de escuelas y universidades (como parte del histórico proceso de desarrollo estatal que se analiza más abajo). Las universidades públicas no solo aportan fuerzas opositoras por vía del cuerpo estudiantil, sino que además ofrecen “espacios seguros” para la reunión de grupos cívicos (Polletta, 1999), la construcción de coaliciones y el desarrollo estratégico de la

resistencia contra el régimen. Sobran los ejemplos del papel que han desempeñado las universidades en los principales movimientos contra gobiernos autoritarios, desde los movimientos revolucionarios latinoamericanos hasta las protestas de 1989 en la plaza Tiananmén de Beijing (Zhao, 2001). Los estudiantes universitarios actuaron como la vanguardia opositora a la dictadura coreana sur entre los años sesenta y principios de los ochenta (Chang, 2015). Durante la “primavera árabe” de Yemen, “los campus universitarios desempeñaron un papel central en la movilización y otras acciones políticas” (Gasim, 2014, p. 123). La “columna vertebral” de la resistencia inmediata al golpe militar hondureño de 2009 estuvo compuesta por las asociaciones de docentes públicos, que constituyen una de las fuerzas organizadas más grandes del país (Sosa, 2013). Los sindicatos docentes de México también se enfrentaron al sistema unipartidario del país con anterioridad a la democratización del año 2000 (Cook, 1994).

Hay otras organizaciones de la sociedad civil que también oponen resistencia a los regímenes autoritarios. Los sindicatos actúan como un movimiento prodemocrático en los Estados represivos relativamente más industrializados del Sur global. En Argentina, Brasil, Chile, Sudáfrica y Uruguay, el movimiento obrero funcionó como el sector más organizado para confrontar a los gobiernos antidemocráticos de los años setenta y ochenta (James, 1976; Drake, 1996; Seidman, 1994). Un tercer conjunto de organizaciones sociales, como las organizaciones no gubernamentales (ONG), las asociaciones de mujeres, los grupos de derechos humanos, las comunidades indígenas, las cooperativas agrícolas y las asociaciones campesinas, también se ha movilizado contra las dictaduras o regímenes neoliberales (Ramírez Gallegos, 2005; López Maya, Iñigo Carrea y Calveiro, 2008). Estos grupos amenazan especialmente a los gobiernos cuando se unen en grandes coaliciones. He ahí precisamente lo que ocurrió en Honduras tras el golpe militar de 2009, cuando una serie de grupos diversos –ONG, estudiantes universitarios, docentes de la escuela pública, comunidades LGBTQ, miembros de la etnia garifuna, alianzas de pueblos indígenas, agrupaciones feministas, cooperativas rurales

y sindicatos organizados— se aliaron en el Frente Nacional de Resistencia Popular (Sosa, 2012). Hay otras organizaciones y agrupaciones cotidianas con posibilidades de emerger como fuerza opositora. Entre ellas se cuentan los clubes recreativos, los equipos deportivos, las comisiones vecinales y los grupos juveniles que hemos analizado en el capítulo 4. Estos grupos comunes y corrientes eluden la atención de las autoridades con mayor facilidad que las formaciones abiertamente políticas. También puede ocurrir que las fuerzas opositoras se apropien de organizaciones cotidianas como vía para la expansión de su lucha.

Sin embargo, aún queda por responder la pregunta acerca de cómo logran emerger estas organizaciones en el marco de un gobierno represivo. Un factor importante es la oportunidad histórica. La organización de la resistencia a una dictadura a menudo se materializa en una fase menos autoritaria del régimen, es decir, en un período de menor represión. Los gobiernos represivos suelen atravesar etapas de liberalización política (o “distensiones”) durante las cuales se permiten algunas libertades civiles, e incluso una competencia electoral restringida. Los activistas y la sociedad civil aprovechan estas breves aperturas para establecer diversas organizaciones, desde asociaciones estudiantiles hasta sindicatos obreros y docentes. Esa nueva infraestructura organizacional puede servir para movilizarse durante la apertura, o bien como base social para mantener la resistencia una vez que el gobierno ha vuelto a cerrarse. En resumen, por usar una analogía de los glaciares, los períodos de liberalización política “depositan” organizaciones civiles que pueden perdurar como fuente de resistencia a futuras dictaduras o a condiciones menos hospitalarias de los tiempos posteriores (Almeida, 2008a y 2011).

Erosión de derechos

La infraestructura organizacional solo explica en parte la resistencia a un gobierno represivo. Las organizaciones arrojan luz sobre el “cómo” de la oposición. La erosión de derechos y las acciones

represivas funcionan como los principales incentivos amenazantes que detonan el cuestionamiento a los gobiernos despóticos: en otras palabras, explican el “porqué” de la resistencia colectiva.⁵ Por su propia naturaleza, los regímenes autoritarios no reconocen los derechos fundamentales consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, e incluso pueden negarse a cumplir con los derechos, las protecciones y las libertades que se estipulan formalmente en sus propias constituciones nacionales. En tales circunstancias, ¿cuándo se vuelve intolerable y digna de rebelión la falta de los derechos básicos? Una de las señales más drásticas de esta pérdida es la manipulación del proceso electoral.

El fraude electoral en regímenes autoritarios de larga data intensifica los reclamos por agravios previos cometidos por el Estado. Las elecciones fraudulentas se cuentan entre las violaciones más fundamentales de la relación entre el pueblo y el gobierno que motivan la movilización. Estas acciones gubernamentales colocan instantáneamente a un gran segmento de la población en circunstancias similares, mientras que la campaña electoral previa concede un breve margen de organización a los grupos opositores (Kadivar, 2017). Tanto la percepción de fraude en las elecciones como la cancelación del acto electoral suelen desencadenar movimientos de resistencia masiva (McAdam y Tarrow, 2010; Norris *et al.*, 2015). Por ejemplo, Kalandadze y Orenstein (2009) documentaron diecisiete grandes movilizaciones contra fraudes electorales en Eurasia, África y América Latina, entre 1991 y 2005. En un estudio que abarca el período comprendido entre 1989 y 2011, Brancati (2016, pp. 3-5) identificó 310 protestas de gran envergadura que demandaban la “adopción o celebración de elecciones democráticas” en noventa y dos países. Las movilizaciones en torno a percepciones de fraude electoral han continuado en todo el mundo después de 2011, como en el caso de

⁵ Véase en Almeida (2018) un análisis más prolongado del papel que desempeñan las amenazas represivas y la erosión de los derechos en la generación de la acción colectiva.

Camboya en 2013. Las elecciones generales iraníes de 2009 desencadenaron la mayor movilización posrevolucionaria, que en el país se vivió como el “Movimiento Verde”, con semanas de marchas callejeras en rechazo a lo que se veía como resultado ilegítimo de la elección (Kurzman, 2011; Parsa, 2016). Hasta el margen extremadamente estrecho de la victoria en las elecciones presidenciales mexicanas de 2006 generó un mes de manifestaciones y interrupciones masivas, junto a denuncias de fraude por parte del candidato derrotado de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador (que en 2018 resultó electo con una victoria aplastante). Entre fines de 2017 y 2018, la percepción de fraude y las sistemáticas irregularidades de las elecciones presidenciales hondureñas detonaron múltiples marchas con más de cien mil personas, huelgas generales y cientos de barricadas erigidas por ciudadanos en las rutas de todo el país (Sosa, 2018).

Los fraudes cometidos en múltiples y continuos ciclos electorales pueden incluso alterar el *carácter* de la acción colectiva, impulsándola a radicalizarse cada vez más con miras a derrocar el régimen prevaeciente (sobre todo cuando el fraude se combina con la amenaza de represión estatal). He ahí el patrón que siguió el proceso salvadoreño en los años setenta. Tras un período de liberalización política en los años sesenta, el régimen militar cometió cuatro fraudes electorales consecutivos entre 1972 y 1978. Luego de varias manifestaciones masivas no violentas contra las elecciones amañadas, muchos simpatizantes de la centroizquierda radicalizaron su posición hasta terminar en las filas de los insurgentes revolucionarios, en un proceso que condujo a una larga década de violencia y guerra civil en El Salvador (Almeida, 2003; 2011). Por último, los golpes militares que interrumpen el orden constitucional y derrocan gobiernos elegidos por el pueblo también pueden generar acciones colectivas a gran escala. He ahí lo que ocurrió tras el golpe militar de 2009 en Honduras, que acabó con el gobierno democráticamente elegido de Manuel Zelaya. La expulsión de Zelaya detonó un masivo movimiento antidictatorial que sostuvo las mayores movilizaciones de la historia hondureña hasta el regreso del líder al país en 2011, con manifestaciones

callejeras de hasta cuatrocientas mil personas, según los informes disponibles (Sosa, 2012). Un movimiento similar, aunque mucho más conciso, se produjo tras el efímero golpe militar de 2002 que intentó derrocar al presidente venezolano Hugo Chávez Frías.

Acciones estatales represivas

Los actos de represión estatal son otro de los factores que impulsan la resistencia colectiva en regímenes autoritarios. La represión ocurre cuando el Estado coacciona, acosa, detiene, tortura y mata a las personas que se encuentran bajo su jurisdicción. La literatura sobre represión estatal ofrece una vasta y compleja descripción de la dinámica entre la violencia gubernamental y la respuesta popular (Chang, 2015; Davenport, 2010; Earl, 2011; Earl y Soule, 2010). A veces, la represión estatal apacigua los intentos de acción colectiva debido a los altos riesgos que acarrea el proceso de movilización (Johnston, 2011). Este aspecto de la represión estatal se condice más con la línea de las oportunidades políticas incluida en la teoría del proceso político que analizamos en el capítulo 3. Otras veces, la represión estatal y policial alienta el incremento de la protesta (Brockett, 2005).

En los Estados autoritarios, la acción represiva continua contra movimientos sociales no violentos puede llegar a cambiar la propia naturaleza de la acción colectiva, e impulsar la trayectoria de la protesta por una senda mucho más radical (Alimi, Demetriou y Bosi, 2015; Almeida, 2007a). Eso fue sin duda lo que ocurrió con la llamada “primavera árabe” de Libia, Yemen y Siria, así como, en menor medida, con la de Egipto. Estas protestas comenzaron en 2011 y 2012 bajo la forma de campañas masivas no violentas, como las que Schock (2005; 2015b) denomina “insurrección desarmada”. Cuando los Estados de Libia, Siria, Yemen y (más tarde) Egipto reprimieron violentamente estos desafíos pacíficos que se habían sostenido a lo largo de semanas y meses, los movimientos se radicalizaron hasta el nivel de la tácticas violentas, e incluso militarizadas (Alimi, 2016). En contraste, los Estados que usan formas más suaves de represión

pueden “contener la escalada” hacia la radicalización, como ocurrió con la “primavera árabe” en Jordania (Moss, 2014). Según los académicos que estudian los movimientos revolucionarios, la radicalización es mucho más probable en regímenes autoritarios de tipo excluyente, que no incorporan a las clases medias y trabajadoras en las estructuras de participación política ni distribuyen los beneficios del crecimiento económico (Foran, 2005; Goodwin, 2001). A nivel micro, los actos atroces de represión estatal también empujan a los individuos a adoptar nuevos roles e identidades como activistas y participantes de movimientos revolucionarios (Viterna, 2013).

Esta propiedad singular de la represión, que encierra el potencial de radicalizar la acción colectiva, explica por qué algunas protestas escalan hasta convertirse en movimientos revolucionarios. Las áreas promisorias para avanzar en los estudios sobre los impactos de la represión estatal mediante la predicción de la escalada –o la desmovilización– de la protesta incluyen la severidad y la probabilidad de la acción represiva (Einwohner y Maher, 2011; Maher, 2010), la catalogación de las tácticas represivas del Estado (Boudreau, 2004; Moss, 2014), así como la precisión del tipo y el nivel de infraestructura organizacional necesaria para sostener la movilización en condiciones de alto riesgo (Loveman, 1998; Pilati, 2016). Tal como vimos en el capítulo 5, la capacidad de los líderes movimientistas y de los activistas culturales para construir marcos de interpretación convincentes de acción colectiva, así como para aprovechar las culturas políticas de oposición y resistencia, es igualmente importante para dilucidar si emergerá la resistencia colectiva contra un régimen represivo (Foran, 2005; Selbin, 2010).

Globalización: la profundización del neoliberalismo

Si bien el combate del autoritarismo y de la represión estatal es uno de los aspectos más urgentes de comprender en relación con los movimientos sociales del Sur global, sobre todo en lo que concierne a la

protección de los derechos humanos, hay otro proceso transformador del que podría decirse que induce niveles incluso mayores de movilizaciones masivas en muchos países: la globalización económica. La nueva ola de democratización mundial que comenzó a levantar vuelo en los años setenta ha reducido la cantidad de países clasificados como autoritarios (Markoff, 2015a; Markoff y Burrridge, 2018). La tendencia más potente del Sur global a lo largo de las últimas cuatro décadas ha sido el viraje hacia la liberalización económica. Tanto los académicos como los activistas usan el ampliamente conocido término “neoliberalismo” para referirse a la dinámica de la globalización impulsada por el libre mercado.

El liberalismo económico clásico cubrió el período comprendido entre fines del siglo XIX y la Gran Depresión de los años treinta (Polanyi, 1944). Esta época se caracterizó en gran medida por una desregulación de los mercados y de las actividades comerciales, que creó vastas acumulaciones de riquezas aparejadas a un amplio abanico de problemas sociales, desde la explotación intensiva de los trabajadores y diversas crisis de salud pública, hasta una depresión económica mundial. Entre las décadas de 1940 y 1970, el péndulo osciló en la dirección contraria, cuando los gobiernos de todo el mundo acordaron la regulación de las actividades económicas e hicieron grandes inversiones en infraestructuras básicas –tanto económicas como públicas– con el fin de estimular la demanda: he ahí el período que en la bibliografía se describe como de “desarrollo dirigido por el Estado”. Tras el fuerte incremento de la competencia económica mundial en los años setenta, acompañado de una fuerte desaceleración económica, la nueva doctrina del neoliberalismo comenzó a entrar en auge hacia la década de 1980.

El neoliberalismo es tanto una ideología como un conjunto de prácticas de desarrollo económico que reducen la intervención del Estado a las funciones básicas del orden social, el sistema de gobierno, la defensa nacional, la protección de la propiedad y la atracción de inversiones privadas (Bockman, 2011). Los agentes del neoliberalismo en las instituciones financieras internacionales, los *think*

tanks, las corporaciones transnacionales y los ministerios de hacienda están virando una vez más hacia la liberalización de la economía por vía de la integración global, el libre comercio, las privatizaciones y la desregulación de las actividades económicas (Spalding, 2014). En el Sur global, el neoliberalismo representa un contexto económico distintivo en el que los grupos subalternos se ven obligados a luchar por la supervivencia (Pérez Sáinz, 2014). El neoliberalismo constituye en muchos aspectos una fuerza homogeneizadora, ya que los países de Asia, África, América Latina y Europa oriental enfrentan similares presiones externas que los inducen a liberalizar sus economías, muy a la manera de la situación que los sociólogos denominan “equivalencia estructural” (véase el capítulo 4). Esta homogeneidad de circunstancias condujo a la adopción de políticas económicas semejantes en la mayor parte del Sur global y, por ende, a una coincidencia entre las medidas contra las que luchan los movimientos sociales que estallaron como consecuencia en varios de los países incluidos en esta categorización (Walton y Seddon, 1994). A fin de colocar el neoliberalismo en un contexto histórico apropiado, necesitaremos hacer una excursión por las épocas precedentes de desarrollo económico, con sus correspondientes luchas de movimientos sociales.⁶

Todas las épocas distintivas de desarrollo económico que se sucedieron en el Sur global a lo largo de los siglos XX y XXI generaron su propia forma dominante de acción colectiva opositora. Dichos patrones de desarrollo económico incluyen, en orden secuencial e histórico, (1) la exportación de un conjunto limitado de recursos naturales o productos agrícolas básicos, (2) el desarrollo dirigido por el Estado y (3) el neoliberalismo. Estas amplias formas de desarrollo que están presentes en todo el mundo son muy conocidas como estrategias distintivas de acumulación capitalista, pero también se corresponden con actividades determinadas de movimiento social dentro de un marco histórico y comparativo. Cada estrategia de desarrollo generó conflictos entre grupos particulares de sectores económicos

⁶ El análisis que sigue está basado en Almeida (2016b).

específicos. Bajo la producción de monocultivos (desde 1900 hasta la década de 1940), los campesinos agricultores y los peones rurales se enfrentaron a empresarios agrícolas, terratenientes, agentes estatales y empresas agrícolas transnacionales. Durante la expansión del desarrollo dirigido por el Estado (entre las décadas de 1940 y 1980), los obreros urbanos lucharon contra los capitalistas industriales y el Estado, mientras los trabajadores rurales demandaban la reforma agraria a los gobiernos modernizadores. En la época actual, dominada por las estrategias del desarrollo neoliberal, diversas ONG, nuevos movimientos sociales y los sectores sobrevivientes del desarrollismo estatal entran en conflicto con el decreciente Estado de bienestar y los capitales transnacionales.

Tal como se resume en el cuadro 9, durante la primera mitad del siglo XX, los territorios colonizados y las naciones del Sur global se caracterizaron por la producción agroexportadora y la extracción mineral. Algunas de las mayores revueltas ocurrieron en esos sectores, sobre todo cuando los trabajadores eran amenazados con la supervivencia de subsistencia bajo la forma del desempleo masivo, los recortes salariales y la implementación de nuevos impuestos. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, así como a la descolonización de Asia y de África, los gobiernos del mundo en desarrollo pusieron en marcha diversos proyectos de modernización e industrialización estatal (Cohn, 2012). Entre las décadas de 1950 y 1980, la urbanización, la industrialización y la expansión infraestructural avanzaron a un ritmo sin precedentes. Este proceso generó una mayor variedad de grupos y actores de la sociedad civil, con una serie de diversas demandas. Los grupos organizados vieron la expansión de la economía y del Estado como una “buena noticia”, es decir, como una *oportunidad política* para expandir los beneficios existentes y ganar nuevas ventajas mediante la legalización de sus asociaciones sindicales, la extensión del bienestar y la ampliación de la seguridad social, así como la obtención de nuevos servicios y recursos urbanos, desde la educación y la cobertura básica de salud hasta la propiedad de las tierras, la electricidad y el agua potable (Castells, 1983).

Cuadro 9. Estrategias de desarrollo y formas de acción colectiva en el Sur global

<i>Estrategia de desarrollo económico</i>	<i>Actividades económicas centrales</i>	<i>Principales actores opositores en las actividades de los movimientos</i>	<i>Formas de resistencia colectiva</i>
Agroexportación, monocultivo y exportación de materias primas (1900 a la década de 1940)	Exportación de un conjunto limitado de productos básicos agrícolas y recursos naturales al Norte global	Campesinos y peones rurales (a veces alineados a artesanos y otros oficios urbanos)	Formas de resistencia cotidiana, huelgas rurales, insurrecciones
Desarrollo dirigido por el Estado (décadas de 1940 a 1980)	Diversificación de actividades agrícolas, iniciación de manufacturas a mayor escala, expansión masiva de la infraestructura estatal en materia social y económica	Cooperativas rurales, sindicatos urbanos de sectores estatales y manufactureros, sectores educativos	Huelgas urbanas y rurales, movilizaciones callejeras urbanas
Desarrollo neoliberal (décadas de 1980 a 2020)	Diversificación del sector agrícola en cultivos no tradicionales de exportación, privatización de industrias estatales e infraestructura pública, apertura a las inversiones extranjeras y el libre comercio	Sindicatos del sector público, ONGs, nuevos movimientos sociales y partidos políticos opositores (a menudo unidos en amplias coaliciones multisectoriales)	Campañas a nivel nacional contra las políticas neoliberales, manifestaciones, cortes de rutas importantes, huelgas de la sociedad civil

Los sindicatos urbanos, los estudiantes, los docentes y otras asociaciones profesionales a menudo sirvieron de vanguardia en esas luchas, mientras el sector rural se organizaba en cooperativas y en agrupaciones campesinas que demandaban al Estado modernizador la implementación de la reforma agraria.

La era neoliberal, que comenzó en los años ochenta y continúa en el presente, redujo la intervención del Estado en la economía y abrió los Estados naciones a mayores inversiones extranjeras, así como a la integración en los nuevos mercados globales (Robinson, 2014; Spalding, 2014). El período se inauguró con la crisis de la deuda externa en los años ochenta, cuya presión económica sostenida obligó a los países afectados a implementar la liberalización económica con sus consiguientes privatizaciones. Las clases medias y trabajadoras vieron estas prácticas como una amenaza directa a las ganancias

sociales y económicas que habían logrado en el período anterior de desarrollo dirigido por el Estado (Walton y Seddon, 1994; Silva, 2009).

Hacia principios de los años ochenta, el desarrollismo estatal entró en una fase de estancamiento con el estallido de la crisis de la deuda en el tercer mundo. Los niveles inauditos de endeudamiento que se habían contraído con bancos del Norte global durante la década de 1970 deterioraron a paso acelerado los términos de intercambio, con el incremento de las tasas de interés y la caída de los precios de los productos básicos que exportaba el tercer mundo (Acosta, 1998; Harvey 2015). Entre 1980 y 1982, los precios de los productos básicos se redujeron en un tercio, hasta sus niveles más bajos en treinta años (Walton en Schaeffer, 2009, p. 87), con lo cual los pagos de la deuda se dificultaron aún más. Países tan diversos como Rumania, Polonia, México y Costa Rica se declararon en moratoria con respecto a los préstamos tomados al inicio de la década y, ante la amenaza de que muchos otros países hicieran lo mismo, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) intervinieron con el objetivo de manejar la crisis. Ambas instituciones financieras internacionales renegociaron los vencimientos de los préstamos extranjeros originales y proveyeron nuevas líneas de crédito, a cambio de que los gobiernos del tercer mundo pusieran en marcha la liberalización económica. Estos acuerdos condicionales se conocieron como “préstamos de ajuste estructural” (Vreeland, 2007). Entre 1982 y 1986 se firmaron treinta y siete acuerdos de ajuste estructural entre las instituciones financieras internacionales y los Estados del Sur global (Walton y Seddon, 1994). El resultado fue un lento dismantelamiento de los ya debilitados Estados de bienestar del mundo en desarrollo.

La erosión del desarrollo estatal ocurrió en dos fases secuenciales. Entre principios de los años ochenta y la década de 1990, los gobiernos sellaron múltiples acuerdos de ajuste estructural con el FMI y el Banco Mundial. En esta primera fase, las naciones del Sur global implementaron diversas políticas de austeridad, que incluyeron la devaluación monetaria, el congelamiento de salarios, despidos masivos en el sector público, leyes de flexibilidad laboral, privatización

de empresas y fábricas estatales, y cortes de subsidios en múltiples áreas, como la alimentación, la vivienda, el transporte, la educación, la salud y los créditos e insumos agrícolas. Los acuerdos de ajuste estructural a menudo estipulaban de manera explícita una serie de condiciones de ese tipo o similares cambios de políticas.⁷ En la década de 1990 comenzó la segunda fase de las políticas neoliberales, que incluyó la privatización de la infraestructura estatal y la apertura al libre comercio (Almeida, 2010a). Los programas de privatización que se implementaron entre fines de los años noventa y los primeros años del siglo XXI se diferenciaron fundamentalmente de la liquidación de fábricas estatales que caracterizó a la década de 1980. La nueva ronda de privatizaciones giró en torno a la infraestructura social y económica básica de la producción y distribución de energía eléctrica, las telecomunicaciones, los puertos, el correo, las jubilaciones, la atención de salud, la educación, e incluso el agua y las cloacas. Estos procesos ya habían comenzado a acelerarse en África durante los años ochenta. De acuerdo con Young (1991, p. 51), en 1985 había solo catorce Estados africanos con una política de privatización en la agenda pública, pero en 1990 ya eran cuarenta (el 90% del continente) las naciones africanas que se preparaban para implementar un extenso programa de privatizaciones. Hacia 2008, la mayoría de los países del Sur global había mantenido un acuerdo de ajuste estructural durante varios años con el FMI o el Banco Mundial (véase un mapa global de la duración del ajuste estructural por país en Almeida [2015]).

Una segunda estrategia relacionada que se puso en práctica con el objetivo de dismantelar el modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones industriales giró en torno a los acuerdos regionales de libre comercio. Esta senda neoliberal puso fin a las políticas proteccionistas que había implementado el desarrollismo

⁷ Véanse las negociaciones entre el FMI y los diversos países del Sur global en relación con las políticas de austeridad en el sitio web de la institución: www.imf.org/en/countries.

estatal con el fin de proteger las industrias locales contra la competencia internacional. En el hemisferio occidental, el libre comercio comenzó en 1994 con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, o NAFTA por su sigla en inglés), suscripto por Canadá, Estados Unidos y México. En 1996 se estableció la Organización Mundial de Comercio (OMC) tras varias rondas de negociaciones del GATT, con el fin de liberalizar el comercio a escala global.⁸ En la década de 2000, Estados Unidos negoció varios acuerdos de libre comercio con América Central (CAFTA por su sigla en inglés y TLC en español), Panamá, Perú, Colombia, Chile y Corea del Sur (Spalding, 2014). La administración de Bush enfrentó una firme oposición de diversos movimientos sociales cuando intentó suscribir un amplio acuerdo de libre comercio con América Latina (el ALCA, o Acuerdo de Libre Comercio de las Américas) (Von Bulow, 2011), así como un tratado con Ecuador en 2006, ambos derrotados en última instancia.

Estos acuerdos de libre comercio tuvieron lugar en el contexto de una nueva división internacional del trabajo, que comenzó a cobrar forma a fines del siglo XX (Nash y Fernández-Kelly, 1984). Las corporaciones transnacionales del Norte global aprovecharon las nuevas tecnologías de las comunicaciones y el transporte (como la contenedorización) para expandir y acelerar las operaciones manufactureras en el Sur global (Gereffi, 1994; Bonacich y Wilson, 2008). Las zonas de procesamiento de exportaciones industriales livianas y textiles del Caribe y América Latina establecieron el prototipo de esta nueva modalidad de desarrollo económico (Dicken, 2011). Dichas empresas manufactureras han sobrepasado el valor productivo de las exportaciones agrícolas en muchas economías agrarias tradicionales (Robinson, 2008; Anner, 2011). Las zonas de procesamiento de exportaciones suelen evitar la organización sindical y obrera, pero el personal mayoritariamente femenino de estas industrias ha llevado a cabo algunas

⁸ El GATT (sigla en inglés del Acuerdo General sobre Aranceles de Aduana y Comercio), con sede en la Organización de Naciones Unidas, es uno de los organismos que se establecieron después de la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de promover el comercio internacional entre las naciones.

movilizaciones exitosas (Armbruster-Sandoval, 2005; Bickham Méndez, 2005; Mckay, 2006; Plankey-Videla, 2012), que a veces escalaron a olas de huelgas propiamente dichas (Anner y Liu, 2016). En el siglo XXI, la nueva división internacional del trabajo ha devenido en un proceso de producción global por vía de diversas cadenas de comercio internacional que vinculan la extracción de recursos y el procesamiento de materias primas a la fabricación y la venta minorista, así como a la investigación y el desarrollo (Bair, 2009; Sowers et al., 2017).

Dados los límites estrictos que imponen las nuevas industrias procesadoras de exportaciones a la organización colectiva, algunas de las actividades más prominentes de los movimientos sociales a lo largo de las últimas tres décadas han girado en torno a las protestas contra la austeridad gubernamental y las políticas de privatización (Almeida, 2010a). Aplicadas primero por vía del isomorfismo coercitivo (DiMaggio y Powell, 1983) asociado a la dependencia de la deuda, estas políticas neoliberales fueron legitimadas por gobiernos de todo el mundo (Markoff y Montecinos, 1993; Babb, 2013). Entre fines de los años noventa y la década de 2000, surgieron innumerables conflictos por las privatizaciones en Asia, África, Europa oriental y América Latina. Cientos de miles de trabajadores chinos han participado en huelgas y peticiones contra el cierre y la privatización de innumerables empresas estatales entre las décadas de 1990 y 2010 (Cai, 2010; Chen, 2011). Los empleados públicos de la India han realizado paros laborales masivos entre fines de los años noventa y las primeras décadas del siglo XXI, incluida la huelga más grande de la historia humana, con 150 millones de trabajadores indios que protestaron contra las privatizaciones en septiembre de 2016.⁹ Similares acciones masivas de todo el mundo en desarrollo demuestran que la transición a la estrategia de desarrollo económico neoliberal está lejos de ser indiscutida, como visto en la ola de levantamientos masivos

⁹ Véase www.theguardian.com/world/2016/sep/02/indian-workers-strike-in-fight-for-higher-wages.

y populares en 2019 en Chile, Colombia, Ecuador, Haití, Honduras, Iraq, Iran y Lebanon.

Dado que las reformas neoliberales son exactamente opuestas a las políticas del desarrollo dirigido por el Estado que se aplicaron durante las cinco décadas anteriores, los sectores que impulsan la oposición a las privatizaciones, la austeridad y el libre comercio a menudo derivan de las instituciones que se establecieron o se expandieron rápidamente durante esa época previa (Walton, 1998; Almeida, 2012; 2015). Estos sectores incluyen universidades, escuelas públicas y hospitales públicos, así como las áreas de la energía y las telecomunicaciones. En los países grandes de industrialización reciente con economías mixtas, como Argentina, Brasil, India, México, Sudáfrica y Corea del Sur, la oposición también procede de trabajadores y sindicatos vinculados a las fábricas y los bancos estatales (Sandoval, 2001).

Lejos de limitarse a las huelgas, los cortes de rutas y las acciones callejeras, los grupos opositores a las reformas neoliberales también han recurrido a la movilización electoral. De hecho, la “marea rosada” de la izquierda y la centroizquierda latinoamericana llegó al gobierno por vía de las elecciones, en general con plataformas que cuestionaban las estrategias del desarrollo neoliberal (Silva, 2009; Levitsky y Roberts, 2011). Entre 1998 y la década de 2010, esta senda incluyó a la Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay y Venezuela. Foran (2005) incluso sostiene que tal vez estemos presenciando una ruta innovadora hacia la revolución a través de las urnas, siempre y cuando los correspondientes gobiernos pongan en marcha cambios estructurales de tan amplio alcance como los de un movimiento insurreccional que haya llegado al poder por medios extraconstitucionales.

Si bien las estrategias del desarrollo neoliberal benefician a fracciones particulares de clases locales, como las élites transnacionales del sector financiero, las nuevas clases medias que trabajan en el sector de los servicios (Cordero Ulate, 2005), los capitalistas del sector exportador y los empresarios agrícolas que producen cultivos de exportación no tradicionales, la variedad de políticas económicas

y medidas de austeridad orientadas al ajuste estructural crea el potencial para impulsar la acción colectiva en múltiples sectores de la sociedad civil. Por ejemplo, las leyes de flexibilidad laboral que erosionaron los derechos de negociación colectiva obtenidos durante el período previo de desarrollo estatal desencadenaron algunas de las protestas más intensivas de los sindicatos coreanos (Koo, 2001), panameños (Almeida, 2014b y 2016a) y brasileños. Las privatizaciones que afectan a múltiples grupos sociales, como las del agua, la electricidad y la salud, han alentado la formación de amplias coaliciones multisectoriales que se organizan para protestar contra dichas políticas. Tal como vimos en el capítulo 7, estas coaliciones pueden incluir sindicatos del sector público, partidos políticos opositores, agrupaciones de mujeres, organizaciones estudiantiles, ONG y asociaciones ambientalistas (Almeida, 2014b y 2016a).

Las historias previas del desarrollo dirigido por el Estado a menudo determinan la composición particular de cada coalición opositora. Por ejemplo, los países con una fuerte historia corporativista de incorporar a los sectores populares en estructuras estatales y asociaciones auspiciadas por el Estado a menudo mantienen sindicatos relativamente fuertes ya bien entrado el período neoliberal (Anner y Liu, 2016). De ahí que los sindicatos de Argentina, Brasil, la India, México y Panamá estén bien representados en las coaliciones opositoras a las privatizaciones (Ospina, Kalmeier y Büschges, 2009; Ramírez Gallegos, 2010). En las naciones con un pasado extremadamente represivo, los sectores sociales excluidos tuvieron que formar sus propias asociaciones civiles para satisfacer sus necesidades diarias, así como para militar por el cambio social. Este legado continúa hoy con las ONG de base que participan intensamente en las campañas antineoliberales de El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Bolivia (Almeida, 2014b y 2016a; Boulding, 2014). Las ONG del Sur global también entablan crecientes vínculos con los movimientos sociales transnacionales (Silva, 2013; Smith y Wiest, 2012).

Dado que el período de desarrollo neoliberal ha coincidido con la democratización de gran parte del Sur global, la participación de

partidos políticos en los episodios de protesta antineoliberal ocurre con frecuencia creciente. Los partidos políticos opositores pueden hacer hincapié en las medidas impopulares de la liberalización económica para atraer a nuevos votantes en futuras rondas electorales, a la vez que movilizan activamente a su base de afiliados para participar en las manifestaciones callejeras (Almeida, 2010b), como los casos recientes del Movimiento Para la Liberación de los Pueblos (MLP) en Guatemala y el Frente Amplio en Chile. La democratización también amplía el margen político de los nuevos movimientos sociales y las ONG emergentes para coordinar actividades sin exponerse a las formas extremas de represión que emplean los regímenes menos democráticos (Almeida y Johnston 2006; Tilly y Wood 2012). Esta combinación particular de democratización y reformas ortodoxas de libre mercado proveyó tanto las oportunidades políticas como las amenazas económicas que impulsaron las olas masivas de protestas antineoliberales en Argentina, Bolivia, Chile Colombia, Ecuador, El Salvador, Honduras, entre fines de los años noventa y 2020 (Silva, 2009; Somma *et al.* 2020; Archila Neria y Garcia Velandia 2020), así como varias campañas de protesta contra el libre comercio, las privatizaciones y las reformas neoliberales, que rompieron récords de participación y duración en América Central (Almeida, 2014b y 2016a). En la década de 2010, Brasil e India experimentaron huelgas sin precedentes en torno a similares reformas neoliberales. En Indonesia y Uruguay hubo campañas comparables contra la privatización del agua, mientras que Bulgaria estalló en protestas nacionales durante el año 2013 contra los aumentos de la electricidad, privatizada a manos de empresas energéticas europeas en los años precedentes. En 2018, Costa Rica llevó a cabo la huelga general más grande de su historia moderna, en protesta contra una política específica de austeridad (la reforma fiscal) que amenazaba con incrementar los costos de artículos básicos para las clases medias y trabajadoras (Alvarado Alcázar y Martínez Sánchez, 2018b; Cordero Ulate, 2019).

Los organizadores de estas campañas suelen preocuparse especialmente por la pérdida de acceso a servicios y recursos de subsidio

estatal, como la electricidad, la salud, la educación, el saneamiento, los alimentos básicos y el transporte, cuya disponibilidad era más inmediata durante la época previa del desarrollo dirigido por el Estado. (Walton y Seddon, 1994; Auyero, 2002; Eckstein y Wickham-Crowley, 2015). En las naciones donde ya se aplicaron medidas de liberalización económica que no cumplieron con las promesas de incrementar el acceso a servicios y recursos vitales, así como de bajar sus costos, se espera una resistencia más sostenida (Spronk y Terhorst, 2012; Álvarez-Rivadulla, 2017; 2019). En resumen, gran parte de la base organizacional que sostiene a la oposición al neoliberalismo se arraiga en los sectores estatales que crecieron durante el período previo de desarrollo dirigido por el Estado. Los movimientos sociales abrevan en sus identidades del derecho a la ciudadanía social para movilizar campañas contra la austeridad y el debilitamiento del Estado de bienestar. Los estudiosos de la acción colectiva aún necesitan avanzar un largo trecho en la investigación de las medidas neoliberales particulares que tienden a generar los niveles más altos de movilización, así como en la identificación de los grupos sociales más propensos a participar en los movimientos de resistencia (Almeida y Cordero, 2017).

“Glocalización”: La resistencia local al neoliberalismo y el caso de México

En las páginas anteriores analizamos de qué manera la globalización produce resistencias nacionales en el Sur global contras las políticas asociadas al neoliberalismo (como las privatizaciones, el libre comercio, la eliminación de subsidios, la flexibilidad laboral, el congelamiento de salarios y los despidos masivos). Si acercamos más la lupa, percibimos que la movilización tiende a ser un proceso local que puede escalar hasta el nivel de una campaña nacional. Tal como en los casos del Norte global que abordamos previamente, con los mapas sobre la Marcha de las Mujeres, la Lucha por los \$15 y Occupy Wall Street, en el Sur global también hay una variación entre las unidades locales de cada país en lo que concierne a las comunidades que

se alzan contra el neoliberalismo. Si desplazamos el enfoque hacia el nivel local, captaremos una imagen más detallada de las fuerzas con capacidad real de movilización. Los académicos usan los términos “*glocalización*” o “*movilización glocal*” para referirse a la interacción entre las fuerzas globales y las comunidades locales (Auyero, 2001).

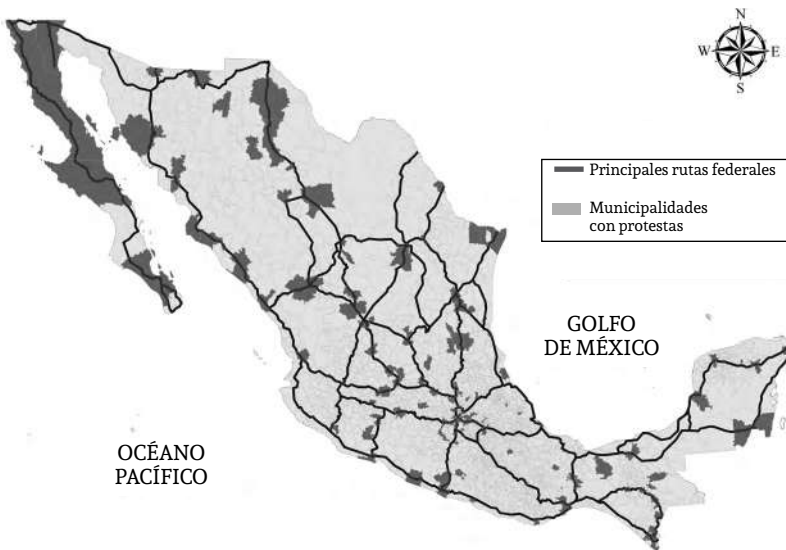
Las condiciones locales asociadas a la resistencia comunitaria contra la globalización económica incluyen (1) estructuras estatales, como carreteras, oficinas administrativas, universidades y escuelas públicas, (2) infraestructuras comunitarias, como organizaciones locales, sedes de partidos políticos y ONG, y (3) experiencia comunitaria en acción colectiva (Almeida, 2012; 2014b; 2016a). Cabe predecir que las ciudades y los pueblos con estos atributos opondrán mayor resistencia al neoliberalismo que aquellas localidades donde faltan dichas condiciones. Las oficinas administrativas ofrecen lugares donde los movimientos pueden presentar sus demandas ante funcionarios estatales. Estas oficinas estatales suelen concentrarse en las capitales provinciales y nacionales del mundo en desarrollo. Las carreteras y los corredores de transporte proveen lugares donde los actores colectivos pueden ejercer su fuerza de influencia mediante la interrupción del tránsito (Leal 2020). Las universidades y escuelas públicas permiten que sus estudiantes y docentes se sumen a las campañas de protesta. Las organizaciones comunitarias y las sedes locales de partidos políticos también están repartidas irregularmente a lo largo del territorio nacional, circunstancia que crea desigualdades entre las potencialidades de movilización correspondientes a distintas regiones geográficas. Las comunidades que se han movilizadas con éxito en el pasado reciente también suelen ser más propensas a movilizarse en la actualidad.

Estos procesos de movilización local son claramente visibles en el “Gasolinazo” mexicano de 2017. El Gasolinazo fue una importante campaña de protesta contra la política mexicana de liberalización económica consistente en desregular los precios del petróleo y la nafta para los consumidores. Esta es una política neoliberal en la medida en que deja librado el precio de la gasolina a las fuerzas

del mercado, en lugar de proteger a los ciudadanos por vía de subsidios estatales. El cambio de política también va en sentido contrario a una de las conquistas más importantes que logró la Revolución Mexicana: la nacionalización del petróleo y la creación de PEMEX, la institución petrolera del Estado mexicano.

Los partidos políticos dominantes votaron a favor de eliminar la subvención de la gasolina para los consumidores a fines de 2016. La nueva política neoliberal entró en vigencia en enero de 2017. Las protestas estallaron de inmediato en muchas localidades del país, apenas los ciudadanos constataron el aumento en los precios de la gasolina.

Figura 16. *Protestas del Gasolinazo mexicano, 2017*



Mapa elaborado con datos de www.eluniversal.com.mx y <https://www.animal-politico.com>.

Solo en enero de 2017 hubo miles de eventos individuales de protesta contra los nuevos precios del combustible (405 de los cuales se

registraron en la ciudad de México).¹⁰ Esta ha sido una de las mayores campañas sostenidas de protesta que experimentó el país a lo largo de varias décadas, así como una evidencia más de la capacidad del neoliberalismo para generar algunas de las movilizaciones más extendidas y dramáticas de la era contemporánea. La figura 15 ilustra la distribución de las municipalidades mexicanas donde se produjo al menos un evento de protesta.

El mapa de la figura 16 permite ver las acciones a nivel local contra los aumentos de la gasolina en el Estado mexicano. Más de 139 municipalidades reportaron al menos un evento de protesta contra la eliminación del subsidio. No cabe duda de que las protestas locales apuntaron a las oficinas administrativas del Estado, dado que 29 de las 31 (94%) capitales de los estados mexicanos reportaron movilizaciones (hubo eventos en Aguas Calientes, Guanajuato, Guadalajara, Colima, Toluca, Morelia, Mexicali, Cuernavaca, Xalapa, Oaxaca, etc.) Además, muchas de las protestas involucraron cortes de autopistas como medio para ejercer presión sobre el gobierno (en eventos generalmente liderados por los trabajadores del transporte). Tal como indica el mapa, una importante autopista nacional interseca 99 de las 139 municipalidades (71%) que participaron en la campaña de protesta. Las campañas de protesta contra las políticas económicas neoliberales de Argentina, Bolivia, Costa Rica, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay y Perú también han optado por las barricadas y los cortes de rutas como táctica central de protesta (Auyero, 2002; Almeida, 2014b; Rossi, 2017). Hacia mediados de enero, dada la continuación de la protesta, las sedes locales de los partidos políticos opositores (como MORENA) también comenzaron a organizar movilizaciones. La eliminación de subsidios relacionados con el combustible en Nigeria (2012) y Haití (2018), generó campañas de protestas masivas similares a la de México.

¹⁰ Véase “9 marchas al día por 3 años”, en *El Universal*, 7 de febrero de 2018.

Crisis ecológicas y globalización

Es posible que el Sur global esté ingresando en un nuevo período o una nueva fase del neoliberalismo, en cuyo marco el eje del conflicto se aleja de la batalla por las instituciones del Estado de bienestar para acercarse a las luchas ambientales y ecológicas (Almeida y Pérez Martín, 2020). En la América Central de los últimos diez años, por ejemplo, los conflictos ambientales han comenzado a remplazar a las movilizaciones del anterior período neoliberal contra la privatización del sector público, la austeridad y el libre comercio (Yagenova 2017; Cartagena Cruz, 2017). La mayoría de las batallas son locales, y ocurren con mayor frecuencia en torno a la minería, los proyectos hidroeléctricos, la deforestación, el envenenamiento por pesticidas y los biocombustibles (Cordero Ulate, 2009). En 2018, la combinación entre las tendencias de la crisis ecológica y el neoliberalismo desencadenó un explosivo levantamiento nacional en Nicaragua. En un período anterior del año se habían registrado protestas contra las amenazas ambientales de la minería, la construcción de un canal interoceánico y la incapacidad del Estado para impedir un incendio de enormes proporciones en una selva tropical protegida. Hacia mediados de abril, las protestas ambientales devinieron en un levantamiento nacional, cuando el gobierno anunció sus intenciones de modificar el sistema de seguridad social (INSS) de acuerdo con las sugerencias del FMI, que consistían en aumentar la edad de jubilación y exigir mayores contribuciones individuales con una reducción de los beneficios existentes. Los estudiantes y los beneficiarios del INSS iniciaron una serie de protestas contra las reformas neoliberales en decenas de pueblos y ciudades (Cabral 2019), a las que las fuerzas gubernamentales de seguridad respondieron con una brutal represión que acabó con la vida de hasta trescientas personas.

Cabe suponer que las formas más actuales de acción colectiva emergentes en el Sur global (Arce, 2014) girarán en torno a la nueva ronda mundial de extracción intensiva de los recursos naturales (Bunker y Ciccantell, 2005; Bebbington y Bury, 2013) como estrategia

de desarrollo económico. Muchos de estos conflictos por los recursos están fusionándose con los movimientos campesinos de Asia, África y América Latina que luchan desde hace tiempo contra las importaciones agrícolas baratas y la adopción de nuevos agronegocios que representan una amenaza para su sustento (McMichael, 2008). Estas nuevas luchas colectivas, centradas en los recursos naturales, el cambio climático y los ambientes sostenibles, pueden pasar a ser la forma dominante de actividad de los movimientos sociales en el Sur global antes de promediar el siglo XXI.

Movimientos transnacionales

El ascenso de los movimientos transnacionales es otra de las tendencias que configuran la acción colectiva del Sur global en el siglo XXI. En el capítulo 2, definimos los movimientos transnacionales como movimientos sociales que operan en al menos dos países. Cuantos más países abarque el movimiento, más extensa será su “transnacionalidad”. De ahí que exista una amplia variación en el alcance global de los movimientos transnacionales, desde dos países hasta casi todo el mundo (en el caso de la justicia climática). Si bien los movimientos transnacionales no son una completa novedad, ya que han existido en versiones rudimentarias a lo largo de varios siglos, lo cierto es que el avance de la globalización en los últimos años del siglo XX ha producido un incremento abrupto en este tipo de campañas. Solo en las últimas tres décadas casi se ha triplicado el número de organizaciones relacionadas con movimientos sociales transnacionales, 25% de las cuales tienen su sede en distintas partes del Sur global (Smith y Weist, 2012). La acción colectiva transnacional también representa diversos tipos de movimientos, desde redes terroristas internacionales hasta campañas no violentas contra la explotación del trabajo infantil, la trata de personas con fines sexuales y la sobre-explotación de los trabajadores/as en zonas de las fábricas por el procesamiento de exportaciones. La infraestructura que sustenta el nuevo activismo

transnacional gira en torno a la expansión en red de las TCI y de las conexiones organizacionales internacionales.¹¹

Los estudiantes especializados en el tema reconocen que los predecesores de los movimientos transnacionales contemporáneos emergieron en el siglo XIX, bajo la forma del movimiento obrero internacional, el movimiento de las mujeres sufragistas y las luchas por la abolición de la esclavitud (Markoff, 2015a; Keck y Sikkink, 1998). La difusión transnacional de constelaciones de movimientos sociales exitosos (es decir, que alcanzaron los resultados propuestos) también se ha asociado a la emergencia de grandes organizaciones de la sociedad civil a lo largo de los últimos doscientos años, como los partidos políticos de masas y las asociaciones sindicales (Weyland, 2014), que no solo proveyeron la infraestructura internacional necesaria para los movimientos transnacionales de la época, sino que además arrojan luz sobre los canales informacionales de los movimientos sociales existentes en la actualidad. Hoy hay grandes organizaciones internacionales, como las Naciones Unidas y la Organización Internacional del Trabajo, que ayudan a afianzar los lazos entre los movimientos del Sur global por vía de conferencias y foros internacionales (Anner, 2011; Smith y Wiest, 2012; Caniglia *et al.*, 2015). Muchos académicos que estudian los movimientos sociales internacionales del Sur global se han enfocado en el movimiento por la justicia económica mundial, el movimiento contra el cambio climático, el Foro Social Mundial y el feminismo internacional. Estos estudios apuntan a examinar los mecanismos que han utilizado dichos movimientos para solucionar los problemas relacionados con la coordinación de actividades entre múltiples lenguas y territorios nacionales. La investigación sobre movimientos transnacionales estudia de qué manera los vínculos en red posibilitados por las comunicaciones globales han expandido enormemente el alcance potencial de los movimientos más allá de las fronteras nacionales. Los sitios

¹¹ Véase un análisis más extenso de la globalización y los movimientos sociales en Almeida y Chase-Dunn (2018).

cruciales de activismo digital reunidos en el marco del Centro de Medios Independientes Indymedia, Acción Global de los Pueblos, ATTAC, Avaaz y 350.org (junto con las redes sociales y las aplicaciones de mensajería gratuita que utiliza cada movimiento, como Facebook, Facetime, Twitter, Skype, WhatsApp, Zoom, y Telegram), desempeñan el papel de intermediarios para la sociedad civil globalizada mediante el establecimiento de vínculos entre organizaciones e individuos que no podrían comunicarse de otra manera. Estas páginas web y aplicaciones de mensajería ofrecen información logística en múltiples lenguas para coordinar eventos locales como componentes esenciales de campañas internacionales más abarcadoras (Almeida y Lichbach, 2003; Howard, 2010). Se ha comprobado que el activismo iniciado por vía de internet obtiene sus mejores resultados (en lo concerniente a la producción de movilizaciones sostenidas a gran escala) cuando está organizado por ONG y asociaciones civiles preexistentes en el Sur global, en contraste con las campañas que se limitan a reclutar y buscar individuos sin afiliaciones o apuntar al público en general (Van Laer, 2010; Lewis *et al.*, 2014).

En los años ochenta emergieron numerosos movimientos transnacionales en torno a cuestiones como el desarme nuclear, el fin del apartheid sudafricano y la paz de América Central, pero en su mayoría estaban concentrados en el Norte global. Sin embargo, en los años noventa se produjo un repunte notable en la actividad de los movimientos transnacionales del Sur global. Los activistas transnacionales aprovecharon las innovadoras tecnologías de las comunicaciones que surgieron a fines de esa década —el correo electrónico, los teléfonos celulares, los sitios web y la traducción instantánea— para coordinar eventos simultáneos de protesta en innumerables ciudades de múltiples continentes. De acuerdo con Castells (2013), las nuevas herramientas digitales y redes sociales constituyen un importante punto de inflexión en las relaciones de poder del siglo XXI, en cuyo marco los grupos subalternos adquieren una capacidad sin precedentes para el empleo de la “comunicación propia” con fines de movilización masiva. En lo concerniente a lo ocurrido en el Sur

global durante la primera década del nuevo milenio, Howard (2010) documentó un tremendo crecimiento del acceso a las TCI, así como una reducción sustancial de sus costos para el ciudadano medio de los países incluidos en esa categoría. De hecho, durante esa década, las poblaciones residentes en las megaurbes del mundo en desarrollo (como Yakarta, Delhi, Mumbai, Teherán y Lagos) experimentaron una notable disminución de los costos en materia de internet. En el año 2000, la persona promedio tenía que gastar más del 60% de su ingreso diario para usar una sola hora de internet. Hacia 2010, el costo por hora había bajado al 7% del ingreso diario (Howard, 2010, p. 141), y continúa en descenso. Este creciente acceso a las TCI para las personas comunes del Sur global explica en parte la rápida difusión transnacional de la protesta en los países de la “primavera árabe” durante el año 2011 y los levantamientos populares en 2019 en muchos países contra la austeridad económica y desigualdad social.

El abaratamiento de las TCI y el creciente acceso a ellas que ha experimentado el Sur global también da cuenta, a todas luces, de su creciente representación en las redes de los movimientos transnacionales, que antes solían estar dominadas por los movimientos del Norte global. La figura 4 del capítulo 2 cartografía la participación global en las protestas contra la Organización Mundial de Comercio en 1999. La participación del Sur global fue mínima, aparte de las naciones más industrializadas del grupo, como Argentina, Brasil, México, Sudáfrica e India. Ya en 2003, los países del Sur global estaban bien representados en el movimiento transnacional contra la invasión militar de Estados Unidos a Iraq (Chase-Dunn y Almeida, 2020).

Hacia la década de 2010, más o menos la mitad de las ciudades que participaron en el movimiento por la justicia climática estaban situadas en el Sur global, mientras que el 22% de todas las organizaciones de movimientos sociales transnacionales del Sur global se enfocaban en cuestiones ambientales (Smith *et al.*, 2018). De hecho, los gobiernos progresistas del Sur global han adoptado posiciones de liderazgo dentro del movimiento más general por la justicia climática (el movimiento internacional contra el calentamiento global). Luego

de que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP 15) fracasara en el logro de acuerdos internacionales sustanciales para reducir el calentamiento global durante sus jornadas de Copenhague en 2009, el gobierno de Bolivia facilitó una cumbre más radical por la justicia climática, llamada “Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra”. La cumbre exhortó a los grupos de la sociedad civil a realizar acciones globales inmediatas para ejercer presión sobre los gobiernos y las industrias con el fin de obligarlos a reducir las emisiones de carbono. Los activistas que asistieron a la conferencia de Bolivia también demandaron que las naciones ricas del Norte global reconocieran las deudas ecológicas que habían contraído con los países del Sur global cuando llevaron a cabo su proceso de desarrollo industrial (Smith, 2014). La figura 16 indica los países que participaron en al menos un evento de protesta por la justicia climática (contra el calentamiento global) en noviembre y diciembre de 2015, inmediatamente antes de la COP 21 y el Acuerdo de París. Nótese la representación que obtuvieron las naciones del Sur global en comparación con el mapa sobre las protestas contra la Organización Mundial de Comercio (figura 4 del capítulo 2).¹² El Sur global continuará desempeñando un papel indispensable en la movilización planetaria y los movimientos transnacionales del siglo XXI.

Una de las redes más potentes de movimientos transnacionales del Sur global es el Foro Social Mundial (FSM). El FSM emergió en contraposición al Foro Económico Mundial (WEF) que se celebra todos los años en la ciudad suiza de Davos desde fines de los años ochenta. El WEF es una conferencia económica de élite que reúne a ministros de finanzas y a líderes empresariales con el fin de promover las políticas de globalización económica neoliberal que se describieron más arriba. A principios de 2000, algunos sindicatos de Brasil y otros grupos activistas del Sur global comenzaron a coordinar el FSM con miras a elaborar estrategias alternativas al neoliberalismo.

¹² El autor participó en una de esas acciones en San Pedro, Costa Rica.

Figura 17. Protestas por la justicia climática, diciembre de 2015.



Entre 2001 y 2013 se celebraron reuniones anuales del FSM. En cada foro estuvieron representados de 110 a 150 países, con decenas de miles de participantes activistas de ONG, movimientos de trabajadores, partidos políticos y una diversidad de otros sectores (Breckenridge-Jackson *et al.*, 2015; 2017). Las primeras reuniones anuales del FSM se llevaron a cabo en la ciudad brasileña de Porto Alegre, pero la conferencia pronto se mudó a otras ciudades del Sur global, como Bombay, Nairobi, Karachi, Caracas, Túnez y Dakar. El FSM también organiza varios foros regionales más pequeños en distintas partes del mundo en desarrollo. La reunión anual más reciente del FSM se celebró en la ciudad brasileña de Salvador durante el mes de marzo de 2018.¹³

En los encuentros del FSM se debaten y se comparten experiencias de luchas, tanto locales como nacionales, contra las políticas neoliberales, la discriminación étnica, la inmigración, las crisis ecológicas y el patriarcado. El resultado más perdurable que se ha obtenido en el proceso del FSM gira en torno a la construcción de lazos duraderos entre grupos activistas de distintos países. El FSM representa uno de los puntos más altos en la coordinación de movimientos transnacionales para el cambio social progresista a escala global

¹³ <https://wsf2018.org/es/>.

en el nuevo milenio. Este tipo de redes solidarias que se atraviesan el mundo entero es tal vez la herramienta más esperanzadora para hacer frente a los crecientes desafíos del siglo actual, tal como se expone en la Conclusión del presente libro.

Resumen

Este capítulo comienza con una advertencia contra la tentación de generalizar las movilizaciones del Sur global. La amplia variedad de países que integran este agrupamiento dificulta la justificación de las teorías que tienden a universalizar el panorama. En contraste, aquí nos hemos enfocado en los procesos que impulsan la movilización a gran escala, así como en el potencial para establecer lazos de solidaridad entre los países bajo la forma de movimientos transnacionales. Estos procesos incluyen a movimientos que oponen resistencia a los gobiernos antidemocráticos, la represión estatal y la erosión de derechos. La base organizacional de la resistencia se encuentra en organizaciones de la sociedad civil e instituciones cotidianas, tales como los organismos religiosos y las escuelas públicas. En el siglo XXI, la profundización de la globalización en torno al libre mercado continúa presentando nuevos perjuicios y desafíos, que a su vez desencadenan campañas de resistencia.

Los grupos de la sociedad civil oponen resistencia a la globalización económica, tanto en el nivel nacional como en el local de la vida política. Las políticas neoliberales, como la privatización, el libre comercio, la flexibilidad laboral y la eliminación de subsidios, han generado algunas de las mayores movilizaciones que tuvieron lugar en las últimas dos décadas. El cambio climático funciona como una amenaza económica más reciente que une a las naciones del Sur global en campañas de movimientos transnacionales. El Foro Social Mundial ofrece otra prometedora infraestructura internacional para que los sectores progresistas del mundo en desarrollo coordinen acciones y presenten demandas ante los países más ricos del Norte global.

Conclusión

Crisis en alza y senda a seguir

Este libro ha presentado a los lectores las características básicas de los movimientos sociales, además de las subsecciones especializadas de la disciplina. La conclusión ofrece sugerencias acerca de futuros rumbos de los movimientos sociales, así como de las crisis en alza que se cierren sobre los grupos excluidos del siglo XXI. Las nuevas tecnologías comunicacionales de las redes sociales continúan generando protestas nacionales y transnacionales a una escala sin precedentes de la movilización, e incluso proveen evidencia numérica del poder adquirido, pero lo cierto es que aún no se han remontado todas las dificultades. El lado oscuro del nuevo milenio incluye una creciente desigualdad, el resurgimiento del populismo autoritario y una crisis ecológica que se profundiza cada vez más. Pero antes de incursionar brevemente en estas cuestiones, pasaremos revista a algunas líneas nuevas y prometedoras de indagación en las principales áreas de la investigación sobre los movimientos sociales, así como a los nexos que las conectan.

Nuevas líneas de indagación

Definición de los movimientos sociales

El presente texto comenzó por definir los movimientos sociales como grupos sociales excluidos que se movilizan con tácticas no

institucionales contra las élites políticas y económicas. Si bien esta es una definición más o menos estandarizada de los movimientos sociales (Snow y Soule, 2009; Tarrow, 2011), el concepto de “excluidos” que subyace a la clasificación aún requiere mucho más trabajo de estudio (Burawoy, 2017). Aparte de la desigualdad y la discriminación sobre la base de la economía, la raza y el género, la exclusión social aparece en una diversidad de formas (Mora *et al.*, 2017; Pérez Sáinz, 2019). Entre ellas se cuentan la religión, el origen nacional, la sexualidad, el estatus de ciudadanía, las discapacidades y muchas otras. Tanto los activistas como los académicos de los movimientos sociales deben conceptualizar mejor la interseccionalidad de exclusiones, tal como lo ha hecho la teoría crítica de la raza con la raza, el género y la clase social (Nakano Glenn, 2004; Valdez, 2011; Collins, 2015; Terriquez *et al.*, 2017).

El foco puede centrarse en la manera de ensamblar coaliciones de movimientos entre múltiples formas de exclusión y, sobre todo, en la manera de sostener esas coaliciones.

Métodos

En lo que concierne a la metodología de los movimientos sociales, hay varias propuestas en marcha para analizar la acción colectiva de los grupos excluidos. Una de las especialidades más fascinantes permanece en el campo de los entramados de vínculos sociales. La indagación de los lazos entre individuos, organizaciones y regiones geográficas permite predecir con mayor facilidad en qué lugares es más probable que emerja la acción colectiva para después multiplicarse por vía de mecanismos difusores. La existencia y la fuerza de los lazos entre individuos y organizaciones, aparejadas a la configuración en red de todos los movimientos sociales, permiten que los estudiosos de los movimientos exploren gran cantidad de escenarios y de resultados potenciales. Los académicos han comenzado a utilizar un nuevo software especializado en sistemas de información geográfica, con el fin de demostrar la importancia de los lazos espaciales

en la tarea de promover la movilización popular. Otra nueva vía de avance para los métodos de los movimientos sociales reside en las vastas cantidades de información (y su accesibilidad) disponible gracias a las tecnologías de la comunicación e información (TCI) y las redes sociales. Las contribuciones futuras que pueden ofrecer los datos basados en internet y en las redes sociales para promover y comprender la emergencia de los movimientos, así como para conocer con mayor exactitud la distribución de las protestas, el reclutamiento, el enmarcado y la coordinación de las movilizaciones transnacionales, son verdaderamente extraordinarias.

Teoría

La teoría de los movimientos sociales no ha perdido una pizca de su dinamismo original. La sinergia entre las contribuciones teóricas que se sucedieron en las últimas cuatro décadas fomentó en gran medida los avances en la capacidad de explicar la actuación oportuna y los resultados de los movimientos sociales. Más específicamente, las contribuciones conceptuales provienen de académicos especializados en distintas áreas de las ciencias sociales que han subsumido las fronteras disciplinarias a la colaboración teórica, con miras a construir mejores modelos de la acción colectiva. Entre ellos hay psicólogos sociales y estudiosos de la religión, politólogos de la tradición comparativa, historiadores de rebeliones más tempranas, antropólogos sociales que ponen de relieve la función de la cultura en la movilización, así como sociólogos con una capacitación avanzada en organizaciones, análisis de entramados vinculares y métodos históricos comparativos. De hecho, el modelo teórico del proceso político evolucionó combinando percepciones del enfoque en la movilización de recursos con los avances psicosociales de la teoría del enmarcado. La continuación de esta trayectoria, que combina perspectivas complementarias de la construcción teórica, parece ser la senda más promisoría de aquí en adelante.

El renovado énfasis en las emociones e identidades colectivas suministra perspectivas adicionales para perpetuar la concepción multidimensional de los movimientos sociales. Dada la reducción del Estado en el período neoliberal, los académicos también impulsan marcos teóricos para el estudio de movimientos opositores a instituciones que están más allá del Estado (como las corporaciones empresariales, los sistemas médicos, los organismos educativos y las entidades religiosas), iniciativa que arroja luz sobre el poder de los movimientos en múltiples esferas de la vida social (Tarlau 2019). Por último, el presente libro se ha enfocado en muchas de las amenazas –o “malas noticias”– que enfrentan las comunidades; dado que tantas movilizaciones masivas importantes de las últimas dos décadas respondieron a amenazas (como la guerra, el cambio climático, la austeridad /desigualdad económica y la erosión de los derechos de mujeres e inmigrantes), es preciso indagar en mayor profundidad los aspectos de las amenazas que inciden en la movilización (como la magnitud, la proximidad y el alcance de la amenaza), así como las condiciones asociadas a la evitación exitosa de cambios indeseados (Almeida, 2018).

Emergencia

La emergencia de los movimientos sociales ha recibido más atención de analistas y activistas que cualquier otra dimensión de la acción colectiva. Un área fascinante a explorar en mayor profundidad son las instituciones, organizaciones, comunidades y redes que no son obvias en este sentido pero pueden contribuir al ascenso inicial de los movimientos sociales. Sabemos que las SMOs y los sindicatos preexistentes a menudo contribuyen a la emergencia de un movimiento, pero sabemos mucho menos sobre el motivo por el cual ciertas organizaciones, instituciones y redes que no se establecieron con el fin explícito de movilizar movimientos sociales –desde ONGs y asociaciones vecinales hasta escuelas públicas y clubes recreativos– se suman o son anexadas por los activistas al lanzamiento de una

campana de protesta. Un tema igualmente interesante en relación con la emergencia de la acción colectiva, tanto de derecha como de izquierda, es el papel que desempeñan los grupos de élite en el auspicio de la movilización, tanto en el caso de las élites financieras como en el de los partidos políticos, los jefes clientelistas, e incluso las redes delictivas del narcotráfico.

Enmarcado

La perspectiva del enmarcado avanzará en gran medida con la acumulación de más estudios empíricos que ilustren la construcción e interpretación de los agravios en la acción. El capítulo 5 centró gran parte de la atención en la música de protesta como vía para construir marcos de referencia para la acción colectiva. El estudio de los procesos de enmarcado interpretativo se beneficiaría con la exploración de otros materiales reales –desde documentos de propaganda hasta artefactos culturales– utilizados o legados por los protagonistas de anteriores movilizaciones. La tarea tripartita del enmarcado (diagnóstico, pronóstico y motivación) conserva su utilidad como esquema categorial aplicable a la evidencia empírica. El estudio del modo en que diversos públicos absorben las estrategias de enmarcado y reaccionan a ellas también ayudaría a comprender mejor estos procesos, así como a encontrar un equilibrio más balanceado que el existente entre los emisores de las señales (los activistas que producen los marcos) y sus receptores (los grupos seleccionados como sujetos de la movilización).

Participación individual

La última sección del capítulo 6 presenta un nuevo diseño de investigación orientado a obtener datos sobre la participación de manifestantes individuales en tiempo real: el proyecto “Atrapados en el acto de protesta: contextualizando la protesta” (Klandermans, 2012). Estos diseños proveen una alta validez de respuesta, porque los

investigadores implementan el protocolo durante el desarrollo de la participación. La estandarización de la encuesta también permite efectuar comparaciones entre distintos tipos de manifestaciones (por ejemplo, cambio climático versus orgullo LGBTQ). La próxima fase de este tipo de diseños se centra en incorporar comparaciones con un grupo de personas que no participaron: las personas incluidas en el caudal de simpatizantes que estuvieron a punto de participar pero finalmente no concurrieron a la manifestación. En el siglo XXI, el reclutamiento de personas comunes para participar en actividades de movimiento social se efectúa cada vez más por medio de internet. La ampliación del conocimiento sobre los mecanismos que se ponen en marcha cuando las invitaciones a participar se reciben por vía de distintas plataformas de redes sociales (provenientes de un amigo o un miembro de la familia, versus un extraño o una ONG) será una útil línea de investigación para académicos y organizaciones comunitarias.

Resultados

El estudio de los resultados de los movimientos sociales es esencial para comprender de qué manera ocurre el cambio social. El capítulo 7 se enfocó en los resultados a nivel de las políticas, así como muchos de los complejos conjuntos de condiciones que determinan las posibilidades de éxito. Aún se necesita más trabajo de análisis sobre los resultados culturales y los resultados de movimientos transnacionales en un mundo cada vez más globalizado. Tal como ocurre con el estudio sobre la emergencia de los movimientos, los aspectos menos obvios de los resultados también requieren mayor atención. En particular, los movimientos que no parecen alcanzar sus metas declaradas (o incluso parecen haber fracasado) podrían tener “resultados ocultos”. Un buen ejemplo son las Marchas de las Mujeres de 2017 y 2018: aunque no hayan revertido muchas de las políticas gubernamentales de Trump, es posible que estos eventos influyan en futuras elecciones y en la cultura más general respecto del acoso sexual y

la discriminación de género, así como en la creciente participación de las mujeres como candidatas electorales (Dittmar, 2020). Asimismo, una de las movilizaciones más grandes del mundo, las manifestaciones simultáneas contra la guerra en febrero de 2003, no frenó la invasión estadounidense a Iraq, pero es posible que los efectos de esas acciones masivas se hayan transferido parcialmente hacia el movimiento por la justicia climática y otras campañas coordinadas a escala internacional (Chase-Dunn and Almeida, 2020). Por último, se requieren más estudios sobre la combinación de condiciones que redundan en resultados favorables.

Sur global

Los movimientos sociales del Sur global enfrentan innumerables obstáculos. A la gente de los países más o menos pobres le resulta sumamente difícil encontrar el tiempo y los recursos necesarios para movilizarse. Una de las cuestiones más apremiantes para los movimientos en Estados autoritarios es la democratización del gobierno (Arce y Kim, 2011). Los heroicos ciudadanos que participaron en las movilizaciones de 2011, así llamadas “primavera árabe”, apuntaron en gran medida a derrocar gobiernos no democráticos. Otra batalla importante gira en torno a la pérdida de los derechos de ciudadanía social (el acceso a la asistencia social, el agua potable, los servicios básicos, la educación y la atención de salud). Aun en los países más pobres del mundo, los gobiernos se esforzaron por expandir el Estado de bienestar entre las décadas de 1950 y 1980. Con la crisis de la deuda tercermundista, aparejada al predominio ideológico de la liberalización económica, en África, Asia, Europa oriental y meridional, y América Latina, hay movilizaciones con el fin de proteger el acceso a los subsidios alimenticios y energéticos, la atención de salud (especialmente en el contexto mundial de la pandemia provocada por el coronavirus), la educación y otros beneficios creados durante el período de desarrollo estatal. Las nuevas iniciativas transnacionales, como el Foro Social Mundial y la justicia climática, pueden ser

vías embrionarias para la generación de mayor poder colectivo e influencia de negociación en el Sur global.

Nexos finales

Todos los temas y sub-áreas centrales en el estudio de los movimientos sociales considerados en los párrafos anteriores de este capítulo y a lo largo del presente texto se relacionan mutuamente. Las tareas de definir movimientos, desarrollar métodos de indagación y construir explicaciones teóricas son el comienzo del viaje hacia la comprensión de la acción colectiva. Usamos estas herramientas fundamentales para examinar la emergencia de los movimientos, así como sus marcos interpretativos, sus resultados y la participación de los individuos en sus campañas. Los estudiosos de la acción colectiva emplean todas las áreas de los movimientos sociales para comprender las rebeliones y las campañas de resistencia colectiva en el Sur global, incluidos los movimientos transnacionales. Al mismo tiempo, las luchas del Sur global configuran e informan los marcos teóricos para el estudio de los movimientos sociales, en la medida en que obligan a dar cuenta de los muy diversos contextos políticos y económicos que enfrentan las campañas de protesta cuando se desarrollan en circunstancias difíciles.

Desigualdad económica, creciente autoritarismo y crisis ecológicas

A medida que avanza el siglo XXI, los grupos sociales excluidos enfrentan una serie de amenazas imposibles de subestimar. Cabe decir que las más sustanciales son la desigualdad económica, el creciente autoritarismo y las crisis ecológicas (incluyendo la amenaza a la salud pública mundial). La movilización de movimientos sociales ofrece una de las vías a través de las cuales es posible intentar la desaceleración de estas condiciones negativas cada vez más arraigadas.

Los procesos de la globalización están creando nuevos ganadores y perdedores en la economía mundial. En el Norte global, la economía globalizada ha suscitado nuevos movimientos sociales contra la desigualdad y la austeridad, como Occupy Wall Street en los Estados Unidos, así como los movimientos de toda Europa contra la austeridad y el permanente movimiento por la justicia económica mundial. De hecho, los informes encargados por muchos gobiernos ya predicen que el 1% de individuos más ricos poseerá en conjunto dos tercios de las riquezas mundiales hacia 2030.¹ En el Sur global, el libre comercio, las privatizaciones, la austeridad, el despojamiento ilegítimo de tierras y la flexibilidad laboral han generado algunas de las manifestaciones más multitudinarias a lo largo de las últimas tres décadas. La mayoría de estas luchas se llevan a cabo tanto a nivel local como a nivel nacional. La fortaleza de los lazos transnacionales es un requisito mínimo para el ejercicio de una verdadera presión sobre las instituciones internacionales, así como sobre las naciones más poderosas, con el fin de asegurar el sustento básico en un mundo donde cada vez crece más la población es obligada a sobrevivir a duras penas en condiciones precarias.

A finales de mayo del 2020, una campaña de protestas masivas emergió en los Estados Unidos en reacción al brutal asesinato de George Floyd, un residente afroamericano de Minneapolis, Minnesota. Este hecho es solo uno de los varios asesinatos de ciudadanos afroamericanos a manos de la policía que alcanzaron resonancia pública en los primeros meses de este año. Dichos asesinatos ocurrieron además en el contexto de la pandemia de Coronavirus y de la crisis de desempleo masivo de más de 44 millones de trabajadores. Algunas de las amenazas discutidas en el Capítulo 3 fueron activadas simultáneamente en este caso: amenazas represivas asociadas a la violencia policial racista contra la población afroamericana que incrementaron el trauma en comunidades locales (Bor *et al.*, 2018);

¹ Véase www.theguardian.com/business/2018/apr/07/global-inequality-tipping-point-2030.

amenazas medioambientales y de salud pública de covid-19 con un impacto desproporcionado sobre el bienestar de comunidades de color (Laster Pirtle 2020); y, la amenaza económica de desempleo masivo, especialmente para trabajadores de bajos salarios e inmigrantes (Flores et al. 2020).

Durante dos semanas, entre el 26 de mayo y el 7 de junio de 2020, algunos académicos han documentado 1097 eventos de protesta en más de 570 ciudades alrededor del territorio nacional de los Estados Unidos, siguiendo la información contenida en reportes de prensa (véase figura 18).² Esta campaña de protesta contra el racismo y el abuso policial se benefició de la experiencia estratégica del Movimiento por las Vidas Negras (en inglés, Movement for Black Lives (M4BL) o Black Lives Matter (BLM) movement), adquirida durante los seis años previos de movilización a nivel nacional contra la violencia policial (Taylor 2016; Cobbina 2019). Asimismo, el BLM usó su capacidad estratégica para formar alianzas multirraciales y coaliciones en ciudades y pueblos alrededor de los Estados Unidos y de esta forma generar una difusión masiva de protestas durante los meses de mayo y junio de 2020. Este movimiento ha alcanzado también niveles transnacionales con eventos de protesta y muestras de solidaridad en más de 67 países alrededor del mundo (véase figura 19). Estas movilizaciones contra el racismo son las mas grandes en los EEUU en al menos medio siglo con profundos resultados.

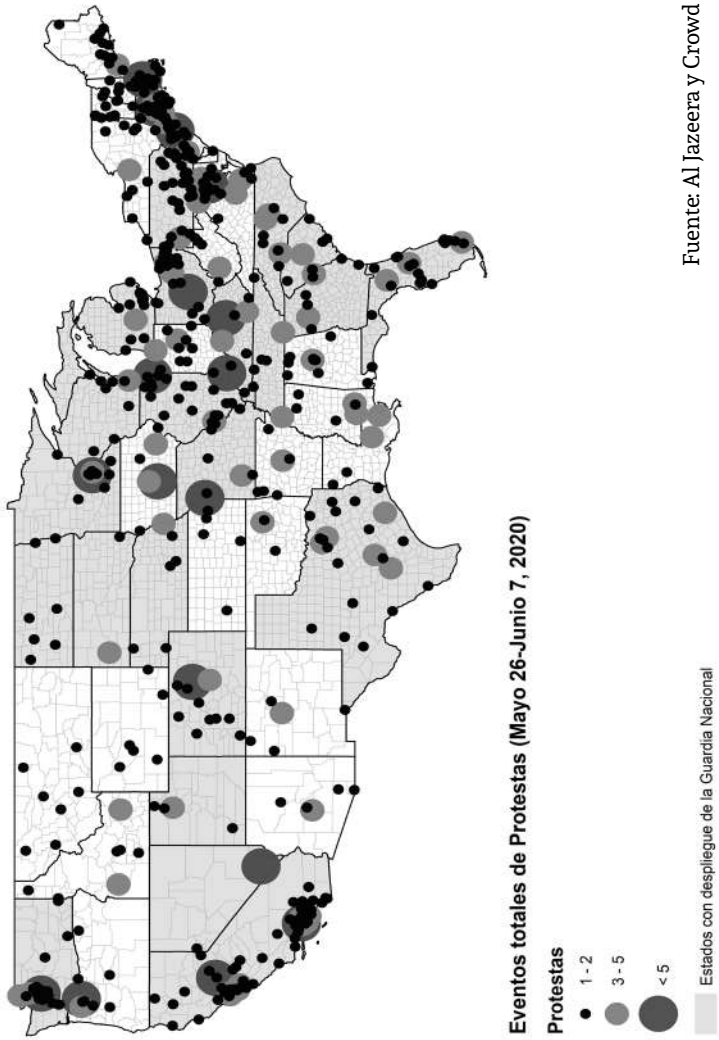
En el “Índice del Imperio de la Ley”,* 70 de los 113 países incluidos en la muestra informan una erosión en los derechos humanos, incluido Estados Unidos.³ Los académicos relacionan estos resultados con las movilizaciones que surgieron como contragolpe a la

² Las protestas siguen por todo el mes de Junio de 2020 alcanzando mas de tres mil eventos de protesta en mas de mil ciudades.

* “Rule of Law Index”, confeccionado por la ONG internacional WPJ por su sigla en inglés. [N. de la T.]

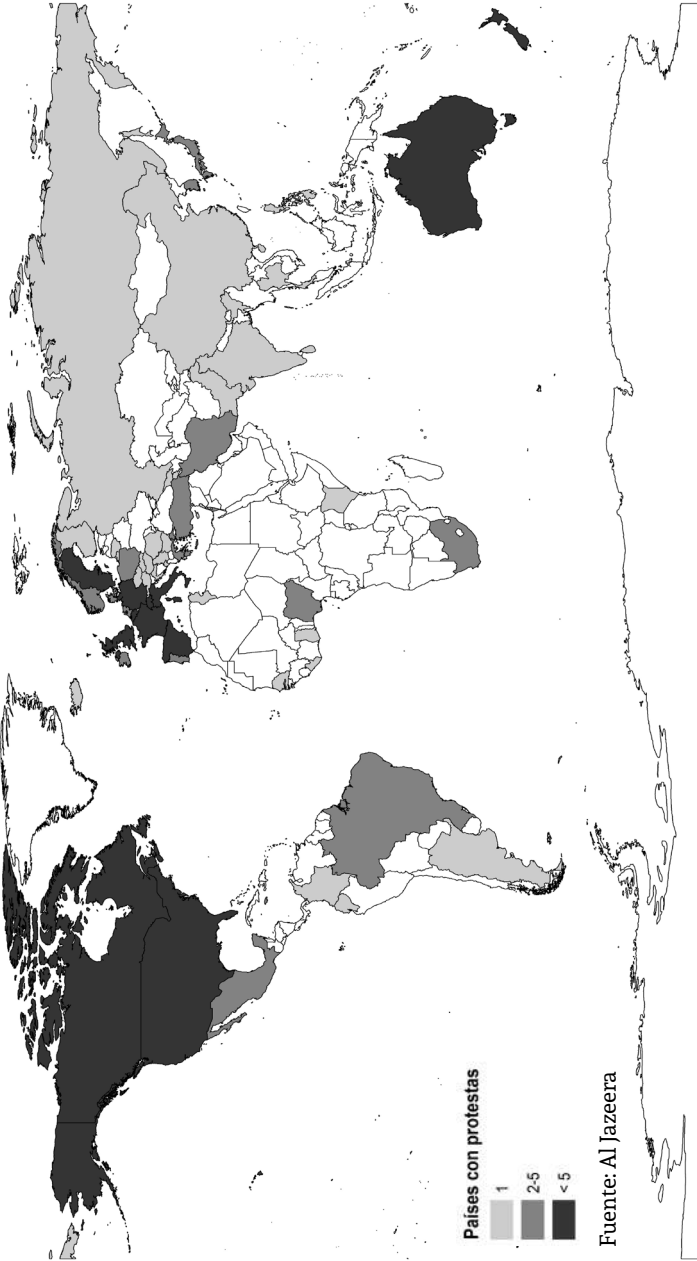
³ Véase Will Bordell y Jon Robins (2018), “A Crisis for Human Rights’: New Index Reveals Global Fall in Basic Justice”, en *The Guardian* (edición estadounidense), 13 de enero de 2018, disponible en www.theguardian.com/inequality/2018/jan/31/human-rights-new-rule-of-law-index-reveals-global-fall-basic-justice.

Figura 18. Protestas contra el racismo y abusos policiales (26 de mayo- 7 de junio de 2020)



Fuente: Al Jazeera y Crowd Counting Consortium.

Figura 19. Protestas alrededor del mundo en solidaridad con las movilizaciones populares contra el racismo en los Estados Unidos (26 de mayo- 10 de junio de 2020)



globalización económica. A lo largo de las últimas dos décadas, los partidos políticos de derecha han incorporado la globalización económica, el libre comercio y la inmigración ilegal a marcos discursivos difundidos durante las campañas electorales. Desde la recesión global de 2008-2009, estos llamados ganan cada vez más tracción. Tal como señalamos en el capítulo 5, tales marcos de interpretación ha ganado en asertividad y publicidad como resultado de su asociación con movimientos de derecha y grupos extremistas extraparlamentarios con creciente poder. Dicha circunstancia redundó en un incremento de los crímenes de odio y la violencia contra los inmigrantes. Las investigaciones han hecho mucho mayor hincapié en los movimientos progresistas que en las movilizaciones de la derecha. La realidad de este desequilibrio académico se ha manifestado en la incapacidad de los investigadores para predecir el resurgimiento del populismo autoritario durante el nuevo milenio. También es importante que los ciudadanos se mantengan en estado de alerta contra la erosión de derechos, así como preparados para defender las protecciones constitucionales y a los grupos vulnerables mediante la movilización de los movimientos sociales.

Tal vez pueda decirse que la amenaza más grande es la crisis ecológica, o bien, más específicamente, el calentamiento global y el cambio climático. En vista de que los diez años más cálidos registrados hasta ahora (con datos que se remontan a 1880) han ocurrido a partir de 1997, existe un consenso científico según el cual el planeta se calienta a una velocidad alarmante. Y a medida que el mundo presencia tormentas (y otras manifestaciones meteorológicas) monstruosas, sequías graves, olas de calor, incendios descontrolados de zonas silvestres y elevación de los niveles marinos, las crecientes amenazas ecológicas fomentan cada vez más acciones colectivas. De hecho, ya en 2020 puede decirse que el movimiento transnacional con miras a revertir el calentamiento global (conocido como “movimiento de justicia climática”) representa el movimiento social más grande de la historia humana. Este movimiento, que hoy se coordina en casi todos los países del mundo, ha movilizó acciones globales

simultáneas desde al menos 2006 (Almeida, 2019). Dichas movilizaciones transnacionales ocurrieron a la par o inmediatamente antes de importantes conferencias y cumbres internacionales sobre el cambio climático, incluido el Acuerdo de París (2015), por medio del cual las naciones del mundo se comprometieron a reducir las emisiones de carbono hasta el punto de bajar el calentamiento global a menos de dos grados Celsius durante el siglo actual. Aún cuando Estados Unidos se haya retirado del acuerdo, este incipiente movimiento mundial abre otro resquicio de optimismo para el futuro. Si dicho movimiento emergente continúa creciendo, podremos abrigar la esperanza de que muchos beneficios provistos por los movimientos sociales –y analizados en estas páginas– se extiendan a escala global.

Referencias bibliográficas

Abers, Rebecca Neaera y Marisa von Bülow (2018). Social Movements and the State: Conventional and Contentious Politics. En Arnes, Barry (ed.), *Routledge Handbook of Brazilian Politics* (pp. 105-118). New York: Routledge.

Abul-Fottouh, Deena y Fetner, Tina (2018). Solidarity or Schism: Ideological Congruence and the Twitter Networks of Egyptian Activists. *Mobilization* 23 (1), 23-44.

Acosta, Alberto (1998) La deuda externa en América Latina: origen, evolución y alternativas de solución (Tema central). *Ecuador Debate. Deuda externa en nuevos contextos*, (45), 64-92.

Aguirre, Benigno E., Dennis Wenger y Gabriela Rico (1998). A Test of the Emergent Norm Theory of Collective Behavior. *Sociological Forum*, 13, 301-20.

Albala, Adrián (2017). *Civil Society and Political Representation in Latin America (2010-2015): Towards a Divorce Between Social Movements and Political Parties?* New York: Springer.

Alexander, Michelle (2017). *El color de la justicia: La nueva segregación racial en Estados Unidos*. New York: New Press.

Alimi, Eitan Y. (2016). "Introduction: Popular Contention, Regime, and Transition: A Comparative Perspective". En Eitan Alimi, Avraham Sela

y Mario Sznajder (eds.), *Popular Contention, Regime, and Transition: The Arab Revolts in Comparative Global Perspective*, (pp. 1-24). Oxford: Oxford University Press.

Alimi, Eitan Y., Lorenzo Bosi y Chares Demetriou (2015). *The Dynamics of Radicalization: A Relational and Comparative Perspective*. Oxford: Oxford University Press.

Almeida, Paul D. (2003). Opportunity Organizations and Threat Induced Contention: Protest Waves in Authoritarian Settings. *American Journal of Sociology*, 109 (2), 345-400.

Almeida, Paul D. (2005). Multi-sectoral Coalitions and Popular Movement Participation. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 26, 67-102.

Almeida, Paul D. (2006). Social Movement Unionism, Social Movement Partyism, and Policy Outcomes. En Hank Johnston y Paul Almeida (eds.), *Latin American Social Movements: Globalization, Democratization, and Transnational Networks* (pp. 57-73). Lanham: Rowman & Littlefield.

Almeida, Paul D. (2007a). Organizational Expansion, Liberalization Reversals and Radicalized Collective Action. *Research in Political Sociology*, 15, 57-99.

Almeida, Paul D. (2007b). Defensive Mobilization: Popular Movements against Economic Adjustment Policies in Latin America. *Latin American Perspectives*, 34 (3), 123-39.

Almeida, Paul D. (2008a). *Waves of Protest: Popular Struggle in El Salvador, 1925-2005*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Almeida, Paul D. (2008b). The Sequencing of Success: Organizing Templates and Neoliberal Policy Outcomes. *Mobilization*, 13 (2), 165-187.

Almeida, Paul D. (2010a). Globalization and Collective Action. En Kevin Leicht y J. Craig Jenkins (eds.), *Handbook of Politics: State and Society in Global Perspective* (pp. 305-326). Nueva York: Springer.

Almeida, Paul D. (2010b). Social Movement Partyism: Collective Action and Political Parties. En Nella Van Dyke y Holly McCammon (eds.), *Strategic Alliances: New Studies of Social Movement Coalitions* (pp. 170-196). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Almeida, Paul D. (2011). *Olas de movilización popular: movimientos sociales en El Salvador, 1925-2010*. San Salvador: UCA Editores

Almeida, Paul D. (2012). Subnational Opposition to Globalization. *Social Forces*, 90 (4), 1051-1072.

Almeida, Paul D. (2014a). Cycles of Protest. En *Oxford Bibliographies in Political Science*. Oxford: Oxford University Press.

Almeida, Paul D. (2014b). *Mobilizing Democracy: Globalization and Citizen Protest*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Almeida, Paul D. (2015). Unintended Consequences of State-Led Development: A Theory of Mobilized Opposition to Neoliberalism. *Sociology of Development*, 1 (2), 259-276.

Almeida, Paul D. (2016a). *Neoliberalismo y movimientos populares en Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.

Almeida, Paul D. (2016b). Social Movements and Economic Development. En Greg Hooks, Paul Almeida, David Brown, Sam Cohn, Sara Curran, Rebecca Emigh, Ho-fung Hung, Andrew K. Jorgenson, Richard Lachmann, Linda Lobao y Valentine Moghadam (eds.), *Sociology of Development Handbook* (pp. 528-550). Berkeley: University of California Press.

Almeida, Paul D. (2018). The Role of Threat in Collective Action. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 43-62). Oxford: Blackwell.

Almeida, Paul D. (2019). Climate justice and sustained transnational mobilization. *Globalizations*, 16 (7), 973-979.

Almeida, Paul D. y Christopher Chase-Dunn. (2018). Globalization and Social Movements. *Annual Review of Sociology*, 44, 189-211.

Almeida, Paul D y Roxana Delgado. (2008). Gendered Networks and Health Care Privatization. *Advances in Medical Sociology*, 10, 273-99.

Almeida, Paul D. y Hank Johnston. (2006). Neoliberal Globalization and Popular Movements in Latin America. En Hank Johnston y Paul Almeida (Eds.), *Latin American Social Movements: Globalization, Democratization, and Transnational Networks* (pp. 3-18). Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

Almeida, Paul D. y Mark I. Lichbach (2003). To the Internet, from the Internet: Comparative Media Coverage of Transnational Protest. *Mobilization* 8(3), 249-72.

Almeida, Paul D. y Amalia Pérez Martín (2020). Economic Globalization and Social Movements in Latin America. En Xóchitl Bada y Liliana Rivera (eds.), *Handbook of Latin American Sociology*. Oxford: Oxford University Press.

Almeida, Paul D. y Eugenio Sosa (2015, noviembre). May Day Demonstrations in Central America: The Case of Honduras. Conferencia Internacional “¡Con las Manos en la Protesta! Sondeo de protestas alrededor del mundo: Motivaciones, dinámicas y contextos de movilización. CIDE, México (DF).

Almeida, Paul D. y Allen Cordero Ulate (2017). Movimientos sociales en América Latina. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate, (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 15-28). Buenos Aires: CLACSO

Almeida, Paul D. y Allen Cordero Ulate (eds.) (2017). *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos*. Buenos Aires: CLACSO.

Almeida, Paul D. y Linda Brewster Stearns (1998). Political Opportunities and Local Grassroots Environmental Movements. *Social Problems*, 45 (1), 37-60.

Almeida, Paul D. y Nella Van Dyke (2014). Social Movement Partyism and the Rapid Mobilization of the Tea Party. En David Meyer y Nella Van Dyke (eds.), *Understanding the Tea Party Movement*, (pp. 55-72). Londres: Ashgate.

Almeida, Paul, and Christopher Chase-Dunn (2018). Globalization and social movements. *Annual Review of Sociology*, 44, 189-211

Almeida, Paul and Cordero Allen (2017). Movimientos sociales en América Latina.

En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 15-28). Buenos Aires: CLACSO.

Almeida, Paul, Eugenio Sosa, Allen Cordero y Ricardo Argueta (Agosto, 2020). The Micro Foundations of Subaltern Political Party Expansion in the Global South. Paper presented at the American Sociological Association Conference, San Francisco, California.

Alonso-Fradejas, Alberto. (2015). Anything but a Story Foretold: Multiple Politics of Resistance to the Agrarian Extractivist Project in Guatemala. *Journal of Peasant Studies*, 42 (3-4), 489-515.

Alvarado, Alejandro y Gloriana Martínez (2018a). La protesta social en el gobierno de Luis Guillermo Solís (2014-2018). Inédito. Grupo de Trabajo PROTESTAS, IIS-UCR.

Alvarado Alcázar, Alejandro, y Gloriana Martínez Sánchez (2018b). *La huelga general contra La Reforma Fiscal en Costa Rica*. Instituto Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica.

Álvarez, Alberto Martín. (2019). The Central American Civil Wars. En Dirk Kruijt, Eduardo Rey Tristán, Alberto Martín Álvarez (eds.), *Latin American Guerrilla Movements: Origins, Evolution, Outcomes* (pp. 123-127). New York: Routledge.

Álvarez-Rivadulla, María José. (2017). Ocupaciones de tierras y política en Montevideo a fin de siglo. En Paul Almeida D. y Allen Cordero Ulate, (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 361-390). Buenos Aires: CLACSO

Álvarez-Rivadulla, María José. (2019). *Política en los márgenes: asentamientos irregulares en Montevideo*. Bogotá: Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes.

Amenta, Edwin (2006). *When Movements Matter: The Townsend Plan and the Rise of Social Security*. Princeton: Princeton University Press.

Amenta, Edwin, Kenneth Andrews y Neal Caren (2018). The Political Institutions, Processes, and Outcomes Movements Seek to Influence. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 449-465). Oxford: Blackwell.

Amenta, Edwin, Neal Caren, Elizabeth Chiarello y Yang Su (2010). The Political Consequences of Social Movements. *Annual Review of Sociology*, 36, 287-307.

Andersen, Kurt (2011). 2011 Person of the Year: The Protester. *Time*, 178 (25), 52-89.

Andretta, Massimiliano y Donatella Della Porta (2014). Surveying Protestors: Why and How. En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research* (pp. 308-334). Oxford: Oxford University Press.

Andrews, Kenneth (2004). *Freedom Is a Constant Struggle: The Mississippi Civil Rights Movement and Its Legacy*. Chicago: University of Chicago Press.

Andrews, Kenneth, Marshall Ganz, Matthew Baggetta, Hahrie Han y Chaeyoon Lim (2010). Leadership, Membership and Voice: Civic Associations That Work. *American Journal of Sociology*, 115 (4), 1191-1242.

Anner, Mark (2011). *Solidarity Transformed: Labor Responses to Globalization and Crisis in Latin America*. Ithaca: Cornell University Press.

Anner, Mark y Helen Liu (2016). Harmonious Unions and Rebellious Workers: A Study of Wildcat Strikes in Vietnam. *Industrial and Labor Relations Review*, 69 (1), 3-28.

Arce, Moisés (2014). *Resource Extraction and Protest in Peru*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Arce, Moisés (2017). Protesta y movimientos sociales en Perú. En Paul D. Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 479-504). Buenos Aires: CLACSO.

Arce, Moisés y Jorge Mangonnet (2013). Competitiveness, partisanship, and subnational protest in Argentina. *Comparative Political Studies*, 46 (8), 895-919.

Arce, Moisés and Wonik Kim (2011). Globalization and extra-parliamentary politics in an era of democracy. *European Political Science Review*, 3 (2), 253-278.

Archila Neira, Mauricio, Martha Cecilia García Velandia (Mayo, 2020). Colombia: deuda estatal con una agenda social construida en medio de las luchas sociales, 1980-2019. Paper presented at the Popular Politics in Latin America Workshop, Tulane University.

Archila Neira, Mauricio, García, Martha Cecilia, Parra, Leonardo y Restrepo, Ana María (2019). *Cuando la copa se rebosa. Luchas sociales en Colombia, 1975-2015*. Bogotá: CINEP.

Archila Neira, Mauricio, et al. (2012). *Violencia contra el sindicalismo, 1984-2010*. Bogotá: CINEP.

Archila Neira, Mauricio (2003). *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Centro de Investigación y Educación Popular.

Archila Neira, Mauricio, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y Prada, Esmeralda (2002). *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000*. Bogotá: CINEP.

Armbruster-Sandoval, Ralph (2005). *Globalization and Cross-Border Labor Solidarity in the Americas: The Anti-Sweatshop Movement and the Struggle for Social Justice*. Nueva York: Routledge.

Armbruster-Sandoval, Ralph (2017). *Starving for Justice: Hunger Strikes, Spectacular Speech, and the Struggle for Dignity*. Tucson: University of Arizona Press.

Armstrong, Elizabeth A. (2002). *Forging gay identities: Organizing sexuality in San Francisco, 1950-1994*. Chicago: University of Chicago.

Armstrong, Elizabeth A. y Mary Bernstein (2008). Culture, Power, and Institutions: A Multi-Institutional Politics Approach to Social Movements. *Sociological Theory*, 26 (1), 74-99.

Autor, David, David Dorn, Gordon Hanson y Kaveh Majlesi (2016). A Note on the Effect of Rising Trade Exposure on the 2016 Presidential Election. Working paper, MIT.

Auyero, Javier (2001). Glocal Riots. *International Sociology*, 16 (1), 33-53.

Auyero, Javier (2002). Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 42, 187-210.

Auyero, Javier (2006). The Moral Politics of Argentine Crowds. En Hank Johnston y Paul Almeida (eds.), *Latin American Social Movements: Globalization, Democratization, and Transnational Networks* (pp. 147-162). Lanham: Rowman & Littlefield.

Auyero, Javier, Maricarmen Hernández y Mary Ellen Stitt (2018). Grassroots Activism in the Belly of the Beast: A Relational Account of the Campaign against Urban Fracking in Texas. *Social Problems*, 65. <https://doi.org/10.1093/socpro/spx035>

Auyero, Javier y Débora Alejandra Swistun (2009). *Flammable: Environmental Suffering in an Argentine Shantytown*. Oxford: Oxford University Press.

Ayoub, Phillip (2016). *When States Come Out: Europe's Sexual Minorities and the Politics of Visibility*. Nueva York: Cambridge University Press.

Ayoub, Phillip, Chris Zepeda Millán y Sophia Wallace (2014) Triangulation in Social Movement Research. En Donatella Della Porta (ed.),

Methodological Practices in Social Movement Research (pp. 67-96). Oxford: Oxford University Press.

Babb, Sarah (2013). The Washington Consensus as Transnational Policy Paradigm: Its Origins, Trajectory, and Likely Successor. *Review of International Political Economy* 20 (2), 268-97.

Bair, Jennifer (2009). Global Commodity Chains: Genealogy and Review. En Jennifer Bair (ed.), *Frontiers of Commodity Chain Research* (pp. 1-34). Stanford: Stanford University Press.

Balsiger, Philip y Alexandre Lambelet (2014). Participant Observation. En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research* (pp. 144-172). Oxford: Oxford University Press.

Baker, Andy (2014). *Shaping the Developing World: The West, the South, and the Natural World*. Los Ángeles: Sage.

Baker, David (2014). *The Schooled Society: The Educational Transformation of Global Culture*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Banaszak, Lee Ann (2005). Inside and Outside the State: Movement Insider Status, Tactics, and Public Policy Achievements. En David Meyer, Valerie Jenness y Helen Ingram (eds.), *Routing the Opposition: Social Movements, Public Policy, and Democracy* (pp. 149-176). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Banaszak, Lee Ann (2010). *The Women's Movement Inside and Outside the State*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bank Muñoz, Carolina (2017). *Building Power from Below: Chilean Workers Take On Walmart*. Ithaca: Cornell University Press.

Bank Muñoz, Carolina (2011). *Transnational Tortillas: Race, Gender, and Shop-Floor Politics in Mexico and the United States*. Ithaca: Cornell University Press.

Barajas, Manuel (2009). *The Xaripu community across borders: Labor migration, community, and family*. South Bend: University of Notre Dame Press.

Bardacke, Frank (2012). *Trampling Out the Vintage: Cesar Chavez and the Two Souls of the United Farm Workers*. Londres: Verso.

Bartley, Tim (2018). *Rules without Rights: Land, Labor, and Private Authority in the Global Economy*. Oxford: Oxford University Press.

Bebbington, Anthony y Jeffrey Bury (eds.) (2013). *Subterranean Struggles: New Dynamics of Mining, Oil, and Gas in Latin America*. Austin: University of Texas Press.

Beissinger, Mark (2001). *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State: A Tidal Approach to the Study of Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bell, Joyce (2014). *The Black Power Movement and American Social Work*. Nueva York: Columbia University Press.

Benford, Robert D. y Scott A. Hunt (2003). Interactional Dynamics in Public Problems Marketplaces: Movements and the Counterframing and Reframing of Public Problems. En James A. Holstein y Gale Miller (eds.), *Challenges and Choices: Constructionist Perspectives on Social Problems* (pp. 153-186). Nueva York: Aldine de Gruyter.

Benford, Robert D y David Snow (2000). Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment. *Annual Review of Sociology*, 26, 611-39.

Bennett, W. Lance y Alexandra Segerberg (2013). *The Logic of Connective Action: Digital Media and the Personalization of Contentious Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Berezin, Mabel (2009). *Illiberal Politics in Neoliberal Times: Cultures, Security, and Populism in a New Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Berry, Marie y Erica Chenoweth (2018). Who Made the Women's March? En David Meyer y Sidney Tarrow (eds.), *The Resistance: The Dawn of the Anti-Trump Opposition Movement* (pp. 75-89). Oxford: Oxford University Press.

Bickham Méndez, Jennifer (2005). *From the Revolution to the Maquiladoras: Gender, Labor, and Globalization in Nicaragua*. Durham: Duke University Press.

Bidegain Ponte, Germán (2015). *Autonomización de los Movimientos Sociales e Intensificación de la Protesta: Estudiantes y Mapuche en Chile (1990-2013)*. (Tesis doctoral). Pontificia Universidad Católica de Chile: Chile.

Biggs, Michael y Kenneth Andrews (2015). Protest Campaigns and Movement Success Desegregating the U.S. South in the Early 1960s. *American Sociological Review* 80 (2), 416-443.

Blee, Kathleen M (2017). *Understanding Racist Activism: Theory, Methods, and Research*. Nueva York: Routledge.

Blee, Kathleen M. y Verta Taylor (2002). The Uses of Semi-Structured Interviews in Social Movement Research. En Bert Klandermans y Suzanne Staggenborg (eds.), *Methods in Social Movement Research* (pp. 92-117). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Bloemraad, Irene, Fabiana Silva y Kim Voss (2016). Rights, Economics, or Family? Frame Resonance, Political Ideology, and the Immigrant Rights Movement. *Social Forces* 94 (4), 1647-1674.

Bloemraad, Irene, Kim Voss y Taeku Lee (2011). The Protests of 2006: What Were They, How Do We Understand Them, Where Do We Go? En *Rallying for Immigrant Rights: The Fight for Inclusion in 21st Century America*. Berkeley: University of California Press.

Bob, Clifford (2005). *The Marketing of Rebellion: Insurgents, Media, and International Activism*. Nueva York: Cambridge University Press.

Bobo, Lawrence (2017). Racism in Trump's America: Reflections on Culture, Sociology, and the 2016 US Presidential Election. *British Journal of Sociology*, 68 (1), S86-104.

Bockman, Johanna (2011). *Markets in the Name of Socialism: The Left-Wing Origins of Neoliberalism*. Stanford: Stanford University Press.

Bonacich, Edna y Jake Wilson (2008). *Getting the Goods: Ports, Labor, and the Logistics Revolution*. Ithaca: Cornell University Press.

Bor, Jacob, Atheendar S. Venkataramani, David R. Williams y Alexander C. Tsai (2018). Police killings and their spillover effects on the mental health of black Americans: a population-based, quasi-experimental study. *The Lancet*, 392 (10144), 302-310.

Bosi, Lorenzo, Marco Giugni y Katrin Uba (eds.) (2016). *The Consequences of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

Boudreau, Vincent (2004). *Resisting Dictatorship: Repression and Protest in Southeast Asia*. Cambridge: Cambridge University Press.

Boulding, Carew (2014). *NGOs, Political Protest, and Civil Society*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bourdieu, Pierre (1986). The Forms of Capital. En John G. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). Nueva York: Greenwood.

Bracey, Glenn E. (2016). Black Movements Need Black Theorizing: Exposing Implicit Whiteness in Political Process Theory. *Sociological Focus*, 49 (1), 11-27.

Brancati, Dawn (2016). *Democracy Protests: Origins, Features, and Significance*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bratton, M. (2008). Poor People and Democratic Citizenship in Africa. En Anirudh Krishna (ed.), *Poverty, Participation, and Democrac*, (pp. 28-65). Cambridge: Cambridge University Press.

Breckenridge-Jackson, Ian, Natasha Radojcic, Ellen Reese, Elizabeth Schwarz y Christopher Vito (2017). Los movimientos sociales latinoamericanos y el proceso del Foro Social Mundial. En Paul D. Almeida y Allen Cordero (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 161-182). Buenos Aires: CLACSO.

Breckenridge-Jackson, Ian, Natasha Radojcic, Ellen Reese, Elizabeth Schwarz y Christopher Vito (2015). Latin American Social Movements

and the Social Forum Process. En Paul D. Almeida y Allen Cordero (eds.), *Handbook of Social Movements across Latin America* (pp. 89-100). Nueva York: Springer.

Broadbent, Jeffrey (1998). *Environmental Politics in Japan: Networks of Power and Protest*. Nueva York: Cambridge University Press.

Brockett, Charles (2005). *Political Movements and Violence in Central America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Brooker, Megan (2018). Indivisible: Invigorating and Redirecting the Grassroots. En David Meyer y Sidney Tarrow (eds.), *The Resistance: The Dawn of the Anti-Trump Opposition Movement* (pp. 162-86). Oxford: Oxford University Press.

Brown, Hana y Jennifer Jones (2016). Immigrant rights are civil rights. *Contexts*, 15 (2), 34-39.

Brown, Phil, Rachel Morello-Frosch y Stephen Zavestosk (eds.) (2012). *Contested Illnesses: Citizens, Science, and Health Social Movements*. Berkeley: University of California Press.

Broyles-González, Yolanda (1994). *El Teatro Campesino: Theater in the Chicano Movement*. Austin: University of Texas Press.

Buechler, Steven (2004). The Strange Career of Strain and Breakdown Theories of Collective Action. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 47-66). Oxford: Blackwell.

Buechler, Steven (2011). *Understanding Social Movements: Theories from the Classical Era to the Present*. Nueva York: Routledge.

Bullard, Robert D. (2000). *Dumping in Dixie: Race, Class, and Environmental Quality*. 3a. ed. Boulder: Westview Press.

Bullard, Robert D. (ed.) (2005). *The Quest for Environmental Justice: Human Rights and the Politics of Pollution*. San Francisco: Sierra Club.

Bullard, Robert D. y Beverly Wright (2012). *The Wrong Complexion for Protection: How the Government Response to Disaster Endangers African American Communities*. Nueva York: New York University Press.

Bunker, Stephen y Paul Ciccantell (2005). *Globalization and the Race for Resources*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Burawoy, Michael (1979). *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.

Burawoy, Michael (2017). Social Movements in the Neoliberal Age. En Marcel Paret, Carin Runciman y Luke Sinwell (eds.), *Southern Resistance in Critical Perspective* (pp. 21-35). Nueva York: Routledge.

Burstein, Paul, Rachel L. Einwohner y Jocelyn A. Hollander (1995). The Success of Political Movements: A Bargaining Perspective. En Craig J. Jenkins y Bert Klandermans (eds.), *The Politics of Social Protest* (pp. 275-295). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Cabarrús, Carlos Rafael (1983). *Génesis de una revolución: análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*. 1a ed. México, D.F: Ediciones de la Casa Chata.

Cabarrús, Carlos Rafael (1989). Acompañar para discernir. *Diakonia* 52, 393-414.

Cable, Sherry (2019). Social Movements and Social Control. En Mathieu Deflem (ed.), *The Handbook of Social Control* (pp. 121-136). Oxford: Wiley-Blackwell.

Cabrales, Sergio (2019). *Terremoto Sociopolítico en Nicaragua: procesos, mecanismos y resultado de la oleada de protestas de 2018*. Pittsburgh: University of Pittsburgh. Artículo en prensa.

Cadena-Roa, Jorge (2002). Strategic framing, emotions, and Superbarrio-Mexico City's masked crusader. *Mobilization* 7 (2), 201-216.

Cadena-Roa, Jorge (2016). Las organizaciones de los movimientos sociales y los movimientos sociales en México, 2000-2014. *Análisis* (1).

Cai, Yongshun (2010). *Collective Resistance in China: Why Popular Protests Succeed or Fail*. Stanford: Stanford University Press.

Camacho, Daniel y Menjívar, Rafael (1989). El movimiento popular en Centroamérica: 1970-1983. Síntesis y perspectivas. En Camacho, Daniel y Menjívar, Rafael (coords.), *Los movimientos populares en América Latina*. México: Siglo XXI.

Caniglia, Beth, Robert Brulle y Andrew Szasz (2015). Civil Society, Social Movements, and Climate Change. En Riley Dunlap y Robert Brulle (eds.), *Climate Change and Society* (pp. 235-268). Oxford: Oxford University Press.

Carawan, Guy y Candie Carawan (2007). *Sing for Freedom: The Story of the Civil Rights Movement through Its Songs*. Montgomery: NewSouth Books.

Caren, Neal, Sarah Gaby y Catherine Herrold (2017). Economic Breakdown and Collective Action. *Social Problems*, 64 (1), 133-55.

Caren, Neal, Kay Jowers y Sarah Gaby (2012). A Social Movement Online Community: Stormfront and the White Nationalist Movement. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 33, 163-93.

Cartagena Cruz, Rafael E. (2017). Conflictos ambientales y movimientos sociales en El Salvador de posguerra. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 415-446). Buenos Aires: CLACSO.

Carty, Victoria (2015). *Social Movements and New Technology*. Boulder: Westview Press.

Castells, Manuel (1983). *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley: University of California Press.

Castells, Manuel (2013). *Communication Power*. 2a. ed. Oxford: Oxford University Press.

Castells, Manuel (2015). *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, 2a ed. Cambridge: Polity Press.

Césaire, Aimé (2004). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.

Chang, Paul (2015). *Protest Dialectics: State Repression and South Korea's Democracy Movement, 1970-1979*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Chase-Dunn, Christopher (Agosto, 2016). Social Movements and Collective Behavior in Premodern Polities. Ponencia presentada en la Reuniones de la Asociación Sociológica Estadounidense (ASA por su sigla en inglés), Seattle.

Chase-Dunn, Christopher, Alessandro Morosin y Alexis Álvarez (2017). Movimientos sociales y regímenes progresistas en América Latina: revoluciones mundiales y desarrollo semiperiférico. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 31-48). Buenos Aires: CLACSO.

Chase-Dunn, Christopher y Paul Almeida (2020). *Global Struggles and Social Change*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Chávez, Joaquín (2017). *Poets and Prophets of the Resistance: Intellectuals and the Origins of El Salvador's Civil War*. Oxford: Oxford University Press.

Chen, Xi (2011). *Social Protest and Contentious Authoritarianism in China*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chenoweth, Erica y Maria J. Stephan (2011). *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*. Nueva York: Columbia University Press.

Chihu Amparán, Aquiles (2006). *El Ánalysis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. Mexico, DF: Universidad Autónoma Metropolitana editores.

Chun, Jennifer Jihye, George Lipsitz y Young Shin (2013) Intersectionality as a Social Movement Strategy: Asian Immigrant Women Advocates. *Signs*, 38 (4), 917-40.

Clawson, Dan (2003). *The Next Upsurge Labor and the New Social Movements*. Ithaca: Cornell University Press.

Clemens, Elisabeth (1997). *The People's Lobby: Organizational Innovation and the Rise of Interest Group Politics in the United States, 1890-1925*. Chicago: University of Chicago Press.

Clemens, Elisabeth. y Debra Minkoff (2004). Beyond the Iron Law: Rethinking the Place of Organizations in Social Movement Research. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 155-170). Malden: Blackwell.

Cobbina, Jennifer E. (2019). *Hands Up, Don't Shoot: Why the protests in Ferguson and Baltimore matter, and how they changed America*. New York: NYU Press.

Cohn, Samuel (1993). *When Strikes Make Sense And Why: Lessons from Third Republic French Coal Miners*. Nueva York: Plenum.

Cohn, Samuel (2012). *Employment and Development under Globalization: State and Economy in Brazil*. Londres: Palgrave.

Collins, Patricia Hill (2015). Intersectionality's Definitional Dilemmas. *Annual Review of Sociology*, 41, 1-20.

Collins, Patricia Hill y Sirma Bilge (2016). *Intersectionality*. Malden: Polity Press.

Collins, Randall (2001). Social Movements and the Focus of Emotional Attention. En Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.), *Passionate Politics* (pp. 27-44). Chicago: University of Chicago Press.

Collins, Randall (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton: Princeton University Press.

Connell, Raewyn (2007). *Southern Theory: The Global Dynamics of Knowledge in Social Science*. Cambridge: Polity.

Cook, Maria Lorena (1994). *Organizing Dissent: Unions, the State, and the Democratic Teachers' Movement in Mexico*. University Park: Pennsylvania State University Press.

Cordero Ulate, Allen (2019). *Resumen Lucha Contra el Combo Fiscal (10 de setiembre-10 de diciembre del 2018)*. Departamento de sociología, Universidad de Costa Rica.

Cordero Ulate, Allen (2005). Clases medias y movimientos sociales en Costa Rica. *Revista de Ciencias Sociales*, 3-4 (109), 157-65.

Cordero Ulate, Allen (2009). Nuevas desigualdades; nuevas resistencias: de los extrabajadores bananeros costarricenses afectados por los agroquímicos. *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, 6 (2), 75-100.

Coronel, Valeria (2016). La revolución Gloriosa: una relectura desde la estrategia de la hegemonía de la izquierda de entreguerras. En S. Cabrera Hanna (ed.) *La gloriosa, ¿revolución que no fue?* (pp. 75-94). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Coronel, Valeria (2011). *A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943*. (Tesis doctoral) Universidad de Nueva York, Nueva York.

Correa Álvarez, Ahmed (2020). Deportación, tránsito y refugio. El caso de los cubanos de El Arbolito en Ecuador. *PÉRIPILOS, Revista de Investigación sobre Migraciones*, 3 (2) (2019), 52-88.

Cotarelo, María Celia y Nicolás Iñigo Carrera (2004). Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993-2001. *PIMSAS, Documentos y Comunicaciones*, 125-138.

Cress, Daniel M. y David A. Snow (2000). The Outcomes of Homeless Mobilization: The Influence of Organization, Disruption, Political Mediation, and Framing. *American Journal of Sociology*, 105 (4), 1063-1104.

Cruz, Jon (1999). *Culture on the Margin: The Black Spiritual and the Rise of American Cultural Interpretation*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Cunningham, David (2004). *There's Something Happening Here: The New Left, the Klan, and FBI Counterintelligence*. Berkeley: University of California Press.

Dahlerus, Claudia y Christian Davenport (1999). Tracking Down the Empirical Legacy of the Black Panther Party (or Notes on the Perils of Pursuing the Panthers). *New Political Science*, 21 (2), 261-79.

Davenport, Christian (2010). *State Repression and the Domestic Democratic Peace*. Cambridge: Cambridge University Press.

Davenport, Christian., Sarah. Soule y David. Armstrong (2011). Protesting While Black? The Differential Policing of American Activism, 1960 to 1990. *American Sociological Review*, 76 (1), 152-178.

Davis, Mike (2007). *Planet of Slums*. Londres: Verso.

De Moor, Joost, Katrin Uba, Mattias Wahlstrom, Magnus Wennerhag, Michiel De Vydt, Paul Almeida, Beth Gharrity Gardner, Piotr Kocyba, Michael Neuber, Ruxandra Gubernat, Marta Koczyńska, Henry P Rammett, and Stephen Davies (2020). Introduction: Fridays For Future - an expanding climate movement. En Joost de Moor, Katrin Uba, Mattias Wahlström, Magnus Wennerhag y Michiel De Vydt (Eds.), *Protest for a future II: Composition, mobilization and motives of the participants in Fridays For Future climate protests on 20-27 September, 2019, in 19 cities around the world* (pp. 6-33).

Deleuze, Gilles y Felix Guattari (1994). *Rizoma*. Valencia: Pre Textos.

Della Porta, Donatella (2013). Protest Cycles and Waves. En *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*. Oxford: Wiley-Blackwell.

Della Porta, Donatella (2014). "In-Depth Interviews". En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research* (pp. 228-261). Oxford: Oxford University Press.

Della Porta, Donatella (2015). *Social Movements in Times of Austerity: Bringing Capitalism Back into Protest Analysis*. Londres: Polity Press.

Della Porta, Donatella, Joseba Fernández, Hara Kouki y Lorenzo Mosca (2017). *Movement Parties against Austerity*. Londres: Polity Press.

Desmond, Matthew y Adam Travis (2018). Political Consequences of Survival Strategies among the Urban Poor. *American Sociological Review*, 83 (5), 869-96.

Diani, Mario (2015). *The Cement of Civil Society: Studying Networks in Localities*. Cambridge: Cambridge University Press.

Diani, Mario y Doug McAdam (eds.) (2003). *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*. Oxford: Oxford University Press.

Dicken, Peter (2011). *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy*. Nueva York: Guilford.

DiGrazia, Joseph (2017). Using Internet Search Data to Produce State-Level Measures: The Case of Tea Party Mobilization. *Sociological Methods and Research*, 46 (4), 898-925.

DiMaggio, Paul y Walter Powell (1983). The Iron Cage Revisited: Institutional Isomorphism and Collective Rationality in Organization Fields. *American Sociological Review*, 48 (2), 147-60.

Disi, Rodolfo Pavlic (2020). Policies, parties, and protests: explaining student protest events in Latin America. *Social Movement Studies*, 19 (2), 183-200.

Dittmar, Kelly (2020). Urgency and ambition: the influence of political environment and emotion in spurring US women's candidacies in 2018. *European Journal of Politics and Gender*, 3 (1), 143-160.

Dixon, Marc (2008). Movements, Countermovements, and Policy Adoption: The Case of Right-to-Work Activism. *Social Forces*, 87, 473-500.

Dixon, Marc. y Vincent Roscigno (2003). Status, Networks, and Social Movement Participation: The Case of Striking Workers. *American Journal of Sociology*, 108, 1292-1327.

Dodson, Kyle (2011). The Movement Society in Comparative Perspective. *Mobilization*, 16 (4), 475-94.

- Dodson, Kyle (2015). Gendered Activism: A Cross-National View on Gender Differences in Protest Activity. *Social Currents*, 2, 377-92.
- Dodson, Kyle (2016a). Economic Threat and Protest Behavior in Comparative Perspective. *Sociological Perspectives*, 59 (3).
- Dodson, Kyle (2016b). TSMOs and Protest Participation. *Socius*, 2, 1-14.
- Doerr, Nicole y Noa Milman (2014). Working with Images. En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research* (pp. 418-445). Oxford: Oxford University Press.
- Donoso, Sofia (2013). Dynamics of change in Chile: Explaining the emergence of the 2006 Pingüino movement. *Journal of Latin American Studies*, 45 (1), 1-29.
- Donoso, Sofia (2016). When social movements become a democratizing force: The political impact of the Student Movement in Chile. *Research in Social Movements, Conflict and Change*, 39, 167-196.
- Donoso, Sofia y Marisa Von Bülow (2017). *Social Movements in Chile: Organization, Trajectories, and Political Consequences*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Drake, Paul (1996). *Labor Movements and Dictatorships*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Durkheim, Émile (1984). *The Division of Labor in Society*. Nueva York: Free Press [*La división del trabajo social*, traducción del francés de Rocío Annunziata, Buenos Aires, Gorla].
- Earl, Jennifer (2004). The Cultural Consequences of Social Movements. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 508-530). Malden: Blackwell.
- Earl, Jennifer (2011). Political Repression: Iron Fists, Velvet Gloves and Diffuse Control. *Annual Review of Sociology*, 37, 261-84.

Earl, Jennifer y R. Kelly Garrett (2017). The New Information Frontier: Toward a More Nuanced View of Social Movement Communication. *Social Movement Studies*, 16 (4), 479-93.

Earl, Jennifer y Katrina Kimport (2011). *Digitally Enabled Social Change: Activism in the Internet Age*. Cambridge: MIT Press.

Earl, Jennifer, Andrew Martin, John D. McCarthy y Sarah A. Soule (2004). The Use of Newspaper Data in the Study of Collective Action. *Annual Review of Sociology*, 30, 65-80.

Earl, Jennifer y Sarah Soule (2010). The Impacts of Repression: The Effect of Police Presence and Action on Subsequent Protest Rates. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 30, 75-113.

Eckstein, Susan Eva y Timothy P. Wickham-Crowley (2015). The Persisting Relevance of Political Economy and Political Sociology in Latin American Social-Movement Studies. *Latin American Research Review*, 50 (4), 3-25.

Ecuador Debate (2007-2017). Análisis de conflictividad. *Ecuador Debate*, 72-100.

Edelman, Marc. (1999). *Peasants against Globalization: Rural Social Movements in Costa Rica*. Stanford: Stanford University Press.

Edelman, Marc, Carlos Oya y Saturnino M. Borrás Jr. (eds.) (2016). *Global Land Grabs: History, Theory and Method*. Nueva York: Routledge.

Edwards, Bob (1995). With Liberty and Environmental Justice for All: The Emergence and the Challenge of Grassroots Environmentalism in the USA. En Bron Taylor (ed.), *Ecological Resistance Movements: The Global Emergence of Radical and Popular Environmentalism* (pp. 35-55). Albany: State University of New York Press.

Edwards, Bob y Melinda Kane (2014). Resource Mobilization and Social and Political Movements. En Hein-Anton van der Heijden (ed.), *Handbook of Political Citizenship and Social Movements* (pp. 205-232). Cheltenham: Edward Elgar.

Edwards, Bob y John D. McCarthy (2004). Resources and Social Movement Mobilization. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 116-152). Oxford: Blackwell.

Edwards, Bob, John D. McCarthy y Dane Mataic (2018). The Resource Context of Social Movements. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (79-97). Oxford: Blackwell.

Edyvane, Derek y Enes Kulenovic (2017). Disruptive Disobedience. *Journal of Politics*, 79 (4), 1359-1371.

Einwohner, Rachel L. y Thomas V. Maher (2011). Threat Assessments and Collective-Action Emergence: Death Camp and Ghetto Resistance during the Holocaust. *Mobilization*, 16 (1), 127-146.

Einwohner, Rachel y J. William Spencer (2005). That's How We Do Things Here: Local Culture and the Construction of Sweatshops and Anti-sweatshop Activism in Two Campus Communities. *Sociological Inquiry*, 75 (2), 249-272.

Ellacuría, Ignacio (2000). *Escritos teológicos. Tomo I*. San Salvador: UCA Editores.

Emirbayer, Mustafa (1996). Useful Durkheim. *Sociological Theory*, 14 (2), 109-130.

Enríquez, Laura (1991). *Harvesting Change: Labor and Agrarian Reform in Nicaragua, 1979-1990*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Etchemendy, Sebastián (2020). The Politics of Popular Coalitions: Unions and Territorial Social Movements in Post-Neoliberal Latin America (2000-15). *Journal of Latin American Studies*, 52 (1), 157-188.

Eyerman, Ron y Andrew Jamison (1998). *Music and Social Movements: Mobilizing Traditions in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fadaee, Simin (ed.) (2016). *Understanding Southern Social Movements*. Nueva York: Routledge.

Falla, Ricardo (2007). *Quiché rebelde: estudio de un movimiento de conversión religiosa, rebelde a las creencias tradicionales, en San Antonio Ilotenango, Quiché (1948-1970)*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Fanon, Franz (1963). *The Wretched of the Earth*. Nueva York: Grove Press [Los condenados de la tierra, traducción del francés de Julieta Campos, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009].

Feagin, Joe y Harlan Hahn (1973). *Ghetto Revolts: Politics of Violence in American Cities*. Nueva York: Collier Macmillan.

Feoli, Ludovico (2018). The Policy and Institutional Effects of Contentious Politics in Costa Rica's Energy Sector. *European Review of Latin American and Caribbean Studies/Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 106, 75-102.

Figueroa Ibarra, Carlos (1991). *El recurso del miedo. Ensayo sobre Estado y terror en Guatemala*. Costa Rica: EDUCA.

Fillieule, Olivier y Danielle Tartakowsky (2013). *Demonstrations*. Halifax: Fernwood.

Finlay, Barbara (2007). *Before the Second Wave: Gender in the Sociological Tradition*. Upper Saddle River: Pearson.

Fisher, Dana, Dawn Dow y Rashawn Ray (2017). Intersectionality Takes It to the Streets: Mobilizing across Diverse Interests for the Women's March. *Science Advances*, 3 (9), 1-8.

Fisher, Dana, Kevin Stanley, David Berman y Gina Neff (2005). How Do Organizations Matter? Mobilization and Support for Participants at Five Globalization Protests. *Social Problems*, 52 (1), 102-21.

Flores, Edward Orozco, Ana Padilla, Karina Juarez y Rabia Qaiser (2020). *Massive Job Losses among Non Citizens in California and the US*. Policy Report. UC Merced Community y Labor Center, May.

Flores, Edward Orozco (2018). *Jesus Saved an Ex-Con: Political Activism and Redemption after Incarceration*. Nueva York: New York University Press.

Foran, John (1997). Discourses and Social Forces: The Role of Culture and Cultural Studies in Understanding Revolutions. En John Foran (ed.), *Theorizing Revolutions* (pp. 203-226). Londres: Routledge.

Foran, John (2005). *Taking Power: On the Origins of Third World Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Foran, John (2009). From Old to New Political Cultures of Opposition: Radical Social Change in an Era of Globalization. En Kum-Kum Bhavnani, John Foran, Priya Kurian y Debashish Munshi (eds.), *On the Edges of Development: Cultural Interventions* (pp. 143-164). Nueva York: Routledge.

Francisco, Ronald (2005). The Dictator's Dilemma". En Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.), *Repression and Mobilization* (pp. 58-81). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Franco-Lao, Méri (1976). *¡Basta!: canciones de testimonio y rebeldía de América Latina*. Ciudad de México: Biblioteca Era.

Fu, Li (2016). The Politics of Everyday Subsistence Strategies and Hidden Resistance among Herders in China. *China Journal*, 76 (1), 63-77.

Gaby, Sarah y Neal Caren (2012). Occupy Online: How Cute Old Men and Malcolm X Recruited 400,000 US Users to OWS on Facebook. *Social Movement Studies*, 11 (3-4), 367-374.

Galeano, Eduardo (1997). *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*. [Traducido al inglés de Las venas abiertas de América Latina]. Nueva York: Monthly Review Press.

Gamson, William A. (1990) [1975]. *The Strategy of Social Protest*. 2a. ed. Belmont: Wadsworth.

Gamson, William. (1989). Reflections on the Strategy of Social Protest. *Sociological Forum*, 4 (3), 455-467.

Gamson, William y David S. Meyer (1996). Framing Political Opportunity. En Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framing*, (pp. 275-290). Cambridge: Cambridge University Press.

Gamson, William A. y David S. Meyer (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 398-412). [Traducido al español de *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framing*] Madrid: Istmo.

Ganz, Marshall (2009). *Why David Sometimes Wins: Leadership, Organization, and Strategy in the California Farm Worker Movement*. Oxford: Oxford University Press.

García Linera, Álvaro (2001). Sindicato, Multitud y Comunidad. Movimiento sociales y formas de autonomía política en Bolivia. En Álvaro García, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada, Luis Tapia (eds.), *Tiempos de Rebelión*. La Paz: Muela del Diablo Editores.

García Linera, Álvaro (2008). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: Prometeo y CLACSO.

Garita, Nora (ed.) (2018). *América Latina y sus Pueblos en Movimiento*. San José: Universidad de Costa Rica.

Garretón, Matías, Joignant, Alfredo, Somma, Nicolás y Campos, Tomás (Noviembre, 2018). Nota COES de Política Pública N°17: Informe Anual Observatorio de Conflictos. Santiago: COES.

Gasim, Gamal (2014). Explaining Political Activism in Yemen. En Lina Khatib, Ellen Lust (eds.) *Taking to the Streets: The Transformation of Arab Activism* (109-135). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Gereffi, Gary (1994). Capitalism, Development and Global Commodity Chains. En Leslie Sklair (ed.), *Capitalism and Development* (pp. 211-230). Londres: Routledge.

Gest, Justin (2016). *The New Minority: White Working Class Politics in an Age of Immigration and Inequality*. Oxford: Oxford University Press.

Giarracca, Norma (2003). De las fincas y las casas a las rutas y las plazas: las protestas y las organizaciones sociales en la Argentina de los mundos "rururbanos". Una mirada desde América Latina. *Sociologías*, 10, 250-283.

Giugni, Marco (2004). Personal and Biographical Consequences. En David A. Snow, Sarah Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 489-507). Oxford: Blackwell.

Giugni, Marco y Maria T. Grasso (2019). *Street citizens: protest politics and social movement activism in the age of globalization*. Cambridge University Press.

Go, Julian (2011). *Patterns of Empire: The British and American Empires, 1688 to the Present*. Cambridge: Cambridge University Press.

Goffman, Erving (1974). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Cambridge, MA: Harvard University Press [*Frame Análisis: Los marcos de la experiencia*, Madrid, CIS, 2006].

Golash-Boza, Tanya (2015). *Deported: Immigrant Policing, Disposable Labor and Global Capitalism*. Nueva York: New York University Press.

Gold, Tomás y Alejandro M. Peña (2019). Protests, signaling, and elections: conceptualizing opposition-movement interactions during Argentina's anti-government protests (2012-2013). *Social Movement Studies*, 18 (3), 324-345.

Goldstone, Jack (1998). Social Movements or Revolutions? On the Evolution and Outcomes of Collective Action. En Marco Giugni, Douglas McAdam y Charles Tilly, *From Contention to Democracy* (pp. 125-145). Lanham: Rowman & Littlefield.

Goldstone, Jack (2004). More Social Movements or Fewer? Beyond Political Opportunity Structures to Relational Fields. *Theory and Society*, 33, 333-365.

Goldstone, Jack (2014). *Revolutions*. Nueva York: Oxford University Press.

Goldstone, Jack (2015). Demography and Social Movements. En Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.), *The Oxford Handbook of Social Movements* (pp. 146-158). Oxford: Oxford University Press.

Goldstone, Jack y Doug McAdam (2001). Contention in Demographic and Life-Course Context. En Ronald R. Aminzade, Jack A. Goldstone, Doug McAdam, Elisabeth J. Perry, William H. Sewell Jr., Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics* (pp. 195-221). Cambridge: Cambridge University Press.

Goldstone, Jack y Charles Tilly (2001). Threat (and Opportunity): Popular Action and State Response in the Dynamic of Contentious Action. En Ronald R. Aminzade, Jack A. Goldstone, Doug McAdam, Elisabeth J. Perry, William H. Sewell Jr., Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics* (pp. 179-194). Cambridge: Cambridge University Press.

González, Luis Armando y Luis Alvarenga (2002). La huelga en el sector salud: consideraciones políticas. *Estudios Centroamericanos*, 57 (649-50), 1140-1143.

González Márquez, Luis Rubén (2017). *Política popular contenciosa: movilización social y hegemonía en El Salvador, 1919-1932*. (Tesis de maestría) Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, Quito.

Goodwin, Jeff (2001). *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*. Cambridge: Cambridge University Press.

Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.) (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.

Goodwin, Jeff y Rene Rojas (2015). Revolutions and Regime Change. En Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.), *The Oxford Handbook of Social Movements* (pp. 793-804). Oxford: Oxford University Press.

Gould, Deborah B. (2009). *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight against AIDS*. Chicago: University of Chicago Press.

Gould, Jeffrey y Aldo Lauria-Santiago (2008). *To Rise in Darkness: Revolution, Repression, and Memory in El Salvador, 1920-1932*. Durham: Duke University Press.

Gould, Roger V. (1995). *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*. Chicago: University of Chicago Press.

Gould, Roger V. (2003). Why Do Networks Matter? Rationalist and Structuralist Interpretations. En Mario Diani y Doug McAdam (eds.), *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action* (pp. 233-257). Oxford: Oxford University Press.

Gould Roger V. (2005). Historical Sociology and Collective Action. En Julia Adams, Elisabeth S. Clemens y Anna S. Orloff, *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, pp. 286-299. Durham: Duke University Press.

Gould-Wartofsky, Michael. 2015. *The Occupiers: The Making of the 99 Percent Movement*. Oxford: Oxford University Press.

Gramsci, Antonio (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. Nueva York: International.

Guha, Ranajit (1998). *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Nueva York-New Delhi: Oxford University Press.

Guillemot, Jonathan R. y Debora J. Price (2017). Politicisation in Later Life: Experience and Motivations of Older People Participating in a Protest for the First Time. *Contemporary Social Science*, 12 (1-2), 52-67.

Gurr, Ted Robert (1970). *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University Press.

- Gurr, Ted Robert (2015). *Political Rebellion: Causes, Outcomes and Alternatives*. Londres: Routledge.
- Gutiérrez, Gustavo (1973). *A Theology of Liberation*. Nueva York: Orbis Books.
- Gyapong, Adwoa Yeboah (2019). Land deals, wage labour, and everyday politics. *Land*, 8 (6).
- Habermas, Jürgen (1989). *The Structural Transformation of the Public Sphere*. [Traducido al inglés de Historia y crítica de la opinión pública] Cambridge, MA: MIT Press.
- Hadden, Jennifer (2015). *Networks in Contention: The Divisive Politics of Climate Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Halebsky, Stephen (2009). *Small Towns and Big Business: Challenging Wal-Mart Superstores*. Lanham, MD: Lexington Books.
- Harvey, David (2015). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, Neil (1998). *The Chiapas Rebellion: The Struggle for Land and Democracy*. Durham: Duke University Press.
- Heaney, Michael y Fabio Rojas (2015). *Party in the Streets: The Antiwar Movement and the Democratic Party after 9/11*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, Eric (1983). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- Hoffer, Eric (1951). *The True Believer: Thoughts on the Nature of Mass Movements*. Nueva York: New American Library [El verdadero creyente, traducción de Adela Garzón Pérez, Madrid, Tecnos, 2009].

- Holloway, John (2009) Autonomismo positivo y negativo. En Claudio Albertani *et al.* *La autonomía posible. Reinención de la política y emancipación*. México: UACM.
- Horowitz, Jonathan (2017). Who Is This 'We' You Speak Of? Grounding Activist Identity in Social Psychology. *Socius*, 3, 1-17.
- Hossfeld, Karen (1990). "Their Logic against Them": Contradictions in Sex, Race, and Class in Silicon Valley. En Kathryn Ward (ed.), *Women Workers and Global Restructuring* (pp. 149-178). Ithaca: Cornell University Press.
- Howard, Philip (2010). *The Digital Origins of Dictatorship and Democracy: Information Technology and Political Islam*. Oxford: Oxford University Press.
- Hung, Ho-fung (2011). *Protest with Chinese Characteristics: Demonstrations, Riots and Petitions in the Mid-Qing Dynasty*. Nueva York: Columbia University Press.
- Huntington, Samuel P. (1991). *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Hutter, Swen (2014). "Protest Event Analysis and Its Offspring". En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research* (pp. 335-367). Oxford: Oxford University Press.
- Hutter, Swen, Hanspeter Kriesi y Jasmine Lorenzini (2018). Social Movements in Interaction with Political Parties. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 322-337). 2da. Ed. Oxford: Blackwell.
- Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (1998). *Los Movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.
- Ince, Jelani, Fabio Rojas y Clayton Davis (2017). The Social Media Response to Black Lives Matter: How Twitter Users Interact with Black Lives Matter through Hashtag Use. *Ethnic and Racial Studies*, 40 (11), 1814-1830.

Inclán, María (2008). From the ¡Ya Basta! to the Caracoles: Zapatista Mobilization under Transitional Conditions. *American Journal of Sociology*, 113 (5), 1316-1350.

Inclán, María (2012). Zapatista and Counter-Zapatista Protests: A test of Movement–Countermovement Dynamics. *Journal of Peace Research*, 49 (3), 459-472.

Inclán, María (2018a). Latin America, a continent in movement but where to? A review of social movements' studies in the region. *Annual Review of Sociology*, 44, 535-551.

Inclán, María (2018b). *The Zapatista Movement and Mexico's Democratic Transition: Mobilization, Success, and Survival*. Oxford: Oxford University Press.

Inclán, María y Paul Almeida (2017). Ritual Demonstrations versus Reactive Protests in Mexico City: Protest Participation across Mobilizing Contexts. *Latin American Politics and Society*, 59 (4), 47-74.

Ingelhart, Ronald (1977). *The Silent Revolution Changing Values and Political Styles among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.

Ingram, Paul, Lori Qingyuan Yue y Hayagreeva Rao (2010). Trouble in Store: Probes, Protests, and Store Openings by Walmart, 1998-2007. *American Journal of Sociology*, 116, 53-92.

Isaacman, Allen (1993). Peasants and Rural Social Protest in Africa. En Frederick Cooper, Allen F. Isaacman, Florencia C. Mallon, William Roseberry y Steve J. Stern, *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (pp. 205-317). Madison: University of Wisconsin Press.

Jakobsen, Tor Georg y Ola Listhaug (2014). Social Change and the Politics of Protest. En Russell Dalton y Christian Welzel (eds.), *The Civic Culture Transformed* (pp. 213-239). Cambridge: Cambridge University Press.

James, Cyril Lionel Robert (2003). *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*. Madrid-México: Turner-Fondo de Cultura Económica.

James, Daniel (2006). *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina 1946 - 1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jasper, James (1997). *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.

Jasper, James (1998). The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and around Social Movements. *Sociological Forum*, 13 (3), 397-424.

Jasper, James M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4 (10), 46-66

Jasper, James (2018). *The Emotions of Protest*. Chicago: University of Chicago Press.

Jenkins, J. Craig (1983). Resource Mobilization Theory and the Study of Social Movements. *Annual Review of Sociology*, 9, 527-553.

Jenkins, J. Craig y Barbara Brents (1989). Social Protest, Hegemonic Competition, and Social Reform: A Political Struggle Interpretation of the Origins of the American Welfare State. *American Sociological Review*, 54, 891-909.

Jenkins, J. Craig y William Form (2005). Social Movements and Social Change. En Thomas Janoski, Robert Alford, Alexander M. Hicks y Mildred A. Schwartz (eds.), *The Handbook of Political Sociology: States, Civil Societies, and Globalization*, (pp. 331-349). Cambridge: Cambridge University Press.

Jenkins, K. 2017. Women Anti-mining Activists' Narratives of Everyday Resistance in the Andes: Staying Put and Carrying On in Peru and Ecuador. *Gender, Place and Culture*, 24 (10), 1441-1459.

Jobin-Leeds, Greg y AgitArte (2016). *When We Fight, We Win: Twenty-First-Century Social Movements and the Activists That Are Transforming Our World*. Nueva York: New Press.

Johnson, Erik W. y Scott Frickel (2011). Ecological Threat and the Founding of U.S. National Environmental Movement Organizations, 1962-1998. *Social Problems*, 58 (3), 305-329.

Johnston, Hank (2005). Talking the Walk: Speech Acts and Resistance in Authoritarian Regimes. En Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.), *Repression and Mobilization* (pp. 108-137). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Johnston, Hank (2011). *States and Social Movements*. Cambridge: Polity Press.

Johnston, Hank, Enrique Laraña y Joseph Gusfield (1994). Identities, Grievances, and New Social Movements. En Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph Gusfield (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity* (3-35). Philadelphia: Temple University Press.

Kadivar, Mohammad Ali (2017). Preelection Mobilization and Electoral Outcome in Authoritarian Regimes. *Mobilization*, 22 (3), 293-310.

Kadivar, Mohammad Ali (2018). Mass Mobilization and the Durability of New Democracies. *American Sociological Review*, 78 (6), 1063-1086.

Kalandadze, Katya y Mitchell A. Orenstein (2009). Electoral Protests and Democratization: Beyond the Color Revolutions. *Comparative Political Studies*, 42 (11), 1403-1425.

Karatasli, Sahan Savas, Kumral Sefika y Beverly Silver (Febrero, 2018). *A New Global Tide of Rising Social Protest? The Early Twenty-first Century in World Historical Perspective*. Ponencia presentada en la Reunión Anal de la Sociedad Sociológica del Este (Eastern Sociological Society), Miniconferencia sobre la globalización en tiempos inciertos. Baltimore.

Katzenstein, Mary Fainsod (1998). *Faithful and Fearless: Moving Feminist Protest inside the Church and Military*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Kauffmann, L. A. (25 de septiembre de 2018). The Republican Party Is About to Face the Wrath of Women. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/sep/25/republican-party-face-wrath-women>.

Keck, Margaret y Kathryn Sikkink (1998). *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca: Cornell University Press.

Kenney-Lazar, Miles, Diana Suhardiman y Michael B. Dwyer (2018). State Spaces of Resistance: Industrial Tree Plantations and the Struggle for Land in Laos. *Antipode*. doi: 10.1111/anti.12391.

Khatib, Lina y Ellen Lust (eds.) (2014). *Taking to the Streets: The Transformation of Arab Activism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Kielbowicz, Richard Burket y Clifford Wayne Scherer (1986). The Role of the Press in the Dynamics of Social Movements. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 9, 71-96.

Kim, H. y P. Bearman. 1997. "The Structure and Dynamics of Movement Participation". *American Sociological Review*, 62, 70-93.

King, Brayden G., Keith G. Bentele y Sarah A. Soule. 2007. "Protest and Policymaking: Explaining Fluctuation in Congressional Attention to Rights Issues, 1960-1986". *Social Forces*, 86 (1), 137-63.

King, Brayden y Sarah A. Soule. 2007. "Social Movements as Extra-Institutional Entrepreneurs: The Effect of Protest on Stock Price Returns". *Administrative Science Quarterly*, 52, 413-442.

King, Michael. 2017. *When Riot Cops Are Not Enough: The Policing and Repression of Occupy Oakland*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Kitts, James (2000). Mobilizing in Black Boxes: Social Networks and Participation in Social Movement Organizations. *Mobilization*, 5(2), 241-57.

Klandermans, Bert (1988). The Formation and Mobilization of Consensus. En B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, (pp. 173-196). Greenwich, CT: JAI Press.

Klandermans, Bert (1997). *The Social Psychology of Protest*. Oxford: Blackwell.

Klandermans, Bert (2012). Between Rituals and Riots: The Dynamics of Street Demonstrations. *Mobilization*, 17 (3), 233-234.

Klandermans, Bert (2018). Promoting or Preventing Change through Political Participation: About Political Actors, Movements, and Networks. En M. van Zomeren y J. F. Dovidio (eds.), *The Oxford Handbook of the Human Essence*, (pp. 207-218). Oxford: Oxford University Press.

Knight, Alan (2005). *Revolución, Democracia y Populismo en América Latina*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

Kolb, Felix (2007). *Protest and Opportunities: The Political Outcomes of Social Movements*. Fráncfort: Campus Verlag.

Kolins Givan, Rebecca, Kenneth Roberts y Sarah Soule (2010). Introduction: The Dimensions of Diffusion. En Rebecca Kolins Givan, Kenneth Roberts y Sarah Soule (eds.), *The Diffusion of Social Movements*, (pp. 1-15). Cambridge: Cambridge University Press.

Koo, Hagen (2001). *Korean Workers: The Culture and Politics of Class Formation*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Koopmans, Ruud (1993). "The Dynamics of Protest Waves: West Germany, 1965 to 1989". *American Sociological Review*, 58 (5), 637-58.

Koopmans, Ruud (1999). The Use of Protest Event Data in Comparative Research: Cross-National Comparability, Sampling Methods, and Robustness. En D. Rucht, R. Koopmans y F. Neidhardt (eds.), *Acts of Dissent: New Developments in the Study of Protest*, (pp. 90-110). Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

- Koopmans, Ruud (2002). Protest Event Analysis. En Bert Klandermans y Suzanne Staggenborg, *Methods of Social Movement Research*, (pp. 231-259). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Koopmans, Ruud (2004). Protest in Time and Space: The Evolution of Waves of Contention. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, (pp. 19-46). Oxford: Blackwell.
- Koopmans, Ruud y Susan Olzak (2004). Discursive Opportunities and the Evolution of Right-Wing Violence in Germany. *American Journal of Sociology*, 110 (1), 198-230.
- Kriesi, Hanspeter, Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak y Marco Guigni (1995). *New Social Movements in Western Europe: A Comparative Analysis*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Krinsky, John y Nick Crossley (2014). Social Movements and Social Networks: Introduction. *Social Movement Studies*, 13 (1), 1-21.
- Krishna, Anirudh (2002). *Active Social Capital: Tracing the Roots of Development and Democracy*. Nueva York: Columbia University Press.
- Kurzman, Charles (2005). *The Unthinkable Revolution in Iran*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kurzman, Charles (2011). Cultural Jiu-Jitsu and the Iranian Greens. En Nader Hashemi y Danny Postel (eds.), *The People Reloaded: The Green Movement and the Struggle for Iran's Future*, (pp. 7-17). Nueva York: Melville House.
- Lachenal, Cécile, and Kristina Pirker, (eds.) (2012). *Movimientos sociales, derechos y nuevas ciudadanía en América Latina*. Ciudad de México: Fundar, Centro de Análisis e Investigación.
- Laclau, Ernesto, Chantal Mouffe, y Sandra Chaparro Martínez (2018). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Laboratorio de Análisis de Organizaciones de los Movimientos Sociales (LAOMS) (2017). Base de datos AEP 2013-2016. México, D. F., México: Centro de Estudios e Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lapegna, Pablo (2016). *Soybeans and power: genetically modified crops, environmental politics, and social movements in Argentina*. Oxford: Oxford University Press.

Lapegna, Pablo (2016). Genetically Modified Soybeans, Agrochemical Exposure, and Everyday Forms of Peasant Collaboration in Argentina. *Journal of Peasant Studies* 43(2), 517-36.

Laserna, Roberto (2020). *48 años de conflictos sociales en Bolivia: enero de 1970-diciembre de 2018*. Cochabamba: CERES.

Laster Pirtle, Whitney N. (2020). Racial capitalism: a fundamental cause of novel coronavirus (COVID-19) pandemic inequities in the United States. *Health Education & Behavior*. doi.org/10.1177/1090198120922942.

Lawson, George (2019). *Anatomies of revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leal, Diego (2020). Mass Transit Shutdowns as a Tactical Innovation in Bogotá, Colombia. *Social Currents*. doi.org/10.1177/2329496520906826

Levitsky, Steven y Kenneth Roberts (2011). Introduction. Latin America's 'Left Turn': A Framework for Analysis. En Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts (eds.), *The Resurgence of the Latin American Left* (pp. 1-30). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Lewis, K., K. Gray y J. Meierhenrich (2014). The Structure of Online Activism. *Sociological Science* 1, 1-9.

Lichbach, Mark (1995). *The Rebel's Dilemma*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Lichterman, Paul (2002). Seeing Structure Happen: Theory-Driven Participant Observation. En Suzanne Staggenborg y Bert Klandermans,

Methods of Social Movement Research (pp. 118-145). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Lim, Chaeyoon (2008). Social Networks and Political Participation: How Do Networks Matter? *Social Forces*, 87 (2), 961-82.

López Maya, Margarita, Nicolás Iñigo Carrera, y Pilar Calveiro, (eds.) 2008. *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. 1. ed. Buenos Aires: CLACSO.

López Maya, Margarita, y Luis E. Lander (2006). Novedades y continuidades de la protesta popular en Venezuela. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 12 (1), 11-30.

López Maya, Margarita (1999). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas: Nueva Sociedad.

Loveman, Mara (1998). High Risk Collective Action: Defending Human Rights in Chile, Uruguay, and Argentina. *American Journal of Sociology*, 104 (2), 477-525.

Lu Yao, Tao Ran (2017). Organizational Structure and Collective Action: Lineage Networks, Semiautonomous Civic Associations, and Collective Resistance in Rural China. *American Journal of Sociology*, 122 (6), 1726-1774.

Lubeck, Paul M. y Thomas Reifer (2004). The Politics of Global Islam: US Hegemony, Globalization and Islamist Social Movements. En *Globalization, Hegemony and Power: Antisystemic Movements and the Global System* (pp. 162-180). Boulder: Paradigm.

Luce, Stephanie (2017). Living Wages: A US Perspective. *Employee Relations*, 39 (6), 863-874.

Luders, Joseph (2016). Feminist Mobilization and the Politics of Rights. En Lorenzo Bosi, Marco Giugni y Katrin Uba (eds.), *The Consequences of Social Movements* (pp. 185-214). Cambridge: Cambridge University Press.

Lukes, Steven (2005). *Power: A Radical View*, 2a. ed. Nueva York: Palgrave.

Luna, Zakiya (2016). "Truly a Women of Color Organization": Negotiating Sameness and Difference in Pursuit of Intersectionality. *Gender and Society*, 30 (5), 769-790.

Luna, Zakiya (2017). Who Speaks for Whom? (Mis) Representation and Authenticity in Social Movements. *Mobilization: An International Quarterly*, 22 (4), 435-450.

Mackin, Robert (2015). Liberation Theology and Social Movements. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Handbook of Social Movements across Latin America* (pp. 101-116). Nueva York: Springer.

Mackin, Robert (2017). Teología de la Liberación y movimientos sociales. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate, Eds., *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 183-212). Buenos Aires: CLACSO

Maher, Thomas V. (2010). Threat, Resistance, and Mobilization: The Cases of Auschwitz, Sobibór, and Treblinka. *American Sociological Review*, 75 (2), 252-272.

Maney, Gregory; Kenneth T. Andrews; Rachel V. Kutz-Flamenbaum; Deana A. Rohlinger y Jeff Goodwin. (2012). An Introduction to Strategies for Social Change. En Gregory Maney, Rachel Kutz-Flamenbaum, Deana Rohlinger y Jeff Goodwin (eds.), *Strategies for Social Change* (pp. 11-38). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Mariátegui, José Carlos (2009). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 3a. ed. Caracas, Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho.

Markoff, John. (2015a). *Waves of Democracy: Social Movements and Political Change*, 2a. ed. Thousand Oaks: Sage.

Markoff, John (2015b). Historical Analysis and Social Movements Research. En Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.), *The Oxford Handbook of Social Movements*, Oxford: Oxford University Press.

Markoff, John y Daniel Burridge (año). Forthcoming. "The Global Wave of Democratization and Its Aftermath". En Christian W. Haerperfer, Ronald

Inglehart, Chris Welzel y Patrick Bernhagen (eds.), *Democratization in a Globalized World*, 2a. ed. Oxford: Oxford University Press.

Markoff, John y Verónica Montecinos (1993). The Ubiquitous Rise of Economists. *Journal of Public Policy*, 13 (1), 37-68.

Martí Puig, Salvador (2012). The Indignados: New Spanish Social Movements against the Crisis. En Janet Byrne (ed.), *The Occupy Handbook*, Nueva York: Little, Brown and Company.

Martí Puig, Salvador (2012). *La revolución enredada*. Madrid: Los Libros de Catarata.

Martin, Andrew W. (2008). The Institutional Logic of Union Organizing and the Effectiveness of Social Movement Repertoires. *American Journal of Sociology*, 113, 1067-1103.

Martin, Isaac William (2013). *Rich People's Movements: Grassroots Campaigns to Untax the One Percent*. Oxford: Oxford University Press.

Martínez Alier, Joan (2005). *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.

Martínez Franzoni, Juliana (2012). Servicios de salud, universalismo y desigualdad en Centroamérica: tercetos legados e incipientes transformaciones. En Carlos Fidel y Enrique Valencia (coords), *(Des)encuentros entre reformas sociales, salud, pobreza y desigualdad en América Latina: Tomo I* (pp. 97-130). Buenos Aires: CLACSO.

Martínez Peláez, Severo (2011). *Motines de indios: la violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*. 2a. ed. Guatemala, Guatemala: F & G Editores.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1978) [1848]. The Communist Manifesto. In Robert Tucker (ed.), *The Marx and Engels Reader* (pp. 469-501). Nueva York: Norton [*Manifiesto Comunista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014].

Marx Ferree, Myra (2005). Soft Repression: Ridicule, Stigma and Silencing in Gender-Based Movements. En Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.), *Repression and Mobilization* (pp. 138-155). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Mason, Paul (2013). *Why It's Still Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*. Londres: Verso.

McAdam, Doug (1999) [1982]. *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.

McAdam, Doug (1986). Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer. *American Journal of Sociology*, 92 (1), 64-90.

McAdam, Doug (1988). *Freedom Summer*. Nueva York: Oxford University Press.

McAdam, Doug (1996). "Political Opportunities: Conceptual Origins, Current Problems, Future Directions". En Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements* (pp. 23-40). Nueva York: Cambridge University Press.

McAdam, Doug (2003). Beyond Structural Analysis: Toward a More Dynamic Understanding of Social Movements. En Mario Diani y Doug McAdam (eds.), *Social Movement Analysis: The Network Perspective* (pp. 281-299). Oxford: Oxford University Press.

McAdam, Doug, Hilary Schaffer Boudet, Jennifer Davis, Ryan J. Orr, W. Richard Scott y Raymond E. Levitt (2010). "Site Fights": Explaining Opposition to Pipeline Projects in the Developing World. *Sociological Forum*, 25 (3), 401-27.

McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer Zald (1996). Preface. En Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings* (pp. 11-14). Cambridge: Cambridge University Press.

McAdam, Doug y Ronnelle Paulsen (1993). Specifying the Relationship between Social Ties and Activism. *American Journal of Sociology*, 99 (3), 640-667.

McAdam, Doug y W. Richard Scott (2005). Organizations and Movements. En Gerald F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott y Mayer N.

Zald (eds.), *Social Movements and Organization Theory* (4-40). Cambridge: Cambridge University Press.

McAdam, Doug y Yang Su (2002). The War at Home: Antiwar Protests and Congressional Voting, 1965 to 1973. *American Sociological Review*, 67 (5), 696-721.

McAdam, Doug y Sidney Tarrow (2010). Ballots and Barricades: On the Reciprocal Relationship between Elections and Social Movements. *Perspectives on Politics*, 8 (2), 529-542.

McAdam, Doug y Sidney G. Tarrow (2018). The Political Context of Social Movements. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley- Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 19-42). Oxford: Blackwell.

McAdam, Doug, Sidney G. Tarrow y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Nueva York: Cambridge University Press.

McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer N. Zald (1999). Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales. En Doug McAdam, John McCarthy y Mayer N. Zald (eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 21-46). Madrid: Istmo.

McAllister, Karen E. (2015). Rubber, Rights and Resistance: The Evolution of Local Struggles against a Chinese Rubber Concession in Northern Laos. *Journal of Peasant Studies*, 42 (3-4), 817-837.

McCammon, Holly (2003). "Out of the Parlors and into the Streets": The Changing Tactical Repertoire of the U.S. Women's Suffrage Movements. *Social Forces*, 81, 787-818.

McCammon, Holly (2012). *The U.S. Women's Jury Movement and Strategic Adaptation*. Cambridge: Cambridge University Press.

McCammon, Holly, Karen E. Campbell, Ellen Granberg y Christine Mowery (2001). How Movements Win: Gendered Opportunity Structures

and the State Women's Suffrage Movements, 1866-1919. *American Sociological Review*, 66 (1), 49-70.

McCammon, Holly y Nella Van Dyke (2010). Applying Qualitative Comparative Analysis to Empirical Studies of Social Movement Coalition Formation. En Nella Van Dyke y Holly McCammon (eds.), *Strategic Alliances: Coalition Building and Social Movements* (pp. 292-315). Minneapolis: University of Minnesota Press.

McCarthy, John D. (1996). Constraints and Opportunities in Adopting, Adapting, and Inventing". En Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings* (pp. 141-151). Cambridge: Cambridge University Press.

McCarthy, John D y Edward Walker (2004). Alternative Organizational Repertoires of Poor People's Social Movement Organizations. *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly*, 33 (3), 97S-119S.

McCarthy, John D y Mayer N. Zald (1977). Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory. *American Journal of Sociology*, 82 (6), 1212-1241.

McCarthy, John D y Mayer N. Zald (2002). The Enduring Vitality of the Resource Mobilization Theory of Social Movements. En Jonathan Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory* (pp. 535-565). Nueva York: Kluwer.

McKane, Rachel G. y Holly J. McCammon (2018). Why We March: The Role of Grievances, Threats, and Movement Organizational Resources in the 2017 Women's Marches. *Mobilization*, 23 (4), 401-424.

Mckay, Steven (2006). *Satanic Mills or Silicon Islands? The Politics of High-Tech Production in the Philippines*. Ithaca: Cornell University Press.

McMichael, Philip (2008). Peasants Make Their Own History, But Not Just as They Please. *Journal of Agrarian Change*, 8 (2-3), 205-228.

McVeigh, Rory (2009). *The Rise of the Ku Klux Klan: Right-Wing Movements and National Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Melucci, Alberto (1988). Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements. *International Social Movement Research*, 1, 329-348.

Menjívar, Cecilia y Néstor Rodríguez (eds.) (2009). *When States Kill: Latin America, the US, and Technologies of Terror*. Austin: University of Texas Press.

Meyer, David S. (2002). Opportunities and Identities: Bridge-Building in the Study of Social Movements. En David. S. Meyer, Nancy Whittier y Belinda Robnett (eds.), *Social Movements: Identity, Culture, and the State* (3-21). Nueva York: Oxford University Press.

Meyer, David S. (2004). Protest and Political Opportunity. *Annual Review of Sociology*, 30, 125-145.

Meyer, David S. (2014). *The Politics of Protest: Social Movements in America*, 2a. ed. Oxford: Oxford University Press.

Meyer, David S. y Suzanne Staggenborg (1996). Movements, Countermovements, and the Structure of Political Opportunity. *American Journal of Sociology*, 101 (6), 1628-1660.

Meyer, David S. y Suzanne Staggenborg (2012). Thinking about Strategy. En Gregory Maney, Rachel. Kutz- Flamenbaum, Deana Rohlinger y Jeff Goodwin (eds.), *Strategies for Social Change* (pp. 3-22). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Meyer, David S y Sidney Tarrow (eds.) (2018). *The Resistance: The Dawn of the Anti-Trump Opposition Movement*. Oxford: Oxford University Press.

Meyer, David S y Nancy Whittier (1994). Social Movement Spillover. *Social Problems*, 41 (2), 277-298.

Michels, Robert (1962). *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*. Nueva York: Free Press.

Milkman, Ruth (2017). A New Political Generation: Millennials and the Post-2008 Wave of Protest. *American Sociological Review*, 82 (1), 1-31.

Minkoff, Debra C. y John D. McCarthy (2005). Rein vigorating the Study of Organizational Processes in Social Movements. *Mobilization*, 10 (2), 289-308.

Modonesi, Massimo y Julián Rebón (eds.) (2011). *Una década en movimiento: Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.

Modonessi, Massimo (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires: CLACSO.

Modonesi, Massimo (2008). Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina: una lectura gramsciana del cambio de época. *A contracorriente*, 5 (2), 115-140.

Monnat, Shannon M. (2016). Deaths of Despair and Support for Trump in the 2016 Presidential Election. Informe de investigación, Universidad del Estado de Pennsylvania, Departamento de Economía Agrícola.

Mora, María de Jesús (2016). Local Mobilizations: Explaining the Outcomes of Immigrant Organizing in Four Central Valley Cities in California. (Tesis de maestría, Universidad de California en Merced).

Mora, María de Jesús, Rodolfo Rodríguez, Alejandro Zermeño y Paul Almeida (2018). Immigrant Rights and Social Movements. *Sociology Compass*, 12, 1-20.

Mora, María de Jesús, Alejandro Zermeño, Rodolfo Rodríguez y Paul Almeida (2017). Exclusión y movimientos sociales en los Estados Unidos. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 641-669). Buenos Aires: CLACSO.

Mora Solano, Sindy (2016). *La política de la calle: organización y autonomía en la Costa Rica contemporánea*. San José: Universidad de Costa Rica.

Mora, Sindy (2011). Las disputas por los sentidos de lo político en Costa Rica: hacia un balance de las luchas populares de la presente década. En Modonesi, Massimo y Julián Rebón (eds.) *Una década en movimiento*:

Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI (pp. 275-296). Buenos Aires: CLACSO.

Mora, Sindy (2008). Diez años de acciones colectivas en Costa Rica. *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales* (RCCS), 5 (1), 131-168.

Morosin, Alessandro (2019). Comunalidad, Guendaliza'a and the Cultural Politics of Anti-Mine Mobilizations in the Isthmus of Tehuantepec. *Journal of Political Ecology*. (Artículo en prensa).

Morris, Aldon (1984). *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*. Nueva York: Free Press.

Morris, Aldon (1993). Birmingham Confrontation Reconsidered: An Analysis of the Dynamics and Tactics of Mobilization. *American Sociological Review* 58.

Morris, Aldon (2015). *The Scholar Denied: W.E.B. Du Bois and the Birth of Modern Sociology*. Berkeley: University of California Press.

Morris, Aldon y Naomi Braine (2001). Social Movements and Oppositional Consciousness. En Jane Mansbridge y Aldon Morris (eds.), *Oppositional Consciousness: The Subjective Roots of Social Protest* (pp. 20-37). Chicago: University of Chicago Press.

Mosca, Lorenzo (2014). Methodological Practices in Social Movement Online Research. En Donatella Della Porta (ed.), *Methodological Practices in Social Movement Research*, 446-464. Oxford: Oxford University Press.

Moss, Dana 2014. Repression, Response, and Contained Escalation under 'Liberalized' Authoritarianism in Jordan. *Mobilization*, 19 (3), 489-514.

Munson, Zaid (2010) *The Making of Pro-life Activists: How Social Movement Mobilization Works*. Cambridge: Cambridge University Press.

Nakano Glenn, Evelyn (2004). *Unequal Freedom: How Race and Gender Shaped American Citizenship and Labor*. Cambridge: Harvard University Press.

Nash, June y Patricia Fernandez-Kelly (eds.) (1984). *Women, Men, and the International Division of Labor*. Albany: State University of New York Press. Comisión Nacional de Asesoría sobre Desórdenes Civiles [National Advisory Commission on Civil Disorders]. 2016 [1968]. *The Kerner Report*. Princeton: Princeton University Press.

Nepstad, Sharon Erickson (2011). *Nonviolent Revolutions: Civil Resistance in the Late Twentieth Century*. Nueva York: Oxford University Press.

Nepstad, Sharon Erickson y Christian Smith (1999). Rethinking Recruitment to High-Risk/Cost Activism: The Case of Nicaragua Exchange. *Mobilization*, 4 (1), 25-40.

Nicholls, Walter (2014). *The DREAMers: How the Undocumented Youth Movement Transformed the Immigrant Rights Debate*. Stanford: Stanford University Press.

Nolan-García, Kimberly A. y María Inclán (2017). Union Affiliation, Socialization, and Political Identities: The Case of Mexico. *Latin American Politics and Society*, 59 (2), 53-76.

Noonan, Rita (1995). Women against the State: Political Opportunities and Collective Action Frames in Chile's Transition to Democracy. *Sociological Forum*, 10 (1), 81-111.

Norris, Pippa, Richard W. Frank y Ferran Martinez i Coma (2015). Contentious Elections: From Votes to Violence. En Pippa Norris, Richard W. Frank y Ferran Martinez i Coma (eds.), *Contentious Elections: From Ballots to Barricades* (pp. 1-21). Nueva York: Routledge.

Oberschall, Anthony (1973). *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Odabas, Meltem y Heidi Reynolds-Stenson (2017). Tweeting from Gezi Park: Social Media and Repression Backfire. *Social Currents*. <https://doi.org/10.1177/2329496517734569>

Okamoto, Dina G. (2003). Toward a Theory of Panethnicity: Explaining Asian American Collective Action. *American Sociological Review*, 68 (6), 811-842.

Okamoto, Dina G. (2014). *Redefining Race: Asian American Panethnicity and Shifting Ethnic Boundaries*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

Oliver, Pamela (2015). Rational Action. En Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.), *The Oxford Handbook of Social Movements* (pp. 246-263). Oxford: Oxford University Press.

Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action*. Cambridge: Harvard University Press.

Olzak, Susan, Sarah A. Soule, Marion Coddou y John Muñoz (2016). Friends or Foes? How Social Movement Allies Affect the Passage of Legislation in the U.S. Congress. *Mobilization*, 21 (2), 213-230.

Opp, Karl Dieter (2009). *Theories of Political Protest and Social Movements*. Nueva York: Routledge.

Opp, Karl Dieter, Steven E. Finkel, Edward Muller, Gadi Wosfeld, Henry Dietz y Jerrold Green (1995). Left-Right Ideology and Collective Political Action: A Comparative Analysis of Germany, Israel, and Peru. En J. Craig Jenkins y Bert Klandermans (eds.), *The Politics of Social Protest* (pp. 63-95). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Opp, Karl Dieter, Christiane Gern y Peter Voss (1995). *Origins of a Spontaneous Revolution: East Germany 1989*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Ortiz, Santiago (2020). El Ciclo de Protesta 2006- 2017. Actores sociales y la Revolución Ciudadana en Ecuador. Popular Politics in Latin America Conference, Universidad de Tulane.

Orum, Anthony (1974). On Participation in Political Protest Movements. *Journal of Applied Behavioral Science*, 10 (2), 181-207.

Ortega Hegg, Manuel, Irene Agudelo Builes, Jessica Martínez Cruz, Mario Sánchez, Hloreley Osorio Mercado, Jessica Pérez Reynosa, Sergio

Ramírez, Hellen Castillo Rodríguez, Juan Pablo Gómez (eds.) (2020). *Nicaragua 2018: La Insurrección cívica de abril*. Mangua: Fondo Editorial UCA Publicaciones.

Osa, Maryjane (2003). *Solidarity and Contention: Networks of Polish Opposition*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Ospina, Pablo, Olaf. Kaltmeier y Christian Büschges (2009). *Los Andes en movimiento: identidad y poder en el nuevo paisaje político*. Quito: Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador.

Paige, Jeffrey (1971). Political Orientation and Riot Participation. *American Sociological Review*, 36 (5), 810-820.

Parsa, Misagh (2016). *Democracy in Iran: Why It Failed and How It Might Succeed*. Cambridge: Harvard University Press.

Pasotti, Eleanora (2020). *Resisting Redevelopment: Protest in Aspiring Global Cities*. Cambridge: Cambridge University Press.

Passy, Florence (2001). Socialization, Connection, and the Structure/Agency Gap: A Specification of the Impact of Networks on Participation in Social Movements. *Mobilization*, 6 (2), 173-192.

Pawel, Miriam (2010). *The Union of Their Dreams: Power, Hope, and Struggle in Cesar Chavez's Farm Worker Movement*. Nueva York: Bloomsbury.

Payne, Charles M. (1995). *I've Got the Light of Freedom: The Organizing Tradition and the Mississippi Freedom Struggle*. Berkeley: University of California Press.

Pellow, David Naguib (2017). *What Is Critical Environmental Justice?* Londres: Polity.

Peña, Alejandro (2020). *Activist Parties and Hybrid Behaviours: a Typological Reassessment of Partisan Mobilisation*. Manuscrito en preparación, Department of Politics, University of York.

Peña, Devon (1997). *The Terror of the Machine: Technology, Work, Gender, and Ecology on the US-Mexico Border*. Austin: University of Texas Press.

- Pereira, Matheus Mazzilli (2018). Oportunidades políticas em um presidencialismo de coalizão. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, 105, 217-252.
- Pérez Martín, Amalia (2019). *Discursive Contentions and Legal Repression in Authoritarian Regimes: Stories of Revolutionary Cuba, 1952-1958*. (Tesis de Maestría). Universidad de California, Merced.
- Pérez Martín, Amalia (2016). *Derecho y movimiento social: una mirada comparativa de la movilización legal como repertorio de la CONAIE en la contienda política por el agua (1994-2001 y 2008-2015)*. (Tesis de Maestría). FLACSO-Ecuador.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo (2019). *La rebelión de los que nadie quiere ver: respuestas para sobrevivir a las desigualdades extremas en América Latina*. Ciudad de Mexico: Siglo Veintiuno Editores.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo (2014). *Mercados y bárbaros: La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. San José: FLACSO.
- Perrow, Charles (1979). The Sixties Observed. En Mayer Zald y John McCarthy (eds.), *The Dynamic of Social Movements*. Cambridge: Winthrop.
- Pereyra, Sebastián, German J. Perez y Federico L. Schuster (2017). Tendencias de la protesta social en Argentina, 1989-2007. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate, (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 579-620). Buenos Aires: CLACSO.
- Piketty, Thomas (2014). *Capital in the 21st Century*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pilati, Katia (2011). Political Context, Organizational Engagement, and Protest in African Countries. *Mobilization*, 16 (3), 351-368.
- Pilati, Katia (2016). Do Organizational Structures Matter for Protests in Nondemocratic African Countries? En Eitan Alimi, Avraham Sela y Mario Sznajder (eds.), *Popular Contention, Regime, and Transition: The Arab Revolts in Comparative Global Perspective* (pp. 46-72). Oxford: Oxford University Press.

Pinard, Maurice (2011). *Motivational Dimensions in Social Movements and Contentious Collective Action*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Pirker, Kristina (2017). *La redefinición de lo posible: militancia política y movilización social en El Salvador [1970-2012]*. Ciudad de México: Editorial Instituto Mora.

Piven, Frances Fox y Richard Cloward (1979). *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*. Nueva York: Vintage.

Plankey-Videla, Nancy (2012). *We are in this dance together: Gender, power, and globalization at a Mexican garment firm*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Polanyi, Karl (1944). *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.

Polletta, Francesca (1999). "Free Spaces" in Collective Action. *Theory and Society*, 28 (1), 1-38.

Poma, Alice y Tommaso Gravante (2017). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 74, 32-62.

Portos, Martín y Juan Masullo (2017). Voicing Outrage Unevenly: Democratic Dissatisfaction, Nonparticipation, and Participation Frequency in the 15-M Campaign. *Mobilization: An International Quarterly*, 22 (2), 201-222.

Prebys-Williams, Andrea y Ana Padilla (12 de marzo de 2020). The Central Valley's Leading Edge. Tides Foundation Recuperado de. <https://www.tides.org/accelerating-social-change/the-central-valleys-leading-edge/>

Putnam, Robert D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.

Raeburn, Nicole (2004). *Changing Corporate America from Inside Out: Lesbian and Gay Workplace Rights*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Ramírez Gallegos, Franklin (2010). Fragmentación, reflujo y desconcierto. Movimientos sociales y cambio político en el Ecuador (2000-2010). *Observatorio Social de América Latina*, 28, 17-47.

Ramírez Gallegos, Franklin R. 2005. *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta*. Quito: Taller El Colectivo.

Raventos, Ciska (2013). "My Heart Says No": Political Experiences of the Struggle against CAFTA-DR in Costa Rica. En Jennifer L. Burrell y Ellen Moodie (eds.), *Central America in the New Millennium: Living Transition and Reimagining Democracy* (pp. 80-95). Nueva York: Berghahn Books.

Raventós Vorst, Ciska (2018). *Mi corazón dice No: El movimiento de oposición del TLC en Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Raventos Vorst, Ciska (ed.) (2008). *Innovación democrática en el sur: participación y representación en Asia, África y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Reese, E., C. Chase-Dunn, K. Anantram, G. Coyne, M. Kaneshiro, A. Koda, R. Kwon y P. Saxena (2015). Surveys of World Social Forum Participants Show Influence of Place and Base in the Global Public Sphere. En Jackie Smith, Scott Byrd, Ellen Reese y Elizabeth Smythe, *Handbook on World Social Forum Activism* (pp. 64-84). Boulder: Paradigm.

Reese, Ellen (2011). *They say cutback, we say fight back!: Welfare Activism in an Era of Retrenchment*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

Reese, Ellen y Elvia Ramirez (2002). The New Ethnic Politics of Welfare: Struggles Over Legal Immigrants' Rights to Welfare in California. *Journal of Poverty*, 6 (3), 29-62.

Rios, Victor M., Greg Prieto y Jonathan M. Ibarra (2020). Mano Suave—Mano Dura: Legitimacy Policing and Latino Stop-and-Frisk. *American Sociological Review*, 85, (1), 58-75.

Ritter, Jonathan (año). *We Bear Witness With Our Song: The Politics of Music and Violence in the Peruvian Andes-* (Artículo en prensa). Oxford: Oxford University Press.

- Robinson, Cedric (2000). *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Robinson, William (2003). *Transnational Conflicts: Central America, Social Change, and Globalization*. Londres: Verso.
- Robinson, William (2008). *Latin America and Global Capitalism: A Critical Globalization Perspective*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Robinson, William (2014). *Capitalism and the Crisis of Humanity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodney, Walter (1981). *How Europe Underdeveloped Africa*. Washington: Howard University Press.
- Rodríguez, Rodolfo (2017). *The War in the Valley: Farm Labor Organizing in a Hostile Anti-union Environment*. (Monografía de Maestría). Departamento de Sociología, Universidad de California en Merced.
- Rohlinger, Deana (2015). *Abortion Politics, Mass Media, and Social Movements in America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rojas, Fabio (2007). *From Black Power to Black Studies: How a Radical Social Movement Became an Academic Discipline*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Rojas, Fabio (2017). *Theory for the Working Sociologist*. Nueva York: Columbia University Press.
- Rolf, David (2016). *The Fight for Fifteen: The Right Wage for a Working America*. Nueva York: New Press.
- Rollins, Judith (1985). *Between Women: Domesticity and Their Employers*. Filadelfia: Temple University Press.
- Romanos Fraile, Eduardo y Igor Sádaba Rodríguez (2015). La evolución de los marcos (tecno) discursivos del movimiento 15M y sus consecuencias. *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales* 32: 15-36.

Roscigno, Vincent y William F. Danaher (2004). *The Voice of Southern Labor: Radio, Music and Textile Strikes, 1929-1934*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Rosenthal, Rob y Richard Flacks (2012). *Playing for Change: Music and Musicians in the Service of Social Movements*. Nueva York: Routledge.

Rosner, David y Gerrald Markowitz (13 de octubre de 2016). Citizen Scientists and the Lessons of Flint. *Milbank Quarterly*, Recuperado de www.milbank.org/quarterly/articles/citizen-scientists-lessons-flint.

Rossi, Federico (2017). *The Poor's Struggle for Political Incorporation: The Piquetero Movement in Argentina*. Cambridge: Cambridge University Press.

Roth, Benita (2004). *Separate Roads to Feminism: Black, Chicana, and White Feminist Movements in America's Second Wave*. Cambridge: Cambridge University Press.

Roy, Olivier (2006). *Globalized Islam: The Search for a New Ummah*. Nueva York: Columbia University Press.

Roy, William (2010). *Reds, Whites, and Blues: Social Movements, Folk Music, and Race in the United States*. Princeton: Princeton University Press.

Rucht, Dieter, Ruud Koopmans y Friedhelm Neidhardt (eds.) (1999). *Acts of Dissent: New Developments in the Study of Protest*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Rucht, Dieter y Thomas Ohlemacher (1992). Protest Event Data: Collection, Uses and Perspectives. En Ron Eyerman y Mario Diani (eds.), *Studying Collective Action* (pp. 76-106). Newbury Park: Sage.

Sandoval, Salvador (2001). The Crisis of the Brazilian Labor Movement and the Emergence of Alternative Forms of Working-Class Contention in the 1990s. *Revista Psicología Política*, 1 (1), 173-95.

Santoro, Wayne A. y Gail M. McGuire (1997). Social Movement Insiders: The Impact of Institutional Activists on Affirmative Action and Comparable Worth Policies. *Social Problems*, 44, 503-520.

- Santos, Boaventura de Sousa (2005). *Foro Social Mundial: Manual de uso*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Schaeffer, Robert (2009). *Understanding Globalization: The Social Consequences of Political, Economic, and Environmental Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Schlozman, Kay Lehman, Henry E. Brady y Sidney Verba (2018). *Unequal and Unrepresented: Political Inequality and the People's Voice in the New Gilded Age*. Princeton: Princeton University Press.
- Schnabel, Landon y Eric Sevell (2017). "Should Mary and Jane Be Legal? Americans' Attitudes toward Marijuana and Same-Sex Marriage Legalization, 1988-2014." *Public Opinion Quarterly*, 81 (1), 157-172.
- Schock, Kurt (2008). *Insurrecciones no armadas: Movimientos de poder popular en regímenes autoritarios*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Schock, Kurt (2005). *Unarmed Insurrections: People Power Movements in Nondemocracies*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Schock, Kurt (2015a). Rightful Radical Resistance: Mass Mobilization and Land Struggles in India and Brazil. *Mobilization*, 20 (4): 493-515.
- Schock, Kurt (2015b). *Civil Resistance Today*. Londres: Polity Press.
- Schofer, Evan y John W. Meyer (2005). The World-Wide Expansion of Higher Education in the Twentieth Century. *American Sociological Review*, 70 (6), 898-920.
- Schumaker, Paul (1975). Policy Responsiveness to Protest-Group Demands. *Journal of Politics*, 37 (2), 488-521.
- Schussman, Alan y Sarah A. Soule (2005). Process and Protest: Accounting for Individual Protest Participation. *Social Forces*, 84 (2), 1083-1108.
- Scott, James (1976). *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.

Scott, James (1985). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.

Scott, James (1990). *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

Scribman, Ariel (2018). Del 15M a Tocqueville apuntes sobre democratización, municipalismo y movimientos sociales. En Pedro Ibarra Güell, Ricard Gomà, Salvador Martí y Robert González (coords.), *Localización: Movimientos sociales y derecho a la ciudad: creadoras de democracia radical* (pp. 275-292). Barcelona: Icaria Editorial.

Seidman, Gay (1994). *Manufacturing Militance: Workers' Movements in Brazil and South Africa, 1970-1985*. Berkeley: University of California Press.

Selbin, Eric (2010). *Revolution, Rebellion, Resistance: The Power of Story*. Londres: Zed Books.

Sen, Jai; Anita Anand; Arturo Escobary Peter Watermanr (eds.) (2004). *El Foro Social Mundial: desafiando imperios*. Málaga: El Viejo Topo.

Seoane, José (ed.) (2003). *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Seoane, José, Emilio Taddei, and Clara Algranati (2006). Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina. En Atilio A. Borón y Gladys Lechini (coords.), *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina* (pp. 227-250). Buenos Aires: CLACSO.

Shaw, Randy (2011). *Beyond the Fields: Cesar Chavez, the UFW, and the Struggle for Social Justice in the 21st Century*. Berkeley: University of California Press.

Shriver, Thomas E., Sherry Cable y Dennis Kennedy (2008). Mining for Conflict and Staking Claims: Contested Illness at the Tar Creek Superfund Site. *Sociological Inquiry*, 78, 558-579.

Sifuentez, Mario (2016). *Of Forests and Fields: Mexican Labor in the Pacific Northwest*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Silva, Eduardo (2009). *Challenges to Neoliberalism in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Silva, Eduardo (2013). Transnational Activism and National Movements in Latin America: Concepts, Theories, and Expectations. En Eduardo Silva (ed.), *Transnational Activism and National Movements in Latin America: Bridging the Divide* (pp. 1-22). Nueva York: Routledge.

Simmons, Erica (2014). Grievances Do Matter in Mobilization. *Theory and Society*, 43, 513-546.

Simmons, Erica (2016). *Meaningful Mobilization: Market Reforms and the Roots of Social Protest in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Singerman, Diane (2004). The Networked World of Islamist Social Movements. En Quintan Wiktorowicz (ed.), *Islamic Activism: A Social Movement Theory Approach* (pp. 143-163). Bloomington: Indiana University Press.

Skocpol, Theda (1979). *States and Social Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Skocpol, Theda y Vanessa Williamson (2012). *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*. Oxford: Oxford University Press.

Small, Mario L. (2009). *Unanticipated Gains: Origins of Network Inequality in Everyday Life*. Nueva York: Oxford University Press.

Smedley, Audrey y Brian Smedley (2012). *Race in North America: Origin and Evolution of a Worldview*. Boulder: Westview Press.

Smelser, Neil (1962). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press

Smith, Christian (1991). *The Emergence of Liberation Theology*. Chicago: University of Chicago Press.

Smith, Jackie (2001). Globalizing Resistance: The Battle of Seattle and the Future of Social Movements. *Mobilization*, 6 (1), 1-21.

Smith, Jackie (2008). *Social Movements for Global Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Smith, Jackie (2014). Counter-Hegemonic Networks and the Transformation of Global Climate Politics: Rethinking Movement-State Relations. *Global Discourse*, 4 (2-3), 120-138.

Smith, Jackie, Basak Gemici, Melanie M. Hughes y Samantha Plummer (2018). Transnational Social Movement Organizations and Counterhegemonic Struggle Today. *Journal of World Systems Research*, 24 (2), 372-403.

Smith, Jackie y Dawn Wiest (2012). *Social Movements in the World-System: The Politics of Crisis and Transformation*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

Snow, David (2004). Framing Process, Ideology, and Discursive Fields. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Holly J. Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 380-412). Oxford: Blackwell.

Snow, David y Robert Benford (1988). Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization. *International Social Movement Research*, 1, 197-217.

Snow, David y Robert Benford (1992). Master Frames and Cycles of Protest. En Aldon. D. Morris y Carol. M. Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory* (pp. 133-155). New Haven: Yale University Press.

Snow, David, Robert Benford, Holly J. McCammon, Lyndi Hewitt y Scott T. Fitzgerald. (2014). The Emergence and Development of the Framing Perspective or 25 Years since Publication of 'Frame Alignment': What Lies Ahead? *Mobilization*, 19 (1), 23-46.

Snow, David y Catherine Corrigan-Brown (2005). Falling on Deaf Ears: Confronting the Prospect of Non-resonant Frames. En David Croteau, Charlotte Ryan y William Hoynes (eds.), *Rhyming Hope and History*:

Activism and Social Movement Scholarship (pp. 222-238). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Snow, David, Daniel Cress, Liam Downey y Andrew Jones (1998). Disrupting the 'Quotidian': Reconceptualizing the Relationship between Break-down and the Emergence of Collective Action. *Mobilization*, 3 (1), 1-22.

Snow, David y Doug McAdam (2000). Identity Work Processes in the Context of Social Movements: Clarifying the Identity/Movement Nexus. En Sheldon Stryker, Timothy J. Owens y Robert W. Wright (eds.), *Self, Identity, and Social Movements* (pp. 41-67). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Snow, David, E. Burke Rochford, Steven Worden y Robert Benford (1986). Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation. *American Sociological Review*, 51, 464-481.

Snow, David y Sarah Soule (2010). *A Primer on Social Movements*. Nueva York: Norton.

Snow, David y Danny Trom (2002). Case Study and the Study of Social Movements. En Bert Klandermans y Susan Staggenborg (eds.), *Methods of Social Movement Research* (pp. 146-172). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Snow, David, Rens Vliegthart y Pauline Ketelaars (2018). The Framing Perspective on Social Movements: Its Conceptual Roots and Architecture. En David A. Snow, Sarah A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 392-410). Oxford: Blackwell.

Snow, David, Louis Zurcher y Sheldon Ekland-Olson (1980). Social Networks and Social Movements: A Microstructural Approach to Differential Recruitment. *American Sociological Review*, 45, 787-801.

Sobieraj, Sara (2011). *Soundbitten: The Perils of Media-Centered Political Activism*. Nueva York: New York University Press.

Somers, Margaret (2008). *Genealogies of Citizenship: Markets, Statelessness, and the Right to Have Rights*. Cambridge: Cambridge University Press.

Somma, Nicolás (2010). How Do Voluntary Organizations Foster Protest? The Role of Organizational Involvement on Individual Protest Participation. *Sociological Quarterly*, 51 (3), 384-407.

Somma, Nicolás (2012). The Chilean Student Movement of 2011-2012: Challenging the Marketization of Education. *Interface*, 4 (2), 296-309.

Somma, Nicolás (2018). When Do Political Parties Move to the Streets? Party Protest in Chile. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 42, 63-85.

Somma, Nicolás M., Matías Bargsted, Rodolfo Disi Pavlic, y Rodrigo M. Medel (2020). No water in the oasis: the Chilean Spring of 2019-2020. *Social Movement Studies* DOI: 10.1080/14742837.2020.1727737

Somma, Nicolás, Federico Rossi, y Sofía Donoso (2019). The Attachment of Demonstrators to Institutional Politics: Comparing LGBTIQ Pride Marches in Argentina and Chile” *Bulletin of Latin American Research*. DOI:10.1111/blar.12956

Somma, Nicolás M. y Rodrigo M. Medel (2019). What makes a big demonstration? Exploring the impact of mobilization strategies on the size of demonstrations, *Social Movement Studies*, 18 (2), 233-251.

Sosa, Eugenio (2012). La contienda política tras el golpe de Estado oligárquico de la resistencia en las calles hacia la disputa político/electoral. *Bajo el volcán*, 11 (17), 21-42.

Sosa, Eugenio (2013). *Dinámica de la protesta social en Honduras*. Tegucigalpa: Guaymuras.

Sosa, Eugenio (2015). The Movement against the Coup in Honduras. En P. Almeida y A. Cordero, *Handbook of Social Movements across Latin America* (pp. 313-326). Nueva York: Springer.

Sosa, Eugenio (2016). *Democracia y movimientos sociales en Honduras: de la transición política a la ciudadanía indignada*. Tegucigalpa: Editorial Guaymurás.

Sosa, Eugenio (febrero de 2018). El alzamiento popular contra el fraude electoral en Honduras. *Envío*, 16 (54), 11-22.

Sosa, Eugenio y Paul Almeida (2019). Honduras: A Decade of Popular Resistance. *NACLA Report on the Americas*, 51 (4), 323-327.

Soule, Sarah A. (2004). Going to the Chapel? Same-Sex Marriage Bans in the United States, 1973-2000. *Social Problems*, 51 (4), 453-77.

Soule, Sarah A. (2009). *Contention and Corporate Social Responsibility*. Cambridge: Cambridge University Press.

Soule, Sarah y Susan Olzak (2004). When Do Social Movements Matter? The Politics of Contingency and the Equal Rights Amendment, 1972-1982. *American Sociological Review*, 69, 473-497.

Sowers, Elizabeth A., Paul S. Ciccantell y David A. Smith (2017). Are Transport and Raw Materials Nodes in Global Commodity Chains Potential Places for Worker/Movement Organization? *Journal of Labor and Society*, 20 (2), 185-205.

Spalding, Rose (2014). *Contesting Trade in Central America: Market Reform and Resistance*. Austin: University of Texas Press.

Spronk, Susan y Philipp Terhorst (2012). Social Movement Struggles for Public Services. En David McDonald y Greg Ruiters (eds.), *Alternatives to Privatization in the Global South* (pp. 133-156). Nueva York: Routledge.

Stanley, William (1996). *The Protection Racket State: Elite Politics, Military Extortion, and Civil War in El Salvador*. Filadelfia: Temple University Press.

Stearns, Linda Brewster y Paul Almeida (2004). The Formation of State Actor-Social Movement Coalitions and Favorable Policy Outcomes. *Social Problems*, 51 (4), 478-504.

Strang, David. y Sarah. A. Soule (1998). Diffusion in Organizations and Social Movements: From Hybrid Corn to Poison Pills. *Annual Review of Sociology*, 24, 265-290.

Stryker, Sheldon (2000). Identity Competition: Key to Differential Social Movement Participation? En Sheldon Stryker, Timothy J. Owens y Robert W. Wright (eds.), *Self, Identity, and Social Movements*, (pp. 1-21). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Suh, Cha, Ion Bogdan Vasi y Paul Y. Chang (2017). How Social Media Matter: Repression and the Diffusion of the Occupy Wall Street Movement. *Social Science Research*, 65, 282-293.

Svampa, Maristella (2011). Argentina, una década después: del 'que se vayan todos' a la exacerbación de lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*, 235, 17-34.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Swartz, Heidi y Ion Bogdan Vasi (2011). Which U.S. Cities Adopt Living Wage Ordinances? Predictors of Adoption of a New Labor Tactic, 1994-2006. *Urban Affairs Review*, 47 (6), 743-774.

Szasz, Andrew (1994). *Ecopopulism: Toxic Waste and the Movement for Environmental Justice*. Minnesota: University of Minnesota Press.

Tarlau, Rebecca (2019). *Occupying schools, occupying land: How the landless workers movement transformed Brazilian education*. Oxford: Oxford University Press.

Tarrow, Sidney (1989). *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*. Oxford: Oxford University Press.

Tarrow, Sidney (2005). *The New Transnational Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tarrow, Sidney (2011). *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*, 3a. ed. Cambridge: Cambridge University Press.

Tarrow, Sidney (2013). *The Language of Contention: Revolutions in Words, 1688-2012*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tarrow, Sidney (2018). Rhythms of Resistance: The Anti-Trumpian Moment in a Cycle of Contention. En David Meyer y Sidney Tarrow (eds.), *The Resistance: The Dawn of the Anti-Trump Opposition Movement* (pp. 187-206). Oxford: Oxford University Press.

Tarrow, Sidney y Doug McAdam (2005). Scale Shift in Transnational Contention. En Donatella Della Porta y Sidney Tarrow (eds.), *Transnational Activism and Global Contention* (pp. 121-147). Boulder: Rowman & Littlefield.

Taylor, Dorceta (2014). *Toxic Communities: Environmental Racism, Industrial Pollution, and Residential Mobility*. Nueva York: New York University Press.

Taylor, Keeanga-Yamahtta (2016). *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*. Chicago: Haymarket Books.

Taylor, Verta (1989). Social Movement Continuity: The Women's Movement in Abeyance. *American Sociological Review*, 54 (5), 761-76.

Taylor, Verta , Katrina Kimport, Nella van Dyke y Ellen Ann Andersen (2009). Culture and Mobilization: Tactical Repertoires, Same-Sex Weddings, and the Impact on Gay Activism. *American Sociological Review*, 74 (6), 865-90.

Taylor, Verta y Nella Van Dyke (2004). "Get Up, Stand Up": Tactical Repertoires of Social Movements. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*. Oxford: Blackwell.

Taylor, Verta y Nancy Whittier (1992). Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization. En Aldon D. Morris y Carol M. Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, (pp. 104-129). New Haven: Yale University Press.

Terriquez, Veronica (2015a). Intersectional Mobilization, Social Movement Spillover, and Queer Youth Leadership in the Immigrant Rights Movement. *Social Problems*, 62 (3), 343-362.

Terriquez, Veronica (2015b). Training Young Activists: Grassroots Organizing and Youths' Civic and Political Trajectories. *Sociological Perspectives*, 58 (2), 223-242.

Terriquez, Veronica (2017). "Legal Status, Civic Organizations, and Political Participation among Latino Young Adults. *Sociological Quarterly*, 58 (2).

Terriquez, Veronica, Tizoc Brenes y Abdiel López (2018). Intersectionality as a Multipurpose Collective Action Frame: The Case of the Undocumented Youth Movement. *Ethnicities*, 18 (2), 260-276.

Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*. Reading: Addison-Wesley.

Tilly, Charles (1984). Social Movements and National Politics. En Charles Bright y Susan Friend Harding (eds.), *Statemaking and Social Movements* (pp. 297-317). Ann Arbor: University of Michigan Press.

Tilly, Charles (1999). From Interactions to Outcomes in Social Movements. En Marco Giugni, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.), *How Social Movements Matter* (pp. 253-270). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Tilly, Charles y Lesley Wood. 2012. *Social Movements, 1768-2004*. Boulder: Paradigm.

Torres-Rivas, Edelberto (2011). *Revoluciones sin cambios revolucionarios*. Ciudad de Guatemala: F&G Editores.

Touch, Siphath y Andreas Neef (2015). *Resistance to Land Grabbing and Displacement in Rural Cambodia*, Ponencia de conferencia, Universidad de Chiang Mai, Tailandia.

Touraine, Alain (1985). An Introduction to the Study of Social Movements. *Social Research*, 54 (2), 749-87.

Trejo, Guillermo (2012). *Popular Movements in Autocracies: Religion, Repression, and Indigenous Collective Action*. Nueva York: Cambridge University Press.

Trejos, María Eugenia (1988). ¿Desnacionalizar el ICE? *Cuaderno de Estudio*, 9. San José: Centro de Estudios para la Acción Social (CEPAS).

Uba, Katrin (2008). Labor Union Resistance to Economic Liberalization in India: What Can National and State Level Patterns of Protests against Privatization Tell Us? *Asian Survey*, 48 (5), 860-884.

Useem, Bert (1998). Breakdown Theories of Collective Action. *Annual Review of Sociology*, 24, 215-238.

Valdez, Zulema (2011). *The New Entrepreneurs: How Race, Class, and Gender Shape American Enterprise*. Palo Alto: Stanford University Press.

Van Dyke, Nella (2017). Movement Emergence and Resource Mobilization: Organizations, Leaders, and Coalition Work. En Holly J. McCammon, Verta Taylor, Jo Reger y Rachel L. Einwohner (eds.), *The Oxford Handbook of US Women's Social Movement Activism* (pp. 354-375). Oxford: Oxford University Press.

Van Dyke, Nella y Bryan Amos (2017). "Social Movement Coalitions: Formation, Longevity, and Success". *Sociology Compass*, 11 (7), 1-17.

Van Dyke, Nella y Marc Dixon (2013). Activist Human Capital: Skills Acquisition and the Development of Commitment to Social Movement Activism. *Mobilization*, 18 (2), 197-212.

Van Dyke, Nella, Marc Dixon y Helen Carlon (2007). Manufacturing Dissent: Labor Revitalization, Union Summer, and Student Protest. *Social Forces*, 88 (1), 193-214.

Van Dyke, Nella, Doug McAdam y Brenda Wilhelm (2000). Gendered Outcomes: Gender Differences in the Biographical Consequences of Activism. *Mobilization*, 5 (2), 161-77.

Van Dyke, Nella y Holly McCammon (2010). Introduction: Social Movement Coalition Formation. En Nella Van Dyke y Holly McCammon (eds.),

Strategic Alliances: Coalition Building and Social Movements (pp. 11-28). Minneapolis: University of Minnesota Press.

Van Dyke, Nella y David S. Meyer (2014). Introduction. En Nella. Van Dyke y David. S. Meyer (eds.), *Understanding the Tea Party Movement* (pp. 1-14). Burlington: Ashgate.

Van Dyke, Nella y Soule, Sarah (2002). Structural Social Change and the Mobilizing Effect of Threat: Explaining Levels of Patriot and Militia Organizing in the United States. *Social Problems*, 49 (4), 497-520.

Van Dyke, Nella, Sarah A. Soule y Verta A. Taylor (2004). The Targets of Social Movements: Beyond a Focus on the State. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 25, 27-51.

Van Dyke, Nella y Verta A. Taylor (2018). The Cultural Outcomes of Social Movements. En David. A. Snow, Sarah. A. Soule, Hanspeter Kriesi y Holly. J. McCammon (eds.), *The Wiley-Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 482- 498), 2a. ed. Oxford: Blackwell.

Van Laer, Jeroen (2010). Activists Online and Offline: The Internet as an Information Channel for Protest Demonstrations. *Mobilization*, 15 (3), 347-66.

Van Stekelenburg, Jacquelin y Bert Klandermans (2017). Individuals in Movements: A Social Psychology of Contention. En Conny Roggeband and Bert Klandermans (eds.), *Handbook of Social Movements across Disciplines*. Handbooks of Sociology and Social Research. Cham: Springer.

Vasi, Ion Bogdan (2011). Brokerage, Miscibility, and the Spread of Contention. *Mobilization*, 16 (1), 11-24.

Vasi, Ion Bogdan, David Strang y Arnout van de Rijdt (2014). Tea and Sympathy: The Tea Party Movement and Republican Precommitment to Radical Conservatism in the 2011 Debt-Limit Crisis. *Mobilization*, 19, 1-22.

Vasi, Ion Bogdan y Chan S. Suh (2016). Online Activities, Spatial Proximity, and the Diffusion of the Occupy Wall Street Movement in the United States. *Mobilization*, 21 (2), 139-154.

Vasi, Ion Bogdan, Edward T. Walker, John S. Johnson y Hui Fen Tan (2015). "No Fracking Way!" Documentary Film, Discursive Opportunity, and Local Opposition against Hydraulic Fracturing in the United States, 2010 to 2013. *American Sociological Review*, 80 (5), 934-959.

Vega, Juan Ramón (1994). *Las comunidades cristianas de base en América Central*. San Salvador: Publicaciones del Arzobispado.

Vela Castañeda, Manolo (2014). *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio Guatemalteco*. Ciudad de México: Colegio de México.

Vela Castañeda, Manolo (ed.) (2012). *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*. Guatemala: Secretaría de la Paz de la Presidencia de la República de Guatemala.

Velásquez Nimatuj, Irma (2016). ¿Hasta dónde la corrupción definió la participación de los pueblos indígenas en el 2015? En Regina Solís Miranda (ed.), *La Fuerza de las Plazas* (pp. 201-233). Guatemala: Fundación Friedrich Ebert.

Verba, Sidney, Kay Lehman Schlozman y Henry E. Brady (1995). *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*. Cambridge: Harvard University Press.

Verhoeven, Imrat y Jan Willem Duyvendak (2017). Understanding Governmental Activism. *Social Movement Studies*, 16 (5), 564-577.

Viterna, Jocelyn (2013). *Women in War: The Micro-processes of Mobilization in El Salvador*. Nueva York: Oxford University Press.

Viterna, Jocelyn y Fallon Kathleen (2008). Democratization, Women's Movements, and Gender-Equitable States: A Framework for Comparison. *American Sociological Review*, 73, 668-689.

Vommaro, Pablo (2015a). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

- Vommaro, Pablo (2015b). Movilizaciones juveniles en América Latina actual: hacia las configuraciones generacionales de la política. *Revista Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 7 (11), 25-54.
- Von Bülow, Marisa (2011). *Building Transnational Networks: Civil Society and the Politics of Trade in the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Von Bülow, Marisa y Germán Bidegain Ponte (2015). It Takes Two to Tango: Students, Political Parties, and Protest in Chile (2005-2013). En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (eds.), *Handbook of Social Movements across Latin America* (pp. 179-194). Nueva York: Springer.
- Voss, Kim y Rachel Sherman (2000). Breaking the iron law of oligarchy: Union revitalization in the American labor movement. *American Journal of Sociology*, 106 (2), 303-349.
- Vreeland, James (2007). *The International Monetary Fund: Politics of Conditional Lending*. Londres: Routledge.
- Wada, Takeshi (2018). Mexican Popular Contention Database (MPCD) Data Development and Usage Manual (in Japanese). The University of Tokyo.
- Walgrave, Stefaan y Dieter Rucht (eds.) (2010). *The World Says No to War*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Walgrave, Stefaan y Joris Verhulst (2011). Selection and Response Bias in Protest Surveys. *Mobilization*, 16 (2), 203-222.
- Walgrave, Stefaan y Ruud Wouters (2014). The Missing Link in the Diffusion of Protest: Asking Others. *American Journal of Sociology*, 119 (6), 1670-1709.
- Walker, Edward (2014). *Grassroots for Hire: Public Affairs Consultants in American Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Walker, Edward, Andrew Martin y John D. McCarthy (2008). Confronting the State, the Corporation, and the Academy: The Influence of

Institutional Targets on Social Movement Repertoires. *American Journal of Sociology*, 114 (1), 35-76.

Walsh, Edward, Rex Warland y Douglas Clayton Smith (1997). *Don't Burn It Here: Grassroots Challenges to Trash Incinerators*. University Park: Penn State University Press.

Walton, John (1998). Urban Conflict and Social Movements in Poor Countries: Theory and Evidence of Collective Action. *International Journal of Urban and Regional Research*, 22 (3), 460-481.

Walton, John y David Seddon (1994). *Free Markets and Food Riots*. Oxford: Blackwell.

Wacquant, Loïc (2009). *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity*. Durham: Duke University Press.

Ward, Michael (2016). Can We Predict Politics? Toward What End? *Journal of Global Security Studies*, 1 (1), 80-91.

Weber, Max (1978). *Economy and Society*, Vol. 1. Berkeley: University of California Press.

Weffort, Francisco (1970). El Populismo en la Política Brasileña. En Maria Helena Moreira Alves (ed.), *Brasil Hoy* (pp. 54-84). Ciudad de México: Siglo XXI.

Weyland, K (2014). *Making Waves: Democratic Contention in Europe and Latin America since the Revolutions of 1848*. Cambridge: Cambridge University Press.

Whitaker, Chico (2006). *El desafío del Foro Social Mundial: Un modo de ver*. Barcelona: Icaria Editorial

White, James W. (1995). *Ikki: Social Conflict and Political Protest in Early Modern Japan*. Ithaca: Cornell University Press.

Whitman, Gordon (2006). Beyond Advocacy: The History and Vision of the PICO Network. *Social Policy*, 37 (2).

Whitman, Gordon (2018). *Stand Up! How to Get Involved, Speak Out, and Win in a World on Fire*. Oakland: Berrett-Koehler.

Whittier, Nancy (2004). The Consequences of Social Movements for Each Other. En David A. Snow, Sarah A. Soule y Hanspeter Kriesi (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 531-552). Oxford: Blackwell.

Wickham-Crowley, Timothy (1992). *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*. Princeton: Princeton University Press.

Wickham-Crowley, Timothy (2014). Two “Waves” of Guerrilla-Movement Organizing in Latin America, 1956-1990. *Comparative Studies in Society and History*, 56 (1), 215-242.

Wickham-Crowley, Timothy P. y Susan Eva Eckstein (2017). Los movimientos sociales latinoamericanos y la ratificación del poder de las teorías estructurales. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate, (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 49-82). Buenos Aires: CLACSO.

Williams, Eric (1944). *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Wilson, John (1973). *Introduction to Social Movements*. Nueva York: Basic Books.

Wolford, Wendy (2010). *This Land Is Ours Now: Social Mobilization and the Meanings of Land in Brazil*. Durham: Duke University Press.

Wood, Elisabeth Jean (2003). *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wood, Lesley (2012). *Direct Action, Deliberation, and Diffusion: Collective Action after the WTO Protests in Seattle*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wood, Lesley (2015). Horizontalist Youth Camps and the Bolivarian Revolution: A Story of Blocked Diffusion. En Scott Byrd, Ellen Reese, Jackie

Smith y Elizabeth Smythe (eds.), *Handbook of World Social Forum Activism* (pp. 305-319). Nueva York: Routledge.

Wood, Richard y Brad Fulton (2015). *A Shared Future: Faith-Based Organizing for Racial Equity and Ethical Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.

Yagenova, Simona Violetta (2017). Movimientos sociales guatemaltecos: del proceso de paz a un nuevo ciclo de lucha popular, 1996-2013. En Paul Almeida y Allen Cordero Ulate, (eds.), *Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas, Tendencias y Casos* (pp. 565-578). Buenos Aires: CLACSO.

Yagenova, Simona Violetta (2007). La protesta social en Guatemala: una aproximación a los actores, demandas, formas, despliegue territorial, límites y alcances: octubre 2004-septiembre 2006, (4). FLACSO-Guatemala.

Young, Ralph (1991). Privatisation in Africa. *Review of African Political Economy*, 51, 50-62.

Zatz, Marjorie y Nancy Rodríguez (2015). *Dreams and Nightmares: Immigration Policy, Youth, and Families*. Berkeley: University of California Press.

Zepeda-Millán, Chris (2017). *Latino Mass Mobilization: Immigration, Racialization, and Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Zermeño, Alejandro (2017). *Strength-based interaction rituals: The impact of sweatlodges and danza Mexica on Mexican American wellbeing* (Tesis de Maestría inédita). Universidad de California en Merced.

Zhao, Dingxin (2001). *The Power of Tiananmen*. Chicago: University of Chicago Press.

Zibechi, Raul (1999). *La mirada horizontal: movimientos sociales y emancipación. Occupy Oakland*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Sobre el autor

Paul Almeida es sociólogo por la Universidad de California y sus estudios de maestría y doctorado son en la misma disciplina.

La línea de investigación del Dr. Almeida se enfoca en la eficacia de la movilización colectiva. Ha documentado de forma sistemática decenas de movimientos sociales a gran escala a través de los cuales los ciudadanos se han movilizado para protegerse ante la pérdida de instancias relacionadas con sus necesidades básicas, como la atención de la salud, las pensiones, los servicios de agua y alcantarillados, los subsidios económicos y sociales, la salud ambiental y los derechos ciudadanos. Este programa de investigación es impulsado por una preocupación intelectual por entender las condiciones en que las sociedades y las comunidades conservan el acceso a los bienes y servicios públicos básicos que se volvieron disponibles a través de la expansión de la asistencia social y del Estado de bienestar en el siglo XX, elementos que se encuentran cada vez más amenazados en el siglo XXI con la contracción de los compromisos del Estado con la inversión social.

Sus artículos han aparecido en las revistas *American Journal of Sociology*, *Annual Review of Sociology*, *Social Forces*, *Social Problems*, *Mobilization*, y en otros medios académicos. Los libros de Almeida incluyen: *Social Movements: The Structure of Collective Mobilization* (University of California Press, 2019); *Mobilizing Democracy: Globalization*

and Citizen Protest (Johns Hopkins University Press, 2014), con su edición en español denominada *Neoliberalismo y movimientos populares en Centroamérica* (UCA Editores, El Salvador, 2016); *Waves of Protest: Popular Struggle in El Salvador, 1925-2005* (University of Minnesota Press, 2008), con su edición en español denominada *Olas de movilización popular: Movimientos sociales en El Salvador 1925-2010* (UCA Editores, El Salvador, 2011); *Latin American Social Movements: Globalization, Democratization and Transnational Networks* (co-compilador Hank Johnston, 2006); y *Movimientos sociales en América Latina: Perspectivas, tendencias y casos* (co-compilador Allen Codero, CLACSO, 2017). Sus investigaciones han sido financiadas por la World Society Foundation, UC MEXUS-CONACYT, UC Pacific Rim, y el Programa Fulbright. Almeida imparte cursos sobre la globalización, la sociología política, el comportamiento organizacional, la teoría sociológica, la sociología ambiental, y los movimientos sociales.

Este libro surge de una preocupación académica y política: las acciones colectivas de ciudadanos y ciudadanas comunes en las más diversas regiones del mundo podrían ser decisivas en la desaceleración del calentamiento global, en las luchas contra el racismo y la violencia de género, entre muchas otras formas de explotación de la sociedad y la naturaleza.

En las páginas de *Movimientos sociales...* asoma una tesis: desde las formas cotidianas de resistencia, pasando por la creación de movimientos locales y grupos de base, hasta llegar a las olas de protesta y los movimientos sociales transnacionales, la movilización colectiva ha creado una poderosa herramienta de transformación humana, cuyos objetivos se extienden a un amplio abanico de propósitos. Este libro se enfoca en su estudio desde una mirada actualizada y comprometida.



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais